

BOURGET

MENTIRA

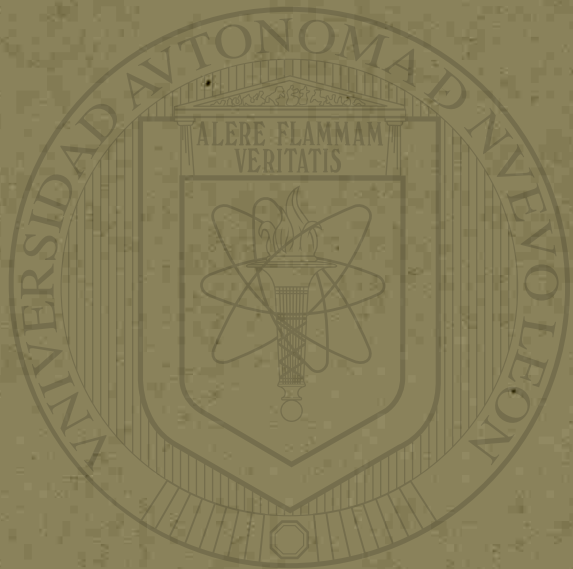
PQ2 199

M48

1900



1020026147



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MENTIRAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. N
Num. Autor B7721 m
Num. Adg. 29809
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 809
Catalogó _____

PAUL BOURGET

MENTIRAS

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

H. GINER DE LOS RÍOS

SEGUNDA EDICIÓN

098290

29309

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10 - Campomanes - 10

1900



843
B.

P02199
H48
L900



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
ANEXO AL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

MENTIRAS

I

UN RINCÓN DE PROVINCIA EN PARÍS

—Caballero—dijo el cochero inclinándose desde lo alto de su asiento,—la verja está cerrada...

—¡A las nueve y media!...—contestó una voz desde el interior del carruaje.—¡Vaya un barrio! Gracias á que con el piso seco se puede ir á pie sin molestia...

Y dicho esto, la portezuela se abrió, dando paso á un hombre joven todavía, que, con apariencias de sentir gran frío, levantó el cuello de nutria de su gabán, adelantando sus pies calzados con zapato bajo. Tanto por estos zapatos de charol como por la media de seda bordada, el pantalón negro y sombrero de tela, se conocía que debajo del abrigo llevaba nuestro personaje un completo traje de sociedad. El coche era de esos que tienen su parada á la puerta de los círculos. El auriga, deteniendo

su caballo, se puso á mirar con cierta sorpresa, como su parroquiano mismo, aquel rincón, con sabor provinciano, de París que no había visto, y que era realmente excéntrico, aunque situado al final del barrio de San Germán. En la época de nuestro relato (1879 y principios del mes de Febrero), la calle Coëtlogon, que unía la de Assas con la de Rennes, ofrecía además una doble particularidad. Se cerraba por medio de una verja y se alumbraba durante la noche por un farol colgado, como antiguamente, de una cuerda transversal. Ya hoy ha cambiado mucho el aspecto de este sitio, habiendo desaparecido el misterioso hotel de la derecha, rodeado de jardín, que debía ser tranquila mansión de alguna viuda rica. Los terrenos que impedían el tránsito de carruajes á la calle Coëtlogon por la de Rennes, y la verja que la aislaba por la de Assas, no existen, luciendo ahora el gas en vez del farol. Sólo se conservan dos piedras desiguales en que encajaban los barrotos sobre que giraban las puertas movibles de la verja, entornadas únicamente cuando llegaba la noche. Por esto no tuvo necesidad el joven de llamar para que le abrieran; pero antes de penetrar en esta verdadera callejuela, se paró un momento á contemplar el paisaje que formaban el sombrío callejón, el jardín de la

derecha, la línea de casas ya derruidas; á la izquierda, al fondo las confusas masas de edificios en construcción y el farol antiguo en medio. En lo alto, la luna de invierno brillaba en un cielo trágico, extenso, sembrado de nubes movedizas que corrían presurosas.

—¡Qué decoración para una despedida!— dijo á media voz el joven, añadiendo los dos versos de Hugo

«Jusqu'à l'heure où l'on voit apparaître et rêver
Les yeux sinistres de la lune.....»

con una entonación que denunciaba al escritor público. Lo era, en efecto, y de cierta reputación, adquirida especialmente en dos dramas de la vida moderna, quizás demasiado influidos por el gusto de Alejandro Dumas, hijo. Este joven, que contaba treinta y cinco años, aunque representaba apenas treinta, todavía no había firmado, con su nombre sonoro de Claudio Larcher, ni artículos ni novelas de ocasión. En esta época, 1879, hacía tres años que era autor de la *Gula* y *Entre adúlteras*, obras desiguales y llenas de un pesimismo convencional, interesante, sin embargo, por una cierta agudeza de análisis, lo escabroso del diálogo y fogoso del ideal. Entregado á una vida de disipación, empe-

zaba á aceptar más fáciles tareas, sintiéndose incapaz de volver á algo serio y de importancia. Se estudiaba y juzgaba incesantemente, aunque sin resultado práctico para su vida, permaneciendo siempre en una lucidez tan dolorosa como ineficaz. Por esto, la vista de la calle apacible y el recuerdo de Victor Hugo le llevaron á ideas de existencia retirada y ordenado trabajo, obligándole á pensar que tenía compromiso con una revista, compromiso con un teatro, compromiso con un diario, y que en vez de hallarse sentado á su mesa y en su habitación de la calle de Varenne, corría París á las diez de la noche en el traje de un ocioso y un *snob*, con el propósito de pasar las horas que quedaban de aquel día y las primeras del siguiente en casa de la Condesa de Komof, gran señora rusa establecida en París, que daba una fiesta en el hotel de la calle del Bel-Respiro á sus relaciones. Pero aún hacía algo peor, y era venir á buscar, para conducirlo á estas recepciones de la Condesa, fastuosas y cosmopolitas, á otro escritor, diez años más joven que él y que hasta entonces había dedicado su vida, en una de las casas de aquella desierta y taciturna calle de Coëtlogon, á la labor asidua, cuya nostalgia sufría el mismo tentador. Renato Vincéy, que era el colega á que aludimos, acababa de

lograr, á los veinticinco años, uno de esos grandes éxitos literarios que no se repiten arriba de dos veces en cada generación. Su *Sigisbeo*, comedia en un acto y en verso, de fantasía y ensueños, escrita sin propósito alguno práctico, lo hizo célebre de la noche á la mañana. En este resultado glorioso tocaba su parte á Claudio, porque él había leído la pieza á su amante Colette Rigaud, famosa actriz de la calle de Richelieu, y ella, enamorada del papel que podría representar, venció todas las dificultades. Claudio aconsejó á la Condesa de Komof que diera en su lindo teatro de salón el *Sigisbeo*, idea que fué al momento aceptada, siendo precisamente aquella noche la señalada para poner en escena la comedia de moda. Por eso Claudio iba en busca de Renato á la calle de Coëtlogon, donde Vincéy vivía al lado de una hermana suya que estaba casada; estimada complacencia de un autor ya hecho hacia uno que comenzaba, en que había algo de irónica vanidad, mezcla de amor propio, porque Renato conociera sus relaciones de alta sociedad, y de maliciosa sonrisa ante el estupor que su joven camarada sentía á la sola idea de ver el mundo.

—Tan pueril como él, he sido yo—pensó Claudio añadiendo:—reflexión es ésta que se

guramente no se ocurrirá á las gentes que han nacido en los salones y para los salones; debe, pues, parecer absurdo que nosotros asistiáramos á ellos y con esas gentes nos mezcláramos...

Filosofando de este modo, se detuvo delante de otra verja, á la izquierda, que estaba cerrada, y llamó; daba paso á una calle de árboles que terminaba en la entrada de una casa de tres pisos, rodeada de modesto jardinillo. Bien que el portero no hubiese oído ó que no estuviera en su puesto, es lo cierto que Claudio se vió precisado á tirar por segunda vez de la cadena mohosa destinada al objeto, hallando en este tiempo ocasión para fijarse en aquella casa negra y como muerta, en que sólo se veía brillar una luz en una de las ventanas del cuarto bajo. Aquí era donde vivía la familia Fresneau. Emilia Vincy, la hermana del poeta, casó en efecto con Mauricio Fresneau, profesor libre á quien Claudio conocía por haber sido compañero suyo en los primeros tiempos de su estancia en París, tiempos que ruborizaban al autor de la *Gula*, que habría deseado, en vez de los apuros de entonces, poder consumir un patrimonio en los *clubs* y con las chicas; pero á pesar de esta debilidad, mantenía relaciones con Fresneau, en razón de ciertos servicios de dinero de

éste le prestara en aquella época. Al principio, su interés por Renato se fundaba en esa amistad de los malos días; pero luego no tuvo más remedio que someterse al encanto natural que inspiraba el joven. ¡Qué instantes pasados en aquella habitación sencilla de Renato, al lado del comedor, cuya ventana era la que veía alumbrada durante los cortos instantes que tardaron en abrir la puerta de la casa! El poeta y su hermana, por ese gusto de soñador solitario que le distinguía, colgaron de las paredes, y sobre un pedazo de tela roja, algunos grabados refinadamente escogidos: composiciones de Alberto Durero, la *Elena* y el *Orfeo* de Gustavo Moreau, aguas fuertes de Goya. ¡Qué encanto para Claudio la vista de aquella cama de hierro, la mesa tan arreglada, la biblioteca con sus libros, y á la entrada de esta íntima residencia, la frase que Renato copió de la *Imitación*: *¡Cella continuata dulcescit!* ¡Qué cambio de ideas en Claudio! ¡El sarcasmo se trocó en tristeza, pensando en aquel joven de veinticinco años que siempre vivió allí y que de allí saltaba á los salones de la Condesa Komof, á reunirse á la sociedad de lujo y artificio que recibía la Condesa!

el preciso era haber caído antes en los pe-
-ste encuentro—dijo Claudio, arran-
Claudio,

cado súbitamente á sus reflexiones por el chirrido del pestillo y la cerradura, y empujando la verja. —Y he sido yo quien le aconsejó asistir y hasta quien lo ha vestido para la recepción.

Con efecto, había llevado á Renato en casa de su sastre, su camisero, su zapatero y sombrerero, para que tomara lo que él llamaba con gracia la investidura.

—¡Qué triste es ponerse siempre en lo peor! Le presentarán á cuatro ó cinco mujeres; le invitarán á comer dos ó tres veces; seguramente no se acordará de dejar sus tarjetas; olvidará y le olvidarán.

Avanzó por la calle de árboles, llamó á la primera puerta de la derecha, que era la de Fresneau y se hallaba antes de la portería. Porque es de advertir que la chocante disposición del edificio sólo se explicaba por un segundo jardinillo y una segunda casa, y todo ello encerrado dentro de la verja de la calle de Coëtlogon. Vino á abrirle una muchachota de treinta años, de corto talle, espaldas cuadradas, con la cara de una sola pieza, si vale la frase, que encajaba perfectamente con la forma torpe y hasta de una auverñesa, y dos ojos oscuros de una simplicidad animal. ^{Es} su fisonomía campesina revelaba instintivamente ^{en} confianza, lo mismo que la actitud co-

treabría la puerta en vez de abrirla de par en par, como el movimiento de lo párpados, que entornaba mientras subía la lámpara de petróleo hasta colocarla de modo que diera la luz de lleno sobre el visitante. Conoció á Claudio, y su ancho rostro tomó un aspecto de benevolencia que denotaba el favor de que gozaba el joven en casa de los Fresneau. La muchacha se sonrió enseñando unos dientes blancos y pequeños, verdaderos dientes de bestia.

—Buenas noches, Francisca — dijo el joven; — ¿está dispuesto el señorito?

—¡Calla, es el señor Larcher! — exclamó la sirvienta con cierta alegría. — Ya está preparado — añadió — y bonito como el Niño Jesús. La familia se encuentra en el comedor... Voy á coger el abrigo... ¡Y lo que debe pesar esto sobre los hombros!...

La familiaridad de esta criada era realmente primitiva; venida directamente desde el pueblo de la Auvernia, en que Fresneau fué profesor, hacia ya quince años que se hallaba instalada en esta casa como en la suya propia. Claudio se divertía mucho con ella cuando le daba cuenta de sus trabajos en términos extraordinariamente bufos, ó le expresaba con ingenua candidez los temores que abrigaba de que el autor dramático la retratase en alguna

pieza para la escena, ó aplicaba, en fin, á las frases literarias que recogía al servir la mesa, ese poder extraño de deformación que caracteriza á las gentes del pueblo. Claudio recordaba, entre otros desatinos de Francisca, haberla oído decir que Renato se *dentriscaba* con sus héroes. Era cosa de risa, y Claudio tomaba nota en su cartera de esas locuciones para escribir una novela que no se acabaría nunca. Pero la noche de que se trata no estimuló como de costumbre la charlatanería de Francisca, por aquella melancólica impresión que le dominaba al considerarse en su papel de tentador mundano. Mientras que Francisca colgaba de la percha su abrigo, fijaba él su mirada en aquel corredor que tenía tan visto y al cual daban las puertas de las diferentes habitaciones. La del poeta al fondo, mano derecha y situada al Mediodía; la de los Fresneau, más estrecha, al Norte y en comunicación con la de su hijo Constancio, niño de seis años á quien Emilia quería quizás menos que á Renato, por el cual sentía un apasionado afecto, cuya causa conocía Claudio en todos sus pormenores. Historia sencilla y conmovedora la de los Vincy, que aumentaba en la presente ocasión el remordimiento que nacía en Claudio ante la idea de venir á arrancar de este asilo á aquel en quien esa historia se re-

sumía. El padre de Emilia y Renato, procurador de Vouziers, murió en la miseria por consecuencia de excesos en la bebida. Vendido el estudio, pagadas las deudas, realizados algunos valores, quedaron unas cincuenta mil pesetas de caudal á la viuda de aquel vividor de provincia, que con ellas y sus hijos vino á establecerse en París, huyendo de una residencia que tantos recuerdos ingratos le ofrecía. La viuda de Vincy tenía un hermano sacerdote muy distinguido, antiguo alumno de la Escuela Normal, que repentinamente abrazó, sin explicación, la carrera eclesiástica con asombro de los compañeros, que poco tiempo después supieron que el P. Taconet, á su salida de San Sulpicio, inauguraba en la calle de Cassette un Establecimiento de enseñanza. Católico liberal, bien cerca del galicanismo, creyó que la clase media de la sociedad vacila entre el colegio laico y el puramente religioso, proponiéndose con su ejemplo armonizar ambas tendencias, y auxiliándose, para la fundación de su externado eclesiástico, de otros dos sacerdotes más jóvenes. La nueva escuela de San Andrés (así llamada por ser el santo del nombre del fundador), cuyos alumnos tenían necesariamente que seguir los cursos del Liceo de San Luis, obtuvo éxito tan lisonjero, que á los tres años

de existencia ya eran precisos algunos ómnibus para traer y llevar á los chicos. La posibilidad de que Renato recibiera esmerada educación al lado de su pariente, fué una de las principales razones que movieron á la viuda para su traslación á París; tranquilizándole, además, las excelentes disposiciones de Emilia, que contaba diez y seis años, para ponerse al frente de la nueva casa. Por consejo de su hermano el sacerdote, acostumbrado ya á la administración por su colegio, adquirió renta italiana por valor de sus cincuenta mil pesetas, que le producían dos mil ochocientos anuales para las necesidades de la familia. La masa de inmensos sacrificios diarios que representaba esta suma, fué labrando en Emilia la ternura que dedicó á Renato. Y es que en la vida del corazón se corre tras las ganancias. Poco tiempo después de la instalación, realizada en 1863, cayó enferma la madre, y murió en 1871, dentro de la paredes de aquella casa de la calle de Coëtlogon, aunque en el piso tercero. Emilia, pues, tuvo necesidad de ocuparse en cuidar de la viuda, en la educación de su hermano y en los mil quehaceres de un interior en que cincuenta céntimos son de mirar. Compensada vió esta vida de labor dura é incesante por los éxitos de Renato,

festividades solemnes para ella como para las modestas familias de la clase media, que casi en absoluto carecen de otras. Los primeros ensayos literarios del hermoso joven le fueron consultados, y en esta situación continuaron las cosas hasta que, seis meses después del fallecimiento de la viuda, Fresneau le propuso su matrimonio, accediendo Emilia desde luego, con las precisas condiciones de no moverse de París y conservar á su lado á aquel hermano que definitivamente había de consagrarse á las letras. Fresneau, carácter sencillo y bondadoso, porque sabía amar, aceptó sin discusión y con deleite tales exigencias. Su cariño por Emilia comenzó cuando, siendo auxiliar de la Escuela de San Andrés en 1865, tuvo ocasión de dar lecciones á Renato y de conocer á la familia; pero hasta entonces había callado. Tocando en los cuarenta años, una comunidad de destinos le atrajo á Emilia. Él también había renunciado á todas sus personales aspiraciones por salvar las desgracias de su padre, antiguo director de un colegio. Desde 1858 á 1872, en que se casó, pudo satisfacer veinte mil pesetas á los acreedores, viviendo con el importe de lecciones, que le producían cinco pesetas una con otra. Si á esto se agrega el número de horas de trabajo que representa la preparación de los

cursos, las idas y venidas, la corrección de los cuadernos, se formará idea de lo que es la existencia de esos profesores de enseñanza libre, que acaba por destruir los más potentes organismos. Su pasión por Emilia fué la novela de esta vida tan ocupada hasta allí; Taconet bendijo el enlace y Renato conquistó un esclavo más de su genio.

Todas estas circunstancias, conocidas de Claudio Larcher, tuvieron su natural influencia en el desarrollo del talento y carácter del joven poeta. Mientras Francisca se ocupaba de colocar el abrigo, los detalles de esta especie de antesala común revestían á los ojos de Claudio una significación moral, como la tenían el paraguas de alpaca basto y gordo de Fresneau al lado de aquel otro inglés, elegante y de fina madera, que Emilia había regalado á su hermano; la caña con puño de concha, treinta veces más cara que el sencillo bastón del profesor; como sabía que los libros de Fresneau habían andado de uno para otro sitio hasta dejarlos en el mismo corredor á las fantasías decorativas de Renato, y las admirables litografías de Raffet sobre el Gran Emperador, que debieron lastimar las opiniones republicanas del profesor si éste no fuera el primero en hallar muy en su punto el constante sacrificio de toda la familia hacia este

hermano, del cual hizo su Dios por amor de Emilia, como la sirviente, como el mismo tío. Porque hasta Taconet se sentía subyugado ante la naturaleza del joven, discurriendo sobre los rendimientos de aquellos valores italianos que producían ya tres mil pesetas, que se verían aumentadas por otras tantas de su propio peculio. Y además, la educación cristiana de Renato, garantía segura era de que sus conocimientos se pondrían al servicio de la Iglesia. El sacerdote había contribuido á empujar al joven por ese camino de la literatura en que hasta el día sólo flores había encontrado. Claudio, huérfano de padre y madre, solo desde los veinte años en lucha contra las asperezas de la vida de artista pobre, mejor que nadie apreciaba todo ese conjunto de abnegación, cariño y confianza; su alma, conmovida siempre que llegaba á este santuario y en la presente ocasión también, tenía necesidad de manifestarse en risas exageradas y escepticismo desconsolador. Claudio se calumniaba cuanto podía; enervado su corazón, se impresionaba tan fácilmente, cuanto difícil le era dominar las sensaciones.

II

ALMAS CÁNDIDAS

Sonriente, casi sarcástico, entró Claudio en el comedor, donde se hallaba reunida «la compañía», como en su jerga la llamaba Francisca, de la que formaban parte en primer término Renato, el héroe de aquella famosa aventura, Emilia y su marido y la familia Offarel, cuyo jefe era subdirector en una oficina del Ministerio de la Guerra. En aquel momento sólo estaban allí la señora y sus hijas Angélica y Rosalía. Las seis personas se encontraban sentadas alrededor de una mesa de nogal y en sillas de la misma madera, forradas de crin negra y reluciente por el uso, mobiliario adquirido en Vouziers y conservado cuidadosamente. Una estufa portátil encajada en la chimenea revelaba la economía de la dueña de la casa (que únicamente consentía leña en el cuarto de su hermano) y daba á la atmósfera gran pesadez. Una lámpara de porcelana reflejaba su luz sobre aquellas cabezas, que se volvieron hacia Claudio, y moría en las flores amarillas del papel que cubría la pared; algunos platos antiguos se

veían colgados acá y allá. Como en los círculos pequeños se disimulan menos las simpatías ó antipatías, en razón á que la mentira de las cortesías no ha gastado tanto al animal humano, Emilia alargó la mano al escritor, gesto raro en ella, recibiendo con alegre mirada y franca sonrisa al amigo cariñoso de su hermano.

—¿No es verdad que le sienta bien el traje?

Tales fueron las primeras palabras que dirigió al recién llegado, aun antes de que éste hubiese dado fin á los saludos de costumbre. Realmente, Renato estaba hecho todo un buen mozo. A pesar de sus veinticinco años, su frente no tenía arrugas, sus mejillas reboaban frescura y sus ojos y su boca claramente mostraban un alma virgen y un temperamento integramente respetado, que es un tipo poco frecuente entre los jóvenes de Paris. El autor de *Sigisbeo* ofrecía gran parecido con Alfredo de Musset adolescente, según el medallón que le hizo el escultor David (y que se conoce poco), aunque el espeso cabello de Renato, su barba rubia y ya abundante, sus anchas espaldas le daban un aire de salud y robustez que modificaban el aspecto delicado y algo femenino del autor de las *Noches*. Sobre todo, sus ojos azules, ordinariamente oscuros, demostraban en aquellos momentos

una dicha inmensa que justificaba la admiración de su hermana ante aquella gracia natural que en nada disminuía el frac, á que no estaba acostumbrado. La tierna previsión de Emilia llegó hasta comprar á Renato, de sus economías, los botones de oro de la pechera y puños, cuya adquisición consultó misteriosamente con Claudio. Ella hizo el nudo de la corbata, inspeccionando los detalles todos del traje mundano con igual interés que catorce años antes había puesto en el que su hermano vistió para la primera comunión.

— Claudio, perdone usted á Emilia sus arranques — dijo Renato enseñando sus dientes admirables por la forma y blancura; — yo soy el único objeto de coquetería para ella.

— Nos está usted pervirtiendo siempre á Renato — manifestó á su vez Fresneau, estrechando la mano de Larcher.

El profesor empezaba á tener canas; era corpulento y poco airoso, estaba mal peinado y sin afeitar. En aquel momento se ocupaba de enmendar los cuadernos de sus discípulos para el día siguiente.

— Hombre feliz — añadió, — usted no sabe lo que es esto de las correcciones. ¿Quiere usted una copita para calentarse?

Y le ofrecía de la botella de aguardiente que se dejaba sobre la mesa después de to-

mar el café, en aquella pieza que servía de salón ordinariamente, pues se reservaba para las grandes ocasiones el de la casa.

— ¿Un cigarrillo?

Claudio hizo un ademán para decir que no, inclinando su cabeza al mismo tiempo á aquellas otras tres señoras, que no le tendieron su mano. Todas se hallaban entretenidas: la madre, haciendo medias de lana azul y rascándose la frente de cuando en cuando con la aguja; las niñas, en bordados sobre tela verde. La madre lanzó á través de sus anteojos, que se sostenían apenas sobre la pequeña nariz, una mirada de odio al escritor; su pelo enteramente blanco, su cara llena de arrugas y cuadrada, le daban un aspecto desagradable. Angélica se sonrió cuando Claudio, al sentarse entre Emilia y Renato, había dicho: «Me coloco aquí», con un cierto defecto de pronunciación habitual en él, que no se escapaba nunca á la señorita. Pertenece á la gran especie de las burlonas tímidas, tan dispuestas á ruborizarse como á reírse, con sus ojos negros, vivos y taimados. Negros eran también los de Rosalia, aunque de dulce é indecisa expresión; los bajó á la entrada de Larcher, hasta que algunos minutos después se alzaron sus párpados y, mirando hacia Renato, comenzó á temblar entre sus dedos la

aguja con que ejecutaba su bordado, y luego vuelta á bajar la cabeza, brillando á la luz de la lámpara los cabellos de color castaño. A Claudio, que conocía de antiguo las costumbres y caracteres de la familia Offarel, no pasaron inadvertidas ninguna de las circunstancias. Debieron llegar á las siete, después de comer en su casa, calle de Bagneux, muy cèrea. Offarel las había acompañado, yéndose luego al café Tabourey, esquina al Odeón, donde leería concienzudamente todos los periódicos. También tenía adivinado Larcher el proyecto de casar á Rosalía con Renato, alimentado por la madre, y hasta sospechaba que el muchacho hubiese hecho concebir esperanzas y que la chica estuviese más enamorada de lo conveniente; sabía, por último, que Rosalía le quería á él bien por amor á Renato, y que le temía en razón de esas nuevas corrientes á que le arrastraba. Para la pobre niña, víctima de los recelos propios de la que ama, y aun para todas las personas de aquel círculo, la casa de la Condesa de Komof revestía las apariencias de una expedición á país fantástico y desconocido, con sus ilusiones y temores locos. Emilia, llena siempre de ensueños ambiciosos hacia su hermano, ya le veía leyendo versos al lado de una chimenea y adorado por una «princesa

rusa», que era el *desiderátum*. La alegría que Renato expresaba hacia horrible daño á su futura, que no iba con él á la fiesta; y futura puede decirse, porque el poeta había prometido en una noche de primavera del año anterior... ¡Qué comparaciones tan odiosas iban á establecerse con los vestidos de confección casera que desfiguraban sus formas, el calzado comprado hecho y siempre excesivamente grande, su cuello y puños tan modestos y sencillos! Por eso temblaba ante la idea de un vago desengaño, mientras el profesor insistía en que Claudio aceptara la copita de aguardiente y el cigarrillo de tabaco maryland.

—Es exquisito este aguardiente de cidra; me lo ha enviado de Normandía un discípulo mío... ¿De veras no toma usted? Antes le gustaba á usted mucho... ¿Se acuerda usted cuando dábamos lecciones en casa de Venaboste? Ciento cincuenta pesetas al mes, y, sin embargo, ¡qué alegres vivíamos entonces! En el cuarto de hora que teníamos de descanso entre clase y clase, íbamos á la calle de San Jacobo, y en aquella salita del café, que me parece estar viendo, nos servían aguardiente para fortalecer la arteria, como usted decía.

—Yo tenía doce años menos y sin reuma— repuso Claudio, sonriendo con el recuerdo.

—No debe ser muy sano eso de salir casi

todas las noches, ni las comilonas con vinos fuertes y los platos cargados de especias—murmuró la señora Offarel con acritud.

—Pues nosotros, que hemos tenido el gusto de que Larcher nos acompañe á la mesa, le hemos encontrado siempre muy sobrio—replicó Emilia prontamente,—y en cuanto á lo de trasnochar, bien puede permitirse al que dispone de la mañana para levantarse tarde. Renato nos ha contado que vive usted muy agráblemente y muy tranquilo—añadió dirigiéndose á Claudio.

—Tranquilo, sí. He logrado un cuartito en un hotel antiguo de la calle de Varenne, y por ahora resulta que soy el único inquilino. Cuando echo las persianas me parece que es de noche, y no oigo más ruido que el de las campanas de un convento que está cerca y el runrún de las calles de París muy lejos, muy lejos.

La señora de Offarel, á quien la dulzura de Larcher exasperaba, saltó con esto:

—He oído decir toda mi vida que una hora de sueño antes de la media noche vale más que dos pasado ese momento.

Lo aborrecía más por natural antipatía que por la influencia que pudiera ejercer sobre Renato. Sentíase estudiada por aquel personaje de mirada profunda, maneras distin-

guidas y sonrisas para ella inexplicables, y por esto sus ataques bruscos.

—Renato no disfrutará aquí tanto sosiego. ¿A qué hora acabará esa reunión de la Condesa?

Claudio, que se reía mucho de aquellos odios mal disimulados, contestó:

—No sé. El *Sigisbeo* se representará á las diez y media... Se cenará cerca de la una...

—Y Renato se acostará á las dos. Como Fresneau se levanta á las siete, y Francisca anda desde las seis en pie...

Tal fué el argumento de aquella señora tan agresiva.

—Por una sola vez...—exclamó con impaciencia Emilia, cortando así la algarada que presentía.

Variando de conversación, añadió:

—No nos ha contado usted si *Cendrillon* volvió definitivamente. ¿Quién era *Cendrillon*? Pues una gata gris, regalada por la señora Offarel á su joven amigo Jacobo Passart, profesor de dibujo, muy unido con el subdirector por sus comunes aficiones á la acuarela. En el piso bajo de la calle de Bagnoux, que tenía su poquito de jardín, se consagraban dos viejos: el marido pintaba hasta en la oficina; la dueña de la casa adoraba la raza felina hasta el punto de haber reunido

cinco pensionistas. Passart amaba sin esperanza á Rosalía, y eran tales los elogios que prodigaba á *Cendrette* ó *Cendrinette*, que la señora se creyó obligada á hacerle donativo de la gata. Después de tres meses de residencia en el quinto piso que ocupaba Passart en la calle de Cherche-Midi, había dado su contingente á la naturaleza: de los tres hijos se le arrebataron dos, y ella se escapó con el restante. Calló Passart; pero la señora de Offarel oyó un día arañar la puerta; contó en su cama, en el sofá y en la chimenea los tres gatos de la colección, y, extrañando el ruido, se encontró de nuevo acariciada por *Cendrillon*. Sin embargo, *Cendrillon* desapareció á la mañana siguiente.

Passart confesó su descuido, y la señora de Offarel participó á Emilia el gran suceso. Si nada había dicho aquella noche, era por la extraordinaria importancia que atribuía á la entrada de Renato en la «alta sociedad».

—¿Se acuerda siquiera Renato de *Cendrillon*? Ha venido con su hijito esta misma mañana, y lo ha depositado á mis plantas. ¡Cuánto más fieles son las bestias que las gentes! Por eso vale más poner en ellas el cariño.

Todo esto con mezcla de entusiasmo por la gata y el gesto avinagrado de costumbre.

—¡Qué admirable ejemplo de instinto!— exclamó Fresneau, que comenzaba de nuevo sus trabajos.—Lo citaré en mi clase.

Aquel pobre hombre enseñaba á la vez filosofía en una escuela preparatoria, latín en otra, historia y hasta el inglés, que apenas si sabía pronunciar. Y era tan sagaz observador cuando se trataba de Emilia, que apercibido de sus recelos por la hostilidad de la señora Offarel, refería anécdota sobre anécdota, sin que aparentase más cuidado que el de sus cuadernos. Por fortuna, esta ingrata tarea cesó bien pronto, porque llamaron á la puerta de la calle.

—Las diez menos cuarto—dijo Rosalía;— es papá.

También ella había conocido la actitud de su madre con Claudio y Renato, y acogía con gusto la llegada de su padre aquella noche, cuando tanto le contrariaba siempre dejar la casa de Fresneau. Así es que en el acto se puso de pie para cortar aquella escena, que á su amado debía parecer irritante y mezquina.

Offarel era un hombre alto y seco; su tipo, el tipo del inmortal Don Quijote, con su boca sumida, nariz de pico, pómulos hundidos, y sobre todo una frente de esas tiradas hacia atrás, en que las manías y desatinos dejan

huella profunda. Offarel, además de su vicio de acuarelista, tenía el mal gusto de hablar constantemente y en todas partes de sus dolencias imaginarias.

—Hace mucho frío esta noche—fueron sus primeras palabras.—Adelaida, ¿hay en casa tintura de yodo? Me parece que no escapo mañana al reuma.

—El coche que ha traído usted ¿tiene calorífero?—preguntó Emilia á Claudio, ante la indicación de Offarel.

—Sí, señora, y preciso es tomarlo en seguida si no hemos de llegar tarde.

Claudio empezó sus despedidas; Renato desapareció sin apretar la mano de nadie; Rosalía, creyendo que fuera por su abrigo, no se movía, con tanto más motivo cuanto que en toda la noche se encontraron sus ojos con los del poeta; Fresneau brindaba á Offarel con su famoso aguardiente; tal era la situación.

—Una gota solamente—dijo el empleado.

—Siquiera, usted no desprecia mi aguardiente, como Larcher.

—Porque usted no sabe la bebida que á Larcher le gusta—contestó Offarel, bajando la voz y mirando al corredor con recelo.—Precisamente acabo de leer un artículo en que se trata de él.

—¡Cuéntanos eso!—exclamó la señora con

la sencilla alegría de sus malos sentimientos, dejando sobre sus rodillas la labor por primera vez en toda la noche.

—Parece que en los salones que frecuenta Larcher, en vez de tazas de té le sirven vasos de sangre.

—¿Vasos de sangre?—preguntó admirado Fresneau.—¿Y con qué objeto?

—Será para sostenerlo. ¿No se han fijado ustedes en la cara? Buena vida debe de llevar.—Esto exclamó la señora con su viveza natural.

—Dicen además que le rodea una corte de adoratrices, y que ha encontrado el medio seguro de obtener éxito grande en lo que escribe, llevando las pruebas por docenas á las señoras que conoce. Ellas, con la pretensión de ser autoras en alguna parte, cambian tal ó cual palabra, y... «querido Larcher por allí, querido Larcher por allá...»

El tono de Offarel era el de los envidiosos que acogen las más groseras calumnias propaladas contra los hombres de mérito.

—Nada me extraña—exclamó la señora;—tiene todo el aire de un solemne intrigante.

—Lo que es intrigante—repuso Fresneau,—eso no; por el contrario, debo declarar que es un muchacho excelente, por más que su género de literatura no me agrada. Se enamora

de lo peor, le engañan y le comen. Ahora mismo nos cuenta Renato que Claudio se halla entre las manos de esa Colette Rigaud, que hace el *Sigisbeo*, y le dejará sin un céntimo.

— ¡A callar! — dijo Emilia, que llegaba á punto, y tapó la boca á su marido. — Claudio es amigo nuestro, y no quiero que se murmure de él. Renato me encarga salude á ustedes todos. Vieron que el tiempo corría, y han escapado. ¿Y la acuarela que ha de representar la última escena del *Sigisbeo*, señor Offarel?

— Ahora tengo mucho trabajo, y la noche se echa pronto encima; pero se hará. ¿Qué te sucede, Rosalia? — preguntó el padre á su hija.

La pobre joven se sentía morir; pudo, sin embargo, contener los sollozos y achacar al calor de la estufa su indisposición. Renato se había ido sin dirigirle una sola palabra, sin mirarla siquiera. La madre, en cambio, dirigió una á Emilia tan llena de reproches, que la hizo bajar los ojos. Emilia, que amaba á Rosalia, no la creía bastante para el poeta. Al despedirse, la besó más cariñosamente que de costumbre. Había en esta delicada demostración pena hacia Rosalia, y una cierta idea de placer pensando en la indiferencia de Renato.

Se fueron las visitas, y ya sin cortapisa

pudo encargarse á Francisca que cuidara de no hacer ruido por la mañana. Contestó la sirviente que «bueno», y Emilia repitió á su marido la indicación; hasta Constancio fué amonestado por su madre para que al irse al colegio procurase que no le sintieran.

Una sonrisa de orgullo iluminó su semblante cuando dijo:

— ¡Qué triunfo para Renato, á menos que esas gentes sean bien descontentadizas! Pero no; Larcher asegura que no podrían, aunque quisieran, pues los versos de mi hermano son casi tan hermosos como él.

— ¿Sabes, Emilia, que sería conveniente que esas señoronas no le mimen tanto como tú? — dijo el marido. — Pero no hay que temer: ¡es tan sencillo aun en medio de sus éxitos!

Emilia pagó esta frase delicada con un beso.

III

UN ENAMORADO Y UN «SNOB» (1)

Montaron los dos escritores en el coche, que empezó á rodar al trote largo de su caballo por la calle de Cherche-Midi para alcanzar el boulevard Mont-Parnasse y seguir, pasando por los Inválidos, la larga serie de avenidas que casi directamente va al Arco del Triunfo, atravesando el Sena por el Puente del Alma. Gran parte del trayecto fueron llamados los amigos. Una ligera bruma empañaba los cristales, y venía á ser para Renato símbolo físico de aquella otra que flotaba entre su vida actual y la de los primeros años pasados en aquellos sitios. Ni un rincón, ni un detalle fué olvidado hasta la pacífica entrada de la calle Bagneux, donde habitaba Rosalia, de quien acababa de alejarse sin despedirse, y cuyo recuerdo no le producía remordimiento en aquel instante. ¡Qué diferencia del adolescente de otros días, y aquel joven que ocupa-

(1) Equivale á nuestras palabras *cursei*, necio ó tonto, según los casos.

ba el carruaje de Larcher! ¡Antes obscuro, ahora célebre; pobre ayer, hoy rico, pues su piececita le llevaba producidas veinticinco mil pesetas en seis meses, y con la expectativa, además, de las representaciones sucesivas de París y provincias, venta del libro y derechos de traducción en el extranjero! Tales eran los comienzos de Renato, que tenía en cartera un poema filosófico, titulado *Las Cimas*, un drama en verso sobre el Renacimiento, llamado *Savonarola*, y una novela sin nombre aún y sin terminar. A la natural emoción de los éxitos ya gozados se unía la sensación de presentarse en sociedad, y cómo se presentaba, hasta el punto de que casi no existía en él su personalidad. Dicha y desgracia de los poetas es ese poder de agrandar las impresiones más mezquinas hasta lo fantástico. En medio de este vaivén, que pasa de la desesperación al entusiasmo, algunas almas privilegiadas conservan el único encanto de la juventud, que es la espontaneidad, y por ella el reconocimiento del sér que se conoce inferior hacia el superior. Renato, que pertenecía á ese número, estrechó de improviso la mano de Claudio, que iba también silencioso, y le dijo:

—¡Qué bueno ha sido usted para mí! Á la benevolencia con que usted escuchó la lectura

de mis primeros trabajos, se debe que yo me atreviera á enseñarle el *Sigisbeo*. Si usted no lo hubiese llevado á la señorita Rigaud, no se habría puesto nunca en escena, y si la Condesa de Komof no oyera de sus labios el elogio de la obra, ni se daría allí esta noche, ni yo realizaría mi ensueño de asistir á esas reuniones del gran mundo, donde todo es en las mujeres, hasta su traje, encanto y poesía, y cuadro exquisito de alegrías y dolores.

—¡Si á lo menos tuvieran esas mujeres el alma de la misma calidad de sus vestidos!— dijo Claudio sarcásticamente.—¿Cree usted de buena fe que entra en la alta sociedad porque vamos á casa de la Condesa de Komof? Extranjera en París, sus salones son como un pasaje, donde encontrará usted cinco ó seis curiosas que le invitarán á visitarlas. ¡Pero pensar que porque frecuente usted el trato de estas gentes pertenece usted ni yo ni artista alguno, á su círculo! No, Renato, para eso era preciso haber nacido. Intente usted si no casarse entre ella, y ya me dirá. Vanidades disfrazadas por el arte de Vorth ó Laferrière, pero, en general, incapaces de sentir, con el hueco del corazón relleno, ó de las cuentas de sus costureras, ó de preocupaciones que les sirven de principios, ó de la rabiosa soberbia de eclipsar á sus rivales.

¡Qué necedad la nuestra, amigo mío! ¡Acudir presurosos á mezclarnos con esas señoronas, ó que por tales se tienen; nosotros, seres casi inteligentes y llenos de trabajo!

—Algo le ha sucedido á usted con Colette hoy—repuso el poeta, mortificado con las palabras anteriores, que tanta ilusión le destruían.

Pero no le era dable enfadarse con aquel amigo, máxime cuando sabía que semejantes declamaciones reconocían alguna contrariedad producida por las genialidades de su amante, de la actriz que le robaba el sueño y se burlaba de él, sin perjuicio de quererle á su manera. Afecto era el suyo de esos que rebajan los caracteres, como fundado en el más grosero sensualismo.

—Y me pregunta usted qué es lo que ha hecho conmigo—dijo Larcher con una risa de enfermo, tan diversa de la jovial que le alegraba en casa de Fresneau.—Pues bien: ya usted á juzgar por sus mismos ojos á este psicólogo del corazón femenino, arrancando de la base de que mi inteligencia jamás me ilumina otra cosa que mis propias necesidades. ¿No le he contado á usted que siento la vergüenza de tener celos de Salvaney? Salvaney es un elegante de la nueva escuela, que se divierte con sus billetes de Banco; su nariz es

de trompeta, su frente pelada y sus ojos saltones; su color el de un vaquero, pero es anglomano, anglomano hasta el punto de que el Príncipe de Gales parece francés á su lado, y hasta el punto de que en los tres meses que ha residido en Florencia no ha usado camisas que no le plancharan en Londres. En ese gran mundo que tanto entusiasmo á usted, este mozo vale más que el autor de *El Nabab* ó *La Taberna*, obras maestras de literatura. Pues por eso le gusta á Colette. Va á su cuarto tanto como yo; se la lleva á beber *wiski* después del teatro, en su coche, y ella tan contenta, lo cual no quita que me diga no es serio que yo esté celoso de semejante ente. Esta mañana me presenté en casa de Colette á indagar la verdad de esta historia; entran una carta, y el criado, nuevo y mal enseñado todavía, dice que era de Salvaney y que esperaban contestación. Acababa ella de jurarme entre caricias que no había nada, nada. Por un momento creí que iba á enseñarme la carta, y con ella á demostrarme la exactitud de sus afirmaciones, pues no era posible que Salvaney sospechara que yo pudiera leerla. ¿Qué hace? Me pide permiso y se marcha con su carta á otra habitación. ¿Cree usted que tomé el sombrero y el bastón y me levanté para irme y no volver á ver más á la bribona?

Pues me quedé. Al cabo de un momento sale con la respuesta, la da al criado y me pregunta:—«¿Estás aún incomodado?»—Silencio de mi parte.—«¿Te entraron muchas ganas de leer la carta?»—Silencio.—«No; no la leerás, no; porque la he quemado. Me pedía en ella Salvaney una muestra de tela para un traje de baile.»—Quiero que se me crea bajo mi palabra.—Lo que yo le dije no puede repetirse; hasta un grado tal la maltraté, que causaba lástima; se echó á llorar, la cogí en mis brazos y me consideré feliz. ¿Cabe mayor envilecimiento?

—Y las sospechas, ¿eran justificadas?

—Salvaney le pedía una cita, y Colette se la otorgaba. Lo sé porque la he seguido, y al salir del ensayo se fué á casa de él, donde aún estaba á las ocho—dijo Claudio con ese acento de triunfo cruel con que los celosos aseguran lo que saben y les causa frenesí.

—¿Por qué entonces no rompe usted con ella?

—Eso pienso; sólo que quiero decirle por última vez esta noche el concepto que me merece la embustera. ¡Y la voy á tratar de un modo!...

Tan intenso dolor revelaban las palabras de Larcher, que Renato sintió apagarse súbitamente su alegría, conmoviéndose ante el

espectáculo de aquel amigo á quien debía tanto, y la infame conducta de Colette. También á esta emoción se unía, por el contraste, un cierto penoso recuerdo de Rosalia. Todo esto fué para ambos cuestión de un segundo. Claudio vivía únicamente de sus nervios y cambiaba de ideas con rapidez asombrosa.— Vaya, vaya...—dijo; y empezó á ocuparse de la última novela de un colega con Vincy, estupéfacto al principio pero animado luego, hasta que el carruaje se detuvo entrando en fila, advirtiéndoles que habian llegado. Al poeta le saltaba el corazón del pecho al encontrarse en aquella antesala que ya habia visitado otra vez, aunque de día, templada suavemente, llena de flores y de criados de librea. El rumor de los salones, que hasta allí se percibía, y los innumerables abrigos de todas clases allí amontonados denunciaban la gente que recibía la Condesa de Komof. En medio, como saliendo de la capa de pieles que el lacayo recogía, una mujer joven dejaba al desnudo sus hombros y mostraba su esbelto talle aprisionado en elegante traje de color de fúgo. Distinguido era su perfil, de nariz ligeramente aguilena y boca encantadora: sus cabellos de un rubio pálido y enajados de diamantes. Renato observó que aquella señora saludaba á Claudio, y se sintió morir cuando fijó en él

con indiferente curiosidad dos ojos de azul clarísimo, admirable adorno de una tez delicada y fresca como lo es la rosa.

—La señora de Moraines, hija de Victor Bois-Dauffin, antiguo Ministro del Imperio.

Esta frase de Claudio, respuesta á la muda pregunta de Renato, habia de quedar grabada en el poeta, que por extraño azar veía en el primer minuto de su estancia en casa de la Condesa á la mujer que más adelante tan honda influencia debia de ejercer en su vida.

Sin embargo, en el instante no se formó presentimiento alguno, sino que, por el contrario, la especial impresión de esta mujer de treinta años, que ya habia abandonado el sitio, se confundió con la general que todo aquel conjunto le causaba, mezcla de abrumadora timidez y delicioso sensualismo. Los que nacen en la opulencia no se dan cuenta de estos ratos infinitamente pequeños de emoción, como nadie se ocupa del peso del aire que respiramos; los advenedizos además reservan el efecto para no parecer plebeyos.

Renato penetró en el salón más próximo, compuesto de instalaciones, que ya conoce todo el mundo, pero que eran objeto de asombro para el poeta hasta en sus menores detalles. Comunicaba esta pieza con otra mucho mayor, en donde seguramente se hallaba re-

29809

unido el grueso de los invitados, á juzgar por el rumor de las conversaciones. Allí, y de un solo golpe de vista, excitado por su misma timidez, divisó el traje de la señora de Moraines alejarse en compañía de un frac negro; y delante de la chimenea á la Condesa de Komof, que hablaba á unos cuantos con gesticulaciones violentas. Era la Condesa mujer de ademanes trágicos, grande, desproporcionada, de hombros demasiado pequeños; su pelo blanco, sus facciones algo duras, y en sus ojos las pupilas grises despedían un brillo insostenible. Vestida de oscuro, lucían aún más las alhajas que la adornaban, especialmente sus dedos, que mejor parecían manos semisalvajes por la profusión de zafiros, esmeraldas y diamantes. Con una sonrisa contestó al saludo de Claudio y Renato, continuando hasta terminar la sesión de espiritismo, que la ocupaba en aquel momento y á que era muy aficionada.

—La mesa subía, subía, subía; apagáronse las velas, y al reinar la noche he visto una mano que iba y venía, enorme; era la mano de Pedro el Grande.

El sér instintivo, casi extraviado, que se observa en los caracteres rusos, por cultos que parezcan, se enseñoreó un instante de aquellas facciones que se alteraban al hablar.

Acordóse repentinamente de sus deberes de dueña de casa; dibujóse en sus labios la sonrisa, apagándose el fuego de sus ojos. Por una de esas adivinaciones que sienten las señoras de cierta edad, y que, cuando son buenas en el fondo, ofrecen un encanto irresistible á los hombres de irritabilidad nerviosa, comprendió que Renato se hallaba solo entre tanta gente.

—¿Cree usted en los espíritus, señor Vincy? Sí, porque es usted poeta; pero dejemos esto ahora. Acompañeme usted, por más que no sea joven ni linda, y le presentaré á algunas amigas admiradoras de su talento.

Cogió el brazo de Renato, que, aunque de elevada estatura, no llegaba á la de la Condesa, cuya figura guardaba entera armonía con su temperamento. Su marido murió ante su vista asesinado por un conspirador nihilista, y ella mató al asesino, llevando la pistola entre los mismos dedos recargados ahora de sortijas. Renato conocía por Claudio esta historia y una nueva empezaba á contarle la Condesa con esa mezcla de energía y distinción de maneras que caracteriza á las organizaciones eslavas.

—Llegó á París hace ocho años, después de la guerra; no había estado aquí desde la primera Exposición de 1855. El París de enton-

ces, adorable, y el Emperador, ideal. Mi hija, la Princesa Roudine, ¿usted la conoce? No; vive en Florencia todo el año. ¡Pues bien, estaba á mi lado! Cae enferma; la salva el doctor Louvet, tan delgadito y con ese aire tan mono de Enrique III. Yo le llamo Louvetsky, porque sólo visita á rusos. No había que pensar en llevarse lejos de París á mi hija. Este hotel estaba en venta; lo compro; lo cambio de arriba abajo; esto era el jardín...

Y enseñaba á Renato el gran salón. Parecía un ancho mercado, cuyos muros se hallaban cubiertos con la multitud de telas de todos tamaños y todas clases, recogidas por la Condesa en sus excursiones europeas.

La impresión que sintió Renato á la vista del lujo material que observó desde su entrada, aumentó considerablemente con el espectáculo de esta especie de lujo espiritual que representaba el cosmopolitismo. La manera de hablar de Florencia, como si se tratara de un barrio de París; la abundancia de medios que revelaba la instalación en la forma descrita, y hasta el modo de pronunciar el francés aquella señora rusa, motivo era suficiente para despertar la admiración de un hombre joven y acostumbrado á la modestia de una vida estrecha de la clase media. Al fondo, cortinas encarnadas ocultaban el sitio

improvisado para escenario, y que ordinariamente servía de comedor. En el centro un busto de bronce, imagen del Conde de Komof, amigo del Czar Pedro, y á su alrededor cuatro grandes macetas de cobre, estilo persa, con verde follaje. Entre el monumento de familia y las colgaduras del escenario, filas de sillas, ocupadas ya por la parte femenina de la reunión, componiendo una especie de jardín vivo de hombros desnudos mejor ó peor modelados; de brazos flacos y gordos y pelo de matices distintos: alhajas y abanicos brillaban por encima de todo: risas y palabras producían un rumor indefinido. Hasta el color variado de los trajes, formando contraste con los negros fracs de los hombres, sólo á trechos interrumpido por algunos que se sentaban entre ellas, por algunas que entre ellos permanecían de pie. Todas estas gentes tenían costumbre de verse aquí y allí, á pesar de la diferencia de clases. Al lado de las duquesas del barrio de San Germán, las señoras de la alta banca, y de la diplomacia y de los artistas: unas movidas por sus aficiones al *sport* y á la caridad; otras en busca de relaciones ó fortuna para sus maridos. Mas tales particularidades pasaban inadvertidas para el poeta, que al ruido confuso de las conversaciones era presentado á los hombres que se encontraban

al paso, á las mujeres que ocupaban las últimas filas de sillas, balbuceando algunas frases en contestación de los cumplidos que recibía de los más atentos. La Condesa no le abandonó, y al descorrerse la cortina, se encontraba naturalmente sentado el poeta al lado de la dueña de la casa, á la sombra de uno de aquellos arbustos que formaban corona á la estatua del difunto. ¡Y no fué poca dicha que tropezara con un sitio apartado de las miradas de aquellas gentes!

Claudio había desaparecido; se hallaría entre bastidores indudablemente.

IV

EL «SIGISBEO»

Descorridas las cortinas por dos criados, quedó á la vista un escenario diminuto. Como la acción se figuraba en un jardín de Venecia, pudo arreglarse con un telón de fondo y plantas naturales de la estufa de la Condesa, cuadro que se diferenciaba bastante del que la fantasía de Perrin presentó en la Comedia Francesa. La calidad del público, las dimensiones del escenario y hasta el cambio de decoración, aumentaron la turbación de Renato, haciéndole sentir todas las emociones de un estreno. Salió la Rigaud; resonaron los aplausos, y la artista saluda sonriendo. Su traje á lo Wateau estaba copiado de un episodio galante del gran pintor; sus cabellos empolvados, el lunar en la juntura de los labios, el colorete de las mejillas muy pálidas, conservaban en aquella fisonomía algo de tierno, sensual y melancólico, que nacía de sus ojos soñadores y guardaba semejanza con las *madonas* y los ángeles de Boticelli. ¡Cuántas veces Claudio,

al paso, á las mujeres que ocupaban las últimas filas de sillas, balbuceando algunas frases en contestación de los cumplidos que recibía de los más atentos. La Condesa no le abandonó, y al descorrerse la cortina, se encontraba naturalmente sentado el poeta al lado de la dueña de la casa, á la sombra de uno de aquellos arbustos que formaban corona á la estatua del difunto. ¡Y no fué poca dicha que tropezara con un sitio apartado de las miradas de aquellas gentes!

Claudio había desaparecido; se hallaría entre bastidores indudablemente.

IV

EL «SIGISBEO»

Descorridas las cortinas por dos criados, quedó á la vista un escenario diminuto. Como la acción se figuraba en un jardín de Venecia, pudo arreglarse con un telón de fondo y plantas naturales de la estufa de la Condesa, cuadro que se diferenciaba bastante del que la fantasía de Perrin presentó en la Comedia Francesa. La calidad del público, las dimensiones del escenario y hasta el cambio de decoración, aumentaron la turbación de Renato, haciéndole sentir todas las emociones de un estreno. Salió la Rigaud; resonaron los aplausos, y la artista saluda sonriendo. Su traje á lo Wateau estaba copiado de un episodio galante del gran pintor; sus cabellos empolvados, el lunar en la juntura de los labios, el colorete de las mejillas muy pálidas, conservaban en aquella fisonomía algo de tierno, sensual y melancólico, que nacía de sus ojos soñadores y guardaba semejanza con las *madonas* y los ángeles de Boticelli. ¡Cuántas veces Claudio,

en lugar de aborrecerla, la compadecía, si le miraba con aquellos ojos después de cometer alguna de sus infamias! Comienza la Rigaud á recitar sus versos y Renato á sufrir horriblemente, mientras á su alrededor las gentes del buen tono proferían sus exclamaciones en voz alta, como acostumbran cuando un artista trabaja en los salones. Uno:—«Es linda.....» Otro:—«Imita demasiado á Sara Bernhardt.....» Aquí:—«Me entusiasma la pieza.....» Allí:—«Detesto los versos.....» Por fin, de un grupo de jóvenes en que se destacaba cierto personaje calvo, de grandes narices y cara congestionada, se impuso silencio, cuya actitud agradeció la Condesa saludando.—«Es Salvaney—dijo á Renato—y está enamorado perdido de Colette.»

Calló el público, y el poeta pudo embriagarse oyendo su obra y los murmullos de aprobación que se levantaron; el *Sigisbeo* hizo su efecto entre estos mundanos y mundanas, como lo había logrado en el teatro ante escritores fatigados, vividores y mujeres galantes. Una interior alucinación llevaba el pensamiento del joven á la época en que imaginó y escribió su pieza. Recordaba aquellas tardes de la primavera pasadas entre las flores del jardín de Luxemburgo, embellecido á sus ojos por la mirada angelical de Rosalía. En-

tonces fué cuando le confesó su amor, recogiendo en pago las más lisonjeras esperanzas. Su emoción le impidió conciliar el sueño, y comparando la dicha que en aquel instante mereció de Rosalía, con otros tiempos anteriores, trajo á su memoria el nombre de Elisa, muchacha del barrio latino, y única mujer con quien había mantenido cierta clase de relaciones. Triste le dejaron por la diferencia de aficiones y gustos, y acabaron á los seis meses, en que bien pudo decir que fueron sufrimientos y no placeres los que obtuvo. ¡Tanto le mortificaron las coqueterías groseras y el fondo depravado de Elisa! Pero Rosalía, tan pura y cándida, le hacía sentir un éxtasis de ternura real y positiva. Del contraste de sensaciones nació la idea del *Sigisbeo*, inspirándose en el gusto de Shakespeare y de Musset, que leía con afán. Cincuenta versos escribió la primera noche, y surgió la historia de un señor veneciano llamado Lorenzo, enamorado de una mujer cruel y ligera, la princesa Celia. Aconsejado por un calavera francés, de paso en Italia, el Marqués de Senécé, fingió una gran pasión á la bellissima y dulce Condesa Beatriz para dar en rostro á la pérfida. Esta situación le puso en la de conocer que Beatriz sentía hacia él un profundo afecto que llegó á corresponder, desdeñando los halagos de

Celia, que intentaba sujetarle de nuevo á sus plantas. Triunfó el encanto de un amor sencillo en el *Sigisbeo*.

Colette hablaba representando Celia; Lorenzo se lamentaba; relase el calavera y soñaba Beatriz. Un rasgo de poesía flotaba sobre todos estos caracteres traídos del país de Benedicto y Perdican, de la Rosalinda de *As you like it* y del Fortunio del *Chandelier*, despertando frases entusiastas en la parte del auditorio femenino, y Renato, con la vista en el tiempo pasado, en las vigiliias que todo esto significaba, fijándose en tal ó cual tono, en el que Colette, por ejemplo, estaba recitando tierna y sarcástica... Y la fantasía retrospectiva continuaba: sus horas de trabajo; su método de vida tomado de Balzac: los consejos y alientos de Claudio; los incesantes cuidados de Emilia, aquella hermana excepcional que habría dado lo imposible por asistir al éxito del momento, todo venia á su mente con una vaga melancolía que le causaba el cambio que en sus sentimientos hacia Rosalia experimentaba y que no era bastante á borrar el entusiasmo con que terminaba la representación del *Sigisbeo*.

La Condesa fué la primera en felicitar á Renato.

—Todas esas señoras se van á disputar el gusto de recibiros.

La confirmación de estas galanterias vino á seguida con las exclamaciones que hasta él llegaron, confundidas con el roce de los trajes, el ruido de las sillas y los saludos que de una y otra parte se cruzaban.

—«Aquel es el autor..... ¡Tan joven!..... ¿Le conoce usted?..... Es guapo mozo..... ¿Por qué llevará el pelo tan largo?..... Pues á mí me agradan esas cabezas de artista..... ¿Quién le ha presentado?..... Claudio Larcher..... ¡Pobre Larcher, cómo anda detrás de Colette!..... Salvaney y él van á matarse el mejor día..... ¿Se queda usted á la cena?—Ruborizado con tanto elogio, se encontró casi por fuerza separado de la Condesa por una mujer alta y seca, de cincuenta años próximamente, viuda de un señor Sermoises, que vino á ser «mi pobre Sermoises» desde su fallecimiento, como antes había sido la fábula de los cafés por la conducta de su esposa. De la ligereza pasó ella á la literatura, pero á la literatura reflexiva y piadosa, y como por la Condesa supo que Renato era sobrino de un sacerdote, se creyó en el deber de decirle:

—¡Qué poesía divina y qué gracia! Wateau escribiendo. Nos venga usted, caballero, de esos pertenciosos analistas que parece que hacen sus libros con un escalpelo y sobre una mesa de mal augurio.....

—¡Señora!—contestaba el autor anonadado con semejante fraseología.

—Que yo lo vea á usted en mi casa; recibo los miércoles de cinco á siete. Me permito pensar que preferirá usted la sociedad de mi salón á la que se reúne aquí. Esta Condesa, excelente persona, es extranjera, ¿sabe usted? Encontrará usted allí á los señores del Instituto, que tienen la bondad de consultarme sus trabajos. Yo misma he escrito algunas poesías; poca cosa, algo á la memoria de mi pobre Sermoises, que he titulado sencillamente *Lirio de la tumba*. Ya me dirá usted su opinión con toda franqueza.

En esto llega una señora de unos cuarenta años, todavía elegante de facha y figura, y la de antes hace su presentación en regla:

—La señora Huralt: el señor Vincy. ¿Verdad, amiga mía, que es delicioso? Wateau escribiendo.

—Debe usted ser apasionado de Musset, caballero—dice la recién venida, mujer de un autor que usaba el seudónimo de Florac, desgraciado en sus trabajos, á pesar de ser hombre de mundo, y de las intrigas de la señora, que siempre llevaba á su mesa á algún crítico ó personaje relacionado con un crítico, algún empresario de teatro ó pariente de empresario.

—¿Quién á mi edad no le adora?—contestó el joven.

—Ya lo decía yo al escuchar esos bonitos versos, que me han hecho el efecto de una música oída en alguna parte.

Mas reflexionando que tras un poeta puede ocultarse un gacetillero, intentó enmendar su cruel epigrama de envidiosa con una invitación.

—Tendré sumo gusto en verle á usted por casa los jueves de cinco á siete, y mi marido, que no ha venido esta noche, se alegrará mucho de conocer á usted.

—Otra presentación: la señora Ethorel, señor Vincy—dijo la de Sermoises.

Érase una linda joven, muy morena, de grandes ojos aterciopelados y de una delicadeza casi frágil que contrastaba con su voz casi grave.

—¡Cómo sabe usted hablar al corazón, caballero! ¡Cómo me gusta aquel soneto de Lorenzo!... «El fantasma del año pasado...»

—«El espectro de un año pasado...»—rectificó Renato, sonriendo de la pedantería y del error, puesto que las dos estrofas á que se aludía en nada se parecían á un soneto.

—Eso es admirable. Recibo los sábados de cinco á siete un reducido número de personas, y agradeceré á usted figure entre ellas.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
 441 FEB 27 1917
 10-102 Montevideo, Uruguay

Apenas si el autor tuvo tiempo de saludar, y ya la Sermoises, dejándose arrastrar por ese vanidoso afán del reflejo que domina por igual á ciertos hombres y á ciertas mujeres, enredaba á Renato en nuevas presentaciones. Hubo, pues, de sufrir la de una señora de Abel-Mosé, distinguida hermosura de la colonia israelita, vestida de blanco; después la señora de Sauve, de rosa; luego la de Bernard, de azul. Más tarde la de Komof vino á buscarle y le llevó ante la Condesa de Candale, la orgullosa descendiente del terrible general del siglo xv, y de su hermana la Duquesa de Arcole. A estos apellidos franceses se agregaron otros imposibles de conservar, de parientes de la Komof, y vuelta á las cortesías y á los apretones de manos con los caballeros de aquellas señoras. Renato conoció de este modo al Marqués de Hère, el más ordenado de los elegantes, que vive con sus veinte mil pesetas de renta como si tuviera el doble; al Vizconde de Brèves, á punto de arruinarse por tercera vez; á Crucé, el coleccionador; á San Giobbe, célebre tirador italiano, y á tres ó cuatro rusos. Más bien desconcertado que entusiasmado se sentía Renato en medio de esta sociedad europea y entre estos nombres que conocía por haberlos leído en las revistas de los periódicos con ese deseo que tienen los

jóvenes de la clase media por llegar á frecuentar el trato de estos círculos en que hay más ricos que aristócratas. A muchos artistas se les hace intolerable acudir á un mundo donde van como á la exposición de si mismos y á encontrarse en un país extraordinario, al lado de personas que, por la costumbre, están con la naturalidad de lo que es su vida ordinaria. El aturdimiento de semejante situación, mezcla de ilusión satisfecha y disgusto por la indiferencia de los cumplidos, obligó á Renato á pensar en su amigo Claudio, que no pareció. En cambio, vió á Colette, que con su mismo traje de colores vivos y antiguo corte llamaba la atención en medio de los fraes negros que la rodeaban. También ella estaba violenta, como flor transportada fuera de su centro, mitad orgullosa y mitad confusa de la atención de que era objeto. Se le conocía en una cierta desconfianza de la mirada y la sonrisa que se animó algún tanto al fijarse en Renato, como si fuera de los suyos. Venía hablando con el notable personaje de color de ladrillo que respondía por Salvaney, rival de Claudio.

—Aquí está mi autor. ¿Qué tal? Todo ha salido bien. Salvaney, felicite usted al señor Vincé, aunque no entienda nada de estas cosas. ¡Ah! diga usted de mí parte á Larcher

que ha logrado hacerme reventar de risa con su mechón de pelo en forma de sauce llorón.

Notábase verdadera crueldad en la mirada de la Rigaud, que provenía de haberse marchado Claudio sin siquiera despedirse. Lo amaba á su manera, engañándole y torturándole, y sobre todo envileciéndole. Su venganza estaba satisfecha con burlarse de él delante de Salvaney, segura de que el cándido Renato le referiría la escena. Éste le preguntó en voz baja, mientras el acompañante saludaba á unos amigos:

—¿A qué viene eso, si sabe usted cuánto la ama?

—Verdad es—dijo Colette alzando la suya y riendo de un modo infernal.—Conozco la historia; soy su genio malo, su fatalidad, su Dalila. Tengo no sé cuántas cartas en que me lo dice. Lo cual no es obstáculo á que se emborrache como un templario so pretexto de huirme...

Alzó los hombros y añadió alegremente:

—La Condesa nos hace señas de que vayamos; sólo quedan los íntimos y nosotros. A cenar; Salvaney, el brazo.

El tiempo, con efecto, había transcurrido y era ya corto el número de personas que quedaba en el salón. Despertó Renato de su aturdimiento, y la Condesa, que sólo había convi-

dado á cenar á unos treinta amigos, dió la señal de subir, tomando el brazo del más importante de los invitados, un embajador muy en moda en esta sociedad elegante que se divierte. Formáronse las parejas, empezó el desfile hacia una especie de galería, que parecía á la vez gabinete por los detalles de fantasía, y salón por sus dimensiones, salvando la escalera estrecha y decorada con maravillas de bronce y maderas traídas de Italia. Habíase colocado en el centro una larga mesa adornada de flores, cargada de frutos, resplandeciente de cristal y plata. Al lado de cada cubierto brillaba un globo rosa rodeado de follaje, en cuyo interior ardía una vela invisible: novedad inglesa que mereció los plácemes de los comensales. Arreglóse cada cual donde le pareció más conveniente, y Renato, que por cortedad subió solo y de los últimos, se sentó casualmente entre el Vizconde de Brèves y aquella señora rubia con traje de color de fuego á quien saludó Claudio en la antesala y dijo llamarse la de Moraines, hija de Bois-Dauffin, uno de los Ministros más impopulares de Napoleón III.

Desde su rincón pudo Renato observar, ya más tranquilo, que la señora de Moraines entablaba sus diálogos con el vecino de la derecha; que el Vizconde hacía lo propio con la

vecina de la izquierda; que Colette se reía con Salvaney, y la dueña de la casa parecía prepararse á contar alguna sesión de espiritismo, según la brillantez de la mirada, la alteración de sus facciones y el movimiento de aquella mano tan grande como recargada de sortijas. Ella, tan solícita con sus amigos, casi no se ocupaba de atenderlos. En tal disposición de ánimo, más triste que nunca por el momentáneo abandono en que se veía, después de tanto entusiasmo apagado en el instante, Renato se detuvo á considerar cuán fugaces son estos placeres mundanos. De todas las mujeres que le habian cumplimentado, unas partieron ya, otras se distribuyeron aquí y allí en la mesa, donde el actor que hizo de Lorenzo, único que quedó con Colette á la cena, venia á ser el reflejo de su propia imagen. Y por cierto que comía y bebía con excelente apetito, vestido á lo señor y sin dirigir la palabra á nadie. Renato fijó la vista, por último, en aquella señora á su lado colocada, cuya gracia le admiró á la entrada del vestibulo, seguro de haber encontrado una criatura refinadamente aristocrática. La señora de Moraines, bajo su apariencia delicada, escondía el temple de una mujer fuerte, llena de vida en su esbeltez. Linda cabeza de cabello rubio pálido como el oro, descansaba sobre la nuca vigorosa, que

á su vez se apoyaba en hombros cuyo contorno había sido respetado por la delgadez de las carnes. Reía mostrando dientes blancos y agudos; sus ojos dulces y azules recordaban á Ofelia y Desdémona; todo en ella era contraste, desde los dedos afilados de unas manos transparentes, hasta el tinte de su rostro rebosando salud y rebeldía á la anemia. Era un encanto casi ideal y un materialismo completo el de esta fisonomía y este temperamento; como nota saliente debía inspirar desconfianza. Pero Renato ni era médico ni filósofo, sino poeta; por eso sólo veía una deliciosa vecindad mientras llevaba á la boca los trozos de las viandas; su sensualismo, excitado por tanta impresión, le dejaba adivinar el perfume fino y penetrante del heliotropo blanco, su favorito desde niño hasta el punto de haber puesto en uno de sus poemas estos dos versos:

«L'opoponax alors chanta dans l'homme doux
L'histoire des baisers que nous n'avons pas eus...»

Sin darse exacta cuenta, renació en Vincy, al fijarse en la armoniosa risa de su vecina, aquel deseo que expresaba á Claudio camino de la casa en que se encontraba. Ser amado de una mujer parecida era su afán, y, sin embargo, esta hora de ilusión iba á transcurrir sin cruzarse entre ambos ni una palabra,

causándole fuerte impresión este desengaño. La Condesa de Komof, que á la sazón había vuelto en sí, conoció la situación de Renato y rogó al Vizconde de Brèves le presentara á la señora de Moraines. Sus lindos ojos azules se detuvieron en el poeta y una sonrisa de simpatía se dibujó en su boca fresca, pura y roja flor, según el pensamiento del poeta. Esperaba éste un nuevo superficial cumplido; mas con sorpresa no lo recibió, sino que ella, admitiéndole á su conversación con Crucé, dijo:

—Hablábamos del talento con que Perrin pone las obras en escena. ¿Recuerda usted, caballero, las decoraciones de la *Esfinge*?

Su voz ligeramente velada y dulce, tan en armonía con el tono de su belleza, la hacían irresistible. Renato sufrió su influjo como antes el del perfume que exhalaba, y con gran dificultad pudo contestar á la pregunta. Lisonjeada con este género de admiración tímido y no disimulado, tuvo el tacto y la gracia de llegar á inspirar hasta casi la confianza en el poeta, que expresó entonces con elocuencia natural sus propias ideas sobre el teatro, mostrándose apasionado con las representaciones de Wagner en Bayreuth. La de Moraines le oía mirándole como miran esas grandes cómicas de los salones al hom-

bre que han conocido y desean seducir. ¡Si hubieran dicho á Renato que aquella mujer ni se ocupaba siquiera de la existencia de Wagner! Colette gustó del champagne algo más de lo conveniente, y entre todos los comensales empezó á reinar la expansión.

Entretanto, la vecina de Renato le declaraba el placer que sentía por haber encontrado un verdadero poeta.

—Creía extinguida la especie—todo esto cambiando las posiciones y fingiéndose ella intimidada ante la superioridad del talento.—Deseaba conocer á usted. ¡Me agrada tanto el *Sigisbeo*! Pero luego pensé que con qué objeto. Y vea usted cómo la casualidad nos ha reunido. No tiene usted el aspecto de un hombre que se divierte—añadió—y menos el aire del triunfo.

—¡Ah! señora, va usted á suponerme ingrato; pero los elogios de que todas esas personas me colmaban por indulgencia, me han dejado helado.

Esta confesión ingenua era testimonio del atractivo á que se hallaba sujeto.

—Por eso no los he aumentado yo con el mío. ¿Va usted mucho á sociedad?

—No se ría usted de mí. Esta es la primera vez que la frecuento; antes la conocía por las novelas y los libros. Soy un completo salvaje.

En él, natural espontaneidad, que tanto encanto producía; curiosidad en ella al escucharle.

—¿Y cómo pasaba usted las noches?

—Trabajando; vivo con una hermana y casi no conozco á nadie.

—¿Quién le ha presentado á usted?

—Uno de mis amigos, que quizás lo será de usted, Larcher.

—Hombre muy agradable, pero que tiene el defecto de pensar mal de todas las mujeres. No hay que hacerle caso—agregó sonriendo.

—Ha tenido la desgracia de enamorarse siempre de coquetas indignas, y se figura que todas son iguales.

En el lindo rostro de ésta se dibujaban sensaciones varias; algo de tristeza, de orgullo mortificado, de compasión hacia Claudio y de discreto temor para Renato, como prueba de muda estimación. Durante unos minutos de silencioso goce, cuánto se alegró el poeta de que su amigo no estuviera presente y envenenara con sus paradojas aquellos instantes. La de Moraines era un ejemplo de tales injusticias, apasionada de lo bueno y de lo bello, pudorosa de que se adivinase la pureza de sentimientos que se esconden en la ligereza aparente de la vida del gran mundo. ¡Tan delicada y tan virtuosa!

—¡Qué conversación tan rara hemos mantenido en una cena! Supongo que le habrán hecho á usted mil invitaciones, y casi no me atrevo á rogarle que me visite. Sin embargo, cuando pase usted por mi casa los días de ópera, antes de la hora de comer, y quiera usted vernos, tendremos sumo gusto en recibirle. Conocerá usted á mi marido, que no ha venido esta noche porque está algo indispuesto y se empeñó en que yo no faltara á las reiteradas instancias de la Condesa. Esto le probará á usted—añadió estrechando la mano del poeta—que se logra la recompensa cuando fielmente se cumplen los deberes, aun los que tenemos con la sociedad.

Tal era el cúmulo de sensaciones que dominaban á Renato Viney durante el trayecto que media de la calle de Bel-Respiro á la de Coëtlogon (que siguió á pie), tan violentas, que no pudo darse cuenta exacta de los detalles. Claudio, que había desaparecido presa de sus contrariedades, le habría ofrecido motivo para una de esas conversaciones expansivas de ocasión. Y en cuanto á la señora de Moraines, quizás Renato no sólo hubiese comprendido el imperio que ejercía sobre él aquella rara y distinguida belleza, sino que por Claudio conocería tal vez exactamente sus condiciones y cualidades y la diferencia que realmente existe entre una mujer á la moda y una verdadera gran señora. Es lo cierto que Susana, nombre que la Condesa dió á la de Moraines al despedirse, por el encanto de su figura y fingido entusiasmo hacia el arte, cautivó al escritor hasta el punto de que la noche le parecía tan grande como su impre-

sión y su propia vida. Estado lírico peculiar de los poetas que sólo son poetas, especie de embriaguez anticipada, que engendra la esperanza ó la desesperación, según que esta facultad de amplificación se aplique á la alegría ó á la tristeza. ¿Qué significaba, después de todo, este ingreso en el gran mundo, que consideraba el joven como la renovación entera de su destino? Apenas una mirada por la puerta entreabierta, y que si había de aprovecharse, exigía una serie de acciones menudas. Un ambicioso se hubiera preguntado el efecto que le había producido, qué caracteres había encontrado, cuál de los salones á que había sido invitado merecía la pena de ser visitado, y cuál frecuentarse asiduamente; pero el artista únicamente sabía que había conquistado una atmósfera de felicidad, especialmente en la última parte de la reunión, pues el resto quedó olvidado. En tal estado llegó á la verja de su casa, que le hizo pensar con cierta dulzura en el contraste de aquel mundo que dejaba y aquel otro á que venía. Y como á su edad las fatigas nerviosas se reparan con regularidad perfecta, por desordenadas que parezcan, durmióse profundamente. Si soñó en las magnificencias entrevistas, en los aplausos recogidos, en el perfil encantador de la señora de Moraines, tan delicado bajo la co-

rona de sus rubios cabellos, cosa es que no pudo averiguar al despertar á las diez de la mañana siguiente.

Un rayo de sol penetraba por la juntura de las maderas cerradas y por entre las cortinas corridas. Ningún ruido se dejaba sentir allí de la callejuela ni aun del interior, que revelase esas idas y venidas de la limpieza de las casas y preparativos para el desayuno. Renato se mostró sorprendido de semejante silencio, miró el reloj para saber cuántas horas había dormido, y pudo entonces comprender una vez más la especie de idolatría que le profesaba su hermana, hasta en los menores detalles de la existencia. Al propio tiempo se presentaron á su mente veinte mil imágenes de la fiesta, todas ellas confundándose en un solo objeto: en aquella figura delicada, en aquellos ojos azules, en aquella boca encantadora de la señora de Moraines. Pero ni por esas impresiones se formó idea del verdadero sentimiento que las causaba; sensación de artista y nada más. Abandonado á la dulce pereza del lecho, se abandonaba también á esas visiones íntimas de fuera, como al aspecto familiar de su habitación tan tranquila. Su vista se detenía con fruición en los libros, en los grabados, en la chimenea, donde se agrupaban algunas fotografías, y

entre ellas el retrato de su madre. ¡Pobre madre, muerta antes de que pudiera gozar la delicia del triunfo, ella que tanto disfrutó con los ensayos primeros del poeta! El padre estaba allí también con el semblante melancólico y enrojecido por el alcohol. ¡Cuántas veces pensaba Renato en que la secreta impotencia de su propia voluntad le había sido transmitida por este padre desgraciado! Las ideas tristes no podían dominar en aquel momento, y con alegría natural llamó á Francisca dando tres golpes, como era costumbre, entre la pared y el lecho. En lugar de la criada, vino Emilia, y á la claridad de las ventanas abiertas y cortinas levantadas, pudo ver Renato la cara amorosa y sonriente de su hermana, y en ella dominando una curiosidad confiada, que interrogaba.

—¡Un triunfo!—contestó Renato.

Y aquella criatura aplaudió con las manos, como si fuera una niña; se colocó á los pies de la cama en una silla baja.

—Te levantarás hoy más tarde.... Francisca te traerá el café. Ya calculé yo que te despertarías á las diez, y acabo de molerlo, de modo que lo vas á tomar delicioso.

Entra en esto la auverñesa, recoge Emilia la bandeja de porcelana, y dice:

—Voy á servirtelo yo; Fresneau ha ido á

buscar al niño..... tenemos tiempo de que cuentos todo.....

Y el poeta refirió todas las sensaciones de la víspera.

—¿Y qué decía Larcher? ¿Qué tal los salones? ¿Cómo era el vestido de la Condesa?

Se reía de las metáforas fantásticas de la señora de Sermoises. Exclamaba: —¡Qué picara!—hablando de la mujer del colega. Burlábase de la ignorante Ethorel, indignábase de las crueldades de Colette, y cuando el poeta, por fin, le describía las gracias de la señora de Moraines, su conversación en la mesa con ella, Emilia hubiera dado lo imposible por manifestar su reconocimiento á la mujer delicada que desde el primer momento había conocido y estimado á su Renato. ¡Qué confidente tan peligrosa era Emilia para aquel hermano de cuya sensibilidad vivía! Bullía en ella igual grado de imaginación, esa imaginación del artista enamorado de lo que brilla, y á ella se entregaba sin escrúpulo porque venía á ser por cuenta de otro. Hay una especie de inmoralidad impersonal, propia de las mujeres, que es la de las madres, de las hermanas y las amantes, y que consiste en no cuidarse de las leyes de la conciencia cuando se trata de un sujeto adorado. Emilia, la pura abnegación y sencillez en cuanto á

ella se refería, para su hermano soñaba lujo, ambición y vanidad. Por esto dijo á Renato:

—Bien sabía yo que triunfarías. Digan lo que quieran las de Offarel, tu sitio no está en nuestro modesto círculo, sino en esa decoración, en esa vida de magnificencias. ¡Ojalá fueras rico! Pero lo serás, porque una de esas señoras se interesará por ti y se casará contigo y habitarás un palacio, y no por eso dejarás de ser mi hermano muy querido, ni de quererme tú. ¿Era posible, Dios mío, que estuvieras siempre como hasta ahora, ó en una pequeña habitación de un cuarto piso, con hijos en la miseria y una mujer con estas manos de sirviente que yo tengo? Verdad es que conmigo no has gozado esplendores, pero al cabo disfrutas cierta comodidad.

—¡Qué buena eres, hermana mía!

Renato se hallaba conmovido hasta derramar lágrimas ante el profundo afecto que su hermana le demostraba y ante la complicidad con que contaba para sus más ocultas aspiraciones.

Aunque el nombre de Rosalía no hubiera sonado entre ambos de cierta manera, y aunque Emilia no recibió jamás confidencia alguna de Renato sobre el particular, no cabía duda de que ella estaba aperecebida y se mostraría opuesta á un matrimonio con-

trario á pensamientos ambiciosos. Sin embargo, ¿aprobaría Emilia, si conociera todos los detalles, la traición que iba á cometerse, con sus lógicas consecuencias de los pesares que ocasionaba?

En cuanto Emilia se marchó, empezó á vestirse Renato, presa todavía de las ideas que en él despertó la última frase de su hermana, sintiéndose con valor para examinar frente á frente la situación y claro es que al punto recordó su compromiso con Rosalia y aun las ternezas que en la intimidad le había prodigado. Desde luego reconoció como verdad indiscutible que no hay derecho para robar el corazón de una virgen si no se siente fuerza bastante para permanecerle siempre fiel. Pero el hallarse convencido de la exactitud de tales pensamientos, no era obstáculo á que de nuevo soñara con las magnificencias de una vida en cuyo opulento fondo aparecía el rostro y la sonrisa de la señora de Moraines. —«¡Pobre Rosalia, qué dulzura la suya y cuánto me ama!»—Y con esta exclamación, reflejo de la seguridad del profundo cariño que había inspirado, revelaba una cierta emoción egoísta, que ni le abandonó en la mesa. ¡Y qué mesa ésta tan sencilla y tan diversa de aquella otra en que se celebró la famosa cena! Sobre el hule de flores varias se

ostentaba un modesto servicio de porcelana blanca y vasos algo bastos, para evitar que las torpezas combinadas de Fresneau, de Constancio y Francisca hicieran que la partida del cristal subiera demasiado en el presupuesto. El bueno de Fresneau, con sus barbas largas, su mirada distraída, comía de prisa, con los codos apoyados sobre la mesa, llevándose el cuchillo á la boca, tan ordinario de maneras como distinguido de corazón. Y para que resaltara más el contraste con las ideas de ocioso cosmopolitismo de Renato, contaba riendo su vida aquella mañana: á las siete repaso en la escuela de San Andrés; de ocho á diez, clase en el mismo establecimiento á los párvulos que no iban al Liceo todavía; después, á escape, tomó el ómnibus del Panteón y otra lección en la calle de Astorg, muy cerca de San Agustín.

—He comprado un periódico por el camino para leer la revista de la fiesta de anoche, y veo que lo he perdido.

—Eres tan distraído—dijo Emilia casi con acritud.

—Offarel nos lo contará—repuso alegremente Renato; —ya sabes que es mi indicador viviente. De seguro habrá leído á la tarde todos los diarios de París y provincias.

Precisamente porque Renato creía que

Offarel había de recoger todos los pormenores de la fiesta y que la señora los comentaría á su gusto, se juzgó obligado á dar él mismo cuenta detallada á Rosalía. Bien que sea hipocresía ó piedad, es lo cierto que hay un instinto que empuja al hombre á esta clase de delicadezas hacia la mujer que ha dejado de amar. Terminado el almuerzo, se encaminó á la calle de Bagneux por la de Vaugirard. El barrio que atravesaba, y que le era tan conocido, ofrecía ese aspecto de decorosa economía que distingue á la clase media, que no es lo horrible y pintoresco de la miseria. Renato, que acostumbraba antes á soñar durante el trayecto, haciendo versos que leer á Rosalía; que en todos los objetos y hasta en los escaparates de las tiendas hallaba motivo para conmoverse, porque empezaba á amar, ahora, porque el amor se desvanecía, encerrábase más y más su corazón y aun dejaba de ser benévolo con aquella que fué su encanto, como si tuviera la culpa de la impresión de mezquindad que en su barrio le desagradaba. Entre las varias pequeñeces en que detuvo su fantasía mientras andaba, la vista de una hermana de la caridad, con su paraguas bajo del brazo, las alas de su cofia blanca al viento y la cruz de su rosario golpeando la tela azul de su traje, le llevó ¿por qué? de

repente á la imagen de la señora de Moraines; sin duda algunas frases sobre obras piadosas dichas en la cena. Ya por tres veces, durante el día, y cada vez con más precisión, fijábase el poeta en estas visiones. ¡Si por casualidad la encontrase en una calle extraviada visitando los pobres! Pero en lugar de este ideal, paso á paso entraba en un corredor, del corredor al patio, y se paraba en la puerta del cuarto bajo de Offarel. A semejanza de lo que habían escogido los Fresneau, también esta familia realizó el deseo de las gentes de la clase media, y gozaban de un jardinito de las dimensiones de un pañuelo.

— ¡Es Renato! — dijo Rosalía, que acudió al oír llamar para abrir la puerta; porque los Offarel no tenían más que una asistenta que iba á las doce, y con la cual, por cierto, no se andaba en bromitas la señora.

En presencia de aquel á quien tanto amaba, no pudo Rosalía contener un grito, cambiando de color por la alegría.

— Mucho agradezco que venga usted á contarnos, sin pérdida de momento, el éxito de su comedia.

Pasaron al comedor, habitación á que daba poca luz una ventana situada al Norte, y tampoco tenía fuego, porque la escrupulosa avaricia de la señora había acordado susti-

tuir el combustible, los días en que el frío no era excesivo, por una especie de esclavinas guateadas y mitones.

— Siéntese usted.

Y la señora añadió:

— Estamos contando la ropa blanca, como usted ve.

Con efecto, sobre la mesa estaba la de toda la quincena, desde las camisas del padre hasta las de las hijas; y no se escapaba al observador que aquel montón era testimonio vivo de la estrechez en que se hallaba la familia. Por esto, Rosalía, que supuso no había de ser grato para el poeta tal espectáculo, le impidió tomar asiento allí, y antes que su madre tuviera tiempo de contestar, se lo llevó al salón, cuya pieza, tan pomposamente denominada, servía, sobre todo, de cuarto de trabajo á Angélica, ocupada en traducciones del inglés para aumentar los recursos de la casa. Precisamente en aquel momento escribía en un velador, el diccionario á sus pies, calzados con zapatillas que ella hizo más cómodas doblándoles los talones. Levantóse en el acto que vió entrar á Renato, recogió sus papeles y sus libros.

— No estoy visible — exclamó marchándose.

Y en verdad que, con sus cabellos despeinados y su bata sin botones, no lo estaba.

Sentóse el joven y se puso á contemplar aquella habitación, que le era tan conocida, cuya principal elegancia consistía en la docena de acuarelas que salieron de las manos del empleado en sus ratitos de ocio; las unas representaban paisajes tomados del natural en los paseos de los domingos; otras copiadas de cuadros muy interesantes para Offarel, como *Las ilusiones perdidas*, de Gleyre, que Renato detestaba. Una alfombra de fieltro descolorida, seis sillas y un sofá con sus fundas, completaban el mobiliario de la habitación, tan amada por el poeta en otro tiempo, como símbolo de la sencillez casi idílica, pero que debió parecerle hoy dos veces odiosa, no sólo por el estado de ánimo en que venía, sino por la acritud con que la señora, echándosela de fina, dijo:

— ¿Estaría usted muy contento anoche en su gran mundo? Su amigo de usted, el señor Larcher, no visita sino las gentes que tienen hotel y coche. No habla más que de princesas, duquesas y condesas..... Hace diez años era otra cosa.

— ¡Mamá, por Dios!...

— ¿Por qué mira con tal insolencia? Parece que nos está llamando pobres diablos con los ojos.

— Se equivoca usted respecto de su carác-

ter; tiene ciertamente algo de manía por la sociedad elegante; pero esto es natural tratándose de un artista. Yo mismo—expuso Renato sonriendo—me mostré encantado anoche ante aquella especie de palacio, aquellas flores, aquellos prendidos, aquella magnificencia. ¿Y creerá usted que por eso ya no voy á querer á mi gente y á mis antiguos amigos? Nosotros los escritores, todos amamos la decoración brillante: Balzac y Musset testigos. Ésta es simplemente una niñada sin importancia.

Mientras Renato hablaba, Rosalía miró á su madre con tal expresión de felicidad que hacía meses no se le había visto, y era que la inocente niña no alcanzó la complicación de sentimientos que revelaba aquella confesión del poeta. Conoció éste en la angustia de Rosalía, cuando oyó á su madre la frase aquella del gran «mundo», que no le había escapado la complacencia de Renato por la vida de sociedad. Se sentía él además como avergonzado de ser tan plebeyo en la embriaguez del lujo, y manifestaba sus impresiones, por consiguiente, de modo que Rosalía se tranquilizara, y con el aplomo de aquel á quien no cogen de sorpresa la esplendidez de los salones.

Para ciertas naturalezas, y en los artistas,

por su estado moral es bien frecuente, confesar una falta es lo mismo que perdonársela. Al defender á Claudio, Renato se complacía en detallar sus propias sensaciones; burlándose de lo que él llamaba su *snobismo*, palabra cuyo significado explicó á las señoras, poco á poco se posesionaban de su espíritu las comparaciones, y claro es que habían de ser desfavorables para aquella provinciana de París, tan modesta, tan laboriosa, tan encogida, que quedó desconcertada cuando, al cabo de tantas expansiones, notó en Renato la sequedad que le había producido aquel doloroso contraste. Porque ella le conocía muy bien y sabía que en él se daba una duplicidad de caracteres: tierno y suave el uno, incapaz de causarle pena, el Renato que ella amaba; otro débil, apartado de ella, irritado contra ella; pero no adivinaba el lazo que los ligaba; lo único que veía claro era que antes del triunfo del *Sigisbeo*, Renato se mostraba bueno; después casi siempre extraño. Jamás se hubiera atrevido á decir «desgraciado éxito», puesto que hasta ella misma se enorgullecía de tan lisonjero resultado; pero habría hecho lo imposible por volver á la época en que el poeta era desconocido y pobre, y todo de ella. Ahora hasta las palabras dirigidas contra otro le parecía que iban contra su corazón; en aquel

momento se cruzaban con su madre. ¡Y sin embargo!.....

La señora se levantó bruscamente preocupada, y so pretexto de que la gata *Cendrette* llamaba porque quería salir, fué ella la que salió, volviendo al comedor. Y debía ser su propósito dejar solos á los jóvenes, pues tan pronto como acabó con *Cendrette*, empezó las conversaciones con Ratón en voz alta. Esto no obstante, se decía en su interior:

—Puesto que ha venido inmediatamente, es que le sigue siendo fiel. ¿Cuándo se declarará? ¡Pobrecilla! No encontrará en los salones mujer que se le parezca: es una perla. ¡Tan honesta, tan linda!...

Luego seguía con el gato, subiendo el diapason. El animal acariciaba á su ama y ésta continuaba su monólogo:

—Ahora es un buen partido, y no podrán tacharnos de ambiciosos, pues antes también se le quería. ¡No sufrirá Rosalía los apuros que yo con Offarel!...

Y pasaba y repasaba la ropa.

—¡Qué sorpresa cuando se sepa que tiene su modesta dote!

A fuerza de severas economías, había podido ahorrar unas quince mil pesetas, que tenía colocadas sin saberlo su marido. Esta idea la hizo sonreír, añadiendo luego:

—¿Qué hablarán?

Conocía el amor de Rosalía hacia Renato, pero no la intimidad de sus lazos. ¡Cuál habría sido la sorpresa viendo que su hija cogía la mano del poeta y ponía todo su corazón en esta frase!

—¡Y ha podido usted separarse anoche de mi lado sin despedirse!

—Claudio tiene la culpa—contestó él, estrechando los dedos de Rosalía y ruborizándose.

Rosalía se desprendió de la caricia, porque no la engañaba su fingimiento.

—No, no es eso—repuso ella con algún esfuerzo.—No parece usted el mismo. ¿Cuánto tiempo hace que no me compone usted versos?

—¿Se figura usted que los versos se escriben así con esa facilidad?—dijo él con cierta dureza, evidente señal de que el amor declina.

Su propósito de manifestarse suave y tierno, se rompió ante la humilde exigencia de Rosalía, que penetrada de la exacta situación de las cosas, experimentaba dolorosa sensación. Tenía celos, como en el aire, pero los tenía.

La interrupción que siguió á las frases del poeta hacía daño, y fué preciso terminarla.

—¿Qué tal los actores anoche?

Y Renato, que se apresuró á recoger esta

futilidad para que no saliera de este terreno la entrevista, exclamaba: — ¡Divinamente! — Entrando después en un largo discurso sobre las diferencias que existen entre las representaciones de los teatros y las que se verifican en los salones.

Rosalía, amante, y por esto susceptible á las menores impresiones, desfallecía en el entretanto.

— ¡Es tan inocente — exclamaba la señora de Offarel, volviendo al lado de los dos jóvenes — que no ha sabido sacarle de su maldita comedia!

Furiosa, y en la necesidad de descargar su ira con alguien, preguntó á Renato:

— ¿Y su amigo de usted, Larcher, no se sentía envidioso?

VI

LA LÓGICA DE UN OBSERVADOR

Renato, que fué á casa de Offarel bajo penosa impresión, salió de allí aun más dolorosamente impresionado. Hacía un momento le desagradaban los demás; ahora se desagradaba á sí propio. Vino á proporcionar un placer á Rosalía, y le había ocasionado un nuevo sufrimiento. Por más que el poeta sólo sintiera para ella un amor de imaginación, había sido tan sincero, que necesariamente conservaba el extraordinario poder de apreciar hasta los menores movimientos de aquel corazón virgen, y una ineficaz cuanto amarga piedad por el dolor que la agonía de su pasión llevaba á Rosalía. Una vez más se preguntó si no era deber suyo decirle que ya no la amaba. Esta cuestión insoñable significa la brutalidad egoísta y cruel, ó la mezcla horrible de compasión y perfidia. «Veremos más adelante», que equivale á prolongar el martirio.

Tendió la vista á su alrededor, y sin darse cuenta se encontró en aquella parte del barrio

futilidad para que no saliera de este terreno la entrevista, exclamaba: — ¡Divinamente! — Entrando después en un largo discurso sobre las diferencias que existen entre las representaciones de los teatros y las que se verifican en los salones.

Rosalía, amante, y por esto susceptible á las menores impresiones, desfallecía en el entretanto.

— ¡Es tan inocente — exclamaba la señora de Offarel, volviendo al lado de los dos jóvenes — que no ha sabido sacarle de su maldita comedia!

Furiosa, y en la necesidad de descargar su ira con alguien, preguntó á Renato:

— ¿Y su amigo de usted, Larcher, no se sentía envidioso?

VI

LA LÓGICA DE UN OBSERVADOR

Renato, que fué á casa de Offarel bajo penosa impresión, salió de allí aun más dolorosamente impresionado. Hacía un momento le desagradaban los demás; ahora se desagradaba á sí propio. Vino á proporcionar un placer á Rosalía, y le había ocasionado un nuevo sufrimiento. Por más que el poeta sólo sintiera para ella un amor de imaginación, había sido tan sincero, que necesariamente conservaba el extraordinario poder de apreciar hasta los menores movimientos de aquel corazón virgen, y una ineficaz cuanto amarga piedad por el dolor que la agonía de su pasión llevaba á Rosalía. Una vez más se preguntó si no era deber suyo decirle que ya no la amaba. Esta cuestión insoñable significa la brutalidad egoísta y cruel, ó la mezcla horrible de compasión y perfidia. «Veremos más adelante», que equivale á prolongar el martirio.

Tendió la vista á su alrededor, y sin darse cuenta se encontró en aquella parte del barrio

de San Germán en que se paseaba cuando joven, encantado con la lectura de Balzac, soñando en una duquesa de Langeais ó de Maufrigneuse; en aquella taciturna calle Barbet-de-Jouy, que realmente parece un cuadro preparado para una señora de aristocracia algo artificial, por la absoluta carencia de tiendas, esplendor de sus hoteles y jardines, un tanto provincianos.

Inevitable asociación de ideas condujo á Renato al mundo de la Condesa de Komof, y por cuarta vez, durante la mañana, á la imagen, más distinta ya, de la señora de Moraines, en que se fijó con ahínco por la fatiga de las emociones tristes acabadas de experimentar; ésta era dulce, y además borraba la figura de Rosalia. — «¿Cuándo la volveré á ver?» — «Los días de ópera, antes de comer...» — me dijo.

Y risueño, apresuró el paso hasta los anuncios del boulevard de los Inválidos, leyendo los espectáculos de la noche, que ignoraba este aprendiz de elegante.

Era viernes y se daban *Los Hugonotes*. Olvidóse de todo y de todos para acordarse sólo de que la señora de Moraines podría recibirle. ¿Iría? Su corazón acusaba violento desorden. Razonando el pro y el contra de su deseo, consideró que para hacer la visita ha-

bía de empezar por vestirse y luego por conocer las señas; de aquí llegó á la necesidad de ver á Claudio para averiguarlas, justificando á sus ojos esta determinación la conveniencia de interesarse por su amigo, que se marchó tan contrariado la noche anterior; que quizás lloraría su desdicha, ó se prepararía á un lance con Salvaney: cumpliría, pues, con este deber; incidentalmente tomaría también datos de Susana.

Se encaminó á la calle de Bellechasse, después á la puerta cochera del extraño domicilio elegido por Claudio; la empujó, penetrando en un inmenso patio, testimonio vivo del abandono, desde la crecida hierba hasta las telas de araña de los cristales de las desiertas caballerizas. Al fondo un hotel grande de tiempos de Luis XIV, en cuyo frontis se leía aún la orgullosa divisa de los Saint-Euverte, que aquí tuvieron su mansión señorial: *Fortiter*. El barrio de San Germán conserva este género de edificios solitarios y estropeados por la intemperie, tan amados de los artistas, que se entusiasman con el pintoresco-psicológico, valga la frase. Renato conocía la historia de la casa y familia del Marqués, retirado en sus haciendas del Poitou con sus tres hijos después de la rápida y simultánea muerte de la Marquesa, sus tres hijas y sus yernos, víctimas

del tifus. La difunta señora, administradora excelente, alquilaba dos pequeñas habitaciones á gente tranquila; habitaciones que en su origen se arreglaron para dos pariente pobres y emigrados. Véase cómo Claudio vino á parar allí y estaba solo, pues la tristeza alejaba los inquilinos. Esto precisamente agradaba al escritor paradójico y soñador, de existencia estrambótica, mundano y deseoso de un rincón en que ocultar sus agonias de romanticismo analítico. Porque Claudio cultivaba esta enfermedad de su espíritu en sí mismo, por amor al arte. El portero del hotel se hallaba á la absoluta discreción del escritor merced á los billetes de teatro que le daba y á la reputación de su inquilino. Renato entró en el gran vestíbulo, cuya magnífica lámpara probaba el esplendor de las recepciones de otro tiempo; subió la escalera de piedra con barandilla de hierro forjado, hasta el segundo piso; allí entró en un corredor, á cuyo extremo el doble portier de tela oriental anunciaba las curiosidades de una instalación á la moderna, en este hotel donde la sombra de grandes señores con peluca debería aparecerse durante la noche. El criado que acudió al oír la campanilla, mostraba esa fisonomía particular que traduce una de las mil influencias secretas de los lugares sobre la persona-

lidad humana; fisonomías que huelen á humedad, color verdoso y con el salvajismo de ave nocturna en el ojo y en la boca; guardianes de los castillos ruinosos y parte reservada de las catedrales. Sin embargo, Fernando, que así se llamaba éste, presentaba una singularidad en el género, la de hallarse bien vertido y á la moda con los desechos de su amo. Fué ayuda de cámara del difunto Conde de Saint-Euverte, y ahora cuidaba á la vez de Claudio y del hotel, de donde únicamente salía un día al mes. Como el portero hacía los recados y su mujer guisaba, el escritor tenía su servicio completo y todos encantados de su bondad infantil.

—Le han dejado á usted subir; me va á regañar el señorito.

—¿Está trabajando?— preguntó Renato, sonriendo de aquel miedo.

—No, señor; pero la señorita Rigaud ha venido.

—Pregúntele usted si quiere recibirme un minuto; écheme usted la culpa.

Al cabo de un instante volvió Fernando diciendo que podía subir, como en efecto subió por una escalerilla interior que llegaba á las tres habitaciones en que Claudio estaba casi siempre pensando ó sufriendo, según los casos. El aspecto de esta escalera y de las dos

primeras piezas llamaba la atención por el derroche de alfombras y cortinas. Una media luz apenas permitía ver los muebles de cuero de la sala de fumar y el ancho salón, cuyas paredes desaparecían con tanto libro. La mansión favorita del escritor era un cuartito, colgado de tela oscura y sobre ella cuadros y acuarelas de pintores como Forain, Degas, Raffaelli, Monet, Feliciano Rops, y en un zócalo forrado de paño un busto, en el que el gran escultor Rodin había reproducido maravillosamente la *psicología* de Claudio: la inquietud moral y el libertinaje, la reflexión atrevida y la voluntad débil, un idealismo nativo y una corrupción casi sistemáticamente adquirida. Una pequeña estantería, la mesa en el rincón, tres butacas de estilo veneciano y un ancho diván de piel color verde completaban el mobiliario de este asilo, lleno de humo del cigarrillo ruso de Colette en aquel momento. La joven se hallaba tendida sobre el diván, casi suelto su rubio cabello, en un traje algo masculino; por bajo de la falda se veían sus pies un poco largos con medias de seda negra y zapato charolado. Su rostro pálido, como pálido estaba el de Claudio, claramente denotaban el género de vida de ambos y la escena de reconciliación criminal que debía haberse efectuado.

—¡Mi querido Vincy, llega usted á tiempo para evitar que me pegue; es tan malo Claudio para mí! Di lo contrario si te atreves, amor mío.

Luego contó que no llevaba corsé casi nunca, y levantándose inclinó su cabeza sobre el hombro del escritor, que, subyugado por tanta y tan extravagante caricia, miró á Renato con alguna vergüenza, después á Colette con emoción. Ella estremó entonces sus coqueterías, sin asombro por parte de Renato, que ya conocía tales escenas. No obstante, le chocaba la furia de que ambos se hallaban poseídos la noche anterior, tan pronto anegada en deleites. Renato se sentía á su vez cogido con impresiones de este orden, que la actriz le causaba intencionalmente con las ondulaciones de su cuerpo y los detalles de su *toilette* en el cuarto del teatro, donde nada dejaba oculto al joven, que envidiaba y compadecía á Claudio á la vez, sin faltar jamás á su amistad y desechando pronto las sensaciones que tanta bajeza le inspiraban un momento. Pero una asociación de instintos, que suele ser más fuerte que una asociación de ideas, porque no nos damos cuenta de su proceso misterioso, le hizo recordar los encantos de la señora de Moraines, deduciendo de aquí que le sería imposible no verla en aquel día, y que jamás

pronunciaria su nombre ni preguntaria sus señas delante de gentes que de tal modo se producían.

—Vete; sabes que te amo y me haces sufrir— gritaba Claudio.—Acuérdate, y que te diga Renato cuál era mi estado anoche. Sin embargo, aun bajando á los últimos escalones, no podría dejar de adorarte.

—Que Renato cuente cuál era el mío y mi rabia... Yo he venido á ti la primera.

Colette en aquel momento se parecía á alguna de esas reinas que idolatran y mandan cortar la cabeza á sus amantes.

—Verdaderamente padeció Claudio mucho.

—Ya he dicho á usted que le mimaba. He salido temblorosa del teatro, aun sin desnudarme, ante la idea de un suicidio, y le he encontrado corrigiendo pruebas.—Esto exclamó la actriz.

—Es el oficio—contestó Larcher.

—Con esto sólo se prueba que somos ambos desordenados; pero yo te acepto como eres y tú...

Renato tropezó con un anuario de la *High-life*, y ruborizándose de la mentirijilla, dijo:

—Su nombre de usted no está aquí, Claudio.

—Ni falta que hace. Demasiado frecuenta el trato de esas gentes.

—Cualquiera afirmaría—repuso Larcher—

que no te desagrade la conversación de esos señores.

—Bonita alusión. El deber de esos es mostrarse *chics*, vestirse bien, jugar á las cartas y montar á caballo; pero tú jamás podrás ser más que un gomoso con cabeza desabio. ¡Ojalá fueras hoy como el día que te conocí, hace ocho años, en aquel restaurant de la calle de los Santos Padres; yo iba con mi madre y mi maestro, tú allí en el rincón, tan guapo y con los ojos abiertos para gozar de la vida!

Levantóse en esto Renato, que ya había encontrado las señas que buscaba, calle de Murillo, cerca del Parque de Monceau; preguntóle ella si le verían luego en el teatro; recomendóle que no se pareciera á Claudio en lo de andar tras de las señoras del gran mundo, que no valen gran cosa, y encendiendo un nuevo cigarrillo, despidió á Renato.

—Siempre es así delante de gente; pero cuando estamos solos sabe mostrarse buena y tierna.—Con esta confianza de Claudio llegaron á la escalera, en donde aturdidamente preguntó Vincy por Salvaney.

Algo pálido contestó:

—La mujer es capaz de todo, hasta del bien y... ¿qué quiere usted? la creeré siempre que me hable de cierta manera.

Y estrechó la mano de su amigo.

VII

PERFIL DE MADONA

—Mentira parece que un hombre de corazón y de talento llegue tan abajo—se dijo Renato al separarse de su compañero.—Ella es muy linda, eso sí. ¡Si pudiera unirse á la hermosura de alma de una criatura como Rosalia esa gracia, esa elegancia, ese no sé qué!....

De aquí pasó el poeta á la señora de Moraines, en la que había creído adivinar la confusión de ambas clases de belleza; mujer deliciosa, aristocrática por naturaleza, cuya dulcísima voz y conversación ideal formaban la síntesis de la artista por un lado y de Rosalia por el otro. Despertó de la especie de sonambulismo en que andaba ensimismado, al salir del Puente de los Inválidos y del centro de la Avenida de Antin. Automáticamente llegaba al barrio en que vivía aquella Susana, y recordó que en otro tiempo frecuentaba la misma calle de Murillo, donde habitaba Gustavo Flaubert, el autor de la *Tentación*, del cual era entusiasta nuestro poeta. Ya

estaba lejos esa época; ¿quién le habría dicho que volvería á pasar por allí para ver á la mujer que realizaba sus más íntimas quimeras? Casi instintivamente y después de mil vacilaciones, tomó un carruaje y se dirigió á la calle de Coëtlogon, y una vez en su casa empezó á vestirse. Triunfó el deseo de ver en aquel mismo día á la señora que con tal delicadeza le invitaba y tan distinta de la superficialidad con que las otras le habían hecho iguales ofrecimientos. Su hermana no estaba, y Francisca se ocupaba de la comida. Renato se entretenía en coqueterías pueriles y aún no se confesaba resueltamente que iría. Los objetos todos de su cuarto le traían á la memoria sus deberes hacia Rosalia.

—Si recibiese sin yo saberlo un hombre que le agradase tanto como á mí me agrada la señora de Moraines.... Verdad que yo soy artista y necesito sensaciones nuevas, experiencias del mundo; no voy á hacerla el amor...

Puso dos gotas de *white rose* en el pañuelo, y el penetrante perfume excitó su tormento de pasión, removiendo todas las reservas de juventud que mantuvo en holocausto por Rosalia; pero la lealtad para con ella concluía ante las visiones poco ideales que en Renato despertaban aquellos hombros desnudos, aquella nuca dorada, aquellos labios

rojos y aquellos dientes tan blancos. Cuando el coche le dejó en la calle de Murillo ya quedaba irreparablemente traicionada Rosalía por la sensación nueva de aquella Susana á quien sólo había visto una hora en toda su vida; pero la novedad en la juventud tiene encanto irresistible, y hasta tal punto lo tenía para Renato, que primero hubiese pisoteado el corazón de la primera que no visitar á la segunda.

—No lo sabrá—se dijo; y entró.

La casa de pisos que habitaba la señora de Moraines parecía un hotel, gracias á su complicada y elegante construcción. La garita del portero resultaba más brillante que el salón de los Offarel en los días de fiesta. Tan grande era la emoción de Renato, que hubiera agradecido que aquel militar inválido le negara la subida; pero, por el contrario, le dijo: «Al fondo del patio, la puerta de enfrente, cuarto segundo.» Y tuvo que adelantarse á buscar y salvar la escalera, alfombrada y á la misma temperatura suave de una habitación. Plantas á uno y otro lado, asientos en todas las mesetas, el gas ya encendido, elementos todos estos para aumentar la turbación del joven, cuyas piernas temblaban al poner la mano sobre el timbre, al sentir los pasos del criado, preguntarle y ser conducido

al saloncito en que se hallaba la peligrosa mujer de que sólo conocía su belleza. ¿Podía ocultarse á sí propio ya el género de interés que le arrastraba? Si hubiese tenido necesidad de dibujar el marco, seguramente no le encontrara más de su gusto que aquel en que por segunda vez se le presentaba la noble hermosura que le enamoró. ¡Con cuánta frecuencia la hermosura se convierte en mentira, y mentira peor que las otras, si nos empeñamos en contemplarla como algo más que una línea, un contorno, una apariencia! Hallábase la señora escribiendo; sobre el *bureau* una lámpara con pantalla de encaje, alrededor una jardinera, y saliendo de ella hermosa hiedra enredada en dorada celosía. Todo, en fin, era allí del gusto moderno; los juguetes, las telas, la *chaiselongue*, la vitrina, con sus objetos japoneses y sus fotografías, los cuadros, las porcelanas, las infinitas superficialidades del género. Renato no conocía, sin embargo, el mundo más que en las novelas, y todo este conjunto, velado por la media luz, lo atribuía á la personal delicadeza de la madona de aquel santuario. Recibióle ella con una sonrisa y una mirada que de golpe destruyeron los pueriles temores que hasta entonces le habían atormentado. Hay hombres que nacen para agradar á las mujeres independientemente del

corazón, del talento y hasta de la figura, y llevan en el alma como antenas morales que les advierten de las impresiones que producen. Así, Renato, á pesar de su ignorancia, comprendió que había hecho bien en venir á gozar de dulces emociones al lado de este primer ejemplar que veía de cerca. No era la mujer de la vispera; acababa de entrar de la calle, y tal vez por alguna urgente ocupación le faltó tiempo para mudar de traje; sólo pudo quitarse el sombrero y cambiar de calzado. El vestido era oscuro y de cuello alto como el de Colette, sus cabellos del mismo color que los de la artista, y este aspecto, estos rasgos comunes creía el poeta que la aproximaban más á él; no existía aquella impenetrable atmósfera que desarrollan el aparato de las *toilettes* y la ceremonia de las recepciones. Había, no obstante, diferencia, que él notaba, entre ambas mujeres.

—Sr. Vincy, agradezco á usted mucho su visita.

Esta fórmula insustancial, que podía perfectamente haber salido de los labios de la señora de Sermoises, de la Ethorel y hasta de la tiesa señora de Hurault, fué para Renato expresión de una profunda simpatía, absoluta bondad y divina indulgencia, tan sólo porque un ademán gracioso, un ligero relámpago de

sorpresa y una sonrisa seductora, completaron el saludo. Aunque el poeta no hubiese venido predispuesto á la admiración, la manera con que Susana le acogía era bastante para encantarle; y no ya este verdadero neófito, sino que otro tanto acontece diariamente á los escritores más distinguidos y más hastiados. El autor del *Sigisbeo* se preocupaba de no agradar, y había agrado; había sentido toda la mañana ardiente deseo de ver á aquella mujer, y la veía. Ella, moviendo los labios y cerrando un tanto los ojos, dejó caer esta segunda frase:

—Si usted ha cumplido con todas las señoras que ayer le invitaban al felicitarle, mucho ha tenido que moverse.

Y él contestó instintivamente:

—Es que no he visto á ninguna sino á usted, señora.

Inmediatamente después de dicho esto se ruborizó, porque las palabras pronunciadas y el modo de pronunciarlas tenían tan clara significación, que al poeta le sucedió lo que á los niños cuando les sorprenden algo que quieren tener oculto. ¿Habría por acaso ofendido con su espontaneidad á aquel dechado de perfecciones, á aquella especie de Titania, á cuyo lado reconocíase como oscuro Bottom? Y es que Renato, como bajó los ojos al lanzar la

exclamación, no pudo ver la imperceptible sonrisa que se dibujó en Susana, satisfecha del resultado de su provocación. De todo ello sacó Renato en consecuencia que aquella mujer era tan buena como linda.

Previendo alguna nueva timidez, anticipóse Susana á dirigir la conversación con estas palabras:

—Es que yo merezco, caballero, un poco esa preferencia, que seguramente causaría, si se supiera, la envidia de otras; porque nadie admira tanto como yo el hermoso talento que revelan esos versos de tan exquisita sensibilidad. Y es que nosotras las mujeres jamás criticamos las cosas con el entendimiento, sino con el corazón, aunque en cierto modo no parezca esto lo corriente: pero yo heredo de mi pobre padre este sentido; él, tan amante de los progresos de la literatura, por la que tanto hizo, hubiera gustado mucho de los trabajos de usted.

Detúvose como para alejar de su mente recuerdos melancólicos. Preciso era convertirse en monstruo de desconfianza para no creer en una herida, todavía fresca, al oír á Susana hablando de su padre.

Renato, sin embargo, quedó sorprendido, porque sus noticias le daban á conocer á Bois-Dauffin como enemigo jurado de la literatura

y autor de un proyecto de ley deplorable sobre la librería. Además, no era partidario del idealismo convencional á que había aludido la señora de Moraines. Sea que comprendiese la diferencia de gustos literarios, ó que careciera de la instrucción suficiente para seguir una conversación de este género, Susana pasó, como sobre ascuas, de esta cuestión del ideal en el arte al otro problema más femenino del ideal en el amor, aunque no sin dejar en el poeta la impresión de que cualesquiera que fuesen las cualidades del padre difunto, su hija revelaba corazón sensible y tierno, conservando la tradición.

—Y me agrada mucho también en el *Sigisbeo* la fe en el amor que demuestra, el horror á la coquetería, á las mentiras, á las villanías todas que deshonoran al más divino de los sentimientos del alma humana.

Y esto con su acostumbrada voz de música fina.

—Créame usted, el día en que dude del amor, cesará usted de ser poeta; pero hay un Dios que vela sobre el genio, y no permitirá que los magníficos dones que ha prodigado á usted se esterilicen por el escepticismo. ¡Porque usted será religioso y buen católico!

Susana, durante sus reflexiones al poeta, le envolvía con penetrante mirada, poniendo

la mano en su propia frente y manifestando una especie de exaltación contenida.

Renato contestó que al presente tenía sus dudas en materia religiosa.

Ella se calló, mostrando en su semblante expresión casi dolorosa, y desde aquel momento, ante ideas tan nobles, sentimientos tan delicados, y hasta la mezcla de cosas tan independientes como la creencia en Dios y las obras dramáticas en verso, Renato se encontró decidido para siempre á afrontar los mayores peligros en holocausto de aquella mujer.

Al cabo de todo ello, el ruido de la tetera que el criado llevó á un rincón del saloncito, se hizo más perceptible.

Pasó Susana por sus ojos los dedos de afiladas uñas, y con sonrisa que parecía pedir perdón de haberse atrevido á tratar con su pequeñez problemas tan serios ante un espíritu superior, dijo:

—Pero no ha venido usted á oír sermones. ¿Quiere usted una taza de té? Pues ayúdeme usted á prepararla.

Levantáronse ambos, ella ligera, él encantado, y ya puestos á la faena, comenzó una de esas conversaciones de nonadas, mantenida por ella, que se sentó á su lado, mientras gustaban de la merienda improvisada,

con ese ingenio con que dominan las mujeres á los hombres más feroces.

Susana interrogaba ahora al poeta sobre sus primeras impresiones del *Sigisbeo*, completando su obra de seducción obligándole á hablar de sí propio: acabó en él toda corteidad, y en medio de esta gratisima sensación, vino la más cruel á interrumpirlos.

—¡Qué fastidio! — fué la exclamación de Susana.

Saludó el poeta, no sin que antes quedara presentado á la visita que tan inoportunamente concluyó la deliciosa escena descrita.

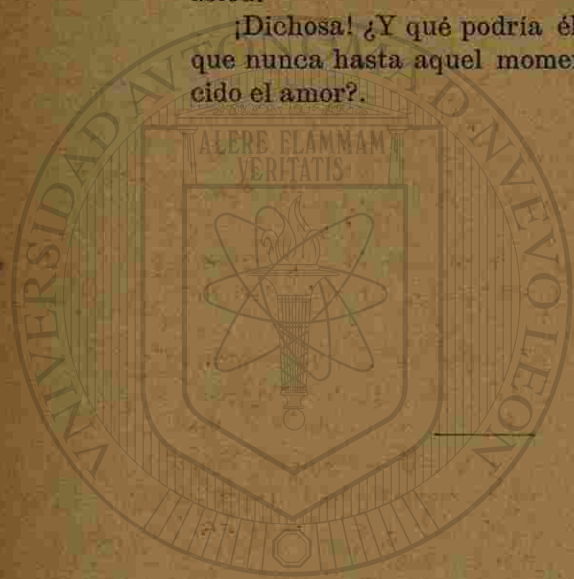
—El señor Barón Desforges; el señor Vincy...

Pudo Renato fijarse en este hombre, de regular estatura y bien vestido, que lo mismo podría contar cincuenta y cinco años que cuarenta y cinco, aunque en realidad tenía cincuenta y seis; fisonomía indescifrable, rubio aún el bigote, gris el cabello, que no se teñía (demostrando su buen gusto), y bastante espeso. Sólo su color sanguinolento no se conformaba con la general elegancia del personaje.

El poeta sintió antipatía inmediata ante la impertinente mirada del Barón, que no le dirigió la palabra; gracias á que la imagen seductora de Susana borraba todas estas esquinias, y aun más al decirle:

—He sido muy dichosa con la visita de usted.

¡Dichosa! ¿Y qué podría él contestar sino que nunca hasta aquel momento había conocido el amor?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

EL OTRO PERFIL DE LA MADONA

—Es el poetilla de la de Komof—dijo Susana inmediatamente después que se cerró la puerta.

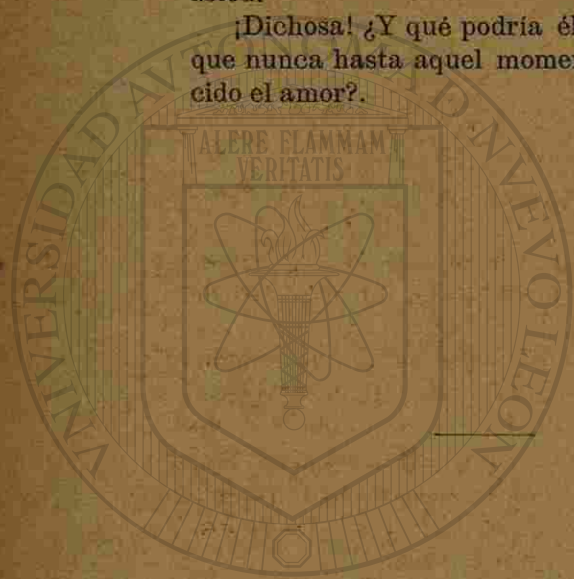
Este modo de contestar anticipadamente á una pregunta que adivinaba en el semblante del recién llegado, bien claramente indicaba el lugar que le correspondía en la intimidad de la casa. Y con aquella sonrisa infantil que sabía tomar, y ante la cual no resisten los hombres más recelosos, añadió:

—Verdad es que usted no estuvo. Me hubiera usted encontrado linda, muy linda. Iba peinada como á usted le gusta, y esperaba verle á usted por lo menos. Allí me presentaron á ese joven que es el autor de la obra; el pobrecillo venía á dejarme una tarjeta; ignoraba las horas en que yo recibo, y ha subido. Le ha hecho usted un gran favor librándole de la visita; no sabía cómo despedirse.

—Ahora comprenderá usted con cuánta razón me opuse á que usted fuera. Ya tenemos

—He sido muy dichosa con la visita de usted.

¡Dichosa! ¿Y qué podría él contestar sino que nunca hasta aquel momento había conocido el amor?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

EL OTRO PERFIL DE LA MADONA

—Es el poetilla de la de Komof—dijo Susana inmediatamente después que se cerró la puerta.

Este modo de contestar anticipadamente á una pregunta que adivinaba en el semblante del recién llegado, bien claramente indicaba el lugar que le correspondía en la intimidad de la casa. Y con aquella sonrisa infantil que sabía tomar, y ante la cual no resisten los hombres más recelosos, añadió:

—Verdad es que usted no estuvo. Me hubiera usted encontrado linda, muy linda. Iba peinada como á usted le gusta, y esperaba verle á usted por lo menos. Allí me presentaron á ese joven que es el autor de la obra; el pobrecillo venía á dejarme una tarjeta; ignoraba las horas en que yo recibo, y ha subido. Le ha hecho usted un gran favor librándole de la visita; no sabía cómo despedirse.

—Ahora comprenderá usted con cuánta razón me opuse á que usted fuera. Ya tenemos

otro escritor más en la sociedad, y como ha visto á usted, verá á otras; volverá, será invitado, y hasta se hablará delante de él, como delante de usted ó de mí, sin reflexionar que cuando salga irá á la redacción ó al café á contar por vanidad lo que oiga. Y luego se admiran las señoras de esas crónicas escandalosas en que salen á relucir, por la tonta manía de admitir á los escritores en lo que se llama sociedad del día. Nosotros les perjudicamos robándoles su tiempo, y ellos nos perjudican difamándonos. Sin ir más lejos, me contaron que la hija de uno de los colegas de ese caballero, que ayuda á su papá en la tarea de publicar libros, había dicho que no venían nunca á nuestro mundo sin sacar de él dos páginas de notas útiles.

Susana dijo al Barón estrechando sus manos y con una mirada de tan viva admiración que debía ser sincera:

—¡Qué feliz me considero de haber encontrado un hombre de ese golpe de vista, tan perspicaz, para dirigir mis pasos!

—Toda mi ciencia de la vida consiste en procurar hacer agradable la que me queda, que no será larga. Ya pronto entro en los cincuenta y seis, Susana.

Movió ella su linda cabeza rubia, acercándose al que hablaba paseando, y al llegar

cerca de él, con un gesto indefinible, presentó primero los ojos y luego los labios á sus caricias.

—Vamos, ¿quiere usted una taza de té? Cuando habla usted de edades es señal de que se ha aburrido en la Cámara ó en alguno de esos Consejos de Administración.

Aproximóse entonces á la mesita, donde aún se veían las dos tazas que ella y Renato habían gustado. ¿Qué ideas atravesaron por su cabeza? Difícil sería afirmar más sino que preparó ahora el té con igual cuidado que antes; como naturalmente sucedió que Susana ocupara el mismo sitio que la otra vez, y el Barón el de Renato.

—Verdaderamente ha sido cruel la sesión del Palacio Borbón, á la que he asistido por oír al excelente de Sauve combatir al Gobierno; todavía creen en esto. Yo, desde que rehusé ser ministro el 16 de Mayo, por supuesto, soy escéptico y pesimista. Me eligen diputado porque mi abuelo fué prefecto en tiempo del Gran Emperador y yo consejero de Estado con el otro. Cuando voy al Circulo encuentro allí media docena de amigos que se ocupan de restaurar la Monarquía, viendo pasar las mujeres en la terraza, si es verano, desde el salón en el invierno, entre partida y partida de juego. De buena gana hubiera ido á decirles cua-

tro verdades, porque me temen y cambian de conversación si me acerco; pero he preferido llegar á la calle de la Paz á recoger los pendientes de usted, que debían estar ya.

Sacó de su bolsillo un precioso estuche, sin marca que denunciara la tienda, y mostró, abriéndolo, las luces de dos hermosísimos brillantes, que Susana contempló con la de sus ojos, cerrando después y colocando el estuche entre otros. Este movimiento era por sí solo bastante para indicar lo acostumbrada que se hallaba á estos regalos, y dijo:

—¡Qué bueno es usted!

—No tiene usted que agradecerme nada; al contrario, yo soy el agradecido porque tiene usted la bondad de guardar esas modestas piedras. ¡Ah! el Oporto ha llegado y enviaré la mitad, según convinimos, y para que todo marche bien, nos darán por un pedazo de pan aquel *Wateau* que tanto le gusta.

Lo decía con visibles muestras de satisfacción por el éxito de los brillantes.

—Mañana á las cuatro, en la calle del Monte-Tabor, no me impedirá usted que le manifieste mi reconocimiento.

Y bajó los ojos.

Si el pobre Renato, embriagado de idolatría camino de su casa, hubiese podido á través del espacio percibirla en aquella actitud,

sin oír la conversación, la habría creído imagen viva del pudor; pero los juicios del Barón debieron ser distintos según la impresión que causara en él, equilibrista sempiterno de actos y sentimientos. Pasó un instante, y cambiando de conversación, preguntó á Susana, que no se dió cuenta de aquellas sensaciones:—¿Quién va con usted esta noche á la Ópera?

—Sólo la de Ethorel.

—¿Y detrás?

—Mi marido; Ethorel se ha excusado, y Crucé naturalmente.

—Mucho han debido producirle esas relaciones.

—¡Qué canalla!

—Ella es tonta; Crucé lo entiende, y Ethorel, si no tuviera esto, daría su dinero para juguetes de á real—dijo el Barón añadiendo:

—¿Y quién más?

—De Brèves y usted.

—A ver; me parece que oigo pasos. ¡Qué fastidio! ¡Ah, ya, es mi marido! Buenos días, Pablo...

—Esa es la voz del corazón—dijo el que entraba, guapo mozo de ojos grandes y francos y fisonomía enérgica con facciones de noble regularidad, que sólo se ve en París durante la primera juventud; una de esas fisonomías

que en un hombre de treinta y cinco años indica la paz de irreprochable conciencia. En el modo que tuvo de mirar á su mujer, se comprendía que Moraines la adoraba, y en su manera de apretar la mano á Desforges, la más sincera simpatía.—¿Estorbo?

—¿Quieres una taza de té?—contestó sencillamente Susana,—aunque debe estar frío.

—No, gracias.

Dejóse caer en una butaca, y creyendo hacer efecto, exclamó:

—Hay maridos verdaderamente estúpidos; me avergüenzo de ellos por la clase. ¿Conocen ustedes la historia de Hacqueville que me acaban de contar? ¿No? pues bien. Abre distraído una carta que era para su mujer, y se convence de su falta.

—¡Pobre Mainterne, amaba tanto á Lucía!—Esto, Susana.

—No es eso lo bonito, sino que la carta no era de Mainterne, ¡era de Laverdin! Hacqueville la lleva y pide consejo...

—A Mainternes—interrumpe el Barón.

—¿Conoce usted la cosa?

—No, pero era de suponer. Y Mainternes, ¿qué dijo?

—Está indignado de la duplicidad. Lucía en casa de su madre. Duelo pendiente entre Hacqueville y Laverdin, y el marido empe-

ñado en que lo apadrine Mainterne. ¿Será majadero? No hay un amigo que le cuente...

—Lo habrá—repuso el Barón, levantándose.—No conviene escribir nunca; esta es la moraleja del suceso.

—¿No come usted con nosotros, Fedérico?—preguntó Moraines.

—Tengo ya compromiso; pero nos veremos en el teatro—manifestó Desforges—porque la señora ha tenido la bondad de reservarme un sitio...

—En su palco de usted—contestó Moraines, sin saber cuán exacto era lo que decía.

El Barón, viudo hacía diez años próximamente, conservó su bañera en la Ópera, y la subarrendaba á sus excelentes amigos, una semana si y otra no, sólo que el precio del subarriendo jamás se pagaba. El marido no recelaba de esta combinación, como tampoco de que el tren de su casa no podía mantenerse con las cincuenta mil pesetas anuales que tenía, mitad heredadas del antiguo ministro del Imperio, que no dejó gran fortuna á pesar de los altos puestos que ocupó, y mitad del sueldo que daban á Moraines por su plaza de secretario general de una Compañía de seguros, conseguida por Desforges. A pesar de los ruegos de Susana, su marido no perdía la deplorable costumbre de extasiarse acerca del in-

genio con que su mujer administraba la casa: ella se lamentaba del ridículo, aunque sin resultado. Cuando el Barón se marchó, Pablo, acercándose, le dijo:

—Gracias á Dios que estamos solos; ven acá, Susana.

Y Susana repitió ahora el manejo de los ojos y los labios que se puso en juego con Desforges anteriormente.

—Al oír esas infamias que me cuentan, y pensar la suerte que he tenido en dar con una mujer como tú, porque te adoro, Susana mía...

—Pues vas á reñirme—contestó ella procurando separarse.—Esta señora tan razonable, y de que estás tan orgulloso, ha hecho una locura. Aquellos brillantes de que te tengo hablado, los compré al fin.

—Puesto que inviertes tus economías, nada he de decirte. ¡Qué piedras tan hermosas! ¿Quieres que no te riña? Pues déjame ponértelos.

—Tú no sabes, verás cómo no.

Y aproximó una tras de otra sus monísimas orejas adornadas con sencillas perlas rosa, que él, con gran destreza, quitaba para colocar los brillantes. Concluida la operación, miróse Susana en un espejito de mango de plata, también regalo de Desforges, y sonrió al verse tan linda. Pablo debió encontrarla

asimismo bella, y trató de empezar sus libertades; pero Susana, que ordinariamente no resistía á aquel hombre tan leal á quien engañaba cruelmente, lo rechazó en la presente ocasión con cierta brusquedad, hija de tan complicados sentimientos como en ella se mezclaban, protestando que en un matrimonio de larga fecha eran aquellas cosas ridículas y que apenas tenía tiempo para vestirse.

Entró, con efecto, en su dormitorio, y de allí pasó al tocador, que era la pieza de la casa que más expresivamente denotaba la naturaleza profundamente materialista de Susana, que por conservar este gineceo se sentía capaz de todo. Celina, su doncella, morena de ojos impenetrables, comenzó sus funciones, desnudando primero, peinando á seguida y vistiendo después á Susana, cuyas gracias incomparables venían á ser su propia y única religión. ¡Qué de sensaciones y pensamientos penetraron en ella sucesivamente! De su marido dijo:—«Hermoso corazón.»— De Desforges:—«Excelente amigo.»

Esta parisiense de treinta años se hallaba todo lo corrompida posible, sin darse cuenta de su estado monstruoso, porque el trabajo había ido realizándose momento á momento y circunstancia por circunstancia.

Susana casó, sin entusiasmo y sin repug-

nancia, dos años antes de la guerra de 1870: matrimonio de familia. Moraines, senador desde los primeros tiempos del Imperio, pertenecía al mismo mundo que Bois-Dauffin. Pablo, auditor en el Consejo de Estado, perfecto bailarín y cumplido caballero, parecía hecho para ella, como ella para él. Dos años transcurrieron en una intimidad y en un vaivén de fiestas y placeres verdaderamente encantador y envidiable; pero el 4 de Septiembre llegó, y con este día el fin de aquella historia de hadas. Los grandes sueldos de ambas familias fueron suprimidos, aunque no cambiaron súbitamente las costumbres, pues Bois-Dauffin murió en 1873 convencido de la restauración de un régimen que había visto tan fuerte y tan popular, y el anciano senador, que bien pronto siguió á su amigo, participaba de las mismas esperanzas. En tanto, Pablo había dimitido, influido también en el propio sentido y con mayor fe aún en la causa, que es el rasgo característico del partido imperialista. Susana no tenía confianza sino en su real y positiva ruina, puesto que empezaban á comerse el capital. Por esta época precisamente, 1873, Federico Desforges se ocupaba de ella asiduamente. Pertenecía á la pléyada brillante de 1850, á cuyo frente figuró el profundo y seductor Morny; contaba apenas cin-

cuenta años y había sido objeto de crónicas galantes. Viudo sin hijos, casi ocioso, con una fortuna de más de cuatrocientas mil pesetas de renta y varias fincas importantes, pensó en organizarse unas relaciones, últimas en su vida, que por sus atractivos le hicieran agradable el «empleo de sus noches». Conocida la situación de la señora de Moraines, que llenaba sus aspiraciones, incluso ser el marido «razonable», y poco á poco, mediante regalos continuados, la colocación de Pablo, sus exigencias aceptables, su conversación y talento de la vida, la llevaron á donde quiso, de un modo tan natural, tan sencillo, que Susana, dejándose arrastrar á esta intimidad de todos los días, no creía en la culpabilidad de tales relaciones, cuya regularidad, unida á la simpatía que seguía inspirándole su marido, no sólo la tranquilizaba, sino que la hacía reputarse por muy superior á la mayor parte de sus amigas, que se dividían en múltiples y variadas intrigas. Sólo se reprochaba una cierta infidelidad que cometió dos años después de su compromiso con Desforges, robando á una de sus íntimas su amante, hombre muy á la moda, pero que por su aire vanidoso podía producirle escándalo, y hacía necesaria la ruptura. Juróse entonces permanecer fiel á la trinidad, entre la hidalguía de Pablo y el epi-

cureísmo del Barón. Y cumplió su promesa de tal modo, que el lugar en que su belleza la colocaba se conservó con todo el prestigio que era posible, dadas las cosas. Contaba Susana, sin embargo, con rivales bien acostumbradas á descifrar presupuestos, y comprendían y decían que el de la familia Moraines no bajaba de ochenta mil pesetas, y añadían que les conocieron casi arruinados. A estos chismes de vecindad salían al paso, gritando «calumnia» los amigos del Barón, los cándidos y los indiferentes que consideran el mejor medio de vivir en armonía con las gentes creer lo que dicen y tomarlas por lo que quieren pasar. Indudablemente el pensamiento de los mil servicios prestados por Desforges fué la base de aquella exclamación que lanzó: «excelente amigo». ¿Por qué entonces, mientras la doncella continuaba en su faena, desapareció tan por completo la fisonomía del Barón, para dar paso á otra nueva, joven, adornada con ideal barba y ojos de un azul obscuro, en que se leía el fuego de un alma virgen y entusiasta? La música celestial de las palabras «Renato Vincy» que se presentaban, ¿á qué tentación secreta respondía? ¿Por qué—se dijo—desechamos eso? La señora elegante, mundana, entregada por precio de los mil detalles de su rico tocado, ¿por qué se detenía en el poetas-

tro á quien sólo dos veces había visto? ¡Ah! es que Susana venía desde meses atrás aburríendose soberanamente entre aquel «hermoso corazón», su marido, y Desforges. Se juzgaba «demasiado dichosa», necesitaba «una pena». Si, deseaba amar y encontraba en Renato, tan poco parecido á los comparsas de su sociedad, lo que llaman «mi tipo» esas señoras ligeras que durante mucho tiempo van formándose una existencia que derriban en un instante cuando se sienten presa de emociones distintas. Instintivamente adoptó en la cena de la Condesa el sitio y las maneras que más pudieran acercarla al «imposible», y la impresión que desde aquel momento la dominaba, se aumentó con la vista del poeta. ¡Cuánto más pesada es realmente la carga de esta clase de mujeres del círculo elevado, á esa otra que agobia á las de la clase media! «El imposible» se discutía con sus inconvenientes; ya el Barón habría sospechado algo, ¡era tan listo! La homilia contra los escritores que le alegraba al oírlo, ahora la irritaba, impulsándola á moverse precisamente en el sentido opuesto al mantenido por el «excelente amigo.» Hasta tal punto su preocupación se hizo evidente mientras se vestía, y después de estarlo, que la doncella dijo al ayuda de cámara:

—Algo tiene la señora. ¿Se habrá enterado al fin el marido?

Así continuó en la comida, en el coche y en el teatro, hasta que la de Ethorel le indicó en las butacas de orquesta á Vincy, que las miraba.

—¿El poeta de la Condesa?—repuso Susana con indiferencia.

Recordó que durante la visita habló al joven de ir á la Opera, y le miró á su vez con los gemelos de plata cincelada, regalo del Barón. ¿Se habria éste apercibido de la observación de la de Ethorel? Pero no, tenía conversación muy seria con Crucé—hablaban de cocinar.—Renato separó los ojos tímidamente; Susana se preguntó: «¿Qué es lo que siento?»

Por primera vez en su vida, quizás, la música hizo vibrar en Susana una cuerda de emoción. Pasó la noche combatida por el placer que le causaba la presencia de Renato y el temor de que subiera á saludarla al palco. Pero Vincy, avergonzado de haber sido notado, ni volvió á fijar sus ojos en la bañera, ni esperó la salida de Susana. Cuando dejó caer su linda cabeza sobre la almohada de encaje, solicitada todavía por su capricho, lanzó estas palabras, final de la situación del día: «¡Dios quiera que no pregunte detalles de mi existencia á su amigo Larcher!»

IX

UNA CÓMICA DE BUENA FE

Por la mañana, antes de las nueve, entraba Pablo todos los días en el cuarto de su mujer. Ya ella había tomado su baño y se entretenía en varias menudencias, con un traje ligero y al viento sus rubios cabellos. Pablo tenía por el mejor instante el rato, unos tres cuartos de hora, que pasaba en el dormitorio perfumado y ventilado de Susana, tomando el té en una mesita portátil que se colocaba al lado de la ventana. A las diez debía estar en su oficina, de donde no volvía para el almuerzo, sino que se dirigía para restaurar sus fuerzas, á las doce ó doce y media, á uno de esos cafés elegantes, y de prisa pedía el plato á la moda, vino y el moka, gastando lo menos posible, para rivalizar con su mujer en punto á economía. Pero el té de la mañana le indemnizaba. Había ocasiones en que le decía:—«Sin estos momentos no sabría de tí muchos días.»—Él la servía, le preparaba la mantequilla, se preocupaba si la veía los ojos tristes y

—Algo tiene la señora. ¿Se habrá enterado al fin el marido?

Así continuó en la comida, en el coche y en el teatro, hasta que la de Ethorel le indicó en las butacas de orquesta á Vincy, que las miraba.

—¿El poeta de la Condesa?—repuso Susana con indiferencia.

Recordó que durante la visita habló al joven de ir á la Opera, y le miró á su vez con los gemelos de plata cincelada, regalo del Barón. ¿Se habria éste apercibido de la observación de la de Ethorel? Pero no, tenía conversación muy seria con Crucé—hablaban de cocinar.—Renato separó los ojos tímidamente; Susana se preguntó: «¿Qué es lo que siento?»

Por primera vez en su vida, quizás, la música hizo vibrar en Susana una cuerda de emoción. Pasó la noche combatida por el placer que le causaba la presencia de Renato y el temor de que subiera á saludarla al palco. Pero Vincy, avergonzado de haber sido notado, ni volvió á fijar sus ojos en la bañera, ni esperó la salida de Susana. Cuando dejó caer su linda cabeza sobre la almohada de encaje, solicitada todavía por su capricho, lanzó estas palabras, final de la situación del día: «¡Dios quiera que no pregunte detalles de mi existencia á su amigo Larcher!»

IX

UNA CÓMICA DE BUENA FE

Por la mañana, antes de las nueve, entraba Pablo todos los días en el cuarto de su mujer. Ya ella había tomado su baño y se entretenía en varias menudencias, con un traje ligero y al viento sus rubios cabellos. Pablo tenía por el mejor instante el rato, unos tres cuartos de hora, que pasaba en el dormitorio perfumado y ventilado de Susana, tomando el té en una mesita portátil que se colocaba al lado de la ventana. A las diez debía estar en su oficina, de donde no volvía para el almuerzo, sino que se dirigía para restaurar sus fuerzas, á las doce ó doce y media, á uno de esos cafés elegantes, y de prisa pedía el plato á la moda, vino y el moka, gastando lo menos posible, para rivalizar con su mujer en punto á economía. Pero el té de la mañana le indemnizaba. Había ocasiones en que le decía:—«Sin estos momentos no sabría de tí muchos días.»—Él la servía, le preparaba la mantequilla, se preocupaba si la veía los ojos tristes y

la cara fatigada como de haber pasado mala noche, cual sucedió aquella en que Susana vió en la Opera á Renato. Y es que la imagen del poeta le atormentó, por el capricho que engendrara en lo que aún quedaba de sensibilidad á esta criatura. Como su talento era ante todo positivo, verdadero talento de hombre de negocios al servicio de las fantasías de una linda mujer, pesaba los medios todos de satisfacer su apasionado capricho. La primera condición consistía en ver de nuevo al poeta y verle con frecuencia, y esto no podía realizarse en su casa. Buena prueba de esta dificultad la pregunta que le hizo Pablo á la mañana siguiente:

—¿Ha venido mucha gente á verte ayer tarde?

—Nadie—contestó.

Y como su procedimiento ordinario era no decir mentiras inútiles, añadió:

—Sólo Desforges y aquel muchacho, autor de la comedia que se hizo anteanoche en casa de la Condesa.

—Siento no haberlo visto, porque me gustan mucho sus versos: ¿y qué tal, es Renato Vincy presentable?

—Ni bien ni mal—repuso ella;—insignificante.

—¿Se encontró con Desforges?

—Sí; ¿por qué?

—Hablaré de él con el Barón, que seguramente le habrá juzgado del primer golpe de vista, pues conoce bien á los hombres.

—¡Manía como la suya! Todo ha de contárselo al Barón—dijo para sí ella cuando su marido se alejó, después de habérsela comido á besos.—Es realmente necio.

Y le aborrecía ahora por esa confianza absoluta en Desforges, á que tanto había contribuido.

Pasó un día perseguida por tales contrariedades, hasta el punto de que cuando llegó la Leroux, señora de cierta edad, que cuidaba las manos y los pies más aristocráticos de Paris, no logró arrancar una sola palabra á su bella cliente, de quien se deshacía siempre en elogios. Es que tropezaba con grandes dificultades para las entrevistas con Renato que soñaba. En sociedad imposible, porque él no la frecuentaba, y si la hubiera frecuentado, peor, porque se lo disputarian. En la calle de Murillo procuraría Susana grabarse en el corazón del poeta; pero Desforges se oponía como obstáculo. Por primera vez en su vida se encontraba prisionera, y odiaba aquel á quien todo se lo debía. Almorzó sola, como de costumbre, y sobriamente, porque á pesar de las economías que había introducido en su

presupuesto, no le hubiera alcanzado si no sacrificase algo de lo que no se veía. Su tristeza la llevó á un momento de desaliento extraño en ella, y pensó:—«¿Para qué?»—En efecto, aquella misma tarde en que se complacía con la imagen de Renato, ¿no se hallaba citada con Desforges? ¡Ah! después de vestida en forma conveniente para el género de visitas de que se trataba y acomodada en un coche, Susana habría llorado de buena gana. Cuando arrancó, en la esquina de su calle estaba Renato; ¡qué emoción la de ambos! Cruzáronse sus miradas, y pensó que él también la amaba. Renato se fué, lamentándose de su indiscreción, y ella, siguiendo su camino, se entregaba en pensamiento, como lo hiciera en cuerpo y alma á haber podido. Su plan quedó formado; comprometer al poeta en dos ó tres sesiones y darle su amor por sorpresa. ¿Y si Renato la despreciaba por esa facilidad? Porque los hombres generalmente no saben apreciar lo que hay de espontáneo y de irresistible en el sentimiento de una mujer sin reservas. Pero cuenta era de su tacto, y en este punto se consideraba segura de sí misma.

La alegría de tener un proyecto redondeado y la alegría de engañar al sutil Desforges, la movía á presentarse satisfecha y sin recelos en aquella entrevista á que iba.

Despidió el coche, como de costumbre, y penetró bajo los arcos de la calle de Rivoli. La casa destinada por el Barón al objeto, constaba de dos puertas, rara circunstancia que se cotizaba en la vida galante, y que Federico estimó en mucho, como era de apreciar también aquella fachada triste y solemne del edificio de la calle del Monte-Tabor; entre-suelo amueblado y compuesto de una antesala, salón y comedor en una pieza, dormitorio y tocador; todo ello decorado con gusto y el talento que se necesita para los alicientes y el silencio; obra, en fin, acabada del sensualismo de Desforges, cuyo ayuda de cámara, fiel y discreto, cuidaba con provecho propio. Susana, en sus innumerables visitas á esta mansión de placer, jamás había discurrido lo que discurría en la presente. ¡Qué dicha si en vez del Barón hallase en el lugar de los amores á Renato! De memoria se sabía todos los detalles, desde el momento en que deshacía su tocado hasta el instante en que lo arreglabá para salir, cuando el Barón le recordaba que la hora había llegado. Este día, por el contrario, fué ella la que por la disposición de su ánimo entró diciendo:

—Federico, hoy he de abandonarte pronto.

—¿Es que quieres que seamos juiciosos?— contestó el Barón quitándose el abrigo.—¿Por

qué no me has enviado dos letras y hubiéramos aplazado la entrevista?

—En realidad es bien condescendiente.

Esto pensó Susana con cierto remordimiento. Se despojó de su sombrero, y al quedar en descubierta aquellos pendientes de brillantes que de él había recibido, se agolparon á su mente los infinitos beneficios de igual origen. Por eso, repuso en el acto y movida por un sentimiento de honradez relativa:

—Porque me hubiera contrariado mucho no venir y privarme de esta felicidad. Bien le debo esta declaración—añadió para su interior.

Esta misma inclinación á ser leal la obligó aquella tarde, durante hora y media, á mostrarse más amante que nunca, hasta el punto de que Desforges, viéndola tan decidida, y recuperando fuerzas con dos dedos de excelente vino de Jerez, no pudo menos de exclamar:

—Susana, ¿qué diría Noirot?

¿Y quién era Noirot? Pues un doctor que diariamente cuidaba de la higiene de Desforges, que calculaba su existencia con gran método, desde el ejercicio corporal hasta los restos de una prevista decadencia.

Tenía el Barón como recogida en su casa una pariente pobre y piadosa, á cuyas obras

contribuía anualmente con una gruesa suma. Cuando le elogiaban la acción, contestaba con su acostumbrado cinismo, que era preciso pensar en los días de la ancianidad, y que nadie se vería mejor asistido que él en París por esta hermana de la Caridad. Susana gustaba este modo de entender la vida, y sin embargo, cuando pronunció el nombre del doctor, fijó la vista en las señales de abatimiento que mostraba el semblante de Desforges, é involuntariamente tuvo la noción exacta de lo ingrato de su existencia. Es realmente martirio horrible que una mujer se vea obligada á sufrir el cariño de un hombre á quien no ama, aunque sea joven, aunque esté enamorado; pero cuando se trata de alguien que se acerca á la vejez y paga la obligación, entonces la tortura se hace intolerable. Desforges fué viejo para Susana, quizás por vez primera, sobre todo comparándole con aquella imagen fresca, íntegra, que la perseguía sin cesar y cuyos sentimientos seguramente no se regularizarían por la higiene. Decidida ya y por esto á todo, mientras se ponía su sombrero dijo con intención marcada:

—Antes se convidaba usted á almorzar sin previo aviso. ¿Cuándo le esperaré?

—Mañana no puede ser, ni pasado mañana tampoco...

—Entonces el martes, y esta noche en casa de la de Sermoises. ¿No es eso?

—Encantadora criatura, cuántas aventuras pudiera tener, y no piensa sino en complacerme—pensó el Barón.

—Hasta pasado mañana—reflexionó Susana siguiendo la calle del Monte-Tabor, mirando á uno y otro lado, sin casi mover los ojos.—Ya estoy segura de quedarme sola; pero ¿qué pretexto dar á Renato (así le llamaba ahora) para hacerle venir? ¡Ah! Algunos versos del *Sigisbeo* para una señora amiga mía. Contando con que no cometa ninguna imprudencia mientras tanto que continúe amándome, y que nadie le hable mal de mí.

Claudio era un peligro, pero ya lo evitaría cuando viese á Renato.

¿Dónde vivía éste? La Condesa de Komof se lo diría, y aquella hora justamente era la á propósito para visitarla; tomó un coche y llegó á la calle del Bel-Respiro. Encontró sola á la Condesa y la sacó cuanto deseaba; máxime teniendo en cuenta que la señora, satisfecha del éxito de su reunión, hablaba del poeta como ideal, modesto y encantador; el Poushchine del fin del siglo.

¿Iría Renato?, se preguntaba Susana cuando, después de enviarle dos letras, se consumía en la fiebre del amor naciente, tan reco-

mendada por los profesores de seducción cuando estas enseñanzas se hallaban de moda. Ya conocería ella en su semblante si alguna sombra había obscurecido su penetrante recuerdo.

En tal agonía llegó el instante, y cuando el criado introdujo al poeta, su corazón golpeaba el pecho aún más fuerte que el de su cándido amante. Le miró y pudo leer hasta el fondo.

Del examen logró deducir que continuaba siendo siempre para el joven la madona del primer día. Renato se presentó con una mezcla de alegría, porque Susana le había llamado, y de timidez por su atrevimiento de buscarla en la Ópera y acechar su paso en la esquina de la calle; tal era la expresión de sus ojos azul oscuro y tiernos. Susana arregló la decoración esta trade de otra suerte, sentándose cerca de la ventana, donde trabajaba en labores de seda. Las cortinas de encaje alzadas permitían divisar el paisaje del parque de Monceau, que iluminaba un sol de Febrero cuyos rayos venían á perderse en mil reflejos de oro sobre los cabellos de cómica tan hábil. Su traje blanco de fantasía con adornos color violeta y mangas abiertas, le daban el aspecto de una castellana de la Edad Media, y por último, cruzábanse modestamente sus pies so-

bre un taburete, dejando ver la media de seda de los mismos tonos que el vestido. Si en aquel momento le hubieran recordado la escena que cuarenta y ocho horas antes había tenido lugar en el entresuelo de la calle del Monte-Tabor, Susana negaría la realidad; tal era la sinceridad que ponía en su papel actual. Pero el poeta no pasaba de su propia exaltación, que á los veinticinco años entusiasma tanto como retrae á los treinta y cinco. ¡Qué delicia encontrar en aquella mujer la fisonomía de una santa después de la incertidumbre ocasionada por la carta que recibió el poeta! Santa que en cada movimiento y en la desnudez de su brazo hallaba el secreto de conmover á Renato con su perfume de heliotropo, y aquel delicado vello que relucía con el sol formando juego con el reflejo del dorado cabello.

Como la de Moraines no aludió ni á la Opera ni á su encuentro en la esquina de la calle, el joven perdió todos sus temores. Continuaba ella trabajando, y llevó la conversación al entusiasmo que sentía la condesa de Komof respecto del porvenir de Renato, y de aquí á manifestarse como persona únicamente ocupada en cosas literarias cuando verdaderamente no sabía distinguir entre Beranger y Hugo, entre Voltaire y Lamartine, y hasta hablaba de Teófilo Gautier como de un cono-

cido antiguo de quien debía conservar algunas cartas, siendo así que, si bien le encontró dos ó tres veces en tiempo del Emperador, apenas le había mirado por su falta de elegancia británica; pero Renato era entusiasta de Gautier.

—He sentido mucho molestar á usted para pedirle un autógrafo; pero mi amiga se marcha mañana á Rusia.

—¿Qué quiere usted que le escriba?

—Lo que usted guste—dijo Susana levantándose.

Y preparó las cosas todas para hacerle más fácil su tarea, cuidando á la vez de hallarse lo bastante cerca del poeta para envolverle en la red de sus encantos y de su aliento, hasta el punto de que temblara algo su mano al correr de la pluma sobre el papel. Allí puso las dos estrofas que la de Ethorel calificó de soneto.

Cuando terminó, la señora de Moraines, arrebatando las líneas y colocada detrás del poeta, recitó, más bien, suspiró los versos, enloqueciendo al autor, que no podía resistir á tanta y tan suprema lisonja.

Susana bajó sus hermosos ojos conmovidos hacia el poeta, y con sincera curiosidad esta vez, preguntó:—Esto no lo ha hecho usted para la comedia, ¿es verdad?

—Es verdad.

No quiso mentir ni aun para agradarla. Pero ¿cómo contar la indigna historia que en aquellos versos se resumía?

—¡Los hombres son libres! Nosotras, esposas cristianas, no tenemos ¡ay! otra misión que obedecer; es la más hermosa... No siempre escogemos dueño... Siento tanto no haber podido presentar á usted á Moraines; es un hombre encantador... No se ocupa gran cosa de arte, pero tiene mucho talento para los negocios... En la época actual se necesita, desgraciadamente, ser de Israel para subir. Es algo frío á primera vista... Mi sueño dorado era formar un salón de artistas y escritores, pero esos caballeros son algo celosos de ustedes, y además, Moraines no gusta de la sociedad, le agrada la intimidad estricta con gentes conocidas...

¡Qué dechado tan perfecto de mentiras, y cuánta perfidia revelaba! No era extraño, por consiguiente, que Renato se sintiera lleno de piedad hacia Susana, y de aversión á aquel alegre Pablo, que tomaba á los ojos del poeta un carácter difícil de tolerar.

—¡Si usted, señora, supiera cuántas veces he deseado entrar en las confidencias de ciertas melancolías que he creído sorprender en mis solitarios paseos á los Campos Eliseos!

Siempre me he figurado que las penas de los que viven en el lujo son las más dignas de lástima.

Susana le miró entonces como si la hubiera sorprendido encontrar en un hombre sentimientos que suponía reservados á su sexo.

—Estoy segura de que seremos pronto amigos, porque tenemos algunos rincones en el corazón de todo punto semejantes;—y añadió:—¿Cree usted, como yo, en las simpatías y antipatías instintivas? Pues voy á decir á usted una cosa, y quizás haga mal: su amigo de usted Larcher no me quiere bien.

Y se hallaba realmente emocionada, pensando, no en que Claudio hubiera dicho algo de ella; pues desde el principio comprendió que no, sino de si Renato era discreto, pues en el amor, los momentos peligrosos para los imprudentes son los de los comienzos y los de la conclusión, y sólo son seguros aquellos hombres capaces de callarse cuando viven en la esperanza ó en la amargura. Este factor era muy principal en la intriga que preparaba.

—No hemos hablado nunca de usted; pero como decía usted perfectamente la otra tarde, lleva siempre á la sociedad la melancolía de sus tristes amores. ¡Si pudiera usted verle en la existencia que le proporciona la que ama hoy!

—Esto no es una razón, sin embargo, para vengarse en las demás, haciéndolas la corte al acaso. Yo casi tuve que enfadarme con él un día... Sé que dijo de mí muchas cosas, pero se las he perdonado. Y ahora, Claudio puede hablar—añadió para su interior, cuando Renato se marchó con la promesa de volver á los tres días á la misma hora, con la colección de sus trabajos inéditos.

Estaba satisfecha de si misma; miróse al espejo, y exclamó:—Es mío.

Y en la presente ocasión su alegría era verdadera.

Renato comprendía que no podía ser recibido allí; desconfiaba de su mejor amigo, y se entregaba por completo.

Susana había triunfado.

X

EN EL LAZO

Susana se creía muy lista, y lo era, con efecto; pero suele ser contraproducente pasarse de listo. Acostumbrada á confundir las cosas de labor con otras que se le parecen, aunque no lo son, ignoraba las generosidades y las expansiones del sentimiento en un sér tan joven como aquel por quien se interesaba su capricho medio romántico, medio sensual. Según su cálculo, la pérfida frase que lanzó contra Claudio, había de llenar á Renato de desconfianza, y, sin embargo, imprimió, por el contrario, en Renato una irresistible necesidad de hablar con Larcher, por más que le apesadumbrara la opinión injusta que alimentaba en contra de la señora de Moraines; así que lo primero que hizo Renato en cuanto dejó á Susana, fué tomar la calle de Varenne, á donde no había vuelto desde el día en que encontró allí á Colette. ¡Qué comparaciones establecía el poeta entre ambas visitas! Poseído de la fiebre, no razonaba, y en la rapidez del progreso de su amor, sólo veía un he-

—Esto no es una razón, sin embargo, para vengarse en las demás, haciéndolas la corte al acaso. Yo casi tuve que enfadarme con él un día... Sé que dijo de mí muchas cosas, pero se las he perdonado. Y ahora, Claudio puede hablar—añadió para su interior, cuando Renato se marchó con la promesa de volver á los tres días á la misma hora, con la colección de sus trabajos inéditos.

Estaba satisfecha de si misma; miróse al espejo, y exclamó:—Es mío.

Y en la presente ocasión su alegría era verdadera.

Renato comprendía que no podía ser recibido allí; desconfiaba de su mejor amigo, y se entregaba por completo.

Susana había triunfado.

X

EN EL LAZO

Susana se creía muy lista, y lo era, con efecto; pero suele ser contraproducente pasarse de listo. Acostumbrada á confundir las cosas de labor con otras que se le parecen, aunque no lo son, ignoraba las generosidades y las expansiones del sentimiento en un sér tan joven como aquel por quien se interesaba su capricho medio romántico, medio sensual. Según su cálculo, la pérfida frase que lanzó contra Claudio, había de llenar á Renato de desconfianza, y, sin embargo, imprimió, por el contrario, en Renato una irresistible necesidad de hablar con Larcher, por más que le apesadumbrara la opinión injusta que alimentaba en contra de la señora de Moraines; así que lo primero que hizo Renato en cuanto dejó á Susana, fué tomar la calle de Varenne, á donde no había vuelto desde el día en que encontró allí á Colette. ¡Qué comparaciones establecía el poeta entre ambas visitas! Poseído de la fiebre, no razonaba, y en la rapidez del progreso de su amor, sólo veía un he-

cho feliz que le movía á subir las escaleras como si fuese un niño cuando vuelve del colegio después de haber obtenido el primer premio.

El criado, en la presente ocasión, le introdujo sin dificultad, y con una cara de sacristán entristecido; preguntóle la causa, y Fernando contestó moviendo la cabeza que el señor trabajaba sin descanso hacia cuarenta y ocho horas en vez de hacerlo un poquito todos los días como él mismo y como todo el mundo.

Esta lamentación del discreto ayuda de cámara predispuso á Renato para presenciar el espectáculo que conocía perfectamente. La celda se había convertido en un laboratorio de cuartillas, ocupando en el diván de cuero el sitio de la graciosa y perversa artista, y no sólo el diván, sino la alfombra y la chimenea. Larcher trabajaba envuelto en una chaqueta llena de manchas y con algunos botones de menos, con un pañuelo liado al cuello, despeinado, sin afeitar hacía tres días y con los pies metidos en unas babuchas estropeadas. El bohemio abandonado de otro tiempo, reaparecía en el pretendido hombre de mundo, siempre que el trabajo le llevaba á su verdadera naturaleza. Claudio estaba siempre atrasado de obras y de dinero, sobre todo desde que sus relaciones con Colette le arrastraban

á gastos ruinosos, por más que no la mantuviera; porque la actriz contaba, además de su sueldo en el teatro, con veinte mil pesetas de renta que le dejó un señor ruso muerto en Plewna. Pero los coches, las comidas, los ramilletes y los regalos menudeaban, exigiendo muchos billetes de Banco á costa del cerebro de Claudio.

—Ya lo ve usted—dijo levantando su cara pálida y apretando con su mano febril la de Renato.—Quince folletines á toda prisa... Un negocio soberbio con la *Crónica Parisiense*, nuevo periódico de ocho páginas, cuyos fondos hace Audry. El otro día han venido á pedirme una novela á peseta la línea, les he dicho que sí y trato de rehacer á *Adolfo* á la moderna. Pero no es esto sólo, sino que he de escribir con la serpiente de los celos en el corazón... Cojo la pluma; se me ocurre una idea y de repente siento una voz interior que me dice: «¿Qué hace Colette?» Y dejo la pluma y me encuentro mal. No se puede pensar y sentir á la vez: es preciso escoger. Ni Hugo ni Balzac han amado nunca. Conserve usted siempre, mi querido Renato, su vida sencilla y libre, porque supongo que no se habrá usted dejado embobar por las invitaciones de todas aquellas pizpiretas que vimos en casa de la Condesa.

—Sólo he hecho una visita; adivine usted á quién... á la señora de Moraines —dijo Renato enteramente conmovido; y después con involuntaria precipitación añadió: — ¡Qué linda y qué graciosa, y qué ideas tan elevadas! ¿Tiene usted que decir también algo malo de ésta?

Claudio, que, preocupado con su propio sufrimiento, oyó á Renato distraído, contestó:

—Si se buscara en su pasado ó en su presente, algún pecadillo encontraríamos.

—¿Es que sabe usted alguna cosa de ella?

Larcher miró al joven sorprendido por el tono de la pregunta y comprendió. Por un momento tuvo tentaciones de referir á su amigo lo que conocía de las relaciones de Susana con el Barón; pero por infinitos motivos muy complejos calló, manifestándole que la había visto en algunas partes, que la encontraba menos necia que la mayoría, y que verdaderamente era muy linda, y terminó con esta frase:—Mi enhorabuena.

—Por lo visto, usted se figura que yo estoy enamorado—expuso Renato ruborizándose y conteniendo la confidencia que se le escapaba, ante las palabras de Claudio.

Este, con sonrisa diabólica, dijo:

—¿Con que no está usted enamorado?

Y dejándose llevar después por un senti-

miento noble en él muy frecuente, agregó:

—Perdóneme usted.

Y estrechó su mano.

Mas como viera el deseo de Renato de contar los pormenores, le detuvo diciéndole:

—No me refiera usted nada, me aborrecería usted en seguida; además, hoy sufro mucho y el dolor quita toda benevolencia.

El único hombre de quien Susana quería guardarse se impuso de este modo la obligación de no hablar. Pero como Renato tenía imperiosa necesidad de desahogar su corazón, acudió á Emilia, cómplice inocente de aquella desconocida que apercibía por los ojos de su hermano como nimbo de aristocracia. Las sensaciones que trajo el poeta de la fiesta eran todas bien conocidas de la observadora y cariñosa Emilia. La lógica especial de las mujeres la inducía á mostrarse satisfecha de la intriga que se representaba en la calle de Murillo, porque los hombres excepcionales necesitan una vida y una moral excepcionales también, y además creía que por este lado nada le tomaban, mientras que aquella otra y antigua pasión por Rosalía le robaba á su querido hermano; porque Rosalía, de su misma clase, no podía unirse á Renato sino para crear una nueva familia. Tal era la situación de las cosas en aquellos momentos

complicados con la conducta del poeta, que casi no paraba en la casa, evitando á todo trance un encuentro con Rosalía y dando lugar á que la señora de Offarel preguntase en una de las ocasiones si el señor Larcher presentaba cada noche á Renato á alguna nueva Condesa, puesto que no se le veía nunca ni allí ni en su domicilio de la calle de Bagneaux; á lo que decía Fresneau, que no se había dado cuenta de las ausencias de su cuñado:—Es verdad; ¿por dónde anda?

Y Emilia contestaba siempre:—Ha vuelto á ocuparse de su *Savonarola*, y va todos los días á la Biblioteca.

Con estos antecedentes llegó el momento. Emilia entró en la habitación de su hermano, que preparaba las cuartillas de un papel japonés que ella le regaló para escribir los versos que había de leer á la de Moraines. La hermana le refirió su inocente mentira de la víspera, y él, alegre, abrazándola, le dijo:— ¡Qué lista eres!

—Soy tu hermana y te quiero; esto es muy sencillo.

Y señalando los papeles, añadió:—¿Te ocupas realmente del libro?

—No, pero he de llevar una colección de mis versos á cierta señora.

—A la de Moraines.

—Lo has adivinado. ¡Si supieras!...

Y llegaron las confidencias, y Emilia hubo de escuchar el entusiasta elogio de Susana, hablándole á la vez de su elevación de ideas y sus zapatitos, de su maravillosa inteligencia y terciopelo brochado de sus muebles. Esta pueril admiración de las menudencias del lujo, unida á la exaltación más poética, venían á ser como la síntesis, no sólo de los gustos de Renato, sino de su propia hermana, que, como él, pertenecía á una familia que ha conocido el lado desagradable de la vida y confunde la aristocracia real de los sentimientos con la aparente aristocracia de las formas exteriores, y tanto se compenetró del estado de excitación del poeta, que al dejarlo solo le dijo:

—No puedes recibir á nadie... yo defenderé tu puerta... pero me has de enseñar los versos que vas á leerle... escógelos bien.

El trabajo de clasificar y copiar engañó un tanto el ardor del joven mientras llegaba la hora de su próxima visita al paraíso de la calle de Murillo. La imagen de Susana se aparecía infiltrando en su sangre el deseo delirante de que Renato no se daba cuenta, creyendo que su culto por la voluptuosa mujer era el más sentimental y etéreo; confusión que conmovía á este hombre casto, dejándole en

una dulzura y melancolía singulares. Pero en medio de su trabajo tropezaba con alguna de aquellas páginas escritas para Rosalía en el tiempo ya lejano de su amor, y entonces dejaba la pluma, y la imagen de esta flor ahuyentaba la de Susana. La casa de Offarel, fría y silenciosa; aquella madre que iba y venía rodeada de sus gatos; Angélica hojeando el diccionario inglés, y Rosalía mirándole á él, á Renato. ¡Qué visión tan terrible! Porque el poeta sentía á través del espacio aquellos ojos en que no se leía un solo reproche, sino una angustia infinita, y ésta era la causa de huir de Rosalía. La lealtad absoluta es el único medio de conservar la propia estimación en estos desarreglos de amor, y cuando debió decirle: «No seamos más que amigos», por una debilidad, mezcla de egoísmo y compasión, exclamaba: «Ganemos tiempo.»

Una ley natural exige que nuestras pasiones sean tanto más enérgicas cuanto mayores son los obstáculos que vencer, de modo que el remordimiento de traición hacia la pobre Rosalía excitó la emoción que Renato sentía al dirigirse á casa de Susana. También ésta esperaba, por su parte, al joven con febril impaciencia, cosa de que ella misma se admiraba. Era la tercera vez que lo recibía sin conocimiento de Pablo, y claro es que no po-

día ir más allá sin comprometerse ante sus ojos y ante sus criados, con tanta más razón cuanto su marido le había dicho comiendo dos días antes:—«He hablado con Desforges de Renato Vincy, que no le ha hecho buena impresión, y más vale no ver de cerca á los autores cuyas obras nos admiran.»

Por fortuna, el sirviente que introdujo al poeta no se hallaba delante cuando Pablo pronunció aquellas palabras; pero la casualidad podía descubrir el secreto, de suerte que Susana se juró que encontraría medio en la conversación para señalar á Renato un lugar de entrevistas que no fuera su propia casa.

Vestida elegantemente como de costumbre, y sentada en una pequeña butaca, que le permitía poner de relieve la adorable línea de su cuerpo, después de los saludos corrientes rogó al joven comenzase su lectura, como en efecto lo hizo él, indicando la más profunda atención el rostro inmóvil y los grandes ojos inteligentes de Susana. Sólo de cuando en cuando lanzaba alguna exclamación de entusiasmo que parecía no poder reprimir, aunque realmente los versos del poeta eran para ella tan indiferentes como ininteligibles. Son muy pocas las mujeres de sociedad que conservan su espíritu bastante cultivado en medio de una vida lo más opuesta á todo es-

tudio y toda reflexión. Pasaban versos y más versos, y la palabra que acechaba Susana como base de su intriga, no llegaba, hasta que por último tocó la vez á la composición titulada *Los ojos de la Ioconda*, potpurri simbólico, medio metafísico, medio descriptivo, que el autor prefería á todas sus composiciones, incluso el *Sigisbeo*. Con estos antecedentes, cuál no sería su contento oyendo á la señora de Moraines, que aprovechaba la ocasión, decirle:

—Si me dieran á escoger, preferiría esta composición... ¡cómo siente usted las artes! Sería preciso ver con usted las obras maestras de los grandes pintores, y estoy segura que si pudiera disfrutar de su compañía en el Museo, me enseñaría usted en los cuadros infinitas cosas que adivino sin comprenderlas; he ido muchas veces al Louvre, pero siempre sola.

Susana creía que, pronunciada la frase, Renato no dejaría pasar la oportunidad; pero aunque vió el deseo, comprendió á la vez que no se atrevía á formularlo, y entonces añadió:

—Si no temiera robar á usted su tiempo... pero hace tan poco que nos conocemos.

—¡Ah! señora, á mí me parece que soy muy antiguo amigo de usted.

—Porque usted conoce que no soy coqueta, y voy á demostrárselo rogándole me enseñe el Louvre en uno de los días de la próxima semana.

Pero al punto la discípula de Desforges exclamaba:—Seguramente hace media hora que me espera.

Y con efecto, en la puerta que da paso á la galería de Apolo divisó á Renato, apoyado precisamente debajo del noble cuadro de Veronés que representa á *Magdalena lavando los pies del Salvador*, y en frente de las célebres *Bodas de Canaam*, vestido con su traje más elegante y su levita más ajustada, aunque la mañana estuviese muy fresca; pero el abrigo único que poseía era de principios del invierno y no estaba confeccionado por el sastre de Larcher. De todas suertes, con su sombrero nuevo, sus guantes nuevos y sus botas nuevas, tenía un aspecto de hombre á la moda, que contrastaba bastante cómicamente con su figura romántica. Pero aunque el poeta se hubiese presentado aún más ridículo, Susana hubiese encontrado en este mismo ridículo nuevos motivos para quererle. Detúvose algunos segundos gozando de la ansiedad que expresaba aquel rostro de sedosa barba dorada y ojos de azul obscuro. Ella observó, alegrándose, que nadie podía presenciar el primer momento de la entrevista, pues además de ellos dos, sólo atravesaban por allí algún que otro pintor, que preparaba su trabajo, ó algún aficionado con la guía en la mano.

XI

DECLARACIONES

Fijóse la cita para el martes siguiente á las once de la mañana en el Salón Cuadrado. Durante el trayecto, que recorrió Susana en un coche de alquiler, pesaba por décima vez los peligros de su salida matinal.

—Si Desforges lo supiese, le diría que había ido á casa del dentista; ¿y si encuentro algún conocido? Aunque no es probable, le contaría lo estrictamente indispensable de la verdad.

Uno de los grandes principios de Susana era el de mentir lo menos posible, callarse mucho y no discutir más los hechos demostrados. ¡Cuántas mujeres se han encontrado como ella en la situación singular de poner la más compleja mentira al servicio de la sinceridad! En la presente, Susana temblaba como una colegiala, y también lo parecía en la exactitud con que llegaba al sitio. Tuvo un instante de desaliento ante la idea de que Renato llegase detrás y se viera ella en la precisión de preguntar por dónde se entraba al Museo que se vanagloriaba de frecuentar.

—¡Ah! temía que no viniese usted—dijo Renato conmovido.

—¿Por qué? ¿Me cree usted incapaz de levantarme temprano? Pues cuando voy á visitar los pobres estoy de pie y arreglada desde las ocho de la mañana.

Y permaneció callada un minuto, después de expresada con toda naturalidad aquella mentira, que sin embargo merecía entera fe al poeta. Y para sustraerse á una admiración que mortificaba su fingida sencillez, añadió:

—No se olvide usted que es hoy mi guía. Haré como el que no conoce ninguno de estos cuadros, y de este modo veré si tenemos los mismos gustos.

Renato, por su parte, pensaba:—¡Dios quiera que no le enseñe alguno que le dé mala idea de mí!

Y eso que conocía muy bien las salas grandes y pequeñas del Museo, donde tantos recuerdos de su juventud se le presentaban. Los nobles frescos de Luini, la poderosa Cruz Mantegna, los más adorables Rafaeles, y sobre todo los retratos, habían sido objeto de sus frecuentes peregrinaciones desde los de Holbein, Felipe de Champagne y del Ticiano hasta el de aquella mujer delicada y misteriosa de la escuela veneciana y que lleva una cifra en su cabellera, cifra que parece signi-

ficar Barbaseli, y Cecilia; romántica y trágica leyenda, que en otro tiempo había contado á Rosalía en el mismo sitio y delante del mismo retrato, y casi con las mismas palabras que ahora la contaba á Susana, sin más diferencia que esto: Rosalía alzó sus ojos hasta él, leyéndose en ellos claramente:—¿Cómo se puede hacer traición á la persona que nos ama?

Y Susana dijo:—Horroriza pensar que se puede mentir con una fisonomía tan pura.

Un extraño remordimiento se posesionó del poeta, mientras que la Moraines gozaba los deleites que su belleza producía en el acompañante. Esta respectiva situación de espíritu venía á traducirse mediante la perpetua comparación entre la presente y la ausente, en perjuicio de la Offarel, humilde y modesta, con tanto más motivo, cuanto que en Susana parecía reunirse al gusto estético más refinado el exquisito encanto de aspecto y de actitud, sobre todo cuando escuchaba lo que Renato le decía con un arte que hubiera engañado á los más hábiles entendidos en la mentira femenina.

La hora avanzaba, y el poeta se sentía conmovido por la excitación nerviosa que ocasiona una obra maestra al artista, por la culpable duplicidad que le amargaba y por el

sentimiento de que la hora dulce del momento se pasaba para volver á aquellas otras frías y negras. La espiritual epicúrea prolongaba el placer de esta entrevista con un hombre tan distinto de aquellos atrevidos y temibles vividores que componían su núcleo habitual. El sufrimiento y la pasión que estudiaba en la fisonomía de su querido Renato (como le llamaba ya en su interior), la decidió á provocar la declaración que tanto deseaba.

—¡Ay, Dios mío!—gritó de repente, apoyándose en la barra que está fija delante de los cuadros, y mirando al joven con sonrisa que parecía disimular un agudo dolor.—No es nada—añadió, viendo la alteración de Renato.—Me he torcido un poco el pie.

Y lo mostraba, manteniéndose derecha con solo una de sus piernas, y concluyendo de este modo:

—Diez minutos de descanso, y es cuestión concluida; pero tiene usted que servirme de bastón.

Y cogió el brazo del poeta, sin que él sospechara que tal accidente imaginario era un nuevo episodio en aquella amorosa comedia donde él representaba su papel de buena fe.

Todos los movimientos que Susana consideraba oportunos para embriagar al joven, los puso en ejercicio, consiguiendo su propó-

sito, y continuando el manejo hasta que llegaron al salón desierto y sombrío en que se ven los grandes cuadros de Lebrun sobre las victorias de Alejandro, en cuyo centro había un gran diván redondo de terciopelo verde.

El rincón había sido bien escogido por Susana, que dijo á Renato indicándole el mueble:

—¿Quiere usted que nos sentemos allí un instante? Ya voy mejor.

La emoción del joven aumentaba, y al mismo tiempo su angustia por el temor de que ella se marchara pronto. Esta timidez, la soledad, la media luz de la sala, hacían de la ocasión la mejor que á los ojos de Susana pudiera presentarse, y mientras él se sentía incapaz de hablar, le decía ella:—Está usted triste, lo he conocido desde que llegué; pero no soy aún bastante amiga suya para que me cuente sus penas.

—¡Cómo he de estar triste si sólo tengo motivos de felicidad!

Y ella le miraba con sorpresa como preguntándole qué motivos eran aquéllos.

Y Renato, sin atreverse á comprender, tanto era el miedo de desagradarla, confesándola el culto de su adoración, creyó conveniente salir con estas frases:

—Larcher me dice con frecuencia que no

tendré época más hermosa que la presente en mi destino literario. Según él, hay cuatro momentos en la existencia de un escritor: aquel en que lo ignoran, aquel en que se le aclama para desesperar á los que han llegado antes, aquel en que se le difama porque triunfa, y aquel en que se le perdona porque se le olvida. ¡Cuánto siento que no conozca usted mejor á Claudio! Le agradaría mucho. ¡Si usted supiese como ama las letras! Son para él una verdadera religión.

—Me parece demasiado cándido—dijo para sí Susana.

Pero muy interesada en el resultado de la entrevista para dejarse arrastrar por la impaciencia, se acogió á las palabras de Renato, interrumpiendo el inútil elogio de Claudio, y dijo:

—¡Una religión!... Es verdad, así sienten los artistas... Una de mis amigas me repite siempre, por una melancólica experiencia, que la mujer no debiera jamás querer á un artista, porque por encima de todo, ama su arte.

El tono con que expresó su pensamiento era el de un alma que presiente lleguen para ella dolores semejantes.

—La que está triste es usted.

—Vamos — pensó Susana. Y contestó en

alta voz:—Dejemos eso. ¿Qué le pueden importar á usted mis tristezas?

—¿Cree usted, pues, que su persona sea para mí indiferente?

—Indiferente... no; pero cuando usted me deje, pensará usted en mí como en una persona simpática encontrada por casualidad y olvidada del mismo modo.

Nunca había parecido tan deliciosa esta mujer á Renato pronunciando palabras que eran el último extremo que podía permitirse para no destruir la obra. Su mano enguantada hallábase sobre el diván de terciopelo y muy cerca del joven: cogiéndola éste, y ella no la retiró, dándose aires de no apercibirse de aquella libertad.

Renato apretó la mano, y como ella no le rechazara, comenzó á decir con una voz sorda, más por la emoción que por la prudencia:

—Sí, debe usted pensar eso, y yo no tengo el derecho de extrañarme. ¿Por qué había usted de creer que los sentimientos que me inspiran son de otro género que aquellos que manifiestan las gentes que usted trata? Y sin embargo, si yo le dijese á usted que desde el día en que hablamos en casa de la de Komof, mi vida ha cambiado para siempre (no sonrío usted); si yo le dijese que sólo he alimentado un deseo, el de volver á verla; que he subido

á la casa de usted con el corazón sobresaltado; que cada hora desde entonces aumenta mi locura; que he llegado aquí hoy con un entusiasmo inmenso, y que voy á dejar á usted con una desesperación horrible... Usted no me cree... Esto sólo se ve en las novelas; pasiones que invaden el alma entera de repente y para siempre...

Se detuvo con esa extraña impresión que nos produce haber contado nuestro secreto precisamente á la persona á quien deberíamos callarlo. Escuchábale Susana con la mirada fija al frente, como ensimismada; pero sus párpados temblaban, acortábase su respiración y su pequeña mano temblaba en la mano de Renato. Sorprendido éste y embriagado, se sintió con valor bastante para continuar.

—Cuando he visto á usted por primera vez me parecía reconocerla en la mujer que yo había soñado... dirá usted de mí lo que quiera, pero la idolatro á usted.

Susana dejó caer dos lágrimas lentas y dulces que acabaron de volver loco al pobre joven, que sin duda ignoraba que la mayoría de las mujeres lloran siempre que quieren, con tal que sean algo nerviosas.

—Llora usted... quizás...

—Silencio—exclamó Susana poniéndole su

mano sobre la boca, y retirándose sin apartar de él los ojos, en que la pasión se mezclaba á una especie de admiración espantada. — Sí, me ha conmovido usted, haciéndome descubrir abismos que yo no sospechaba, tengo miedo de usted, de mí, de estar aquí... no debemos volver á vernos... no soy libre... no debía haber escuchado lo que escuché.

Y después de un momento de silencio, tomó ella la mano de Renato, y añadió:

—¡Por qué mentir!... todo eso que usted siente, lo siento yo tal vez... yo no lo sabía, lo juro, antes de este minuto... la simpatía que me ha traído hasta aquí, ahora la comprendo, y es que el corazón se deja sorprender.

Corrieron de nuevo sus lágrimas, y Renato, trastornado por lo que veía, por lo que oía, dijo:

—Al menos, perdóneme usted.

—Sí, le perdono—contestó Susana estrechando su mano hasta hacerle daño.

Y agregó en tono serio:

—También yo le amo á usted...

Y como quien despierta de un sueño:

—Adiós; le prohíbo que me siga; es la última vez que nos hablamos.

Levantóse su frente amenazadora, las miradas de honor ultrajado, y ya no había ni

torcedura de pie ni abandono; yéndose de tal modo airada, que el joven, aplastado por la escena, la dejó marchar sin hacer nada para detenerla. Algunos minutos más tarde se lanzó detrás, pero no la vió. Mientras tanto, Susana subió á un carruaje que la llevaba hacia la calle de Murillo, maliciosa y enternecida, soñando en visitarle allí en aquel interior, tan tranquilo, tan discreto, tan retirado, que Renato le había descrito. Seguramente le enviaría una y dos cartas á que no contestaría, y á la tercera ó á la cuarta, simulando que tenía un proyecto de suicidio, iría á su casa para salvarlo.

La ironía de la suerte hizo que en aquel momento divisara al Barón Desforgues que iba á casa de Susana á pedirla de almorzar. Miró su lindo reloj y eran apenas las doce y veinte; volvía á tiempo, y después de la dicha de aquella mañana, sintió un placer exquisito en bajar la cortina de la portezuela cuando pasó por cerca de aquel otro hombre, que no llegó á verla.

XII

LEALTAD CRUEL

—Me ama, y nunca me perdonará la confesión que le he arrancado—se dijo Renato al salir del Museo, presa de las más hondas emociones.

Susana, por consiguiente, no sólo no dejó caer sus alas de ángel con la declaración, sino que, por el contrario, las desplegó hasta el infinito al volar. El poeta abrigaba la triste convicción de que el propósito de no volverse á ver anunciado, era realmente sincero, y de aquí su pesar inmenso. Tomó un coche y se hizo llevar á Saint Cloud, sintiendo un placer salvaje en emboscarse cuando llegó, y á través de los troncos negros y de las desnudas ramas, apercibía la melancólica ruina del antiguo castillo en que la señora de Moraines había visto en otros tiempos pasearse al desdichado y noble Príncipe muerto en el Cabo. Pero estas impresiones no le apartaban de la idea fija que le perseguía. ¿Cómo ver de nuevo y torcer la voluntad de Susana? Ni forzar la puerta de su casa, ni buscarla en los salones

torcedura de pie ni abandono; yéndose de tal modo airada, que el joven, aplastado por la escena, la dejó marchar sin hacer nada para detenerla. Algunos minutos más tarde se lanzó detrás, pero no la vió. Mientras tanto, Susana subió á un carruaje que la llevaba hacia la calle de Murillo, maliciosa y enternecida, soñando en visitarle allí en aquel interior, tan tranquilo, tan discreto, tan retirado, que Renato le había descrito. Seguramente le enviaría una y dos cartas á que no contestaría, y á la tercera ó á la cuarta, simulando que tenía un proyecto de suicidio, iría á su casa para salvarlo.

La ironía de la suerte hizo que en aquel momento divisara al Barón Desforgues que iba á casa de Susana á pedirla de almorzar. Miró su lindo reloj y eran apenas las doce y veinte; volvía á tiempo, y después de la dicha de aquella mañana, sintió un placer exquisito en bajar la cortina de la portezuela cuando pasó por cerca de aquel otro hombre, que no llegó á verla.

XII

LEALTAD CRUEL

—Me ama, y nunca me perdonará la confesión que le he arrancado—se dijo Renato al salir del Museo, presa de las más hondas emociones.

Susana, por consiguiente, no sólo no dejó caer sus alas de ángel con la declaración, sino que, por el contrario, las desplegó hasta el infinito al volar. El poeta abrigaba la triste convicción de que el propósito de no volverse á ver anunciado, era realmente sincero, y de aquí su pesar inmenso. Tomó un coche y se hizo llevar á Saint Cloud, sintiendo un placer salvaje en emboscarse cuando llegó, y á través de los troncos negros y de las desnudas ramas, apercibía la melancólica ruina del antiguo castillo en que la señora de Moraines había visto en otros tiempos pasearse al desdichado y noble Príncipe muerto en el Cabo. Pero estas impresiones no le apartaban de la idea fija que le perseguía. ¿Cómo ver de nuevo y torcer la voluntad de Susana? Ni forzar la puerta de su casa, ni buscarla en los salones

que frecuentaba, ni apostarse en las esquinas y teatros parecía delicado al poeta por sí en esto encontraba ella motivo para disminuir su afecto; de ella misma deseaba obtener hasta el derecho de contemplarla. Dante con su Beatriz, Petrarca con su Laura, Cino de Pistoia con su Silvia, eran el tipo de Renato; obedecer en absoluto y sufrir. Vino la tarde, tarde de invierno fría y siniestra, y agotado por el exceso de emoción y contrarios pensamientos, se detuvo en el único proyecto inmediatamente realizable: escribir á Susana. Entró en un café de Saint-Cloud, y allí, sobre una mesa inmunda y con una pluma repugnante, al ruido de las bolas del billar, con el humo de las pipas, bajo la mirada de un mozo malicioso, compuso una primera carta, luego una segunda, después una tercera, avergonzado del sitio y del papel. ¡Pero imposible esperar! ¡Qué admiración hubiera experimentado el Barón Desforges, si leyera la manifestación que el poeta dirigía á la Susana de la calle del Monte-Tabor!

«Muchas cartas he escrito á usted y otras tantas he roto, señora, y aún no sé si enviaré la presente. ¡Tanto es mi temor de desagradarla, manifestándole los sentimientos que me inspira, sentimientos que seguramente no le disgustarían si los viese! Mas en el corazón no

puede leerse, y lamentaría que no me creyese usted cuando le diga que la emoción que me dicta estas líneas, en nada ofende ni á la más delicada de las mujeres, ni á la más pura, ni á usted, señora. Me conoce usted poco, y la afección que usted se ha dignado significarme con la divina sinceridad de un alma que repugna toda mentira, fué tan inesperada, que tal vez en este momento haya sido borrada y condenada por completo. Si así es, no me conteste ni me lea siquiera, que comprenderé su silencio y su determinación, y aunque sufriré cruelmente, siempre le agradeceré que me haya proporcionado la alegría absoluta de contemplar el ideal de todos mis sueños de joven tomar cuerpo ante mí.

»Por indigno que sea, si el sentimiento que he visto en esos lindos ojos, que jamás olvidaré, si esa simpatía permanece viva en el corazón de usted aun contra su deseo, yo le ruego saque de ella un poco de piedad antes de confirmarse la terrible prohibición de encontrarnos más. He creído sospechar en los breves instantes de conversación que hemos tenido, que si bien parece usted satisfecha de la vida, se siente usted en el fondo desheredada de muchas cosas. ¿No ha experimentado usted nunca la necesidad de un amigo que no

le repitiera jamás lo que una vez se atrevió á decirle, á quien confiar las penas y que se alegrara de las alegrías de usted? Ese amigo, que usted tomaría y dejaría á su antojo sin queja de su parte, deseaba yo ser para usted antes del momento en que la emoción me dominara. ¿Qué me contestará usted? Ponga usted á prueba mi corazón y no tendrá motivo para arrepentirse. Dígame usted que me perdona, que vaya á ese santuario de la calle de Murillo, donde tan feliz he sido; pero si usted no lo consiente, no oír á mis labios reproche alguno: ¡el martirio sustituirá al éxtasis, y siempre reconocido, porque al fin es también una dicha sufrir por la que se ama!»

Ya eran las seis cuando el poeta puso la carta en el correo, y casi en el mismo instante estuvo pesadoso de haberla echado. La angustia que le dominaba hizo le olvidar por completo sus hábitos de familia. Comió en un restaurant al acaso, y la primera sensación que le trajo á la realidad de la vida fué la que recibió cuando Francisca le abrió la puerta de su casa á las nueve y media de la noche, toda asombrada.

—¡Ah, señorito; si usted supiera la inquietud de la señora!...

—Te has atormentado por mi ausencia—

dijo Renato á Emilia, que se precipitó en el corredor, al abrazarla.—No me riñas; ha sido por ella.

Emilia no tuvo valor para reprocharle tanto egoísmo, y se contentó con señalarle la puerta del comedor, contándole muy bajo que allí estaban las de Offarel. Estas sencillas palabras bastaron para que la fiebre de Renato cambiara inmediatamente de carácter. Por la mañana, en el Louvre, la imagen de Rosalía le causó un pesar, cuando se hallaba al lado de Susana, y ahora, sin preparación alguna, habría de ver, no ya la imagen, sino la persona misma y arrostrar la mirada que huía cobardemente hacia ya días. Presentósele la idea de su perfidia, pues habló de amor á otra mujer sin antes desligarse de aquella que debía considerar como su prometida. Entró en el comedor cual si fuera al suplicio, y bien pronto conoció que Rosalía leía en su corazón como en un libro abierto. Hallábase sentada entre su madre y Fresneau, trabajando, según costumbre, y con los pies apoyados en una silla vacía donde había puesto el ovillo de lana y el sombrero de su padre para obligarle á colocarse cerca de ella. Aquel padre inverosímil, que se quejaba de la gota en las muñecas, estaba allí bebiendo y jugando con Fresneau. Emilia había preparado esta partida para

evitar la conversación general y poder pensar en su hermano ausente. Angélica le había ayudado á devanar seda, y toda esta escena de humilde intimidad hizo que el poeta se acordara de aquello que fué el simbolo de su dicha, de aquello que para siempre había abandonado. Por fortuna, la gruesa voz del profesor se dejó oír y le impidió entregarse por completo á sus cavilaciones.

—¡Vaya una hermana razonable que tienes! ¡Pues no pensaba esperarte toda la noche! «¡Podía haber enviado un telegrama!... ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?» Y poco ha faltado para que mande al depósito judicial de cadáveres. Yo le decía:

—Renato almuerza y come con alguien... Offarel, ahora da usted.

—He ido á hacer una visita al campo y perdí el tren, eso es todo—dijo Renato.

—Qué mal miente—pensó Emilia, admirándose de la torpeza, signo de una habitual rectitud, como se hubiera admirado de su maquiavelismo.

—Le encuentro á usted algo pálido. ¿Está usted malo?—exclamó con su acritud la señora de Offarel.

—¿Quiere usted, Renato, que le haga sitio aquí?—dijo Rosalía con tímida sonrisa.—Voy á quitar el sombrero de papá.

—Dámelo, lo pondré en el aparador; es el número uno y mamá me refiría si le ocurriera accidente.

—Ya hace mucho tiempo que es el número uno—dijo Angélica riendo, y añadió cogiendo el de Renato:—éste sí que es un número uno auténtico—haciendo resaltar el contraste á la luz de la lámpara.

—Es que ya no hay nada bastante hermoso para Renato—repuso con acrimonia la madre, agregando:—bien dichosa serás si tu marido se puede vestir siempre tan bien como tu papá.

Renato, á pesar del epigrama de la terrible señora, se sentó al lado de Rosalía, y no se mezcló en el resto de la conversación, que la discreta Emilia llevó al terreno de la cocina, punto acerca del cual se apasionaba la de Offarel casi tanto como de sus gatos, y hacia sus viajes fuera del barrio para comprar el café en tal tienda y en tal otra las pastas de Italia, declarándose además como autora de algunas recetas, y entrando, por fin, en insignificantes detalles sobre los transeúntes ó los compañeros del ómnibus, cuando lo tomaba. Esta charla insustancial de la pobreza de espíritu de la señora divertía ordinariamente á Renato, porque alguna vez encontraba imágenes para expresar sus pensamien-

tos. Pero esta noche existía un abierto contraste entre la excitación romántica del poeta, como consecuencia de su entrevista con Susana, y las pequeñeces de este círculo, en el cual, sin embargo, había nacido. Rosalía representaba ese pasado del corazón, al que no perdonamos nunca que se convierta en obstáculo contra nuestro porvenir; se parecía mucho á su extravagante madre, como si de la semejanza hubiera sido responsable la hija; pero todas estas circunstancias eran motivo para la perfidia de Renato, que no tenía el triste valor de su compañero Claudio Larcher; pues de otro modo se hubiera confesado que la única razón de su mal humor residía muy principalmente en el hecho de haberla él engañado. Sea de ello lo que fuere, Renato se concentraba más y más en sus pensamientos hacia Susana, y por primera vez adoptó la firme resolución de romper definitivamente con Rosalía, diciéndose: — «Seré digno de ella»—y esta *ella* era la mujer perversa y mentirosa que tenía sobre la dulce y sincera niña la superioridad de un maravilloso exterior, de una rara ciencia de los trajes, de una incomparable monería sentimental y de una belleza profunda é íntimamente perturbadora. Por pérfidas que sean, tratándose de amor, la mayoría de las mujeres, no será

nunca su infamia bastante castigo para los secretos egoísmos de la mayor parte de los hombres.

Offarel dió la señal de partir, y levantándose dijo á Fresneau:

—Le he ganado á usted cuarenta céntimos, mis cigarros de la semana... vamos, ¿están ustedes ya listas?

—Puesto que estamos *todos* aquí—dijo la señora mirando á Renato,—¿cuándo vienen ustedes á comer á casa? ¿les convendrá el sábado? Creo que es el día de Fresneau.

El profesor respondió que sí, y entonces ella se volvió á Renato, añadiendo:

—¿Y usted también, Renato? En primer lugar, estará usted mejor en nuestra casa que en esas otras de gente rica donde el señor Larcher va de comensal...

—Señora...—exclamó el poeta.

—Bueno, bueno—contestó la vieja;—yo recuerdo siempre lo que decía mi buena mamá, que vale más un pedazo de pan negro en su casa, que una pava trufada en la de los demás.

Aunque la reflexión de la madre de Rosalía fuera sencillamente una necedad aplicada al desdichado Claudio, que por una caracterizada dispepsia casi ni podía beber una copa de vino generoso, mortificó á Renato como si

se tratara del más justo de los epigramas contra su amigo, como signo de una apasionada hostilidad entre su antiguo y su nuevo género de vida, y claro es que la impresión fué desfavorable á Rosalía. Acostóse, sin poder dormir, y cambiando el curso de las ideas, pensó en su carta. Un estremecimiento nervioso le cogía por sí el marido de Susana la interceptaba, aquel tirano cuya brutalidad le causaba horror. Y aun suponiendo que llegara sin dificultad á manos de Susana, seguramente le desagradaría, y entonces deseaba que se perdiese en el camino, porque él sabía que algunas veces sucede cuando se quiere exactamente lo contrario; ¿por qué no había de suceder ahora que lo deseaba? Durmióse á las cuatro con ese sueño que rinde más que alivia, y despertó con el propósito de ruptura que había formado. ¿De qué medio valerse? El más sencillo era pedir una cita á Rosalía, como otras veces; pero Renato no se sintió con fuerzas, por esa deshonrosa piedad que consiste en retroceder ante las lágrimas de la mujer abandonada, y pensó en escribir. Fuéle difícil esta tarea, y durante sus vacilaciones llegó la hora del cartero. Por más que le parecía una insensatez esperar la contestación de Susana, el corazón del enamorado se conmovió al entrar Emilia en su cuarto con el periódico y la

correspondencia, que apartó á un lado con inquietante desaliento después de ojeada.

—Renato mío, tú tienes una pena—dijo Emilia con un género de abnegación y una ternura tan viva en su rostro, que el hermano la creyó ángel salvador de sus tormentos.

En el acto le contó su situación, lamentándose de haber llegado en sus relaciones con Rosalía á tal punto, culpándose de la ligereza con que la había comprometido, reprochándose, en fin, toda su conducta en el asunto.

Y Emilia, doliéndose de la decepción que le causaba su hermano, iba en la ceguedad de su cariño hasta formular severos juicios contra la inocente Rosalía.

—No la culpes—dijo Renato avergonzado;—el único culpable soy yo.

—Tú—contestó Emilia abrazándole,—tú eres demasiado tierno. Haré lo que quieres, porque nosotras las mujeres tenemos arte para decirlo todo... La lealtad te obliga á romper una situación extremadamente falsa... cuanto antes mejor... Hoy mismo iré á la calle de Bagneux, y si no encuentro sola á Rosalía, la pediré una cita.

A pesar de la confianza en su propia habilidad que había manifestado Emilia, comprendió bien pronto las dificultades de su embajada, claramente demostradas en el almuerzo,

inquietándose Fresneau y sintiendo Renato el remordimiento. Porque además emplear una tercera persona para decir la verdad á Rosalía, era la humillación cruel unida al dolor inevitable. A punto estuvo de impedir la visita de Emilia, pero la dejó marchar. Esta tristeza no le impidió pensar en el próximo correo, y el pensamiento acabó con la tristeza.

En tal estado de ánimo, volvió Emilia á la hora y media después de haber salido, sorprendiéndose Renato como si absolutamente hubiera olvidado la misión que le encargó; pero era tal la expresión que revelaba el semblante de Emilia, que le dejó trastornado:

—Y bien—preguntó con angustia.

—¡Ah! Renato, cuestión concluida; pero yo no la conocía...

—¿Qué ha contestado?

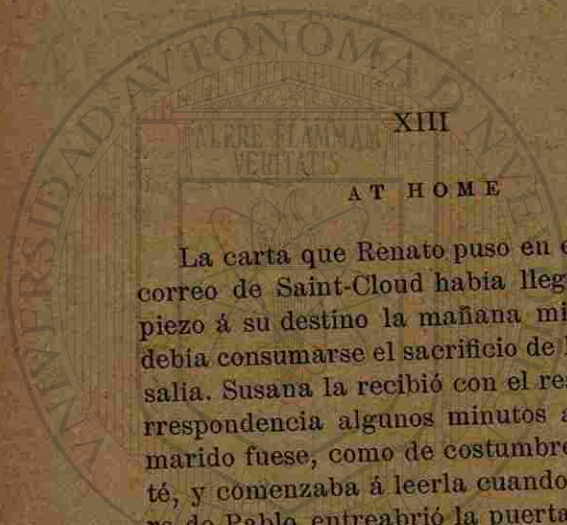
—Ni un solo reproche; lágrimas, ¡pero qué lágrimas!... ¡cómo te ama!... Su madre había salido con Angélica á buscar las provisiones para la comida del sábado... ¡qué ironía de la suerte!... yo no iré á esa comida... Cuando Rosalía me abrió la puerta, creí que se ponía mala, tal era su palidez; todo lo había adivinado, porque ella es como yo tratándose de tí, y tiene esa segunda vista del corazón... Entramos en su cuarto, lleno de tus retratos y tus recuerdos... Empecé á hablar dulce-

mente... me sentía tan conmovida como ella, y me dijo:

—Cuánto le agradezco que haya escogido á usted para hablarme; usted, por lo menos, no me llamará loca por amarle como le amo... pero ya estaba preparada desde hace algún tiempo. Era un sueño demasiado hermoso... suplíquele usted únicamente que me permita conservar sus cartas.

Y Emilia añadió:

—Y no me preguntes más, Renato mío, porque tengo miedo de que esta pena te ocasione alguna desgracia.



La carta que Renato puso en el buzón del correo de Saint-Cloud había llegado sin tropiezo á su destino la mañana misma en que debía consumarse el sacrificio de la pobre Rosalia. Susana la recibió con el resto de su correspondencia algunos minutos antes que su marido fuese, como de costumbre, á tomar el té, y comenzaba á leerla cuando la leal figura de Pablo entreabrió la puerta, gritándole con su voz alegre y sonora los buenos días, añadiéndole como alguna que otra vez: «Mi rosa amarilla.» Esta alusión al célebre romance de Alfredo de Musset, iba siempre acompañada de un beso, porque Musset representaba para Moraines la juventud y el amor con algo de calavera, y á la cándida fatuidad de este buen muchacho le agradaba tratar á Susana como amante y no como marido. Ella, resistiendo sus caricias, le dijo:

—Vamos, déjame leer la carta y prepara el té.

Segura como estaba de que Pablo jamás le preguntase cosa alguna relativa á la correspondencia, leyó, no una sola vez, la carta en cuestión, sino varias, gozándose en el fuego de las frases del poeta, doblándola en seguida y escondiéndola en el pecho. Mostraba al acercarse á la mesa del té y tomar su taza de fina porcelana, tal expresión de contento en su rostro, que Moraines, bromeando y ahuecando la voz, exclamó:

—Si yo fuese un marido celoso, creería, señora, que habia usted recibido alguna carta de enamorado, según está usted de satisfecha... Y si vieras qué bien te sienta—añadió acariciándola de nuevo.

—Pues bien, caballero, ha acertado usted—contestó ella con maliciosa sonrisa. Constituye un divino placer para las mujeres contar con esta clase de sonrisas ciertas verdades que no creen aquellos á quienes se las cuentan, dándose de este modo la sensación de peligro que estremece los nervios.

—¿Y es guapo tu apasionado?—insistió Pablo, entregándose en lo que él juzgaba una broma.

—Muy guapo...

—¿Y se puede saber su nombre?

—Esa es mucha curiosidad; busca.

—No pienso en eso; sería larga tarea;—y

cambiando de tono repentinamente, agregó, con un sentimiento profundo: — ¡Qué cruel debe ser la desconfianza; esta idea me va á preocupar toda la mañana; pero haré que Desforges te vigile!

— Gracias á que no hay nadie presente — pensó Susana cuando se quedó sola. — Tiene la manía de decir estas cosas delante de gentes...

Pero la carta de Renato le había complacido tanto, que aplacó su cólera y alzó sus hombros con expresión de dulce piedad, sacando la carta del sitio en que la había colocado, leyéndola por tercera vez.

— Verdaderamente que no se parece á los demás...

Y cayó en una profunda melancolía, recordando la emoción y la juventud del poeta; pero aún no era tiempo para coger el fruto. Susana lanzó un suspiro; todos sus cálculos, sin embargo, se habían realizado, puesto que la carta estaba allí, á la cual no pensaba contestar, como tampoco á la segunda, que vendría seguramente. Pasaron uno, dos, tres días, y por completa que fuese su confianza en la pasión de Renato, empezó á temer cuando en la tarde del tercero le encontró en el ángulo de la calle de Murillo. Puso mucho cuidado en hacer como que no le había visto, y arregló dentro de su carruaje la fisonomía más melancólica,

los ojos más soñadores y una pureza de perfil para conmover á un tigre, por cuyo medio quedó transformado aquel coche confortable y elegante en una prisión celular arrastrando una víctima, víctima de su marido, víctima de su lujo, víctima de su amor, víctima de su virtud, y realmente no exageraba mucho al pasar por delante del joven, pálido y angustiado, queriendo robarle en aquel mismo carruaje y yendo, en vez de disfrutar este placer inmenso, á hacer visitas, si bien tranquila, respecto de aquella segunda carta que no tardaría en llegar, como, con efecto, sucedió; pero en un momento verdaderamente peligroso para recibirla. Con efecto, el poeta, inmediatamente después del encuentro llegó á su casa; presa de la fiebre escribió cuatro páginas, y para que Susana las tuviese cuanto antes y con mayor seguridad, las envió á eso de las cinco con un mozo, de modo que el ayuda de cámara la entregó á la señora cuando Desforges estaba presente, por ser la hora acostumbrada, y por cierto con su regalo correspondiente. Tan pronto como conoció la letra del sobre, Susana dijo para sí:

— A la menor señal de emoción, el Barón lo adivina todo...

Con gran esfuerzo para dominarse, cogió la carta como si no sospechara su proceden-

cia, la abrió y leyó rápidamente después de haberse fijado en la firma, levantándose por último para colocarla entre otras sobre aquel escritorio rodeado de hiedra.

—Me piden una limosna—exclamó—y en estos días son muy frecuentes las peticiones. ¿Y usted, Federico, cómo se arregla para esto?

—Pues es muy sencillo: la primera vez doy cincuenta pesetas, veinte á la segunda y nada á la tercera; verdad es que no creo en la caridad; los pobres no lo son por falta de dinero, sino por cuestión de carácter, y éste nadie lo cambia. La persona misma que pide á usted hoy habrá tenido en su mano la fortuna ó el bienestar, y aunque usted le formara un capital volvería á su situación. A mí me gusta dar; pero pensar que lo que se gasta de esta manera tiene utilidad alguna, eso ya sé yo que no, sino que con esos reclamos se hacen relaciones en la sociedad.

—Cállese usted, horroroso escéptico.

Y con esa fina ironía con que las mujeres, obligadas á mentir, se vengan de aquel que las obliga, añadió:

—Lo que es á usted no se le engaña fácilmente.

El Barón agradeció la lisonja de su amante; la vanidad hubiera desterrado toda sospecha en Desforges, caso de existir; pero no

existía, hasta el punto de no apercibirse de una verdadera crisis de agitación en que Susana se encontraba. Al fin marchóse él, y ella volvió á coger con deleite su carta, pensando que el Barón era excelente amigo, pero una carga demasiado pesada; á tal extremo de ingratitude le había conducido su pasión de quince días. La carta, por otra parte, contenía acentos tan conmovedores que la hicieron vacilar en su resolución de no contestarla tampoco, decidiéndose por último á esperar la tercera, aunque con angustia creciente y con la fortuna de que Desforges, aconsejado sin duda por Noiroi, no le pidiera entrevistas en toda la semana.

Sin embargo, bien comprendía que había de llegar un momento difícil, como era el de sostener sus relaciones con el Barón, que contribuía á su lujo, aceptando la idea de antemano sin repugnancia, como no la sentía engañando á Pablo. Su temor, en lo que se refiere á Renato, era el de que siguiese la máxima de Napoleón, de que «en amor, la única victoria es la retirada». Llegó la tercera carta, y su miedo ante aquellas líneas de verdadera desesperación, de despedida sin reproches, aumentó ante la idea de que el poeta tuviese realmente el propósito de poner fin á sus días, y poseída de esta emoción extraordina-

ria, creyó llegado el momento de poner en ejecución su acariciado proyecto de iniciar sus intimidades con Renato en la misma discreta y retirada mansión del escritor, y así, á las dos de la tarde llegaba á la entrada de la calle Coëtlogon.

Detúvose un minuto, admirada de aquel rincón provinciano de París, y adelantándose luego á casa de Renato, preguntó por él, y al penetrarse de que estaba, cobró los perdidos alientos para continuar adelante en su atrevida decisión. Llamó, apareció Francisca mostrándose estupefacta; pero al punto, recordando que la Rigaud había venido en cierta ocasión á buscar al poeta, se dirigió al cuarto de Renato, creyendo que la presente sería una visita por el estilo. Salió el joven, y al conocer á Susana, se quedó pálido como un cadáver; deslizóse ella por aquel corredor que las litografías de Rafett transformaban en un pequeño Museo Napoleónico, hasta el cuarto, y detrás Renato; cerróse la puerta y halláronse solos.

En ese estado de íntimo desarreglo que nos causan los sucesos inesperados que nos arrastran de la extremada angustia á la mayor alegría, la contemplaba en su elegante traje obscuro, y de pie.

—Pero ¿es usted?

Sus manos temblaban, y como las de Susana también, acabó de trastornarse. Al mirarse en esta habitación en que seguramente ninguna mujer antes de ella se había visto, su resolución de abandonarse era tan firme como pueden serlo todas las de esta clase; sólo un temor le preocupaba: ¿le agradaría? Bien comprendía ella que con un hombre como Renato todo serian dificultades, y esta ingenuidad la entusiasmaba, espantándola á la vez; pero contaba con la locura de los sentidos, que necesitaba despertar sin parecerlo. Hubo un minuto en que se olvidó á medias de su cálculo y de su papel, y dejó caer la cabeza sobre el pecho del poeta, balbuceando:

—He tenido mucho miedo con esa carta... he luchado hasta no poder más, y aquí estoy... ¿Qué va usted á pensar de mí?

Y él la estrechaba entre sus brazos; luego levantó aquella cabeza encantadora y acarició sus ojos, cuya mirada triste durante la última aparición en el coche, le había destrozado: después las mejillas cuyas líneas le encantaron siempre, y los labios de ambos se confundieron. Renato pensaba todo eso, y únicamente eso, de ella; ella encontraba su anhelado amor joven y espontáneo y vibrante. Y esta desdichada, tan experta y tan degradada, que hacía un juego de la pasión que

la movía, gozó un instante alegría divina; pero no más que un instante, pues la triste reflexión volvió á dominarla, haciéndola ver que todavía era pronto; apartóse del joven, y le dijo:

—Ya he visto á usted... y debo irme; no se acerque usted, Renato (jamás le llamó por su nombre).

—Susana, no tema usted... ¿Cuándo podremos disponer de ocasión semejante? No se vaya usted, se lo suplico; ¿querrá usted ser buena? Yo me retiraré... ocupará usted la butaca en que trabajo... y además, quítese usted el abrigo, deje usted el manguito y ese aire de visita...

Preso del más ardiente de los licores que acababa de beber, poniendo en acción sus palabras, se alejó obedeciendo; más tarde se acercó para obligarla á sentarse, le desabrochó su capa, tomó de sus manos las pieles, la despojó de su sombrero, y ella resignada y como cediendo, se sonreía tristemente; se ejecutaba el último acto de la comedia, la agonía de la madona.

—¡Qué felicidad la de este momento!—exclamaba él arrodillado, y pensando en cuánto le amaría aquella mujer tan pura, cuando lo olvidaba todo por él.

—Mi hermana ha salido para toda la tarde

y la esclava está en sus quehaceres... ¡Este es mi dominio, el asilo en que he vivido tanto! Todos sus rincones, todos sus objetos podrán ser testimonio de lo que sufría desde hace algunos días... Mis pobres libros y mis grabados abandonados por completo... la pluma con que escribí mis cartas sin tocar... y yo en ese mismo sitio, contando las horas indefinidamente; ¡qué semana! Pero, Dios mío, una pena que me permita usted la cuenta, es una nueva dicha.

Y Susana le escuchaba con los ojos entornados, entregada á la música de estas palabras, aunque sin olvidarse de la representación. Todo la encantaba: la soledad, el aspecto de la habitación, hasta entonces nido del estudio y del retraimiento; pero más que nada, las pupilas de fuego, el modo de aproximarse de Renato. El camino de las confidencias era á propósito para llegar al fin sin perder el prestigio; por eso respondía:

—¿Y yo, no he sufrido? ¿A qué negarlo? Yo no quería leer las cartas... un día entero tuve la primera en el bolsillo sin abrirla y sin atreverme á romperla... leer equivalía á escuchar, y me había prometido no hacerlo... ¡Cuánto pedí á mi ángel guardián el olvido!... Mucho he luchado.

—Este fué el último momento de la madona,

que alzó los ojos al cielo, que aquí era un techo en que el poeta había colocado unas cuantas muñecas japonesas. El ángel guardián volaba, volaba, y los ojos se posaron en Renato, diciéndole:

—Ya no hay remedio; pero ¿qué importa? Yo no sé más sino que amo demasiado y que no quiero ver á Renato desgraciado...

Sollozando convulsivamente, puso de nuevo su cabeza en el hombro del joven y éste sus labios donde antes. Como infantilmente, echóle los brazos al cuello, y los corazones quedaron en contacto. Vió ella la imagen del deleite en el rostro del poeta, levantóse para huir y huyó, pero esta vez hacia el ara de los sacrificios, donde se cumplieron por entero. Renato no se hallaba en situación de apreciar ciertos indicios que, apercibidos, le hubieran revelado la doblez de Susana con sólo fijarse en sus ropas, que por su finura se amoldaban tan exactamente como si esta mujer se hallara desnuda. No, no podía saber si era el ideal de Susana ó un juguete. Y después de todo, ¿no era realidad el placer gustado?

XIV

DÍAS FELICES

Cuando Susana se alejó de este silencioso asilo de la calle de Coëtlongon, cuya puerta abrió el mismo Renato para evitar las miradas condenatorias de Francisca, ya habían convenido ambos en las entrevistas sucesivas. La prudencia aconsejaba salir de allí como de la calle del Monte-Tabor, sin volverla cabeza; pero Susana la volvió y pudo ver al joven de pie detrás de la cortina, y hasta tal punto la conmovió su novela, que tuvo una sonrisa y se despidió con la mano, mientras él la contemplaba partir en el crepúsculo desde el fondo de aquella habitación testigo de su triunfo, porque todos los sucesos realizaron el cálculo formado, y se regocijaba del éxito mientras tomaba un coche esquina de la calle de Assas, y la dejaba en los almacenes del Bon-Marché, donde debía aguardarla el suyo propio. Los detalles, antes tan odiosos y difíciles, para encontrarse, eran ya fáciles y deliciosos. Después de la hora del abandono y entre

que alzó los ojos al cielo, que aquí era un techo en que el poeta había colocado unas cuantas muñecas japonesas. El ángel guardián volaba, volaba, y los ojos se posaron en Renato, diciéndole:

—Ya no hay remedio; pero ¿qué importa? Yo no sé más sino que amo demasiado y que no quiero ver á Renato desgraciado...

Sollozando convulsivamente, puso de nuevo su cabeza en el hombro del joven y éste sus labios donde antes. Como infantilmente, echóle los brazos al cuello, y los corazones quedaron en contacto. Vió ella la imagen del deleite en el rostro del poeta, levantóse para huir y huyó, pero esta vez hacia el ara de los sacrificios, donde se cumplieron por entero. Renato no se hallaba en situación de apreciar ciertos indicios que, apercibidos, le hubieran revelado la doblez de Susana con sólo fijarse en sus ropas, que por su finura se amoldaban tan exactamente como si esta mujer se hallara desnuda. No, no podía saber si era el ideal de Susana ó un juguete. Y después de todo, ¿no era realidad el placer gustado?

XIV

DÍAS FELICES

Cuando Susana se alejó de este silencioso asilo de la calle de Coëtlongon, cuya puerta abrió el mismo Renato para evitar las miradas condenatorias de Francisca, ya habían convenido ambos en las entrevistas sucesivas. La prudencia aconsejaba salir de allí como de la calle del Monte-Tabor, sin volverla cabeza; pero Susana la volvió y pudo ver al joven de pie detrás de la cortina, y hasta tal punto la conmovió su novela, que tuvo una sonrisa y se despidió con la mano, mientras él la contemplaba partir en el crepúsculo desde el fondo de aquella habitación testigo de su triunfo, porque todos los sucesos realizaron el cálculo formado, y se regocijaba del éxito mientras tomaba un coche esquina de la calle de Assas, y la dejaba en los almacenes del Bon-Marché, donde debía aguardarla el suyo propio. Los detalles, antes tan odiosos y difíciles, para encontrarse, eran ya fáciles y deliciosos. Después de la hora del abandono y entre

los pudores de la caída, Susana continuaba su proyecto y decía á su amante:

—Es preciso que me prometas una cosa... que no frecuentes la sociedad para buscar-me... Debes trabajar y dejarte de esa vida que no conoces... Tu magnífico talento, tu genio, lo malgastarías en futesas, en pequeñeces, y yo no quiero ser la causa... júrame que no irás á casa de nadie.

Y muy bajo:

—A casa de ninguna de esas señoras que te rodeaban la otra noche...

—¿Ni aun á la tuya?—preguntó él, encantado de las frases que eran á la vez homenaje á su mérito y expresión de celos.

—A la mía menos. No soportaría que estrechases ahora la mano de mi marido... debes comprenderlo—replicó Susana ensortijando los cabellos del joven amorosamente.

Él se hallaba entonces á sus pies, y ella en la butaca, con el semblante inclinado y suspirando.

—No me obligues á hablar más... Quisiera ser para ti la amiga que no penetra en la vida de la persona á quien adora sino para traerle el valor y la alegría, la dulzura y la nobleza; la amiga que ama y es amada en el misterio, y lejos de ese mundo que agosta las más sagradas religiones del alma... Falta y grande

es la que he cometido; que no sea también una serie de bajezas y villanías, como las que me han horrorizado en las demás... Apártalas de mí, Renato mío, si me amas como dices. ¿Serías capaz de amarme así?

A medida que pasaba este lindo rosario de mentiras, veía á su cándido cómplice extasiarse románticamente ante belleza tal de sentimientos. Colocaba de nuevo sobre su frente la aureola de madona que había depositado para dejarse amar. Mezclando, como siempre, el cálculo más refinado á la más delicada ternura, logró hacer aceptar la siguiente combinación. Él tomaría un nombre supuesto, y en un barrio próximo á la calle de Murillo, un cuartito amueblado para reunirse allí dos ó tres veces ó cuatro por semana, indicándole el de los Batignolles, y le escribiría á la lista con determinadas iniciales y en determinada oficina de Correos. ¡Cuánta esclavitud la de su pobre ángel, que se veía precisada á semejante lujo de precauciones! ¡Aquello no era vivir! Por otra parte, el programa trazado correspondía á todas las porciones artificiales de su ser por el carácter clandestino de la intriga. El poeta no sólo accedió, por consiguiente, sino que la fraseología de Susana, li-soujeando sus trabajos, le hizo soñar en la conciliación del arte y el amor, y después de

largos días de tormento se sintió como con alas en el corazón y en la cabeza. Tan honda era la preocupación de su felicidad, que ni siquiera notó el doloroso asombro que mostró todo el día siguiente al de la visita, la fisonomía de su hermana, visiblemente disgustada. Las consecuencias brutales de aquellas relaciones le dieron un cruel y respetable sufrimiento; porque Emilia, por su profunda ignorancia y su carácter romántico y puro, se interesaba en las cosas del amor y se juntó á los comienzos de la intriga por el hecho de ser mujer, pero nunca pudo llegar á suponer que la de Moraines realizara su seducción en la propia casa de aquella madre de familia modesta y piadosa. Los antecedentes que la criada le facilitó no le permitieron duda, y recordando las lágrimas de Rosalía, comparaba la sinceridad de su ternura con la gran señora desconocida tan imprudentemente protegida por su candidez, y entonces pensaba si Renato se había equivocado respecto de Susana. Pero su cariño fraternal, que llegaba hasta la debilidad, le quitaba toda fuerza para hacerle la menor observación viéndolo tan dichoso. Renato fué ahora discreto á su vez, y no podía tampoco expresar en palabras lo que sentía por Susana.

A poca dificultad encontró en la silenciosa

y modesta calle de las Damas, y en el centro del barrio de los Batignolles, indicado por la de Moraines, el apetecido cuartito. Apenas habian transcurrido ocho días desde sus relaciones, cuando Claudio Larcher, único de sus colegas con quien tenía amistad, vino á despedirse de la familia, pues salía de París. Acababan de sentarse á la mesa.

—Un momento solamente —dijo al entrar.— Tomo el expreso del Mont-Cenis á las nueve, y comeré en la estación.

—¿Va usted á estar mucho tiempo fuera?— preguntó Emilia.

—*Chi lo sà?* como dicen en esa hermosa Italia, donde estaré mañana.

—¡Será afortunado!—expuso Fresneau.— Podrá leer á Virgilio en su patria en vez de hacerlo traducir por asnos.

—Muy afortunado, efectivamente — contestó con una sonrisa de desaliento el escritor, que, acompañado por Renato hasta la verja de la puerta, donde le esperaba el coche con su equipaje, estalló en sollozos.

—¿Se acuerda usted de aquel día en que fué á verme? ¡Qué linda estaba Colette!... Me bromeaba sobre las mujeres; pues bien, ahora me veo en la vergüenza de hallarme celoso de una mujer, de un monstruo, de la infame Alina Raymond, conocida como tal en todo

París. Esto ya no puede soportarse... Carecía de dinero, y he tenido precisión de acudir á un prestamista que me lo da al 60 por 100; pero saldrá en mi primera comedia. ¿Y sabe usted lo que ha sido necesario comprarle y luego revender? ¡doscientos cincuenta ataúdes! En fin, con eso, con lo que me ha enviado mi parienta á quien me he bajado, lo de mi editor de la *Revista Parisiën*, á quien he prometido ¿qué sé yo?... he reunido seis mil pesetas. Cada vuelta que den las ruedas del tren que me arrastra, me pasará sobre el corazón; pero me alejaré de ella, y cuando sepa mi marcha por una carta que le escribiré desde Milán, me consideraré vengado. Hasta que se ha convertido en Saffo, he podido tolerar; pero eso... imposible. Adiós, Renato; no me volverá usted á ver sino cuando esté curado.

Renato no tuvo más noticias de este amigo, en quien pensaba con frecuencia para comparar la mujer que él idolatraba, tan digna de su culto, con la peligrosa y feroz actriz del Teatro Francés, al cual dejó de asistir para evitar que le hablase mal de Claudio. Renato, por esta causa y por las prevenciones de Susana, rompió todo trato con aquella sociedad en que Larcher le introdujera; hasta se retrajo de visitar á la Condesa, que benévola-mente supuso que el poeta se aburrió en sus

salones, y no le invitó á más fiestas, sin por esto incomodarse. Por otra parte, en aquellos momentos imponía en sus reuniones á un pianista ruso y espiritista, que se hallaba en directa comunicación con Chopin. Y para que todo favoreciese los proyectos de Renato, los de Offarel se resintieron de que ni Emilia ni él asistieran á la famosa comida con una semana de antelación preparada á costa de grandes paseos por todo París.

Fresneau, que acudió solo, había manifestado á su mujer los detalles.

—Cuando hablé de tu jaqueca, la vieja dijo «¡ah!» de un modo que me dejó cortado. Cuando indiqué que Renato se hallaba ausente, cuidando de un amigo enfermo (¡qué excusa fuiste á buscar!; pero adelante), me preguntó si era en alguna quinta. Y en la mesa el pobre Larcher pagó los vidrios rotos, desnudándole y arrancándole hasta el último pelo. Que era un egoísta, de malas maneras, de salud relajada, sin porvenir, y... qué sé yo cuántas cosas. Gracias al poquito de juego con Offarel; y el pícaro me ganó... Allí estaba también Passart, y recuérdame que le recomendemos á nuestro tío para la escuela de San Andrés; es buen chico... Creo que Rosalia...

Emilia se sonrió de la perspicacia de su

marido, recordando que la Offarel se había quejado de las asiduidades del joven profesor de dibujo, y pensó que le había invitado muy á última hora para hacer ver que, á falta de Renato, había otros pretendientes.

Las señoras de Offarel estuvieron sin poner los pies en la calle de Coëtlogon dos semanas, cuando antes de aquel día no dejaban pasar cuatro sin ir á los postres. Al volver, llevaron consigo al susodicho Passart, rubio y desmadejado, con lentes, de rostro tímido y el cutis lleno de pecas, cuya visita no quedó mucho tiempo en el misterio, pues se trataba de dar celos á Renato, según la frase de la vieja, que dijo:

—Offarel está ocupado, y el señor Passart ha tenido la bondad de acompañarnos... Rosalia, haz un sitio á don Jacobo cerca de tí...

La pobre niña no se había encontrado con el poeta desde la triste explicación que tuvo con Emilia. Hallábase muy conmovida y temblorosa por todo el camino, que era corto, pero que le pareció interminable hasta llegar á la calle de Coëtlogon. Tuvo valor, sin embargo, para dirigir una mirada del lado de su antiguo prometido, como para asegurarle que ella no podía ser responsable de las mezquindades de su madre, contestando á ésta con bastante frialdad, sentándose en un ángulo y po-

niendo una silla delante, que el señor Passart no la privaría seguramente de ella porque la necesitaba para su labor.

—Aquí hay un sitio vacío—exclamó Emilia, que colocó al joven cerca de ella y acudió de esta suerte á la animosa niña, que arrojaba con su desvío una escena horrorosa luego en casa. Y no obstante, hubiera sido natural prestarse por despecho á la venganza: pero no, las mujeres verdaderamente delicadas jamás sienten tales despechos. Más tarde los hombres comprenden, comparando unos con otros sus recuerdos, el mérito de aquella que nunca les ha hecho sufrir, ni aun para hacerles volver.

La disculpa de Renato consistía en que realmente pensaba haber sacrificado á Rosalia por el amor verdadero de Susana. A la mañana siguiente Emilia le elogiaba la noble actitud de la niña, y Renato con la más fatua ingenuidad, contestaba:

—¡Qué lástima que se pierda tan hermoso sentimiento!

—Sí que es lástima—contestó Emilia suspirando.

En el tono con que fueron dichas estas palabras hubiera comprendido Renato el cambio de opiniones de su hermana respecto de la señora de Moraines, si le quedara bastante en-

tendimiento para otra cosa que para pensar en su amor.

Los días del poeta se dividían en dos clases: los días en que se encontraba con Susana; los días en que no la veía, distribuyéndose los últimos, que eran los más frecuentes, en soñar por la mañana en la cama, en el tocador, en escribir á la madona, que por su parte no le contestaba. Terminada esa oración cotidiana á que se hallaba sujeto este Narciso de su propio amor, llegaba la hora del almuerzo, yendo en seguida á la Biblioteca de la calle de Richelieu á sacar notas concienzudas para su *Savonarola*, que había vuelto á tomar entre manos, y en cuyo trabajo se ocupaba rabiosamente toda la tarde y algo de la noche.

A esta obra le faltaba, sin embargo, aquella plenitud de talento que se transmite desde el cerebro á la pluma, haciendo del trabajo una embriaguez ligera y potente.

Renato necesitaba una tensión casi dolorosa de su pensamiento para planear las escenas del drama, y aun mayor para traducir al verso la prosa que bosquejaba, porque el derroche de su savia vital y la preocupación constante de Susana, á quien jamás podía olvidar por completo, y hasta la influencia del éxito, dañosa aun para los genios, le impedía ser lo que había sido. Ahora concebía y

escribía para el público, representándosele la sala en el estreno con los periodistas y la sociedad, y en su palco á la de Moraines, pareciéndole oír de antemano los aplausos, y activando, por el deseo de hacer efecto, la visión natural y desinteresada del objeto que se proponía pintar por el placer de pintarlo, que es condición indispensable de toda obra de arte viviente.

Demasiado joven para poseer la habilidad con que los veteranos en las letras escriben apasionadas frases sin emoción alguna, y engañando aun á los críticos más perspicaces, Renato buscaba en él una fuente que no brotaba. Las figuras trágicas no se animaban, los ruidos le distraían y contaba las horas que todavía le separaban de Susana, exaltándose con sus propias palabras de amor, dichas en voz alta, deleitándose con el recuerdo de aquella habitación en que la veía y que realizaba todos los deseos, mucho más de lo que su inexperiencia hubiera hecho creer.

El cuarto alquilado se componía de tres piezas, coquetamente amuebladas por la propietaria, doña Malvina Raullet, señora morena, de unos treinta y cinco años, que por su discreción, severo traje, dulce voz y mirada provocativa, encantó á Renato. Oficialmente vivía de las rentas modestas que le dejó su di-

funto esposo, personaje fantástico, cuya profesión indicaba ella con la vaguedad de «hombre de negocios»; pero en realidad nunca estuvo casada. Actualmente satisfacía sus gastos un médico formal, padre de familia, que le entregaba fijamente todos los meses quinientas pesetas, como si fuera el sueldo de algún funcionario. Pero, á fuer de mujer ordenada, discurrió el medio de aumentar sus ingresos, separando de su habitación, demasiado grande para ella, las tres piezas consabidas, que podían servir de salón, dormitorio y tocador, y que tenían su entrada independiente. Respecto del mobiliario, procedía de una herencia fúnebre. Durante diez años había sostenido amistad íntima con un loco, costeada por la familia, que nunca quiso se le declarase como tal. A su muerte recibió veinte mil pesetas, de antemano prometidas, y todo el ajuar de la casa, teatro de aquel extraño oficio. Renato no conoció jamás el fondo repugnante de esta historia, tan parecida en París á otras muchas, que utilizaban para sus aventuras los jóvenes que las tienen, como tampoco sospechaba que Malvina había penetrado sus intenciones. Quería pasar por un vecino de Versailles que necesitaba venir á la capital dos ó tres veces en semana, y escogió por pura niñería el nombre de Alber, de la no-

vela que más le había gustado en su juventud: *Mailemoiselle de Maupin*; pero la señora irreprochable, leyó en su sombrero las verdaderas iniciales de su apellido, diciendo:

—El señor Alber querrá que la criada se encargue del servicio; serán cincuenta pesetas más al mes.

Este precio exorbitante fué pedido con tan dulce voz, y tan respetable consideraba Renato á doña Malvina, que no se atrevió á discutir, aunque la mirara ya con cierta desconfianza. Aquel aspecto, aquella manera de vestir, hasta el medallón con pelo blanco y el anillo nupcial, desmentían el tráfico. Debe añadirse, en honor de la verdad, que la distinguida viuda contaba con otros dos amigos leales, muy jóvenes: uno, estudiante de derecho, y otro, empleado en un gran almacén de novedades, y ambos en la creencia de que su adorado tormento era una señora vigilada por implacable familia. Estos caballeros representaban en el presupuesto la partida de gastos menudos. Toda esta trapisonda no era obstáculo para que la virtuosa criatura dijera al falso Alber que la casa era muy tranquila y que no extrañase que al menor ruido en la escalera se viese en la necesidad de rescindir el contrato. Y Renato, avergonzado, tenía miedo de que la honrada viuda lo plantase en

la calle á la primera entrevista con Susana, hasta el punto de que cuando se celebró esta entrevista primera, Renato visitó á doña Malvina con el pretexto de hacerle observaciones acerca del servicio. Ella no sabía nada, no comprendía nada, sin perjuicio de lo cual tuvo buen cuidado de fijarse en la de Moraines cuando salió y ya estaba en terreno firme, comprendiendo que Susana pertenecía á la alta sociedad y que él no era del mismo círculo, llegando á sospechar que el alquiler correría á cargo de ella y no de él, y lamentándose por esta circunstancia de no haber exigido mayores emolumentos. Pero ya lo arreglaría con la leña, la ropa blanca, las comidas, si es que el joven las encargaba, á lo que espontáneamente se ofreció doña Malvina.

—Es una persona excelente y muy amable—decía Renato á Susana.

Por otra parte, ¿de qué le habría valido el análisis pesimista del carácter de aquella mujer, análisis que no hubiera dejado escapar Claudio? Esto le produjo solamente mil temores absurdos de chismes y cuentos, absurdos porque Malvina huía el escándalo y soñaba con una vida decente el día en que pudiera retirarse á su pueblo con ahorros. Ella misma inventó en este concepto una mentira complicada para tapar los ojos al portero. Renato y

Susana eran un lindo matrimonio que vivía en el campo, y algo parientes del difunto Raulet, y dió á Renato una llave para que no le fuera necesario comunicarse con el susodicho portero.

El joven emprendía su peligroso camino, ocupándose únicamente de recoger las flores que lo sembraban, importándole poco lo demás, y sin preguntarse siquiera por qué Susana prefería las horas de la mañana casi siempre. En realidad, porque escapaba mejor á la vigilancia de Desforges. El higiénico Barón destinaba esa parte de su tiempo á su salud; que para él era lo más precioso de la vida. Daba su lección de esgrima, que llamaba «la pildora del ejercicio»; luego su paseo á caballo, «ración de aire», y finalmente «quemaba su ácido», fórmula del doctor Noirot. Susana se complacía al considerar á Pablo sujeto á la oficina, á «su excelente amigo» también en los quehaceres, y á su querido Renato comprando flores con que adornar la capilla de sus caricias, en medio de las cuales guardaba ella religiosamente su aspecto de virgen. Sentíase completamente feliz y exenta de remordimientos; por una facultad distributiva, sin duda heredada del hombre de Estado que tuvo por padre, explotaba la hora presente, sin que la hora pasada ni la hora

futura turbase ó contuviese la sensación; todo se hallaba perfectamente determinado en su vida: la parte de Pablo, la de Desforges y la de Renato, que la adoraba como un ídolo, y cuyas caricias no estaban como las del Barón, contadas, pesadas y selladas; caricias nuevas que no eran monótonas como las de Pablo; ardientes como de veinticinco años, que no da, sino que prodiga; frescas y llenas de poesía, regalo exquisito que le costaba esfuerzo grande abandonar. Pero llegaba el medio día y era preciso partir. Él se quedaba allí en el misterioso asilo de sus amores; Malvina le servía el almuerzo, y se marchaba entre dos luces, atravesando todo París, para llegar á la calle de Coëflogon, presa de una divina laxitud en que se resumían y desvanecían todas las emociones de su vida.

XV

LOS ODIOS DE COLETTE

Hacia ya cerca de dos meses que duraba esa vida monótona y tan dulce, y sin otros acontecimientos que el pesar de la última caricia y la esperanza de la próxima, cuando una mañana, en el momento que Renato salía de su casa para ir en busca de Susana, le entregó una carta Francisca, cuya letra le impresionó. Era de Claudio Larcher. Por Fernando sabía que el escritor había residido en Florencia y después en Pisa, á cuyos dos puntos le escribió á la lista sin respuesta. El sello de la carta le reveló que Claudio se hallaba al presente en Venecia. Con singular curiosidad rompió el sobre y leyó las páginas que siguen, andando por las tranquilas calles del barrio de San Germán, que le llevaban hacia el Sena, una mañana de primavera tan fresca y luminosa como su propio amor.

*Venecia, palacio Dario, Abril 79.

»Escribo á usted, querido Renato, desde su Venecia, de esta Venecia de donde usted

futura turbase ó contuviese la sensación; todo se hallaba perfectamente determinado en su vida: la parte de Pablo, la de Desforges y la de Renato, que la adoraba como un ídolo, y cuyas caricias no estaban como las del Barón, contadas, pesadas y selladas; caricias nuevas que no eran monótonas como las de Pablo; ardientes como de veinticinco años, que no da, sino que prodiga; frescas y llenas de poesía, regalo exquisito que le costaba esfuerzo grande abandonar. Pero llegaba el medio día y era preciso partir. Él se quedaba allí en el misterioso asilo de sus amores; Malvina le servía el almuerzo, y se marchaba entre dos luces, atravesando todo París, para llegar á la calle de Coëflogon, presa de una divina laxitud en que se resumían y desvanecían todas las emociones de su vida.

XV

LOS ODIOS DE COLETTE

Hacia ya cerca de dos meses que duraba esa vida monótona y tan dulce, y sin otros acontecimientos que el pesar de la última caricia y la esperanza de la próxima, cuando una mañana, en el momento que Renato salía de su casa para ir en busca de Susana, le entregó una carta Francisca, cuya letra le impresionó. Era de Claudio Larcher. Por Fernando sabía que el escritor había residido en Florencia y después en Pisa, á cuyos dos puntos le escribió á la lista sin respuesta. El sello de la carta le reveló que Claudio se hallaba al presente en Venecia. Con singular curiosidad rompió el sobre y leyó las páginas que siguen, andando por las tranquilas calles del barrio de San Germán, que le llevaban hacia el Sena, una mañana de primavera tan fresca y luminosa como su propio amor.

*Venecia, palacio Dario, Abril 79.

»Escribo á usted, querido Renato, desde su Venecia, de esta Venecia de donde usted

ha evocado la cruel imagen de Celia, el dulce perfil de Beatriz, y como la hechicera Venecia es siempre la patria de lo inverosímil, la ciudad de las ondinas, que en este extremo del Oriente se llaman sirenas, he descubierto aquí un cuartito amueblado en el palacio más mono, sobre el Gran Canal, como lord Byron; un *palazzino* con medallones de mármol en su fachada, todo historiado, bordado, cincelado é inclinado de un ángulo, como yo en mis días malos. Mientras me ocupó en garrapatear á usted esta carta, siento el agua de este Gran Canal debajo de mis ventanas y á mi alrededor la paz de esta ciudad—*la Cora Pearl* del Adriático, que diría un zarzuelista—en que se disfruta de un soñador silencio. ¡Ay, amigo mio! ¿Por qué no he podido desprenderme, al venir aquí, de mi corazón de escritor enfermo, de este corazón inquieto que siento gemir y golpear aún más fuerte en este suave silencio? Sabrá usted que hace dos horas que acabo de almorzar en una mesita del Florián, bajo los arcos; que después he ido á San Giorgia in Bragora á contemplar un Cima divino; que debo comer esta tarde con dos descendientes de los Dogos, bellas como mujeres del Veronés; y unos rusos tan divertidos como el Korazof de nuestro amigo Beyle, y que en vez de sentirme alegre, he venido á ver Su Re-

trato, con S y P mayúsculas, el retrato de Colette. Renato, Renato, ¿por qué no me encuentro muellemente sentado en mi butaca de orquesta del Teatro Francés, viéndola representar la Camila de *On ne badine pas avec l'amour*, pieza lindísima, tan amarga como el *Adolfo*, y que ella dice como si fuera música de Mozart? ¿Se acuerda usted de su sonrisa atravesada y de cómo movía graciosamente su rubia cabeza para exclamar: «¿Pero estáis seguro de que todo miente en la mujer cuando su lengua miente?» ¿Se acuerda usted de Perdicán y de estas palabras: «Orgullo, el más fatal de los consejeros humanos, ¿qué vienes á hacer entre esta mujer y yo?» Pues estas pocas frases constituyen toda mi historia, toda nuestra historia. Sólo que yo era el verdadero Perdicán de la comedia, con esta fuente de ideal y de amor en el fondo del alma, siempre brotando, no obstante la experiencia, siempre pura, á pesar de tantas faltas... y ella, mi Camila, había sido mancillada al punto de no poder lavar sus vergüenzas. ¡Cómo ha martirizado la vida esa flor, y qué olor de muerte he sentido al respirarla!

»Pero no es para referir á usted estas cosas para lo que escribo delante de mi balcón, y á través de cuyas columnitas veo pasar las góndolas, que resbalan y se inclinan, y van y

vuelven tan coquetamente esbeltas y fúnebres. Si cada uno de estos ataúdes flotantes arrastrase uno de mis sueños diferentes, formarían una interminable procesión sobre este agua tan triste. ¿Por qué no soy acuafortista? Si lo fuera, ya sé yo qué macabra grabaría: la huida de las negras barcas en el crepúsculo, sus blancos esqueletos por gondoleros en la proa y en la popa, remando tiesos por cerca de unos palacios arruinados. Debajo trazaría estas líneas: «Así es mi corazón.» Después de una juventud más pisoteada que los racimos de las uvas, y tan miserable como la mía, cuando apenas salía de la esclavitud del oficio, esa otra esclavitud del amor me recoge, pero de ese amor fundado en el odio y el desprecio. ¿Quién me hubiera dicho en aquella tarde de Julio que dió principio á mi locura, que me encontraba en una de las horas más solemnes de mi vida? Había yo trabajado mucho toda la mañana y comido solo; fui á respirar un poco, y me paseaba con mi bastón y mi *spleen* mirando á los transeúntes y á las transeúntes, sin más objeto que esperar las diez. ¿Qué invisible demonio me arrastró hacia la Comedia? ¿Por qué entré en el escenario, á que no había venido hacía meses, para saludar al viejo Farguet, que me importaba tanto como mi primer artículo? ¿Por qué es-

tuve en este escenario decididor y gracioso como en mis mejores tiempos, yo, que permanecía en las mesas del gran mundo que frecuentaba tan mudo como los pescados á la *Chambud* del *menú*? ¿Por qué Colette estaba allí en aquel precioso traje de las jóvenes del antiguo repertorio? Representaba la Rosina del *Barbero*: «Cuando en la llanura...» Fui á la sala á oírla decir la frase; pero ¿por qué me miró mientras cantaba, tan conmovida que no me atrevía á comprender? ¿Por qué tenía aquella boca, aquellos ojos, aquel perfil y aquel rostro donde podía leerse el dolor de una *Psiquis* atormentada por los sentidos? ¡Cuánto la he amado desde ese día, y cuánto me ha amado ella! No hubo lucha y vencí á la segunda vez que nos veíamos. ¿No es verdad que he sido un necio al creer en la fidelidad de una mujer que no resiste? Debía aceptarla como se presentaba, y pensar que las mujeres son para los demás, las mismas que para nosotros.

»Pero dejemos este camino, mi buen Renato, porque veo el poste indicador y leo en él: «Camino de la desesperación.» Una mañana de estío nos paseábamos desde Moret á Maslotte en un carruaje con un caballo negro que se llamaba *Cerbera*, y su cola de zorra le pegaba en la frente; mi Colette á mi

lado... ¿Pero en qué sitio no habrá testigos de nuestro amor? Sí, abandonemos este camino y vamos al hecho, que debo á usted la explicación de mi silencio á las varias cartas que ha tenido la bondad de dirigirme.

»Cuando dejé á ustedes en la calle de Coëtlogon, con rumbo á Italia, esto parece música, quería convencerme de si podría pasarme sin ella; pues bien, la prueba está hecha... y deshecha, porque me es imposible, aunque he luchado con toda clase de argumentos, jurando que no volvería á acordarme; pero al cuarto de hora, á la media hora, la veo, y aquellos ojos, y aquella boca, y sus gestos que sólo son de ella, y entonces me paro donde quiera que me encuentre, desfallezco, y una finísima aguja me traspasa el corazón. ¿Creerá usted que he tenido que marcharme de Florencia porque me quedaba extático contemplando en los Oficios el cuadro de Botticelli la *Madona incoronata*, cuya fotografía ha visto usted en mi casa? En este lienzo, el ángel de la derecha es ella, con su mirada, mirada que me obligaba á compadecerla, cuando lo que debía hacer era matarla. De Florencia fui á Pisa, la ciudad muerta, cuyo taciturno dolor ya conocía; con su plaza en que se levantan la cúpula, el baptisterio y el campanario; con su muro de cementerio y

sus ruinas de murallas almenadas, y la playa del Gombo á dos horas de camino, estéril y arenosa entre los pinos, y el Arno amarillento, con su lentitud de cansancio. Mi cuarto daba á este río melancólico, pero en pleno mediodía, templado y claro. Allí llegué movido por un gran proyecto que trajo á mi memoria la máxima del gran Goethe: «Poesía es libertad...» Ensayemos, me dije, y prometí no salir de Pisa hasta no haber convertido el amor en literatura, porque haciendo de mis lágrimas burbujas de jabón, tal vez no derramaría otras nuevas; y las burbujas se inflaron en una novela que titulé *Análisis*, que habrá usted leído en la *Revista Parisiën*, y la tengo por mi mejor obra. En ella va la historia completa del asunto, hasta mis celos por las Safos.—Colette y yo hemos sufrido mucho.—Pero yo pensaba que había merecido la paz al pisotear el ídolo de otras veces y mi propio pasado. Y sin embargo, en el instante en que el manuscrito fué al correo, envié una carta á Colette pidiéndole me perdonara. Sí, he mojado la pluma en mi llaga para que la sangre me sirviera de tinta, y he conseguido envenenar aún más la llaga, y sólo curaré con el tiempo, si me curo. Y después de todo, ¿para qué curar?

»He sido altanero, ya no lo soy; he luchado

contra esta vil pasión, ya no lucho. Si yo tuviese un cáncer en la mejilla, ¿me avergonzaría? Pues lo tengo en el alma, y eso es todo; me dejo comer por él y no resisto. Pero sigamos la historia. Colette no contestó á mi carta; verdad es que después de mi conducta no había de darme las gracias. Como empecé á rebajarme escribiéndola, continué y hasta llegué á sentir un placer desconocido en degradarme por ella y poner á sus pies mi dignidad de hombre y de artista; por eso la dirigí una segunda y una tercera, y otra carta más. Se publicó la novela y volví á escribirle humillándome al último extremo para que lo enseñara á Salvaney, á la repugnante Alina, y decirles: «Me abandona y me insulta; ¡cómo me adora!» Pero no; usted no la conoce, Renato; es muy orgullosa en medio de sus defectos, y por esta razón, suponiendo lo que ha debido parecerle la novela, no me atrevo á ir; pero como á la vez yo no puedo vivir sin ella, elijo á usted para que la vea, con tanto más motivo cuanto que sé que usted le gusta y le agradece el lindísimo papel del *Sigisbeo*, y porque sé también que le ha de creer cuando le aseguro que me muero, y que tendrá piedad de mí. Digale usted, Renato, que no tema en lo sucesivo mi mal carácter, porque el Larcher sublevado ya no existe, sino un hombre

que lo tolerará todo, todo, ¿comprende usted? por hallarse á su lado. Estos meses de invierno de tan dura tristeza, son un verdadero paraíso ante el infierno de la ausencia. Si me considera usted buen amigo como me ha dicho, présteme usted tan señalado servicio; véala, enséñela esta carta, háblela usted, enternézcala; que me permita volver y que me perdone.

«Esperaré con ansiedad la contestación, y ya usted sabe cuánta pena puede soportar esta máquina de atormentarse á sí mismo que se llama su amigo

»C. L.»

«P. D. Hágame usted el favor de pasar por la oficina de la *Revista*, y mandarme cinco ejemplares de la novela que he colocado aquí.»

—¡Qué hombre éste! —dijo Renato después de haber leído la extravagante epístola en que se contenían los diversos elementos de la complicada personalidad de Claudio: —su gusto por lo artificial, la chanza al lado de los amargos sufrimientos; una sinceridad infantil con una susceptible vanidad de autor, sacrificio ingenuo de toda pretensión, el poder de conocerse y la impotencia para dirigirse.

—Iré esta misma tarde al *Teatro Francés* si

trabaja Colette;—y recorriendo el diario vió que sí. ¿Cómo me recibirá?

Y tan preocupado se hallaba de la entrevista y tan conmovido con las penas de su querido amigo, que no pudo dejar de confiar á Susana las inquietudes de su espíritu y aun de enseñarle la carta.

—¡Pobre diablo!—exclamó Susana al devolvérsela, y añadiendo como por casualidad:—¿De veras no habéis hablado nunca de mí?

—Sí, una vez á la ligera...—contestó Renato con cierta vacilación, por considerar que había sido indiscreción y falta de delicadeza aquella frase tan desdichada que fué causa del sarcasmo de Claudio, como se recordará.

—Segura estoy de que te ha contado algo malo de mí.

—No, por cierto—afirmó Renato, que conocía ya lo bastante la fisonomía de Susana para haber observado una expresión de ansiedad en sus pupilas.—¿Por qué esa desconfianza?

—¿Por qué? ¡Porque te amo tanto, Renato mío, y los hombres son tan perversos!

Y para destruir el efecto de sus anteriores frases, agregó:

—Que no dejes de ver á la Rigaud.

—Eso pienso. ¿Y tú qué vas á hacerte esta noche?

—También iré al teatro; pero no al escenario. Mi marido me lleva al Gimnasio y estaremos completamente solos. ¿Me obligas á pensar en eso, sabiendo qué melancolía tan grande voy á sentir? Ámame mucho, tesoro mío, por el tiempo que no pasarás á mi lado amándome.

Aún tenía el poeta la cabeza llena de esta voz tan dulce como la más dulce música y el alma emocionada por tanta caricia, cuando á las nueve de aquella noche atravesó la puerta que conduce al escenario del *Teatro Francés*. Detúvose un momento contemplando la portería que fué estación en el calvario de Claudio, pues siempre que pasaba por allí y veía el buzón de las cartas dirigidas á Colette, indicaba á Renato su deseo de coger las cartas y abrirlas para conocer la verdad.

—¡Qué suerte es no conocer la horrible enfermedad de las sospechas!—pensó Renato mientras subía la escalera con cierta precipitación, para evitarse la tristeza que le causaba la vista de aquellos retratos de actores y actrices que ya no existen y que servían de adorno á la entrada del escenario, deseando encontrarse con algunos conocidos y estrechar algunas manos. Pero sólo halló dos artistas en traje de marqueses del tiempo de Luis XIV, que trataban de negocios de Estado. No se

preocuparon para nada del joven, y éste oyó que el uno, largo y amarillo como pensionista roído de bilis y envidia, decía al otro, rubicundo y repleto como canónigo:

—La desgracia de nuestro país está en que nadie se ocupa lo bastante de política...

—¡Qué lástima que no se encuentre Larcher aquí!—se dijo Renato, suponiendo lo que se hubiera divertido con la frase.

Recordólas visitas que habían hecho juntos á aquel sitio. Colette no andaba entre bastidores, y el poeta se decidió á buscarla en su cuarto, encima de cuya puerta estaba escrito el nombre. Llamó, bajo al principio, pero no le oyeron, sin duda porque hablaban; después más alto, y entonces le contestó que pasara una voz agria que reconoció, la misma que sabía dulcificarse para recitar:

Si les roses pouvaient nous rendre le baiser...

Abierta la puerta, se penetraba en una diminuta antecámara, que á su vez comunicaba con un diminuto tocador, y levantando Renato el portier de satén negro con figuras de oro, se encontró en la estrecha pieza cuya atmósfera hacían imposibles las lámparas y respiración de cinco personas, cinco hombres allí reunidos; dos de frac, que evidentemente eran gente de buena sociedad, y los otros tres

amigos de la artista, de una escala algo inferior. Uno de los personajes, elegantemente vestido, era Salvaney, que no conoció al poeta, y él y su compañero los únicos sentados en una *chaise-longue* tapizaba de antigua tela china rosa, procedente de Claudio, que había dirigido en los tiempos felices el adorno del cuarto, original y bien puesto. Colette se hallaba preparándose para salir á escena, en medio de estos cinco hombres, con los cabellos desarreglados y los brazos desnudos bajo unas anchas mangas del peinador azul muy claro y de tela finísima; delante de su tocador, verdadero arsenal de frascos de pomada, polvos de variados colores, alfileres llamados de tragedia, patas de liebre, los tintes rojos y los blancos, con sus esponjas y pinceles, todo un arsenal completo. La actriz veía quién entraba por el gran espejo colocado encima de la mesa; conoció al autor del *Sigisbeo* y se volvió á medias, enseñándole sus manos llenas de vaselina para excusar el no alargárselas, y le lanzó una mirada tal, que hizo comprender á Renato la prudencia de Claudio en no presentarse sin parlamentario.

—Buenas noches, amigo—dijo Colette;—eualquiera hubiera creído que se había usted muerto... veo en su cara de usted que solamente se trata de haber sido demasiado

feliz. . Mañana hago el *Sigisbeo*... Siéntese, si tiene usted dónde.

Antes de que Renato contestara, ya estaba hablando con Salvaney.

—Después de todo, acepto... Venga usted por mí á medio día; allí encontrará usted á Alina, y nos iremos los tres á almorzar juntos antes de la visita.

Y una segunda mirada á Renato, después de haber hablado, con un mohín y una expresión de la crueldad más implacable. Bien claro aparecía el desafío á Claudio por medio de su amigo más íntimo, que repetiría la frase al amante celoso, á quien no olvidaba á pesar de la huida y de la afrenta. Cambió algunas banalidades con los demás visitantes, recomendando á uno de ellos, un pobre diablo por quien se interesaba, insistiendo con otros para que escribieran un artículo de reclamo en el periódico, volviendo á Salvaney para preguntarle por los detalles de las próximas carreras, hasta que, por fin, secándose las manos, se levantó exclamando:

—Y ahora, amigos míos, la presencia de ustedes me es muy agradable, pero...—y les señaló la puerta—necesito vestirme y hay que dejarme... No, usted no—dijo á Renato;—tengo que decirle dos palabras.

Cuando estuvieron solos, se colocó otra

vez delante del espejo, y pintándose los ojos, preguntó al poeta:

—¿Ha leído usted la infamia de Claudio?

—No; pero he recibido una carta suya y es el más desgraciado de los hombres.

—¿Conque no ha leído usted? Pues bien, lea usted y verá qué canalla tiene usted por amigo.

Y arrojando llamaradas de cólera por sus ojos, agrandados con las líneas negras, que ardían en su rostro enteramente blanco, gritó:

—¿Cree usted que está bien eso de insultar á una mujer? ¿Y qué es lo que yo le he hecho á ese caballero? Que no quiero obedecer como una esclava sus caprichos, ni romper con mis relaciones, ni llevar una vida de perro. ¿Soy, por acaso, su mujer? ¿Me mantenía él? ¿Le pedía yo cuenta de su conducta? Y aun cuando le hubiera dado motivos de queja, ¿era esa razón bastante para ir á contar al público todas las infamias que me atribuye? Es un canalla, un canalla y un canalla. Puede usted escribírselo así de parte mía, y añádale que el día que tropiece con él le cruzaré la cara; ya verá cómo esta bribona sabe vengarse... No, Melania—dijo á la doncella que entraba;—dentro de un cuarto de hora la llamaré á usted.

—Pero si no la amase á usted, no se desataria de ese modo contra usted. Es el dolor lo que le trastorna—contestó Renato, aprovechando la interrupción.

—Déjeme usted en paz con esas necesidades—repuso Colette otra vez con el pincel en la mano.—¿Es posible que todavía crea usted en el corazón de ese hombre? Ni aun es amigo de usted... Si le hubiera usted oído burlarse de los amores de usted, ya sabría á qué atenerse...

—¿De mis amores?—exclamó Renato estupefacto.

—Vamos, vamos, no se haga usted el admirado conmigo—y le sonrió con su sonrisa de demonio;—otra vez escoja usted más fiel confidente que su amigo Larcher.

—No la comprendo á usted; yó no le he hecho jamás confianza alguna.

—Entonces es él el que inventó que estaba usted enamorado de la de Moraines, la linda rubia, intima del viejo Desforges. Eso completa á Claudio—añadió la cruel actriz con la mordaz ironía que le inspiraba la profunda herida de su amor propio.

El desdichado Claudio, que en sus momentos de ternura olvidaba siempre lo que pensaba de Colette en sus momentos lúcidos, la dijo sencillamente el día después de la visita

de Renato:—«¿Sabes que el pobre Vincy se ha enamorado?»—«¿De quién?», preguntó ella.—Y él le nombró á la de Moraines, cuya leyenda conocia por las referencias que traen los vividores á estos círculos, recogidas en los del gran mundo, sean ó no falsas.

Cuando Colette, que no podia dominarse, aludió á los amores de Renato con Susana, lo hizo por el solo gusto de difamar á Larcher, indisponiéndolo con su amigo; pero cuando se apercibió del efecto que sus frases causaron, insistió por afán de mortificar á una persona tan querida para Claudio, pues así algo se vengaba.

—Claudio no le ha dicho á usted semejante cosa; y si estuviera presente, le prohibiría que calumniara á una mujer que es digna de todos los respetos de usted—gritó Renato fuera de sí.

—¿De todos mis respetos?—contestó Colette, riendo más alto y más nerviosamente aún.—Diga usted, amiguito, ¿por quién me toma usted? Porque tiene un marido para ocultar su infamia y comerse con ella el dinero del viejo, ¿es digna de todos mis respetos? ¿Cree usted todavía en las mujeres del gran mundo? Y en último término, si á usted no le agrada que yo le haya dicho que su amante lo es también de Desforges, vaya us-

ted á pedir satisfacción á Claudio; eso le dará materia para escribir... Ya llegará usted á tener sobre él la misma opinión que yo... ¡De todos mis respetos! Es un poco fuerte esto... ¡Adiós, adiós!... Ahora voy á vestirme de veras... Melania—llamando á la doncella.—Salude usted á Claudio de mi parte.

Y después de la andanada de furor y de ironía, en que se revelaba la parte honda de su naturaleza, empujó á Renato fuera del cuarto, encerróse, y su risa sonó de nuevo, burlona, implacable y argentina; risa en que había un poco de comedia y de odio satisfecho.

XVI

HISTORIA DE UNA SOSPECHA

—¡Qué mujer tan mala, qué mala!—iba pensando Renato al bajar la escalera del teatro, que llenaba con sus gritos el avisador: «¡Se va á empezar!»

Temblaban sus piernas al preguntarse:

—¿Por qué me aborrece?

Y no comprendía que durante un cuarto de hora había representado el papel de Claudio para Colette, y tal vez la alegría que la actriz experimentaba hiriéndole en el corazón proviniera del odio que con frecuencia nos tienen las amantes de nuestros amigos cuando están convencidas de que jamás hemos de hacerlas el amor.

La fidelidad del hombre para el hombre es uno de los sentimientos que más profundamente mortifican á la mujer.

Las frases que cayeron sobre Renato de improviso le aturdieron como golpe asestado brutalmente en la cabeza, y del cual no se repuso hasta la plaza del Palais-Royal, sembrada de coches. Su primer impulso fué de ra-

ted á pedir satisfacción á Claudio; eso le dará materia para escribir... Ya llegará usted á tener sobre él la misma opinión que yo... ¡De todos mis respetos! Es un poco fuerte esto... ¡Adiós, adiós!... Ahora voy á vestirme de veras... Melania—llamando á la doncella.—Salude usted á Claudio de mi parte.

Y después de la andanada de furor y de ironía, en que se revelaba la parte honda de su naturaleza, empujó á Renato fuera del cuarto, encerróse, y su risa sonó de nuevo, burlona, implacable y argentina; risa en que había un poco de comedia y de odio satisfecho.

XVI

HISTORIA DE UNA SOSPECHA

—¡Qué mujer tan mala, qué mala!—iba pensando Renato al bajar la escalera del teatro, que llenaba con sus gritos el avisador: «¡Se va á empezar!»

Temblaban sus piernas al preguntarse:

—¿Por qué me aborrece?

Y no comprendía que durante un cuarto de hora había representado el papel de Claudio para Colette, y tal vez la alegría que la actriz experimentaba hiriéndole en el corazón proviniera del odio que con frecuencia nos tienen las amantes de nuestros amigos cuando están convencidas de que jamás hemos de hacerlas el amor.

La fidelidad del hombre para el hombre es uno de los sentimientos que más profundamente mortifican á la mujer.

Las frases que cayeron sobre Renato de improviso le aturdieron como golpe asestado brutalmente en la cabeza, y del cual no se repuso hasta la plaza del Palais-Royal, sembrada de coches. Su primer impulso fué de ra-

bia hacia Claudio, á quien llamaba «indigno amigo».

—¿Cómo ha podido entregar mi secreto á semejante criatura? ¡Y qué secreto! ¿Qué sabía él? Un momento de turbación y un poco de rubor en la mejilla al pronunciar un nombre.

Recordaba el poeta todos los detalles de aquella conferencia; la sonrisa irónica de su amigo; la vacilación en contestar cuando Renato preguntaba si sabía algo de Susana; y de aquí pasaba el joven á otros recuerdos: no se olvidó de aquellas palabras de Susana cuando á la tercera vez de haberse visto le aseguraba que no era simpática para Larcher; desconfianza que aquella misma mañana había reiterado.

En efecto, Susana tenía razón para no fiarse de aquel hombre. Y en último término, si se hubiera contentado con insinuar sus relaciones con Susana, menos mal; pero la repugnante alusión á Desforges y su dinero era horrible.

Renato no abrigaba una sombra de sospecha en cuanto á ella, sino indignación furiosa porque daba por cierto que Claudio era el que había contado á Colette tanta infamia.

Ahora bien; para que Claudio la repitiera, era preciso que la hubiese oído á alguna otra

persona, y la insistencia de Susana, por un lado, hacía comprender que no ignoraba la calumnia.

Renato pensó en aquel Desforges que había encontrado una vez en la calle de Murillo; aquel viejo bello, con tipo de oficial retirado, una cara roja y como golpeada, y pelo centenario... ¡Y ella!

—¡Qué mundo tan infame!—dijo, trayendo á su memoria los encantos y perfecciones de Susana.

Luego el contraste con Claudio, á quien ella había perdonado y de quien siempre hablaba con elogio.

De repente recordó aquella frase de su inocente madona: «No hay razón para vengarse en las demás mujeres haciéndoles el amor al vuelo. Casi tuve que enfadarme una vez en que me hallaba sentada á la mesa cerca de él...»

Y Renato, con una recrudescencia de cólera, exclamó:

—Ya está vista la causa; le ha rechazado y la difama... Es demasiado repugnante...

Preso de tan crueles reflexiones, había caminado Renato hasta la plaza de la Ópera, volviendo maquinalmente hacia la derecha, y subiéndolo por el bulevar.

La amargura y el disgusto eran tan opues-

tos á su alma, todavía pura, que todas sus sensaciones acabaron por fundirse en una infinita ternura hacia aquella mujer tan admirada y tan indignamente tratada por el pérfido Claudio y la vengativa Colette. ¿Qué haría Susana á esta hora? Sin duda allá en su palco del Gimnasio, obligada por su marido á asistir á un espectáculo cualquiera, y dominada por una melancolía profunda, cuya causa era su amor.

En el punto mismo en que la adorada imagen se presentó á la mente del poeta, despertóse en él la imperiosa necesidad de verla, deteniendo en el acto un carruaje que pasaba, indicando el nombre del teatro al cochero, sin reflexionar en cosa alguna. ¡Cuántas veces había intentado, como ahora, sorprender á Susana en los sitios públicos á que asistía! Pero siempre había rechazado la tentación por un escrúpulo de hacer en su ausencia lo contrario de lo que en su presencia había prometido, complaciéndose, por otra parte, la naturaleza de su imaginación en dividir á Susana en dos personas distintas, la del mundo y la suya propia, entrando también por algo en esta determinación el disgusto de tropezar con Pablo Moraines.

Conocía la novela titulada *Fanny*, y Claudio, escritor de análisis, que hubiera encon-

trado en una situación análoga motivo para buscar al marido y procurarse una nueva llaga del corazón, no era como el poeta, que repugnaba tan deshonrosa experiencia y respetaba en sí mismo la belleza del sentimiento.

Mientras que rodaba el coche hacia el bulevar Bonne-Nouvelle, todos estos motivos á que rindió culto Renato otras veces, vacilaron en su espíritu por el efecto causado con aquellas frases de Colette.

La presencia de Susana sería seguramente el remedio contra sus tormentos y justificaría además su desobediencia la razón de comerla, porque si ella supiese lo que le habían contado, había de ser la primera en gritarle:—«¡Vas á leer mi amor en mi semblante!»

—Me alejaré en seguida, pero lavado de esta desconfianza—se dijo Renato.—¿Y su marido? Tarde ó temprano he de verle, y puesto que tampoco significa nada para ella... ¡La íntima de Desforges esta criatura! ¿Y por qué? Por dinero. ¡Qué necedad! La hija de un ministro y esposa de hombre de negocios! ¿Cómo ha podido Claudio?...

Llegó á la puerta del Gimnasio con el propósito de que Susana no le viera, y reflexionó algunos minutos en consecuencia.

Acababa el acto, á juzgar por el número de espectadores que salían, y esta circunstancia le sugirió la idea de tomar una entrada para aprovechar el entreacto y buscar; una vez encontrado el palco de Susana, escogería la localidad que más le conviniera.

A los pocos pasos tropezó con uno de los elegantes del salón de la Condesa de Komof, el Marqués de Hère, que pasó con sus flores en el ojal, balanceando su bastón y tarareando la canción de las *Campanas*, aún á la moda. Se codeó con Renato, no conociéndole ó haciendo como que no le conocía, lo mismo que Salvaney.

El poeta avanzó, y sin dificultad dio con el palco de la de Moraines. Allí estaba sola en primera fila, y dos hombres la acompañaban, aunque en el fondo: uno de pie, todavía joven, guapo, de bigote grande, que sin duda era el marido; el otro sentado. ¿Por qué la casualidad (pues sólo la casualidad debía ser) llevó á este palco y esta noche precisamente á aquel que la odiosa Colette suponía en intimidad con Susana? Sí, Desforges se hallaba colocado detrás de la de Moraines, hablando familiarmente con ella, medio vuelta y abanicándose, mientras Pablo dirigía los gemelos á la sala.

¿Por qué se retiró bruscamente Renato al

contemplar aquella escena? ¡Ah! Por primera vez, desde el instante en que tuvo la dicha de conocer á la mujer rubia y delicada, con su traje de fuego, en casa de la de Komof, la sospecha había penetrado en su corazón.

¿Qué sospecha? A esta pregunta no le hubiera sido fácil responder, y sin embargo... Susana le dijo, hablándole del Gimnasio, aquella mañana: —«Voy sola con mi marido»—¿A qué mentir? El detalle carecía ciertamente de importancia; pero al cabo, una mentira, grande ó chica, es siempre una mentira. Tal vez Desforges estuviera de visita durante el entreacto, cosa tan natural, que en ella se fijó Renato inmediatamente, con tanta mayor razón cuanto que pronto se comprobaría. Fué al despacho y tomó una butaca en el sitio oportuno; la sala se llenó nuevamente, sonó el timbre y levantóse el telón; pero Desforges no se movió del palco, sino que permaneció sentado detrás de Susana y cambiando con ella observaciones. ¿Y por qué no? ¿Es que su presencia no podía explicarse de mil modos, sin necesidad de atribuir á mentira el silencio de Susana? ¿No era factible que Moraines le invitase sin saberlo su mujer? Verdad que él la hablaba con confianza y ella le contestaba en igual tono; pero ¿no era visita de la casa? ¿Le probaba por

ello que existiera entre ambos una ignominiosa relación de dinero? El poeta así razonaba, y su raciocinio le hubiese parecido irrefutable si en la fisonomía de la de Moraines notara un detalle de la melancolla que pensaba hallar en su semblante. Por el contrario, Susana, con su elegante traje de encaje negro y con su rubia cabellera sujeta de un lindo sombrero rosa, le pareció enteramente feliz. Su risa, franca y abierta cuando las gracias de la obra lo requerían, la alegre mirada de sus ojos, su conversación animada y comunicativa con el uno ó el otro de los dos caballeros que la acompañaban y el gusto con que de vez en cuando tomaba un dulce de la caja colocada ante ella, hacían imposible suponer que por la mañana había acudido á la peregrinación de sus más secretos y profundos amores, y tan escasa huella habían dejado en su semblante las emociones de la entrevista, que Renato apenas podía creer en lo que veía. Tampoco el marido, con la jovialidad cordial de su cara masculina, se parecía en nada á aquel hombre obscuro y suspicaz que su amante pintó en sus confidencias El desdichado poeta vino al teatro en busca de un definitivo calmante para la perturbación que le ocasionara Colette, y que se aumentó al regresar á su casa de la calle Coëtlogon. Se

dice que no conservaríamos muchos amigos si oyéramos hablar á los que nos merecen ese título cuando no estamos presentes; pero aun es más dolorosa experiencia la que hizo Renato sorprendiendo en su verdadero carácter á la mujer amada. Mucho lo era Susana para que todavía se rindiera el poeta ante esta primera visión de la duplicidad de su madona.

—Que ella se mostraba contenta: ¿por qué he de ser lo bastante egoísta para reprochárselo? ¿Que el barón Desforges se encontraba en el palco cuando ella le aseguró que iba sola con su marido? Ya me lo explicará en nuestra próxima entrevista. ¿Que la fisonomía del marido no correspondía á su carácter? ¿Son tan engañosas las fisonomías! ¿No estaba allí Claudio Larcher, con su traición horrenda al lado de repetidas demostraciones de afecto?... Y toda la crueldad de las impresiones se exacerbaba en contra de aquel que por su indiscreción fué la causa primordial de su pena, desconociendo injustamente las excelentes cualidades de su protector. Al volver de la Biblioteca, donde le fué imposible trabajar, pensó escribir al infame una de esas cartas que jamás se olvidan; hablándole de la señora de Moraines en términos que revelaban su amor, cuyo secreto no quería pasara á dominio de Claudio.

—¿A qué escribirle? Cuando regrese le diré lo que hace al caso; esto es más digno.

Y se disponía a romper la carta, cuando Emilia entró, según tenía por costumbre antes de comer, para preguntar á su hermano cómo llevaba los trabajos. Vió el sobre curioseando y exclamó:

—¿Claudio está en Venecia? ¿Has recibido noticias tuyas?

—No pronuncies jamás ese nombre delante de mí - contestó Renato desgarrando con furor la carta.

—¿Habéis reñido?

—Para siempre; es el más pérfido de los amigos.

Emilia, que guardaba para Claudio culto ferviente de reconocimiento, no insistió, adivinando que el rompimiento procedía de aquella mujer cuyo nombre no pronunciaba Renato nunca delante de ella y á quien empezaba á aborrecer por iguales motivos que antes la hacían amarla. Es que comprendía el por qué de los desfallecimientos físicos é intelectuales del poeta, que no tenía para su *Savonarola* la fresca inspiración que puso en el *Sigisbeo*, y hasta llegaba á condenar aquella desconocida por los dolores de Rosalia, olvidándose de la parte que ella misma tomó en esa ruptura. La de Moraines, no sólo ocasionó semejante pesa-

dumbre, sino que ahora venía á separar de su hermano el amigo á quien Emilia prefería por el beneficio que á su hermano reportaba. Ocupada en los pormenores de la casa, procuraba hallar solución al problema, mientras Renato, poseído de los recuerdos que la visita de Susana á su cuarto le dejara, esperaba impacientemente la próxima entrevista, con el veneno de la maledicencia en sus venas. Porque oyendo las infamias de Colette, ni las discutía; repitiéndolas para refutarlas, ya eran objeto de discusión en su espíritu. ¿Qué fué de Renato, cuando en la conferencia tan anhelada adquirió el convencimiento de que la decantada sinceridad de Susana no era la que creía? Presentóse Renato con una expresión tal de tristeza, que Susana observó, preguntándole:

—¿Qué tienes?

—Una injusticia de periódico.

—Niñón, ¿sí no te envidiaran, valdrías?

—Hablemos de ti... ¿qué has hecho desde que no te he visto?

Si Susana le hubiera observado en aquel instante, adivinara la angustia con que preguntaba; lazo inocente, pero lazo al fin engendrado por la sospecha. Mas Susana se encontraba respecto de él en análoga situación que Desforges respecto de ella.

—¿Lo que he hecho? En primer lugar, la

otra noche fui al Gimnasio con mi marido... Felizmente no teníamos nada que decirnos, y pude pensar en tí todo el tiempo, como si hubiera estado sola, y echarte de menos...

—¿Luego te fastidiaste en el teatro?

—No estabas tú allí... —contestó sonriendo y mirando á Renato, cuya fisonomía presentaba expresión amarga y dura, que Susana no conocía.

—¿Qué tienes, amor mío?

—La rabia contra ese picaro artículo.

—¿Pero tanto malo decía? ¿Dónde se publicó? —repuso ella, en guardia ya por instinto.

El poeta, cogido de improviso, balbuceó indicando que no merecía la pena de que lo leyera, y pensó Susana entonces que algo sentía Renato contra ella. Ocurriósele interrogarle por si le habían hablado desfavorablemente de su conducta; mas se contuvo por aquello de que «explicación sin tiempo, malicia arguye».

—¿Fuiste á ver á la Rigaud?

—Sí—dijo Renato sin disimular la contrariedad que le ocasionaba esta conversación.

—¿Y perdona al pobre Claudio?

—No; es una mujer bien infame—y esto con un tono, que la de Moraines de repente comprendió parte de la verdad, y que la actriz

había hablado. Otra vez discurrió el provocar una confidencia, valiéndose para conseguirlo de la embriaguez que sus caricias ocasionaban al poeta. Ducha en estas batallas, sabía cuánto avasallan esas armas al hombre, y comenzó en sus caricias delirantes, apercibiéndose, por la manera de recibir las y devolverlas, que Renato había debido sufrir y que ella entraba en el sufrimiento por mucho...

—¿Qué pena te han causado, y por qué me la ocultas?

Si esta pregunta la hubiera formulado al comenzar la entrevista, Renato, sin resistencia, la contara los pormenores de la celebrada con Colette; pero entonces, seguro de que Susana le había mentido, y apesadumbrado con la certidumbre, se limitó á repetir lo del artículo injurioso. Se acercaba la hora de separarse, y Susana suspiró un «pobre Renato», sin insistir en sus averiguaciones, soñando con que todo se lo contaría en la próxima conferencia, aunque atormentada por aquel silencio. Por más que Susana amase principalmente á Renato por su físico, no era insensible á la nobleza de su alma; saboreaba, además, un placer análogo al que los corrompidos del antiguo régimen sentían con la seducción de las beatas. Sea como fuese, el

deleite de tales amores hallábase amenazado por alguien, y ese alguien debía ser Colette. ¿Qué motivo de odio podría tener contra Susana? Pero Colette era la íntima de Claudio, y éste era el enemigo; pero Claudio no la había visto nunca con Renato, ni Renato le confió su secreto; luego Susana se hallaba sobre una pista falsa. Así discurría. Estas desagradables sensaciones se aumentaron con lo que al día siguiente le dijo su marido. Las siete de la tarde serían próximamente cuando Susana, sola en aquel saloncito donde tendió sus finas redes á Renato, se hallaba pensativa. Acudieron en esa tarde á sus reuniones de las cinco más gentes que de ordinario, Desforges entre ellos; apareció Pablo con sus estrépitos de costumbre y la alegría en el semblante; acercóse á su mujer, acariciándola repetidas veces, y entre caricia y caricia, exclamó:

— Fui á casa de la Komof, porque le debía visita hace mucho tiempo, ¿y á que no sabes á quién he conocido allí? A Renato Viney, el poeta. No me explico por qué Desforges lo encuentra amanerado; es un muchacho encantador, que me gusta... Hemos hablado largo... le he dicho que tú te alegrarías de volverlo á ver... ¿He hecho bien?

— Muy bien; ¿quién más estaba con la Condesa?

Y mientras su marido le ensartaba un rosario de nombres, Susana pensaba por qué Renato había ido allí. Era la primera salida al mundo desde el principio de sus relaciones, callándose cuando siempre le advertía de antemano sus propósitos. Y había tropezado con Pablo, original opuesto al retrato que ella le dibujara, y por el encuentro se revolvió contra su marido, manifestándole con cierta acritud:

— ¿A que no has escrito á Crucé para el Alençon?

— Pues sí, y lo tendrás.

Susana de cuando en cuando se hacía regalar por su marido, para tener ocasión de confesar en público que Pablo era con ella muy galante, aunque solía olvidar que el dinero con que tales regalos se adquirían procedía ordinariamente de Desforges de un modo directo, interesando á Pablo en sus especulaciones. Los beneficios de una, realizada hacía poco, iban á pagar los encajes. Por cierto que la operación de que se trata dió lugar á una escena especialísima entre Susana y Renato. En una de sus entrevistas interrogó sobre los productos obtenidos por el *Sigisbeo*, añadiendo:

— ¿Dónde has colocado tu dinero?

— No sé— contestó riendo;— mi hermana ha

comprado papel con las primeras mil pesetas, y lo demás lo guardo en caja.

—¿Quieres dejarme hablarte como si yo también fuera tu hermana? Tenemos un amigo que es administrador del Norte y que nos ha dado una noticia inapreciable. ¿Me prometes el secreto?

Le explicó bien el negocio y le dijo que dispusiera de sus fondos para ganar en él cuanto quisiera.

—Cállate; sé que me hablas de esto por cariño, pero no puedo permitirte consejos de tal naturaleza; perdería la estimación de mí mismo.

Por más que esta delicadeza pareció á Susana algo ridícula, fué tan sincera que no insistió. La juventud del alma de Renato la asustaba para el momento en que conociera el fondo de su existencia, porque no la perdonaría jamás, y ya estaba dada la alarma, lamentándose que en evitación de sus funestas consecuencias, no hubiera por fin procurado la explicación que debía. Por esto, cuando á los pocos días volvió á la calle de las Damas, su resolución era la de no demorarla por más tiempo. Al punto que fijó su mirada en Renato, observó que el joven se hallaba más sombrío y que su turbación era mayor; disimuló la impresión que le produjeron estos síntomas y

la frialdad con que fueron recibidas sus primeras caricias. Por lo cual contestó con melancólica sonrisa:

—Tengo que hacerte un reproche, Renato mío; ¿por qué no me previniste que irías á visitar á la Condesa? Yo me hubiera arreglado para evitarte un encuentro penoso para ti seguramente.

—¿Penoso?—contestó Renato con ironía;—si el señor Moraines estuvo tan atento conmigo...

—Si—replicó ella,—le has conquistado. Él, que generalmente es tan sarcástico, me habló de ti con un entusiasmo que me hizo daño... ¿Y no te invitó á ir á casa?... Puedes estar orgulloso, porque es tan raro que acoja bien un semblante nuevo... Pobre Renato—continuó apoyando las manos sobre el hombro de su amante y colocando entre ellas la cabeza.—¡Cuánto te habrá hecho sufrir tanta amabilidad!...

—Sí; he sufrido mucho—respondió Renato con voz sorda.

Mirando aquella graciosa cara tan cerca de la suya, se acordó de lo que le había dicho en el Louvre al contemplar el retrato de la querida de Giorgione: «¡Mentir con una fisonomía tan pura!...» Ella, sin embargo, le había engañado, ¿y quién le aseguraba que no

le hubiese mentido siempre? En medio de los tormentos de la desconfianza y después del encuentro con Pablo, le asaltaban horribles hipótesis. El contraste entre la acogida que le había dispensado Moraines y el carácter de marido tiránico descrito por Susana, era demasiado fuerte.

—¿Por qué me habrá querido engañar en esto?—se preguntaba Renato, que había ido á casa de la Komof, sin objeto determinado, pero con la secreta esperanza de oír hablar de Susana á las gentes de su círculo; éstas, al menos, debían conocerla. La conversación con Moraines había bastado para arrojarle en un abismo de duda. Sólo una verdad se le mostraba evidente: Susana se había servido de su marido como de un espantajo, para no recibirle en su casa. ¿Por qué? Algún misterio de su vida necesitaba ocultar. ¿Cuál?... Colette se encargó por anticipado de responder á esta pregunta. Bajo la influencia de esta horrible sospecha, Renato concibió un proyecto sencillo y de resultados decisivos: aprovecharse de la invitación del marido para solicitar de Susana que le permitiera ir á su casa. Si decía que sí, era que nada tenía que ocultar; si decía que no... el joven, por cuya mente cruzaban todos estos pensamientos, continuaba mirando aquel adorado semblante

apoyado aún en su hombro. ¡Cuántos atractivos en los finos rasgos de su fisonomía, en sus ojos azules, en su noble frente, qué él había creído llena de sentimientos delicados, en aquella boca pequeña y graciosa á la que tantas veces había oído hablar con tierno abandono!... ¡No, lo que Colette había dicho, no era posible!... Pero ¿por qué le había mentido tres veces? No hay mentiras insignificantes; Renato veía en este momento que la confianza, como el amor, ó lo es todo, ó no es nada. Demasiado lo saben los que han tenido que perderla.

—Pobre Renato mío —repitió Susana.

Le veía en uno de esos momentos de extrema tristeza, en los cuales el ser consolado enternece el corazón, abriéndole por completo.

—Sí, muy pobre —exclamó el joven, á quien había conmovido esta piedad en el momento en que más la necesitaba. Y mirándola con fijeza, dijo:

—Escucha, Susana. Prefiero decirte todo. He reflexionado bien. Esta vida que llevamos no puede durar. Me hace muy desgraciado... No es suficiente para mi amor... Verte así, furtivamente, hoy una hora, otra pasado mañana, y no saber nunca lo que haces, no participar nada de tu existencia, es cruel... Ca-

lla, déjame hablar... Había una poderosa razón para que no me recibieses en tu casa... Tu marido... Ahora ya le he visto. He podido resistir el verlo. Nos hemos estrechado la mano. Después de esto, déjame al menos recoger el fruto de este esfuerzo... Demasiado sé que lo que pienso no es digno, pero yo no soy orgulloso... Te amo... Conozco que voy á inspirarte malos pensamientos... Pero te lo suplico, permíteme ir á tu casa, vivir en tu círculo, verte en otra parte distinta de ésta, donde no nos reunimos más que para poseernos...

—Para amarnos—interrumpió ella separándose de él y moviendo la cabeza;—no blasfemes...—Y dejándose caer sobre una silla:—¡Ah! concluyó mi hermoso sueño, que tú habías comprendido y que parecía ser el tuyo también, de un amor exclusivamente nuestro, sin esos compromisos que te horrorizaban, como me horrorizan á mí...

—¿De modo que no quieres consentir en que vaya á tu casa como te suplico?...—insistió Renato.

—Pero lo que me pides es la muerte de nuestra dicha—exclamó Susana;—te conozco bien; tú, tan delicado, tan sensible, viviendo en la intimidad de mi casa, todo te ofendería. Tú no conoces ese círculo en que me veo pre-

cisada á vivir, que es contrario á tu manera de ser. Y además, me harías responsable de tus desilusiones. Renuncia á esa idea fatal, amor mío, renuncia, te lo suplico.

—¿Qué tienes, pues, que ocultar en tu vida, que no quieres que yo vea?—interrogó el joven, mirándola fijamente.

No comprendía que Susana, al hablarle así, no tenía más que un fin: hacerle decir la razón de aquel deseo inesperado de alterar sus relaciones, razón que debía ser la misma que le había entristecido el día anterior, y la misma que le había hecho ir á casa de la Komof tan inopinadamente. No hizo caso del sentido que tenía la pregunta de Renato, y respondió con voz de víctima á quien abruma una injusticia:

—¿Cómo, Renato: eres tú quien me habla así?... No, no, alguien ha envenenado tu corazón... Esas ideas no son tuyas... Ve á mi casa, amigo mío, ve siempre que quieras... ¡Algo que ocultarte en mi vida!... yo, que preferiría morir á engañarte...

—Entonces ¿por qué mentiste el otro día?—exclamó Renato.

Vencido por la desesperación que creía leer en sus hermosos ojos, desarmado por el ofrecimiento que acababa de hacerle, incapaz de callar más tiempo el secreto de su pena,

sentía necesidad de darle sus quejas, lo cual equivale en una querrela con una mujer á caer en el lazo.

—¡Yo te he mentido, yo!...—respondió Susana.

—Si—insistió él,—cuando me dijiste que habías ido al teatro sólo con tu marido.

—Pero yo fui...

—Yo también—interrumpió Renato.—Había alguna persona más en tu palco.

—¡Desforjes!...—dijo Susana;—estás loco, mi pobre Renato, estás loco... Vino á visitarnos en un entreaeto, y mi marido le hizo estar hasta el fin de la comedia. ¡Desforjes!—continuó sonriendo:—ése no es nadie... No me acordaba de él cuando te hablaba... Vamos, en serio, no es posible que estés celoso de Desforjes...

—Estabas tan contenta, parecías tan dichosa—replicó Renato ya más humilde.

—¡Ingrato!—dijo ella;—¡si hubieras podido leer en mi interior! ¡Ah, esta necesidad de disimular siempre hace la desgracia de mi vida, y ver que tú eres quien me censura! No, Renato, es demasiado injusto. ¡Es muy duro!...

—¡Perdón, perdón!—exclamó el joven, á quien la perfecta naturalidad de su querida colmaba de una irresistible evidencia.—¡Es verdad! Alguien ha envenenado mi corazón:

esa Colette. Tenías razón para desconfiar de Claudio.

—No me he prestado á que me hiciera la corte, y los hombres no perdonan esto.

—¡Miserable!—contestó el poeta con violencia, añadiendo como para desembarazarse de sus angustias:—Ha sabido que yo te amaba. ¿Cómo? Porque la única vez que le he hablado de ti me vió turbado... Me conoce tan bien... Lo ha supuesto todo, y se lo ha contado á su querida, á más de otras infamias que no puedo repetirte.

—Dímelo, dímelo—insistió Susana, que en este momento mostraba en su semblante la orgullosa y resignada sonrisa de los inocentes que caminan á la muerte.—¿Te han dicho que he tenido otros amantes antes que tú?

—Si no fuera más que eso—dijo Renato.

—¡Qué puede ser entonces, Dios mío!—replicó Susana.—No me importa lo que te han dicho, después de todo, sino que tú, Renato mío, lo hayas creído. Ea, confíesamelo todo: tengo derecho á exigirtelo.

—Es verdad—contestó él, y avergonzado como si fuese el culpable, balbuceó las palabras siguientes:—Colette me ha dicho, con referencia á Claudio, que tú eras... no, no puedo pronunciarlo... en fin, que Desforjes...

—¡Siempre Desforjes!...—interrumpió Su-

sana, sonriendo con una suave ironía; — ¡pero eso es cómico!...

No quiso que Renato formulase la acusación que ella adivinaba en aquel momento. Su dignidad de amante no debía rebajarle á semejante discusión.

— Te han dicho, sin duda, que Desforges había sido mi amante, que lo era todavía... Eso ni siquiera es infame, lo que es, es bufo... Pobre viejo amigo mío, él que me ha conocido como una muñeca... Siempre estaba en casa de mi padre. Me ha visto crecer. Me quiere como á una hija. ¡Y es de ese hombre de quien estás celoso!... No, Renato, júrame que no lo has creído... ¿Merezco yo que me juzgues así?...

XVII

EVIDENCIAS

En la extraña enfermedad moral de los celos hay periodos deliciosos: los intervalos de los accesos. Por algunos días, ó solamente por algunas horas, las sensaciones del amor vuelven á adquirir su sabor divino, como las de la vida en una convalecencia. Susana había convencido tan bien á Renato de la locura de sus sospechas, que él quería rivalizar con ella en generosidad. Rehusó, pues, aprovechar el permiso que con tanta insistencia había solicitado para ir á la calle de Murillo. Dos ó tres frases pronunciadas con cierta intención, la mirada y determinado movimiento de cabeza, prevalecerán siempre contra las mayores desconfianzas de un amante apasionado, á menos que no haya visto con sus propios ojos una prueba de traición, y todavía...

Para él, los elementos de que se componía

sana, sonriendo con una suave ironía; — ¡pero eso es cómico!...

No quiso que Renato formulase la acusación que ella adivinaba en aquel momento. Su dignidad de amante no debía rebajarle á semejante discusión.

— Te han dicho, sin duda, que Desforges había sido mi amante, que lo era todavía... Eso ni siquiera es infame, lo que es, es bufo... Pobre viejo amigo mío, él que me ha conocido como una muñeca... Siempre estaba en casa de mi padre. Me ha visto crecer. Me quiere como á una hija. ¡Y es de ese hombre de quien estás celoso!... No, Renato, júrame que no lo has creído... ¿Merezco yo que me juzgues así?...

XVII

EVIDENCIAS

En la extraña enfermedad moral de los celos hay periodos deliciosos: los intervalos de los accesos. Por algunos días, ó solamente por algunas horas, las sensaciones del amor vuelven á adquirir su sabor divino, como las de la vida en una convalecencia. Susana había convencido tan bien á Renato de la locura de sus sospechas, que él quería rivalizar con ella en generosidad. Rehusó, pues, aprovechar el permiso que con tanta insistencia había solicitado para ir á la calle de Murillo. Dos ó tres frases pronunciadas con cierta intención, la mirada y determinado movimiento de cabeza, prevalecerán siempre contra las mayores desconfianzas de un amante apasionado, á menos que no haya visto con sus propios ojos una prueba de traición, y todavía...

Para él, los elementos de que se componía

esta primera sospecha ¡eran tan frágiles! Así es que el joven dijo á su querida, encantada con este inesperado resultado, con absoluta buena fe:

—No, no iré á tu casa... Estaba loco al pretender cambiar nada en nuestro amor... Somos tan dichosos en medio de este misterio...

—Sí, hasta que un mal intencionado te haga de nuevo dudar de mí —respondió ella.— Prométeme al menos decírmelo todo.

—Te lo juro, amor mío —replicó él;— pero ahora te conozco y estoy seguro de mí.

Conforme lo decía, lo creía. Susana le creyó también, abandonándose al encanto de recobrar la dicha, y comprendiendo que tendría que librar una nueva batalla al regreso de Claudio. Pero ¿podía éste decir más de lo que había dicho? Por otra parte, sabría por Renato su vuelta, y si la primera entrevista de los dos hombres no daba por resultado una definitiva ruptura entre ellos, sería aún tiempo de obrar. Pondría á su amante en la alternativa de, ó romper con Claudio, ó dejarle verla. De antemano sabía la contestación. El poeta, á pesar de sus protestas, era menos dueño de sí de lo que él creía, puesto que sintió una singular emoción cuando una semana después de la escena con Susana, al volver de

la Biblioteca, le dijo su hermana de improviso:

—Claudio Larcher ha vuelto...

—¿Se ha atrevido á presentarse aquí?— exclamó Renato.

—Yo le he recibido—dijo Emilia visiblemente turbada, añadiendo:—Me ha preguntado cuándo podría verte.

—Era preciso haberle contestado que nunca—interrumpió el joven.

—¡Renato!—dijo Emilia,—á un amigo tan antiguo, que ha sido tan bueno para ti, tan generoso. . . ¿podía yo?... Prefiero no ocultarte nada —continuó;— le he preguntado qué había ocurrido entre vosotros... Me ha parecido tan dolorosamente sorprendido... No, ese hombre no te ha ofendido en nada, Renato, lo juraría. Hay una mala inteligencia... Le he dicho que venga mañana temprano y te encontrará de seguro.

—Pero ¿por qué te mezclas tú en mis asuntos?—replicó Renato con acritud.

—¡Cómo me hablas!—dijo Emilia, á quien llenaba de aflicción el tono de su hermano.

—Vamos, no llores—le dijo él, avergonzado de su brusquedad;—acaso sea mejor así. Veré á Claudio. Tengo con él esa deuda. Pero después no quiero volver á oír pronunciar su nombre. ¿Oyes? nunca, nunca...

A pesar de esta aparente firmeza de odio,

el poeta consiguió difícilmente dormir aquella noche que precedió á la entrevista con Claudio.

No dudaba del resultado. Pero hubiera querido impregnarse bien en sus resentimientos hacia su antiguo amigo, y sin embargo, no conseguía odiarle. Había amado tan sinceramente á aquel hombre tan singular, tan atractivo, tan bueno, con un espíritu original por sus mismos defectos, que á nadie perjudicaban más que á él, y sobre todo, por una especie de generosidad nativa é indestructible.

En el momento de romper para siempre, Renato recordaba la delicada manera que había tenido el autor ya conocido para acoger sus primeros ensayos... Claudio, entonces muy pobre, era repetidor en el colegio de San Andrés cuando Renato era alumno. En aquella honrada y piadosa casa, una leyenda iba unida á aquel excéntrico profesor. Algunos discípulos aseguraban haberle visto paseando en un carruaje descubierto con una mujer muy bonita, vestida de color rosa. Después Claudio desapareció del colegio. Renato le volvió á encontrar como testigo de Fresneau cuando el casamiento de Emilia, y ya con alguna celebridad. Hablaron; Claudio quiso conocer sus versos. El escritor de treinta años

leyó con la indulgencia de un hermano mayor aquellos primeros ensayos. ¡Con qué llaneza había tratado á su joven colega! ¡Con qué delicadeza de juicio había aplicado á sus bocetos los procedimientos de la gran crítica, la que alienta á un artista, indicándole sus defectos sin rebajarlo! Luego vino la historia del *Sigisbeo*, en el cual Claudio se interesó por Renato como si él no hubiera sido autor dramático.

El poeta conocía sobradamente la vida literaria para saber que la protección benévola de una generación á la siguiente es cosa rara. Su rápido éxito le había hecho experimentar esta sensación, la más amarga acaso en los años de aprendizaje; la envidia de los maestros á quienes se admira, en cuya escuela se ha formado uno, y á quienes se ofrecería de tan buena gana una rama de laurel. En Claudio Larcher el goce por el talento de los demás era tan instintivo, tan vivo, como si no llevase ya quince años escribiendo. Y esta amistad preciosa, única, se iba á oscurecer!... Pero ¿tenía Renato la culpa? ¿Por qué Larcher había hablado á la terrible Colette como lo había hecho? ¿Por qué había engañado á su amigo, á su hermano menor? ¿Por qué?... Esta dolorosa pregunta traía á Renato ideas de las que se separaba instintivamente. La célebre

frase «calumnia, calumnia, que algo queda», de Basilio, traduce una de las más tristes y más indiscutibles verdades del corazón humano. Renato, ciertamente, no se hubiera perdonado dudar de Susana después de las explicaciones de ella. Pero toda sospecha, aunque se disipe, deja en el alma un residuo envenenado de desconfianza, y si el joven se hubiera atrevido á mirar hasta el fondo de su sér, hubiera encontrado la prueba en la curiosidad insana que sentía de saber por el mismo Claudio la falsa acusación lanzada contra su querida. Aquella curiosidad, las reminiscencias de una amistad tan antigua y la especie de respeto que siempre le había inspirado Claudio, contribuían á disminuir la cólera del amante ofendido. Se esforzaba por sentirla de nuevo, como cuando salió aquella noche del palco de Colette en la Ópera, y no lo conseguía. Como todos los que se reconocen débiles, quiso provocar algo irreparable entre él y Claudio. Cuando éste por la mañana entró anunciado por Francisca, y se acercó tendiéndole las manos con un «buenos días, Renato», el poeta escondió las suyas en los bolsillos. Permanecieron un momento en pie frente á frente, y muy pálidos. La fisonomía de Larcher, fatigada por el viaje, revelaba los estragos que deja una idea fija. Al

comprender el insulto, sus ojos se inflamaron. Renato le había visto algunas veces arrebatado hasta la locura, y creyó por un momento que aquella mano que él no había querido estrechar, se levantaría para darle una bofetada. La voluntad venció al orgullo ofendido, y Claudio repuso con furor concentrado:

—Vincy, no me provoque V.... Pero no, es V. un niño; soy yo quien debe tener juicio por los dos... ¡Vamos! ¡Vamos!... Escuche usted, Renato, lo sé todo, ¿comprende usted? todo, sí, todo. Vine ayer. Su hermana me dijo que estaba V. enfadado conmigo, y otras muchas cosas que han empezado á hacerme comprender... Su silencio me ha herido en el corazón. Le había creído á V. el amante de Colette. ¡La imbécil! Felizmente no ha adivinado que era por donde podía herirme. Al salir de casa, corré á la suya; la encontré sola, me enteré de la infamia que había cometido, y de lo que había dicho en el cuarto. La pícara triunfaba. Entonces tomé el mejor partido...—continuó diciendo Claudio paseándose por la habitación, absorto en el recuerdo de la escena que refería, y como olvidándose de su interlocutor.—La pegué, la pegué... como un patán. ¡Cuánto bien me hizo! La había arrojado al suelo y la golpeaba sin piedad. Ella gritaba: «¡Perdón! ¡Perdón!» ¡Ah! ¡La

hubiera matado! ¡Y qué hermosa estaba con el cabello suelto, su traje desgarrado dejando ver su pecho! Se arrojó á mis pies en seguida, pero yo no quise atenderla y me marché... ¡Podrá mostrar á su amante de esta noche los cardenales de su cuerpo, y contar quién se los ha hecho!... ¡Algunas veces cuánto consuela ser uno un bárbaro!...

Y deteniéndose bruscamente en frente de Renato, le dijo:

—¡Y todo esto porque se había atrevido á mortificar á V.!... Si ó no—insistió con la misma cólera;—¿es por lo que esa joven ha dicho por lo que está V. resentido conmigo?

—Sí, por éso—respondió Renato con frialdad.

—Muy bien—repuso Claudio sentándose;—ahora podemos hablar. Basta de malas inteligencias entre nosotros. ¿Verdad? Me dejará V. poner los puntos sobre las íes. Si no he comprendido mal, esa miserable de Colette ha dicho dos cosas. Procedamos con orden: la primera, que yo le había dicho que era V. el amante de la de Moraines... dispense V.—añadió al ver un movimiento en Renato.—Cuando se trata de nuestra amistad, no me importan las conveniencias del mundo que prohíben nombrar á una mujer... Primera infamia, Colette ha mentido. Me acuerdo exactamente,

como si fuese ayer, de las palabras que la dije: «Me parece que ese pobre Renato se enamora de la de Moraines...» Yo no había conocido la emoción de V. cuando me habló de ella. Pero Colette le vió á V. cenando á su lado muy solícito, bromeamos como se bromea sobre estas hipótesis, sin darles otra importancia, por mi parte al menos... Era lo mismo Usted era mi amigo, el sentimiento podía ser serio, lo era. Fuí injusto, pido perdón francamente á pesar de la afrenta que me ha lanzado V. por el dicho de la última de las mujeres, y siendo yo el mejor y más antiguo amigo.

—¡Pero, desgraciado!—exclamó Renato.—Puesto que sabía V. que era una cortesana, ¿por qué me ha vendido á ella? Y todavía, si no hubiese V. hablado más que de mí, perdonaría...

—Pasemos á ese segundo punto—interrumpió Claudio con la misma voz metódica y resuelta;—es decir, á la segunda mentira. Ha dicho que yo la había contado las relaciones de la de Moraines con Desforges. Es falso. Las sabía hace mucho tiempo por todos los Salvaneys con quienes ha comido, cenado, coqueteado, etc... No, Renato; si algo tengo que reprocharme, no es haber hablado con ella de la de Moraines; no la he dicho nada que no

supiera ella mejor que yo... sino no haber hablado á V. con entera franqueza, cuando fué V. á mi casa. Sabiendo como sabía sus livianidades, no la he denunciado cuando aún era tiempo... Sí, yo debía haber hablado, y haberle advertido: Hacer la corte á esa mujer, seducirla, poseerla, pero no la ame V... Y me callé. Mi única disculpa consiste en que yo no la creía tan desinteresada para meterse en la vida de V. como lo ha hecho... Yo pensaba: «Él no tiene dinero, no hay peligro...»

—¿De modo—dijo Renato pudiendo apenas contenerse desde que Claudio hablaba de Susana en aquellos términos—que cree V. las infamias que Colette me ha comunicado respecto de la señora de Moraines y el barón Desforges?...

—¿Que si las creo?—respondió Larcher admirado.—¿Soy yo capaz de inventar historia semejante de una mujer?

—Cuando se ha hecho la corte á esa mujer—dijo el poeta pronunciando estas palabras lentamente y con el mayor desprecio—y ella le ha rechazado á uno, lo menos que se debe hacer, sin embargo, es respetarla...

—¡Yo—exclamó Claudio,—yo! ¡Yo he hecho la corte á la de Moraines!... Comprendo; lo ha dicho ella...

Y comenzó á reír nerviosamente.

—Cuando en nuestras comedias contamos rasgos semejantes se nos acusa de calumniarlas... ¡Calumniarlas! ¡Como si fuera posible! Todas son iguales. ¡Y V. la creyó!... ¿Ha creído V. de mi que hubiese cometido la villanía de deshonorar á una mujer honrada por vengar el amor propio ofendido? Vamos, Renato, míreme de frente. ¿Tengo yo cara de hipócrita? ¿Ha conocido que lo sea alguna vez? ¿He dado pruebas de que quería á usted? Pues bien, le doy mi palabra de honor de que Susana ha engañado á V. como Colette. Ha querido enemistarnos como ella. ¡Ah! ¡Las malvadas! Yo estaba allí muriéndome de dolor, y ni una palabra de piedad; porque entre un par de besos, esa locuela, peor que otras, me había acusado de una indecencia. Sí, peor que otras, porque las otras se venden por tener que comer, y ella ¿por qué? Por un poco de ese miserable lujo de los advenedizos de hoy.

—Cállese V., Claudio, cállese—dijo Renato con terrible voz.—Me está V. matando.

Se había desencadenado en él una tempestad de sentimientos, repentina, furiosa, indomable. No dudaba que su amigo fuese sincero, y esta sinceridad, unida al acento de convicción con que Claudio había hablado de Desforges, imponía al desgraciado amante la

idea de la falsedad de Susana de un modo tan doloroso, que no pudo soportarla. No siendo dueño de sí, se lanzó sobre su interlocutor, y cogiéndole por las solapas y sacudiéndole tan fuertemente que le desgarró la levita, le dijo:

—Cuando se viene á afirmar semejantes cosas á un hombre respecto de la mujer que ama, se le dan pruebas. ¿Entiende V.? Pruebas, pruebas...

—Está V. loco —replicó Claudio desasiéndose;— pruebas; todo París las dará; ¡mi pobre niño! No una sola persona, sino diez, veinte, treinta, contarán que hace siete años los Moraines estaban arruinados. ¿Quién ha colocado á Moraines en una Compañía de seguros? Desforges. Es el administrador de esa Compañía, como lo es del Norte, diputado, antiguo consejero de Estado, ¿qué sé yo? Es un personaje enorme el tal Desforges, sin que lo parezca, y que puede satisfacer muchos otros gastos. ¿A quién encuentra V. cuando va á la calle de Murillo? A Desforges... ¿Y cuando ve V. á la de Moraines en el teatro? A Desforges... ¿Cree V. que ese mozo es hombre capaz de jugar el amor platónico con esa mujer tan linda, y casada con el imbécil de su marido? Esas tonterías son buenas para usted ó para mí. ¡Pero un Desforges! ¡Ah! ¿Dónde

tiene V. los ojos y los oídos cuando está en su casa?

—No he estado más que tres veces —dijo Renato.

—¿Tres veces? —repitió Claudio mirando á su amigo.

Las sentimentales confidencias que Emilia le hizo la víspera no le dejaron duda de las relaciones de Susana con Renato. Aquella imprudente exclamación le dejó entrever el carácter singular que habían debido revestir.

—No pregunto nada —continuó;— hemos convenido en que el honor nos manda guardar silencio sobre esas mujeres, como si el verdadero honor no consistiera en denunciar su infamia al mundo entero. ¡Se evitarían tantas víctimas!... ¿Pruebas? ¿Quiere V. pruebas? Búsquelas en V. mismo. No conozco más que dos medios para saber los secretos de una mujer: ó abrir sus cartas ó hacerla seguir. Esté V. tranquilo, la de Moraines no escribe nunca... Hágala espiar...

—Pero lo que me aconseja V. es innoble —exclamó el poeta.

—No hay nada noble ni innoble en amor —replicó Larcher. —Yo que lo aconsejo lo he hecho muchas veces. Si, he puesto á mis agentes sobre los pasos de Colette... Un com-

promiso con una perdida es una guerra encarnizada, y puede V. ver si sus armas...

—No, no—respondió Renato moviendo la cabeza,—no puedo.

—Entonces sígala V. mismo—continuó Claudio con implacable lógica;—yo conozco al tal Desforges. Vale la pena, no lo dude usted; yo he trabajado para lograr el talento de la observación. Ese hombre es una sorprendente mezcla de orden y de desorden, de libertinaje y de higiene. Sus citas deben ser metódicas como todo en su vida; una vez por semana y á la misma hora, no muy cerca del almuerzo, porque le perturbaría la digestión; tampoco cerca de la comida, porque le trastornaría sus visitas, su partida de *bezique* en el Circulo. Espiela. Antes de ocho días sabrá V. á qué atenerse. Quisiera poder decir que dudaba del éxito de esta investigación... ¡Ah! mi pobre niño; ¡ser yo quien le ha arrojado en medio de ese fango! Tenía V. una vida dichosa aquí, y yo vine á llevarle de la mano á esa sociedad infame, donde ha encontrado á ese monstruo. Y si no hubiera sido ésa, hubiera sido otra... A todos los que yo quiero les hayo algún mal... ¡Digame V. que me perdona! Necesito su amistad, vamos... un arranque generoso...

Claudio tendió las manos al joven, éste las

cogió y se las estrechó con toda su fuerza, se dejó caer en una butaca, la misma en que Susana se había sentado, y prorrumpiendo en llanto, exclamó:

—¡Dios mío! ¡cuánto sufro!...

Claudio había concedido ocho días á su amigo para desengañarse; apenas habían pasado cuatro, cuando Renato llegaba al hotel Saint-Euverte al caer la tarde, con la cara tan trastornada, que Fernando no pudo contener una exclamación al abrirle la puerta:

—Pobre señor Vincy—dijo el criado;—¿va usted á ser acaso como mi señor, á quemarse la sangre?

—¡Dios mío! ¿qué ocurre?—exclamó Claudio cuando Renato entró en el famoso «sufriero».

El escritor estaba sentado á su mesa, trabajando y fumando. Arrojó el cigarro y su fisonomía expresó la más viva ansiedad.

—Tenía V. razón—dijo Renato con voz ahogada;—¡es la última de las mujeres!

—La penúltima—interrumpió Claudio con amargura, parodiando la célebre frase de Chamfort;—no hay que quitar el mérito á Colette. Pero ¿qué ha hecho V.?

—Lo que V. me aconsejó—respondió Renato con acento singular;—y ahora soy yo quien le pide perdón por haber dudado de V....

Si, la he espiado. ¡Oh, qué impresiones! Un día, dos, tres... nada. Hizo visitas, fué á los almacenes; Desforges fué todos esos días á la calle de Murillo. Cuando le vea entrar desde el fondo de mi coche, que se estacionaba en la esquina de la calle, sentia sudores de agonia... En fin, hoy, á las dos, salió. La seguí. Después de dos ó tres vueltas, se detiene á la puerta de Galignani, ya sabe V., el librero inglés en los soportales de la calle Rivoli. Se apea, dice algunas palabras al cochero, y se vuelve de vacío. Da algunos pasos. Llevaba un traje obscuro. ¡Cuánto conozco yo aquel traje!... Se me saltaba el corazón. Estaba como loco. Comprendía que llegaba un momento decisivo. La veo desaparecer en un portal grande. Entro detrás. Me encuentro en un gran patio, con una especie de pasaje al otro extremo. La casa tenía otra salida á la calle del Monte-Tabor. Miro con inquietud á esta última calle... No. No hubiera tenido tiempo de entrar en ninguna otra parte. A todo evento, me quedo vigilando la puerta. Si tuviese una cita aquí, no saldría por donde ha entrado. Esperé hora y cuarto en una tienda de vinos de enfrente. Al cabo de este tiempo, la vi aparecer con un espeso velo por la cara... ¡Ah! conozco aquel velo y aquella manera de andar, lo mismo que el traje, y no

podía engañarme... Había salido por la calle del Monte-Tabor. Su cómplice debía haber escapado por la de Rivoli. Corro á ella. Después de un cuarto de hora, se abre la puerta y me encuentro de frente, ¡adivine V. con quién!... ¡con Desforges! ¡Ahora ya tengo pruebas!... ¡Ah!... ¡la infame!...

—No, no, es una mujer, y todas...—respondió Claudio.—¿Quiere V. que le devuelva confianza por confianza, es decir, horror por horror? Ya sabe V. cómo me trataba Colette cuando yo la pedía un poco de piedad. La pegué la otra tarde como un ganapán, y vea lo que ahora me escribe. Mire V.

Y tendió á Renato una carta abierta.

Renato la cogió maquinalmente y leyó las siguientes líneas:

«A las dos de la mañana.—No has venido, amor mío, y te he esperado hasta ahora. Te esperaré también hoy todo el día, y por la noche en mi casa, cuando vuelva del teatro. Trabajo en la primera pieza y me daré prisa. Te lo suplico, ven á amarme. Piensa en mi boca. En mis cabellos rubios. Piensa en nuestras caricias. Piensa en la que te adpra, que no puede consolarse de haberte disgustado, y que te desea tanto como te ama, con locura.—TU COLETTE.»

—Para carta de amor... porque es una

carta de amor, ¿eh?—dijo Larcher con feroz alegría.—Ser amado así es más cruel que todo lo demás, porque se ha portado uno como un Alfonso. Pero yo no quiero ya nada ni de ella ni de ninguna... Odio el amor en este momento, y voy á arrancarme el corazón. Haga usted otro tanto.

—¿Puedo acaso?—respondió Renato.—¡No! ¡usted no sabe lo que esa mujer era para mí!...

Y abandonándose á todos los furores de la pasión que hervía en él, comenzó á gemir, con la cara convulsa, llorando y retorciéndose las manos.

—¡No sabe V. ni cuánto la he amado ni la fe que en ella tenía, ni los sacrificios que por ella he hecho! Y verla á ella en los brazos de Desforges. ¡Ah!—y sufrió una sacudida de repugnancia.—¡Si me hubiera al menos engañado con otro, con un hombre en que yo pensara con odio, con rabia, pero sin asco!... Ya lo ve V., de ese no puedo estar celoso... ¡Por el dinero! ¡por el dinero!

Se levantó y estrechó á Claudio entre sus brazos frenéticamente.

—Es Administrador del Norte, V. me lo ha dicho... Pues bien, ¿sabe V. lo que ella me propuso el otro día?... Procurar ganar dinero siguiendo sus consejos... Hubiera yo á mi vez estado sostenido por el Barón... Esto es per-

fectamente natural, ¿no es verdad? que el viejo lo pague todo, la mujer, el marido y el amante del corazón. ¡Ah, si yo pudiese!... Estará esta noche en la Opera, ¡si yo fuese también! ¡Si la cogiese por los cabellos, allí, delante de todo el mundo, y la abofetease, gritándoles á todos que es la más degradada de las mujeres, la más indecente de las cortesanas!

Después, dejándose caer sobre una silla, llorando nuevamente, continuó:

—¡Ella se ha apoderado de mí, si hubiese usted visto, hora por hora!... Me ha aconsejado usted muchas veces que desconfiase de las mujeres. ¡Qué tenía de extraño! ¡Usted amaba á esa Colette, una actriz, una criatura que había tenido otros amantes antes que V.! ¡Y ella, en cambio!... No hay en su rostro una línea que no jure que es imposible, que he soñado... Es como si hubiera visto mentir á los ángeles... Sí, tengo la prueba, la prueba cierta... Bajaba por la acera de la calle de Monte-Tabor, con aquel mismo paso... ¿Por qué no la he alcanzado, allí mismo, en aquella calle, en el umbral de aquella infame puerta? La hubiera ahogado entre mis manos como una bestia... ¡Ah, Claudio, mi buen Claudio! ¡Y yo que he estado á punto de aborrecer á V. por su culpa!... ¡Y la otra! ¡He pisoteado el cora-

zón más noble para llegar hasta ese monstruo!... ¡Todo esto es justo, lo he merecido!... Pero, ¿qué es lo que hay en la naturaleza para producir semejantes seres?

Continuó mucho tiempo lamentándose de esta suerte. Claudio le escuchaba sin responderle. Él también había sufrido, y sabía cuánto alivia desahogar el propio sufrimiento. Compadecía con todo su corazón al desgraciado joven que sollozaba, y como analista fino, no podía menos de observar la diferencia que existía entre la desesperación del poeta y la que él había experimentado en circunstancias semejantes. No recordaba, ni aun en los momentos más amargos de su vida, haberse angustiado de aquel modo, así como Renato manifestaba ser una criatura llena de sinceridad.

Estas extrañas reflexiones sobre la diversidad de temperamentos no le impidieron sentir una profunda emoción.

— Enrique Heine lo ha dicho: «El amor es la enfermedad secreta del corazón...» Está usted en el periodo de invasión... ¿Quiere usted los consejos de un veterano del lazareto? Arregle la maleta y ponga leguas de por medio entre esa Susana... ¡Bonito nombre y bien escogido! ¡Una Susana que se dejaría pagar por sus viejos!... A la edad de V. se curará

pronto... A mi me ha sucedido lo mismo. Sin yo saber cómo ni cuándo... Todavía estoy admirado... Pero hace ya tres días que no amo á Colette... Entretanto, no quiero dejar á V. solo; véngase á comer conmigo. Beberemos buen vino y nos divertiremos. Así se vengán las miserias del corazón...

Al concluir sus lamentos, Renato había caído en esa especie de sopor moral que sucede á las grandes crisis de dolor. Se dejó llevar maquinalmente por la calle del Bac, la de Sévres y el bulevar, hasta el restaurant Lavenue, situado en la esquina de la estación Montparnasse.

Se instalaron en un gabinete particular, en cuyo espejo reconoció Claudio, torpemente grabado, el nombre de Colette entre otros muchos. Mostró este recuerdo de antiguas veladas á su amigo, y frotándose las manos, repelía: — Tiene uno que reirse de su pasado.

Arregló un *menu* de los más complicados, pidió dos botellas del Corton más añejo, y durante toda la comida no cesó de disertar sobre las mujeres, mientras su amigo apenas comía, contemplando en su pensamiento el divino semblante que tanta fe le había inspirado. ¿Era posible que su Susana fuese una de aquellas de quienes Claudio hablaba con tanto desprecio?

—Sobre todo—decía éste,—no debe V. vengarse. La venganza en amor es como el alcohol en el ponche caliente. Se liga uno á las mujeres por el mal que se les hace tanto como por el mal que nos hacen ellas. Imiteme á mí, no al Claudio de otros tiempos, sino al de hoy, que bebe, come y se ha burlado de Colette como Colette se ha burlado de él. La ausencia y el silencio; he aquí la mejor espada y el mejor escudo en esta batalla. Colette me ha escrito; no la contesto. Ha venido á la calle Varennes. Atranco la puerta. No sabe ni dónde estoy ni lo que hago. Esto es lo que más rabia le da. Supongamos que se marcha usted mañana á Italia, á Inglaterra, á Holanda, adonde quiera. Susana sigue creyendo á usted dispuesto á comulgar piadosamente con toda clase de mentiras, y V. donde está es en el rincón del vagón, viendo pasar los alambres del telégrafo y diciendo: «¡Adiós, ángel mío!» Y después, al cabo de tres días, de cuatro, de cinco, el ángel comienza á inquietarse. Envía una carta á la calle Coëtlogon. Vuelve el criado diciendo:—«El señor Vincy está de viaje!—¿De viaje?...»

Y pasan los días y el señor Vincy no vuelve, y no escribe y es dichoso en otra parte. ¡Cuánto daría por estar allí para ver la cabeza del tal Desforges, cuando ella descargue

su cólera contra él! Porque con esas personas tan equitativas, siempre paga el que se queda por el que se va. Pero ¿qué tiene usted?...

—Nada—dijo Renato, á quien Claudio mortificó pronunciando el nombre odiado del Barón:—creo que tiene V. razón; saldré mañana de París sin volverla á ver...

Se separaron después de estas palabras. Claudio quiso acompañar á su amigo hasta la calle Coëtlogon. Le estrechó la mano al llegar á la verja y le dijo:

—Enviaré á Fernando por la mañana para saber á qué hora marcha V. ¡Cuanto antes será mejor, y sin volverla á ver sobre todo!...

—Esté V. tranquilo—respondió Renato.

—¡Pobre niño!—pensó Claudio, subiendo por la calle de Assas.

Andaba despacio por el lado en que se estacionan los coches á lo largo del convento del Carmen, en lugar de tomar el camino de su casa. Se volvió para ver si su amigo había realmente desaparecido. Se detuvo algunos momentos vacilando. Miró el reloj y vió que eran las diez y cuarto.

—El teatro empieza á las ocho y media, el tiempo preciso para cambiar de traje... ¡Bah!—continuó en voz alta hablando consigo mismo.—Sería estúpido si faltase en semejante noche... Cochero, cochero—y despertó

al del carruaje cuyo caballo le pareció más ligero,—calle de Rivoli, esquina á la estatua de Juana de Arco, á escape.

El coche se puso en marcha, volviendo la esquina de la calle de Coëtlogon.

—¡Él llora en este momento—se dijo Claudio;—si me viera tan en seguida dirigirme á casa de Colette!...

Claudio no dudaba que apenas Renato llegase á su casa, pediría á su hermana el frac. La pobre Emilia quiso interrogarle, pero un «no estoy para conversaciones», seco y duro, le cortó los ánimos para insistir. Era un viernes, y Renato, conforme había dicho á Claudio, sabía que Susana estaba á la razón en la Ópera. ¿Por qué se había apoderado de él tan tenazmente la idea de verla sin tardanza? ¿Iba á realizar su amenaza de insultar públicamente á su pérfida amante, ó quería que sus ojos gustasen tan mentirosa belleza por última vez antes de su marcha? En la semana anterior, y cuando á toda prisa se dirigía al *Ginnasio* después de la conversación con Colette, había podido razonar y discutir tan repentino proyecto.

La analogía exterior entre la resolución de ahora y la de entonces le hizo apreciar mejor, al dirigirse á la Ópera, cuánto había cambiado todo en tan poco tiempo. ¡Qué es-

peranza le animaba entonces y qué desesperación le consumía ahora! Pero ¿y á qué esta decisión?... Iba pensando en esto al subir la escalera, pero sintiéndose como arrastrado por una fuerza superior á todo cálculo. Desde que vió á Susana entrar en la casa de la calle del Monte-Tabor y salir, obraba como un autómeta. Al sentarse en la butaca, el bailable de *Fausto* iba á terminar. La primera impresión de la música sobre aquellos crispados nervios fué de suave enternecimiento; afluyeron las lágrimas á sus ojos, hasta empañar los cristales de sus gemelos dirigidos á la platea de Susana; allí, donde se le había aparecido tan divinemente púdica y hermosa al día siguiente de la *soi-ée* de casa de Komof, ni más ni menos que ahora... Colocada sobre el antepecho, con traje azul, un hilo de perlas en su delicado cuello, y diamantes en su rubia cabellera. Otra mujer á quien Renato no conocía, morena, vestida de blanco y adornada con joyas, la acompañaba. Tres hombres se dejaban ver en el fondo de la platea. Uno desconocido para el poeta, los otros dos eran Moraines y Desforges. ¡Desgraciado! Los tres estaban ante su ojos; la mujer vendida á aquel vividor, ya entrado en años, y el marido que se beneficiaba de la venta. Al menos así lo creía Renato. Tal cuadro de infamia cambió

en furor su ternura. Todo se reunía para hacerle perder el juicio: la indignación de hallar tanta gracia ideal sobre el rostro de Susana, que aquella misma tarde huía furtivamente de una cita inmunda, los celos exasperados con la presencia del feliz rival, y una especie de impotente humillación al volver á ver á esa pérfida cortesana gozosa, admirada, en todo el esplendor de su mundano reinado, mientras que él, su víctima, moría de dolor sin haberla castigado.

Concluyó el bailable, y al comenzar el entreacto, Renato había llegado al paroxismo de la ira, en el cual, por algunos minutos, como accesos de locura lúcida, el frenesí del alma va acompañado de un completo dominio del sistema nervioso.

Puede uno ir y venir, sonreír, hablar con todas las apariencias de la calma, mientras el interior es un torbellino de mortales ideas. Los más insanos propósitos parecen movimientos naturales en tal situación. Una idea cruzó por el cerebro del poeta: ir al palco y lanzar á la de Moraines todo el desprecio que sentía por ella. ¿Cómo? Poco importaba el cómo, porque lo único que necesitaba era quitarse la pesadumbre. Atravesó el pasillo, lleno de elegantes, enajenado, dando encuentros sin cuidarse de dar excusa á nadie, y

pidió al acomodador que le indicase la platea sexta de la derecha.

—¿La del señor Desforges?—dijo el acomodador.

—Sí—contestó.—Él paga también el teatro, es muy natural...

La puerta se abrió, atravesó el saloncillo que precede á la platea, y Moraines, con su franca y sencilla fisonomía, se adelantó á saludarle, diciéndole, como si todos los días se vieses:

—¿Cómo va?

É interpellando á su mujer, que había notado la presencia de Renato sin que su rostro indicase la menor extrañeza,

—El señor Vincy...

—No, no soy yo quien le ha olvidado—respondió Susana, saludando á Renato con una graciosa inclinación de cabeza,—él es quien más bien se olvida...

La perfecta cortesía con que pronunció esta frase, la sonrisa con que la subrayó, la necesidad de estrechar la mano del marido á quien consideraba como sostenedor legal, y de saludar al barón Desforges y demás personas que había en el palco, eran detalles que contrastaban demasiado violentamente con la fiebre interior del joven, que no pudo menos por esto mismo de permanecer algunos

minutos desconcertado. La vida mundana es así; se producen escenas trágicas sin ruido y bajo las falsas amabilidades de la conversación y las exigencias de las maneras.

Moraines había ofrecido un asiento á Renato detrás de Susana, y ésta disputaba con él á propósito de sus gustos musicales con tan aparente indiferencia, como si esta visita no tuviera para ella una significación temible. Desforges y Moraines hablaban con la otra señora. Renato les oía hacer apreciaciones sobre las gentes de la sala; no estaba acostumbrado á este dominio de sí mismo, que permite á las mujeres del mundo hablar de escándalos ó de música con ansiedad devoradora. Balbuceaba respuestas á las frases de Susana, sin comprender él mismo lo que decía. Pronto le embargaron los sentidos el perfume de heliotropo que ella usaba ordinariamente, y los recuerdos de sus intimidades; se atrevió á mirarla, y sus ojos se encendieron con salvaje delirio, que atemorizó á la de Moraines. Ella había comprendido, con la sola aparición del joven, que algo extraordinario pasaba; pero estaba bajo la mirada de Desforges, y era preciso mostrarse correcta. De otro lado, la menor imprudencia de Renato podía comprometerla. Toda su vida dependía de un gesto, de una palabra de éste, á quien

consideraba capaz de pronunciarla ó de hacer tal gesto.

Tomó ella el abanico y el pañuelo de encaje que había colocado sobre el antepecho de la platea, y se levantó pasándose la mano por la frente.

—Se siente aquí demasiado calor—dijo, dirigiéndose al poeta, que también se había levantado al mismo tiempo...—¿Quiere usted venir al antepalco? Podremos hablar mejor.

Sentados ambos en el canapé del saloncillo, le dijo en alta voz:

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto á nuestra amiga la de Komof?

Y luego en voz baja:

—¿Qué tienes, amor mio? ¿Qué te pasa?

—Tengo—respondió Renato con voz apagada—que lo sé todo, y que he venido á decirte que eres la última de las mujeres... No te molestes en contestarme... Lo sé todo; sé á qué hora has ido á la casa de la calle del Montetabor, y á qué hora has salido, y quién te esperaba allí... Basta de mentiras; yo mismo te he visto. Esta es la última vez que te hablo, pero óyelo bien: eres una miserable... ®

Susana se abanicaba mientras Renato la lanzaba estas terribles frases. La emoción que le causó el golpe, no la impidió comprender que era preciso cortar inmediatamente

esta escena con un amante enloquecido que había perdido el dominio de sí. Se inclinó, pues, hacia la platea, y llamando á su marido,

—Pablo—dijo, —mira á ver si quizá el carruaje se ha adelantado... No sé lo que tengo, no sé si es el calor, he tenido un desvanecimiento... Perdóneme, señor de Vincy.

—Es raro—decía Moraines al poeta;—ha estado tan alegre toda la noche... Estos teatros están tan mal ventilados... Le habrá contrariado mucho no poder seguir hablando con usted, admirando como admira su talento. No deje V. de vernos... ¡Hasta pronto!...

Y sacudió con su fuerza habitual la mano del poeta, quien le vió desaparecer por entre la multitud de lacayos que esperaban á sus señores. Se oyeron los primeros compases del acto quinto de *Fausto*. Un nuevo acceso de rabia se apoderó de Renato, que por el momento sólo pudo desahogarse con la frase siguiente, dicha casi en alta voz en los pasillos sin gente:

—¡Ah! ¡yo me vengaré!

XVIII

EL MÁS FELIZ DE LOS CUATRO

Susana conocía muy bien el golpe de vista de Desforges, para pensar que la escena de la platea le hubiese pasado desapercibida por completo. ¿Qué había visto? ¿Qué pensaba? He aquí dos preguntas de principal importancia para ella. Le fué imposible contestarlas en los pocos minutos que tardaron en llegar al pie de la escalera que da al pórtico de los carruajes. El semblante del Barón se mostró impenetrable, y ella tampoco tenía fuerzas en aquel momento para desplegar todas sus habituales facultades de observación. La comedia de su indisposición no había sido más que representada á medias, porque el súbito golpe de Renato la había llenado de espanto y de dolor.

Llegó á temer que el joven, indudablemente fuera de sí, hiciera una sonada y la perdiese para siempre. Al propio tiempo, su pasión viva y sincera sufría con tan terrible ultraje y con el descubrimiento aún más terrible de sus mentiras. Conforme bajaba, sen-

esta escena con un amante enloquecido que había perdido el dominio de sí. Se inclinó, pues, hacia la platea, y llamando á su marido,

—Pablo—dijo, —mira á ver si quizá el carruaje se ha adelantado... No sé lo que tengo, no sé si es el calor, he tenido un desvanecimiento... Perdóneme, señor de Vincy.

—Es raro—decía Moraines al poeta;—ha estado tan alegre toda la noche... Estos teatros están tan mal ventilados... Le habrá contrariado mucho no poder seguir hablando con usted, admirando como admira su talento. No deje V. de vernos... ¡Hasta pronto!...

Y sacudió con su fuerza habitual la mano del poeta, quien le vió desaparecer por entre la multitud de lacayos que esperaban á sus señores. Se oyeron los primeros compases del acto quinto de *Fausto*. Un nuevo acceso de rabia se apoderó de Renato, que por el momento sólo pudo desahogarse con la frase siguiente, dicha casi en alta voz en los pasillos sin gente:

—¡Ah! ¡yo me vengaré!

XVIII

EL MÁS FELIZ DE LOS CUATRO

Susana conocía muy bien el golpe de vista de Desforges, para pensar que la escena de la platea le hubiese pasado desapercibida por completo. ¿Qué había visto? ¿Qué pensaba? He aquí dos preguntas de principal importancia para ella. Le fué imposible contestarlas en los pocos minutos que tardaron en llegar al pie de la escalera que da al pórtico de los carruajes. El semblante del Barón se mostró impenetrable, y ella tampoco tenía fuerzas en aquel momento para desplegar todas sus habituales facultades de observación. La comedia de su indisposición no había sido más que representada á medias, porque el súbito golpe de Renato la había llenado de espanto y de dolor.

Llegó á temer que el joven, indudablemente fuera de sí, hiciera una sonada y la perdiese para siempre. Al propio tiempo, su pasión viva y sincera sufría con tan terrible ultraje y con el descubrimiento aún más terrible de sus mentiras. Conforme bajaba, sen-

tía el tembloroso sacudimiento que experimenta el que acaba de salir de un mortal peligro, que ha tenido el valor de desafiar. Su rostro se quedó pálido, sonreía á medias, con los labios trémulos, y sintiendo relativa tranquilidad al encontrarse sentada en el rincón de su carruaje, con su marido cerca de ella. Al menos, delante de él, no tenía que dominarse. En el momento de arrancar, inclinándose para saludar por última vez, el resplandor de un mechero de gas iluminaba el semblante del Barón, que ahora expresaba todo su pensamiento. Susana no se hizo ilusiones ni por un momento.

—Lo sabe todo...—se dijo.—¿Qué será de mi?...

El coche había desaparecido, y Desforges permaneció un instante retorciéndose el bigote, señal infalible en él de una gran preocupación. Como el tiempo estaba hermoso, no había mandado que fuese su carruaje; tenía costumbre de ir á su círculo favorito de la calle de Boissy-d'Anglas á pie desde el sitio donde pasaba la noche, y fumando su cigarro le gustaba atravesar París, su París, que tenía la vanagloria de conocer y gustar como nadie. Este delicioso paseo á pie, de noche, le aprovechaba para «hacer el balance», era su frase, para repasar en su espíritu los diversos

incidentes del día, y comparar ingresos y salidas: «el amasamiento, esgrima, paseo á caballo...» lo estimaba como ingresos, porque era almacenar salud. «Beber Borgoña en la comida, ó Porto, ó comer trufas y amar á Susana...» eran partidas de las columnas de gastos. Media el pro y el contra del más pequeño exceso contrario á las reglas de su conducta, y uniendo el cinismo al refinamiento, no practicaba más que el epicureísmo de los sentidos. Profesaba el arte de gozar recordando los ratos de goce.

—Es preciso tener cuatro estómagos como los rumiantes—se decía.

Aquella noche, tan suave y dulce, á pesar de que el día había sido de los más felices hasta el momento de la visita de Renato Vincy á la platea, tuvo que comenzar el balance de sus impresiones por las más tristes y más amargas. Susana no se había equivocado. Lo sabía todo. La entrada del poeta le había impresionado, tanto más cuanto que aquella misma tarde, al salir de la casa de sus citas, por la calle de Rivoli, se encontró frente á frente de Renato, que le quedó mirando fijamente.

—¡Diablo! yo he visto este hombre—se había en vano preguntado Desforges.—¿Dónde tenía yo la cabeza?—dijo para sí al oír á Pablo presentar á Susana á Renato Vincy.

Inmediatamente le dió en la nariz que había algún misterio. Cuando Susana se había retirado al antepalco, Desforges se colocó de modo que pudiese seguir su conversación con el rabillo del ojo. Sin oír lo que el poeta decía, por la expresión de sus ojos, las arrugas de su frente y los movimientos de la mano, adivinó que pasaba algo grave. La falsa indisposición de Susana no le engañó ni por un segundo. No creía en las jaquecas de las mujeres, sino á beneficio de inventario. El temblor de la mano de su querida cuando la llevaba del brazo desde la platea, al bajar la escalera, había acabado de convencerle, y ahora, al atravesar la plaza de la Opera, en lugar de extasiarse como de ordinario ante la vasta perspectiva de la avenida, iluminada por la electricidad, ó ante la fachada del teatro que él declaraba ser superior á todas las Nuestras Señoras, se formulaba en su interior las verdades más mortificantes.

—Y á mí me han metido en este embrollo— se decía,—¡á mi edad! Es un poco fuerte... ¿y por quién?

Todas las circunstancias se combinaban para hacerle más cruel la humillación: la astucia perfecta con que Susana le había engañado, sin que pudiese concebir la menor sospecha, la rapidez inesperada del descubri-

miento, y por fin, la cualidad de su rival, un jovenzuelo, un aventurero. Todos los detalles se agolpaban en tropel, y cada vez más desoladores, todos se los había tragado él, el barón Desforges.

—¡He sido un bestia completo!—se repetía en alta voz.—Pero ¿cómo ha podido ella...?

Lo que le acababa de abrumar era el no poder comprender cómo ella se había dejado coger en aquel instante en que la presencia de Renato en la platea no le dejaba lugar á duda alguna. Indudablemente, para permitirse él semejante escena, y que Susana la tomase de aquel modo, era preciso que fuese querida suya

—Pero, ¿cómo?—se decía.—No le ha recibido en su casa; lo hubiera sabido por Pablo. No le puede haber visto en sociedad, porque él no va á parte alguna...

Sintió levantarse su cólera contra la que le arrojaba en medio de tales sufrimientos. Había pasado el café de la Paz y tuvo que desentenderse de dos mujeres que le acometían con frases infames.

—¡Allá se van todas!...—y arrojando con violencia su cigarro, que se había apagado;—y los cigarros son como las mujeres.

Luego, alzándose de hombros y con humor festivo:

—Federico, amigo mío—murmuró,—has sido un bestia y continuas...

Sacó otro cigarro de su petaca, le tanteó antes de encenderlo; el habano era delicioso, y aspirando el humo con deleite, dijo:

—He sido injusto: éste no engaña...

Esta impresión agradable comenzó á cambiar el curso de sus ideas. Miró á su alrededor; había llegado casi al final del bulevar. Los transeúntes iban y venían como en pleno día, los coches desfilaban con rapidez, el gas iluminaba casi fantásticamente el nuevo follaje de los árboles. A la derecha, en el fondo, se levantaba la masa sombría de la Magdalena, y el cielo algo azulado se veía cubierto de estrellas. Este cuadro parisién entretenía la mirada del Barón, que, algo más sereno, comenzó de nuevo la serie de sus reflexiones.

—¡Ah, ya! ¿estaré celoso?—se preguntó.

Ordinariamente, cuando delante de él se citaba algún ejemplo de esta triste pasión, solía menear la cabeza y decir:—«¿Hacen la corte á vuestra querida?... Pues es un homenaje al buen gusto que tenéis.»

—¡Yo, celoso! ¡Era lo que me hacía falta!

Cuando nos hemos empeñado durante años enteros en representar en el mundo un cierto personaje, lo hacemos hasta para con nosotros

mismos. Desforjes se avergozó de esta debilidad.

—No es cierto—se contestó á si mismo;—no estoy celoso.

Concentrando todo su pensamiento, se figuró á Susana en los brazos de Renato; sintió un ligero cosquilleo de vanidad al comprobar que esta imagen, si bien no le era agradable, tampoco le causaba el sufrimiento agudo de los celos. Contrastando con esto, recordó la entrada del poeta en el palco, su cara alterada y el indomable frenesí de dolor que agitaba todo su sér. Éste sí que era un verdadero celoso en la plenitud crítica de la funesta manía. La antítesis entre su calma relativa y la de su rival, halagó de tal modo su orgullo, que tuvo una ráfaga de verdadera voluptuosidad.

—¿Y por que habla yo de estar celoso? ¿En qué me ha engañado Susana? ¿Podía yo esperar de ella un amor como el que ha debido soñar ese necio de poeta? A los cincuenta años cumplidos, ¿qué puedo yo pedirla? ¿Que sea amable? Lo ha sido. ¿Admitirme en su intimidad? Lo ha hecho. Pues bien, entonces... Ha encontrado un joven robusto, que no necesita cuidarse, con la piel fresca, rozagante, y ella se lo ha pagado. No podía, sin embargo, pedirme que le ofreciese... ¡Pero de los dos, el burlado es él!...

Había llegado á la puerta del Círculo cuando acabó de formular esta ruda conclusión:

—Es igual—pensó.—¿Qué diría Crucé?

El hábil coleccionador le había vendido en otro tiempo un cuadro falso por un precio exorbitante, y Desforges desde entonces sentía hacia él esa especie de estimación rencorosa que los hombres intencionados guardan á los que bonitamente les han estafado. Se le representó el saloncito del club, y al taimado personaje contando la aventura de Susana y de Renato á dos ó tres compañeros escogidos entre los más envidiosos. Esta idea, odiosa para el Barón, le impidió subir la escalera, marchándose en dirección de los Campos Eliseos. Combatiéndola, se decía:

—¡Bah, ni Crucé ni los otros sabrán nada! Es una felicidad, después de todo, que no haya elegido para amante á alguno de esos gomosos de hoy día... Hay que hacerla justicia, ha guardado las formas... No se ve á su amante por el mundo, ni le ha presentado, ni le ha patrocinado... Y si estaba tan temblorosa, era por mí... ¡Pobrecilla!... ¡Sí, pobrecilla!...—replicó continuando este monólogo bajo los árboles de la avenida.—Ese animal es capaz de hacerla expiar duramente su capricho. ¿Estaba encolerizado aquella noche? ¡Qué

falta de gusto y de saber vivir! ¡Y en mi palco!... ¡Qué ironía! ¡Si Pablo no fuese el marido que es, Susana estaba perdida! ¡Y luego, el secreto de nuestras citas en sus manos! ¡Va á ser preciso abandonar la calle del Monte-Tabor!... ¡No! ¡Ese muchacho es incapaz!...

Tuvo un momento de buen humor contra el poeta; pero como él se la echaba de hombre de ingenio, y de no dejarse engañar á sí mismo, en medio del acceso, se interrumpió diciendo:

—¡Estaría bueno que le hiciera estar celoso de mí! Sería el colmo... Pensemos más bien en lo que él puede hacer. No, es demasiado joven... ¿Un artículo en algún periódico? ¡Un poeta con pretensiones sentimentales!... No debe ser su género.... ¿Si riñese con ella, por indignación?.... Sería demasiado esperar. Un pobre diablo, á su edad, con tanto dinero como pelos tiene la rana, y una querida hermosa, tierna, con todos los refinamientos de la elegancia, gratis, tener que renunciar á ella... Ea... Pero ¿si él la exige que rompa conmigo, y ella es tan loca que cede?...

Las contrariedades que esta ruptura traerían consigo se presentaron inmediatamente ante sus ojos con toda precisión. Por de pronto, se acabó Susana; ¿dónde encontraría otra tan encantadora, tan ideal, y que se acostum-

bre á mis gustos?... Y luego, ¡cuántos preparativos, sin contar con que Pablo es el mejor amigo que yo tengo en París!...

Tuvo que acudir, para asegurarse contra estas tristes eventualidades, á los lazos de interés que le unían á la casa de los Moraines.

—No, no me sacrificaré, no me lanzaré, y todo tendrá buen arreglo... Siempre se arregla todo... —se decía al llegar ante la puerta de su hotel de *Cours-la-reine*.

Esta seguridad y esta filosofía, sin duda no eran tan sinceras como hubiera deseado la vanidad de hombre fuerte que era la debilidad del Barón, porque, por primera vez en su vida, mostró una impaciencia injusta con el criado que hacia años, y educado por él, presidía su *toilette* para acostarse. Sin embargo de que con la preocupación de la conducta que convendría seguir, todavía quedaban más escozores íntimos de los que él mismo se confesaba, este amable egoísta durmió sus siete horas de un tirón, como todas las noches. El respeto de su propio sueño era uno de los principios higiénicos que sistemáticamente ponía en práctica para poder llegar á la vejez. Gracias á una vida moderada y continuamente activa, gracias á la alimentación esmerada, gracias á la regularidad absoluta para acostarse y levantarse, gracias al cuidado,

como él decía, «de despejar su cerebro á media noche de toda idea negra», había conquistado tan perfecta costumbre de descansar á una hora fija, que hubiera sido preciso otra *Commune* para tenerlo despierto. Cuando abrió los ojos al día siguiente, con las ideas frescas, los residuos que le pudieron haber quedado de irritación se habian disipado, hasta el punto de que recordó sonriendo los sucesos del día anterior.

—Estoy bien seguro de que no le habrá pasado á él otro tanto... —decía, pensando en las horas de insomnio que Renato habria sufrido;— ni Susana... estaba tan trastornada después de la visita... Ni Moraines. ¡Qué título tan bueno para una comedia! ¡El más feliz de los cuatro!... Yo la pondría ese nombre...

Le divertía su propio gracejo, y cuando el doctor Noirof le repitió por segunda vez durante el amasamiento:—«La facies del señor Barón es excelente; ¡qué músculos!... ¡qué delicadeza, qué robustez y qué firmeza! Parecen músculos de treinta años...», la impresión de bienestar acabó por borrar en él toda amargura. Ya no pensaba más que en una cosa: cómo impedir que la escena de la víspera cambiase en algo aquella existencia tan confortable, tan adaptada á su querida persona?... Tomando chocolate, galopando en el

bosque, almorzando con su anciana tía, de quien esperaba que fuese la hermana de la Caridad de sus últimas enfermedades, no cesaba de pensar en ello. Su última decisión sobre el particular se encerraba en la mágica palabra de toda política sabia: ¡Esperar!

—Hay que dejar que el mozalbeté haga tonterías... Mostrémonos amable, como si nada hubiese visto...

Iba á pie á la calle de Murillo á eso de las dos, rumiando esta resolución, y se detuvo ante el escaparate de un almacén de antigüedades que conocía mucho, llamando su atención un reloj Luis XVI, de oro cincelado, con una preciosa miniatura rodeada de rosas.

—Magnífico; he aquí un modo excelente de probarla que estoy por el *statu quo*.

Pagó por el capricho un precio razonable, y se felicitó doblemente de la compra que había hecho, cuando notó, al entrar en el saloncillo en que Susana le esperaba, la angustia de que estaba poseída. Sus ojos lánguidos y su palidez revelaban á las claras las torturas de su imaginación para salir del atolladero en que Renato la había metido. En la manera como ella le miró, comprendió el Barón la seguridad que ella tenía de que lo ocurrido no se había escapado á su perspicacia. Este homenaje supremo acabó de cicatrizar

las heridas de su amor propio, experimentando un verdadero placer al presentarle el estuche que contenía el reloj, diciéndola:

—¿Le gusta á V.?

—Encantador—dijo Susana;—estos pastorcillos están vivos.

—Sí—repuso Desforges;—parece que están cantando aquella romanza de la época:

«Todo lo he abandonado por la ingrata Silvyá;
Ella me deja y toma otro amante...»

En otro tiempo, su voz firme de tenor, bien manejada, había gustado en los salones, y tarareó el estribillo de la célebre copla, con una variante á su manera:

«Pesares de amor no duran más que un momento;
Goces del amor duran toda la vida...»

—Si quisiera poner ese pastor y esa pastora sobre la mesa, estarán mejor que en mi casa...

—¡Cómo me mimas V.!—respondió Susana algo turbada.

—No—dijo Desforges;—me mimo á mí mismo... ¿No soy ante todo su amigo?

Luego, besando su mano, añadió con tono serio que no se avenía con sus chistes:

—Ni podrá V. tenerle nunca mejor...

Una palabra más, y hubiérase comprometido su dignidad. Una palabra menos, y Su-

sana podría creerle engañado. Ella agradeció la delicadeza con que la había tratado, tanto más sincera, cuanto que esta delicadeza la permitía no pensar ya más que en Renato. Durante la noche, su gran preocupación era cómo podría atender á uno, conservando al otro, después que ambos se habían visto y se habían penetrado sus intenciones. ¿Romper con el Barón? Lo había pensado, pero ¿cómo hacerlo? Se encontraba cogida por las mentiras que de años atrás había dicho á su marido. Su vida no podía sostenerse sin el auxilio de este rico protector. Romper con él era condenarse á buscar otras relaciones del mismo género, ó caer quizá más bajo. Por otra parte, conservar á Desforges era perder á Renato. Jamás llegaría á comprender el Barón que queriendo al poeta, nada le robaba. ¿Admiten los hombres alguna vez semejantes verdades? Y sin embargo, había sido tan bueno, que ni siquiera la había hablado de la escena del palco, y nunca, ni aun pagando por ella cuentas crecidas, le había parecido tan generoso como en este momento, en que podía entregarse á reconquistar á su joven amante, cuyas caricias necesitaba.

—Tiene razón—se dijo cuando Desforges se marchó.—Es mi mejor amigo...

E inmediatamente, con esa facilidad de

esperanza que poseen las mujeres cuando una primera dicha las sorprende, creyó que también se arreglarían sin dificultad las cosas de la otra parte. Tendida sobre la *chaise-longue* del saloncito, su pensamiento se consagró por completo al poeta y al procedimiento que convendría emplear para recuperarlo. Se trataba de precisar bien la situación y de mirarla cara á cara. ¿Qué sabía Renato? Él mismo se lo había dicho: la había visto salir de la casa de la calle del Monte-Tabor y también á Desforges. Ahora bien; el Barón, por prudencia, no salía nunca por la misma puerta que su querida. Por consiguiente, Renato sabía que la casa tenía dos puertas. ¿La había visto bajar del coche y seguir á pie hasta la que sale á la calle de Rivoli? Era probable. Si la casualidad hubiese hecho que se encontrase primero con ella y luego con el Barón, no hubiera llegado á conclusión alguna. Pero no, él la había espiado y seguido. ¿Qué influencia le arrastraba? Al principio de la semana, cuando se separaron de su última entrevista, ¿él se mostró tan seguro, tan tierno y tan feliz! No había más que una causa posible para que la nueva sospecha le hubiese llevado hasta espiarla: la vuelta de Claudio.

—Si es á él—dijo—á quien debo este nuevo aviso... me las pagará...

Pero bien pronto volvió sobre el peligro, que por el momento le importaba más que su rencor contra el imprudente Larcher. El hecho era positivo; por un motivo ó por otro, Renato había sorprendido el secreto de sus citas con Desforges, y el dolor había sido tan fuerte, que inmediatamente se lo había lanzado. ¡Cuánto amor en aquella loca resolución de la Opera, que por poco causa su perdición! Era una señal de su amor y del dominio que ejercía sobre el poeta. Bastaba que le viese, que le hablase, para explicarle esta visita á la calle del Monte-Tabor. Podía muy bien suceder que ella hubiese ido á ver á una amiga enferma, la cual fuese á la vez amiga de Desforges. Pero... ¿y el coche que había sido despedido delante de la casa de Galignani?... Que había sentido deseos de dar cuatro pasos... ¿Y las dos puertas? ¡En cuántas casas honradas no pasa lo mismo! Susana conocía bien lo confiado del carácter de Renato para dudar de que se dejase convencer. En el primer momento debió desplomarse ante la evidencia que corroboraba sus sospechas; hoy, quizá el amor le hacía dudar ya... Así razonaba, cuando le anunciaron que la esperaba el coche. El deseo de poseer á Renato la hizo concebir el proyecto de ir á buscarle inmediatamente. Nada tenía que temer de Des-

forges por el momento, y los enfados del corazón, cuanto antes se arreglen, mejor... ¿Sería bastante fuerte para rechazarla, si lograba verle en el cuartito donde se vieron por vez primera? —«Me has ultrajado—le diría,—calumniado, no he podido soportar ni tus dudas ni tu dolor... ¡Aquí me tienes!» Apenas concibió tal resolución, se aferró á ella como á un medio seguro para librarse de la angustia que la torturaba. Se vistió rápidamente, y sin embargo, nunca había estado tan hermosa como con el ceñido traje gris que había elegido.

—A la calle de Coëtlogon—dijo con firmeza á su cochero.

Esta mujer tan calculadora y tan preocupada de guardar las apariencias, había llegado á tal extremo.

—¡Con tal de que Renato esté en su casa!... Si, estará esperando alguna carta mía, alguna señal de mi existencia.

La misma pregunta se hizo, para responderse en iguales términos, cuando visitó á Renato por primera vez en Marzo. Las diferentes emociones sentidas entonces y ahora, la hicieron apreciar el camino recorrido. Entonces acudió al cuarto del poeta por un fogoso capricho; hoy, la fiebre del amor, que siente hambre y sed de ser correspondido, la arrastraba al mismo sitio. Reconoció la verja que

cerraba la entrada, con grande emoción. El jardinillo que rodeaba la casa estaba verde y fresco. Su turbación era mayor que en su primera visita. Tiró de la campanilla y su sonido repercutió en el fondo de su corazón. Oyó que se abría una puerta y los pasos ligeros de una persona que avanza. No era la muchacha, ni tampoco Renato, quien se acercaba á abrirla. ¡Conocía tan perfectamente sus pisadas! Presintió que iba á encontrarse frente á frente con la hermana de su amante, de aquella Emilia cuya ausencia en la otra ocasión había favorecido tanto su visita. No tuvo tiempo de pensar en los inconvenientes de este incidente inesperado, cuando ya la señora Fresneau había entreabierto la puerta. Susana la conoció por su parecido con Renato. Emilia, por su parte, no dudó sobre la identidad de la visitante. Los sufrimientos de Renato los últimos días y las revelaciones de Claudio hicieron que la antipatía contra la señora de Moraines llegase al colmo, y sin poder disimular una expresión hostil apasionada, contestó á Susana:

—No, señora, mi hermano no está...

Y para prevenir cualquier pregunta ulterior sobre la hora á que su hermano volvería, añadió:

—Se ha ido fuera esta mañana...

Que tal respuesta fuese una supercheria, Susana no lo dudó; pero que fuera una invención de Emilia, esto no podía pensarlo. Debió creer, y creyó en efecto, que la señora Fresneau obedecía la consigna dada por su hermano. No insistió y se contentó con decir, inclinándose:

—Señora...

En cuyo ademán, la gracia perfecta de la mujer mundana tomó la única revancha posible contra la hostilidad casi impolítica de la burguesa. Que la acogida extraña de Emilia fuese debida á indiscreciones de Renato, ni siquiera lo pensaba Susana. La idea que la partía el corazón era que Renato no quisiera volverla á ver. Desde la calle volvió la cabeza para echar una mirada á la habitación en que habían estado juntos por vez primera. Entonces también había vuelto la cabeza para verle á él en pie detrás de las cortinas. ¿No se aparecerá hoy cuando su hermana le haya dicho quién era la que llamaba? Esperó cinco minutos y fué de muy mal augurio para ella el que las cortinas permaneciesen caídas. Subió á su coche, presa de las angustias de una mujer que ama verdaderamente y que cambia de proyecto á cada paso. Después de mil vacilaciones, ella, que no escribía nunca, se decidió á escribir al poeta la carta siguiente:

«Sábado, á las cinco.

»He ido á tu casa, Renato, y tu hermana me ha dicho que te habías marchado fuera. Ya sé yo que esto no es cierto. Estabas en casa, á dos pasos de mí, y sin quererme recibir en aquella habitación cuyos muebles debieran recordarte una ocasión al menos en que he sido sincera. ¿Qué motivo tenía entonces para engañarte? Te suplico que me veas, aun cuando no sea más que un minuto. Ven á leer en mis ojos lo que me juraste no poner en duda nunca. Eres mi vida, mi cielo, mi todo. Desde ayer no vivo. Tus horribles palabras resuenan siempre en mis oídos. No, no eres tú quien las ha pronunciado. ¿Dónde has encontrado tanta amargura?... ¡Ah! ¿cómo has podido condenarme sin oirme, bajo la fe de una sospecha de que te avergonzarás cuando te haga comprender su falsedad? Debería despreciarte y estar indignada; pero mi corazón no siente más que ternura y deseo de borrar de tu alma, Renato, todo lo que los enemigos de nuestra felicidad han podido grabar en ella. No puedes dudar del sentimiento que me ha decidido á escribirte. No me contestes; siento, al escribirte, que impotente es una carta para mostrar lo que el corazón sufre. Te espero el lunes á las once en *nuestro*

asilo. Tendría derecho para decirte que quiero verte allí, porque un acusado tiene siempre el derecho de defenderse. Yo no te diría más que una palabra. Ven si has amado verdaderamente, aun cuando no haya sido más que un día, á la que no te miente, ni te ha mentado jamás, ni te mentará, te lo jura, mi único amor.»

Cuando Susana concluyó de escribir esta carta, y después de volverla á leer, un último instinto diplomático la hizo dudar antes de poner la firma. Mentía en ella una vez más, al jurar que no mentía, y lo único verdadero, lo más espontáneo, lo menos artificial, era la emoción que le producía aquel engaño supremo después de tantos otros. Llamó, y sin la menor prudencia entregó al lacayo aquella carta, en la cual una sola frase bastaba para perderla, diciéndole que la hiciese llevar por un criado. Desde aquel momento, durante las treinta y seis horas que faltaban para la cita, estuvo en un estado de excitación nerviosa de que no se creía capaz. Aquella mujer tan dueña de sí, que se había comprometido en aquella aventura, del mismo modo que hacía años se sostenía en el mundo, con el maquiavelismo de una taimada, se sentía impotente

para continuar ni para formar proyecto ninguno sobre la conducta que debía observar con su amante. El sábado iba á comer fuera. Hizo su *toilette* como una sonámbula, lo cual no le había ocurrido nunca, sin mirarse apenas al espejo. No pudo hablar una palabra con su vecino de mesa, que era el inevitable Crucé. Con pretexto de que no se encontraba buena, había pedido su carruaje para las diez. Volvió á su casa sin hacer caso de los discursos de su marido, cuya presencia le era intolerable, y por estar éste en casa el domingo, había retrasado hasta el lunes su cita con Renato. ¡Si al menos lograrse verlo! ¡Con qué angustia miró al entrar en su casa la bandeja donde colocaban las cartas de la tarde! No conoció en ningún sobre la letra del poeta. El domingo lo pasó acostada, trastornada por la jaqueca, digámoslo así: en realidad, trataba de reunir sus ideas para el caso en que él no la creyese cuando le explicara su visita á la calle del Monte-Tabor con la historia de la amiga enferma... No quería pensar que no la creyese. La fiebre de deseo y de angustia, de esperanza y de temor, llegó á su colmo el lunes por la mañana cuando subía la escalera de la casa de la calle de las Damas. Si Renato la esperaba como de costumbre con la puerta entreabierta, era que su carta le había con-

movido, y estaba salvada... Pero no, la puerta estaba cerrada. Su mano tembló al colocar la llave en la cerradura. Entró en la primera pieza; estaba vacía y el balcón cerrado; se sentó en aquella obscura habitación donde todo le recordaba la dicha reciente y al mismo tiempo lejana. Susana escuchaba el tictac del reloj, que era lo único que turbaba el silencio. Pasaron los segundos, los minutos, los cuartos de hora y Renato no llegaba. Si no fuese... Aquella mujer, acostumbrada desde su primera juventud á conseguir hasta el fin sus deseos, sufrió un verdadero acceso de desesperación al comprender aquella evidencia. Se echó á llorar como una niña, con verdaderas lágrimas, sin que en aquel momento hubiese nada fingido.

Quiso escribir; buscó papel en la cartera que había sobre la mesa, abrió el tintero, tomó la pluma, abandonándola en seguida, diciéndose:

—¿A qué escribir?

Y para dejar un rastro de su paso por allí, por si Renato iba después de marchar ella, dejó sobre la mesa el pañuelo perfumado con que había enjugado sus amargas lágrimas, pensando:

—¡Le gustaba tanto este perfume!...

Al lado del pañuelo colocó sus guantes,

que él solía abrocharle siempre al separarse; salió de allí con la muerte en el corazón, después de haber entrado un momento en el dormitorio. ¡Qué dichosa había sido en aquella habitación! ¿Era posible que aquellas horas felices hubieran pasado, y para siempre?

XIX

TODO Ó NADA

Quando el enviado llegó con la carta de Susana á la calle Coëtlogon, la familia Fresneau estaba comiendo. Francisca entró sosteniendo el elegante sôbre entre sus rollizos y colorados dedos, y Emilia, sin más que fijarse en el semblante de Renato en el momento que rasgaba el sôbre, adivinó de quién era el mensaje. Tembló; había tenido el valor, arrastrada por la feroz desesperación de su hermano, de rehusar la entrada á la desconocida, en quien su instinto adivinaba á la peligrosa mujer causa de esta desesperación, y de quien Claudio Larcher le había hablado en la visita como de la criatura más perversa. Pero incapaz por el momento de desafiar la cólera del joven, iba dejando pasar las horas sin decirle lo que había hecho. La mirada que Renato la dirigió después de la lectura de esta carta, la hizo bajar los ojos y ponerse encendida. Fresneau, que se disponía á trinchar un pollo con rara habilidad (ciencia que en su juventud había

adquirido, siendo trinchante en casa de su padre, el director de la institución), quedó inmóvil con un alón pinchado en la punta de su tenedor. Luego, temeroso de que su mujer se hubiera apercibido del estupor que su semblante revelaba, trató de justificarlo, diciendo con una gran risotada:

—Aquí tenéis un cuchillo que corta lo mismo que el zancajo de mi abuela.

Su chiste fué á perderse en el silencio, que duró hasta terminar la comida; silencio amenazador para Emilia, inexplicable para Fresneau y desapercibido é inobservado para Renato, que tenía un nudo en la garganta, y ya no probó ningún plato. Antes de que Francisca terminase de levantar el mantel y de colocar sobre el hule el bote del tabaco y el frasco de licor, el poeta se había ido á su cuarto, pidiendo á la muchacha una lámpara para escribir.

—¿Está incomodado?... —preguntó el profesor.

—¿Incomodado?... —contestó Emilia. —Será sin duda que le ha pasado por las mientes alguna idea para su drama, y querrá anotarla inmediatamente... Pero es tan malo trabajar en seguida de comer... Voy á decírselo...

Contentísima con habérsele ocurrido semejante pretexto, la joven entró en el cuarto

de su hermano, á quien encontró sin esperar la lámpara, á la luz del crepúsculo, comenzando á borrajear una respuesta á la carta de Susana. Esperaba sin duda la visita de su hermana, porque la interpelló bruscamente y con una voz en que rugía sorda ira:

—¡Eres tú!... ¿Ha venido hoy alguien á verme y tú me has negado, diciendo que estaba de viaje?...

—Renato—dijo Emilia uniendo sus manos,—perdóname, he creído acertar... Es cierto, en el estado en que yo te veía, temí por ti con la presencia de esa mujer.

Y encontrando en el ardor de su ternura fuerza bastante para decir todo lo que pensaba.

—Esa mujer—repitió—es tu ángel malo...

—Parece—replicó el poeta con rabia concentrada—que me tienes siempre por un niño de quince años... ¿Sí ó no? ¿Estoy en mi casa? Porque si no estoy, dilo, y me iré á vivir á otra parte. Ya sufro bastante, ¿entiendes? semejante tutela... Ocupate de tu hijo y de tu marido y déjame vivir á mis anchas...

Al ver á su hermana delante, inmóvil, pálida, aplanada por la dureza de sus palabras, se avergonzó de su arrebató. ¡Era tan injusto que su hermana Emilia sufriera el dolor que le corroía! Pero no estaba en un cuarto de

hora propicio para volver sobre semejante sinrazón, y en lugar de echarse en los brazos de aquella á quien tan cruelmente había herido en lo más sensible, abandonó el cuarto, cerrando la puerta con violencia, cogió su sombrero, y desde el sitio en que Emilia permanecía como clavada, oyó que salía de casa. El bravo Fresneau, que después de la sorpresa que le causaron las voces de Renato, había también sentido el ruido que éste hizo al salir, entró en el cuarto para ver lo que pasaba. Vió en la penumbra á su mujer como una muerta. Cogió sus manos, diciéndole: «¿Qué ocurre?» de un modo tan afectuoso, que ella se refugió contra su pecho sollozando.

—¡Ah, querido mío, no tengo á nadie más que á ti en el mundo!...

Lloró con su cabeza apoyada sobre el hombro de su marido, que no sabía si debía maldecir ó bendecir á su cuñado. A tal punto se desesperaba por el dolor de su mujer, y se sentía á la vez conmovido por el sentimiento que la precipitaba hacia él.

—Vamos—le decía,—sé razonable. Cuéntame qué ha pasado entre vosotros.

—¡No tiene corazón, no tiene corazón!—fue su única respuesta.

—¡No hay tal, no es cierto!...—respondía Fresneau.

Añadiendo con la lucidez que los verdaderos sentimientos dan á los menos perspicaces:

—Sabe demasiado cuánto le quieres, y por eso abusa de tu cariño; he ahí todo.

Mientras Fresneau trataba de consolar á Emilia, sin lograr arrancarle, sin embargo, el secreto de su discusión con el poeta, éste vagaba por las calles dominado de nuevo por el ataque de tristeza que desde el día anterior devoraba su alma.

Susana había tenido razón al pensar que se levantaría en su interior una voz que protestase contra lo que él sabía y había visto. ¿Quién ha podido amar y ser burlado sin oír esta voz, que razona contra toda razón y que alimenta nuestra esperanza contra toda esperanza? Se acabó la fe y para siempre. ¡Qué dulce sería al menos poder dudar! ¡Qué vacío dejan, como si fueran de tiempos felices, los días, por otra parte tan crueles, en que aún no se ha pasado de la sospecha, sin llegar á la atroz, á la intolerable certidumbre! ¡Ay! Renato hubiese pagado con su sangre la sombra de una duda, y cuanto más examinaba todos los detalles que le habían puesto al desnudo la verdad, tanto más esta evidencia se hundía en su alma. Pero ¿y si ella había hecho una visita inocente?... aventuraba la voz del amor. ¿Inocente?... ¿Y hubiera abandonado

antes el coche para entrar? ¿Habría salido por la otra puerta tapada, con el mismo paso y las mismas miradas escudriñadoras que acostumbraba á dirigir al salir de las citas que con él tenía? ¡Y la súbita aparición de Desforges por la otra salida!... Todas las pruebas suministradas por Claudio se acumulaban: la opinión del mundo, la ruina de los Moraines en otro tiempo, la plaza procurada al marido, la oferta hecha por la misma Susana para que ganase algún dinero, y sus mentiras evidentes.

—¿Qué otras pruebas más fuertes puedo esperar—se decía,—á menos de que no les sorprenda juntos en el mismo lecho?...

Estas palabras avivaban en él la horrorosa imagen de las seniles caricaturas prodigadas á su hermoso cuerpo, y cerraba los ojos de dolor. Luego pensaba en la visita de su querida á la calle Coëtlogon, en su carta que llevaba en el bolsillo.

—¿Y se atreve á pedirme una entrevista?... ¿Qué puede querer de mí?... Si, iré á la cita, me vengaré, insultándola como Claudio insulta á Colette... ¡No!—prosegua,—sería bajarme hasta ella; la verdadera venganza es ignorarlo. No iré...

Tan pronto se sentía arrastrado por una como por otra de estas dos ideas, impotente

para elegir, y dominado, ya por el apetito vehemente de volver á ver á Susana, ya por la resolución de no volver á caer en la red de sus mentiras. Tan grande fué su ansiedad, que quiso pedir parecer á Claudio. Solamente entonces se asombró de que este fiel amigo no hubiese enviado á saber noticias por la mañana, como se lo había prometido.

—Vamos allá; pero es tan tarde, que será una visita inútil—se decía Renato dirigiéndose á la calle de Varenne y al hotel Sain-Euverte.

Serían las diez y media próximamente cuando llamó á la puerta. Vió luz en una de las ventanas de la habitación que ocupaba el escritor. Contra lo que esperaba, Claudio estaba en casa; Renato le encontró en la primera de las tres piezas de arriba, en el *fumadero*. Una lámpara con bomba de color rosá iluminaba esta reducida pieza, decorada con un gran trozo de tapicería y una fotografía del *Triunfo de la muerte*, atribuido á Orcagna. En un rincón, bajo la tetera, ardía la azulada llama del espíritu de vino; dos tazas de té, un frasco de vino de España y emparedados de *foie-gras* puestos sobre un plato de porcelana, anunciaban que el huésped de la modesta vivienda esperaba á alguien. Los cigarrillos rusos emboquillados, los favoritos de Colette, colocados en una copa, indicaban claramente

á Renato á quién esperaba; no se hubiera atrevido á pensarlo, sin embargo, á no ser por la visible turbación de su amigo, que concluyó por decirle con sonrisa un tanto vergonzosa:

—A fe mía, prefiero que lo sepa V.: *canis reversus ad vomitum suum*. Sí, espero á Colette. Debe venir después del teatro. ¿Le sería desagradable encontrarla?...

—Francamente—dijo Renato,—prefiero no verla.

—Y V.—interrogó Caludio,—¿qué es de su vida?...

Y cuando el poeta le contó todo en pocas palabras: su situación actual, la escena en la Opera, la visita de Susana, la cita que ésta le había pedido, replicó:

—¿Qué quiere V. que conteste? Con mi debilidad presente, ¿puedo tener valor para contestar? ¿Qué importa? En este punto veo bien mi situación, dejándome caer á cada paso como un ciego. ¿Por qué no ver con la misma precisión lo que á V. se refiere, que sin duda tiene más energía que yo para el caso? Es usted más joven, y sobre todo, no ha caído todavía... ¿Está V. decidido á llegar á ser como yo, un maniático de amor, un insensato que camina en la vida donde su sexo le lleva, un envilecido lúcido?—es la peor especie...—Entonces, acuda V. á esa cita. Susana no dará

una sola razón, ni una siquiera... ¡Pero, desgraciado, después de lo que la ha dicho, si fuese inocente, le daría V. horror y no querría volver á verle!... Ha ido ella á casa de usted. ¿Para qué? Para retenerle allí, en su cuarto, y fascinar sus sentidos con su belleza. Le llama; ¿á dónde? Precisamente al lugar donde menos podrá resistirla... Le dirá lo que dicen las mujeres en semejantes casos... Palabras... palabras... y siempre palabras... Pero la verá usted, sentirá el roce de su traje... Y después... ¡qué ampollas levanta la traición! Ya lo sabrá usted, cuando se arroje sobre ella como una bestia... y adiós los reproches... Todo se borrará por diez minutos. Pero después... Ha visto V. mi valor de ayer. Repare mis flaquezas de hoy, y dígame como el otro delante del borracho que se disponía á vomitar en un rincón de la cerca: «¡Así estaré yo el domingo!...» Después de todo, si no se considera V. capaz de pasarse sin ella, si necesita V. de ese vino como el borracho de aquél, aunque efecto de él se pusiese V. enfermo hasta morir, esta debilidad es una solución. Yo ya la he adoptado. Siempre vamos á parar á la prostitución cuando la lujuria nos incita. Susana será la prostituta de V. como Colette es la mía... Únicamente acuérdesese de lo que yo le he dicho esta tarde; eso es el fin de todo. ¿Talento?

No lo tengo... ¿Honor? ¿Dónde le colocaría ahora que he perdonado lo que he perdonado?... ¡Ah!...—concluyó con acento desgarrador;—aún está V. á tiempo de salvarse. Está V. en lo alto de la escalera que conduce á la cloaca; oiga el grito de un desgraciado que está abajo y que está hundido en ella hasta los hombros. Y ahora, adiós, si no quiere ver á Colette... ¿Por qué le he dicho lo que he dicho?... V. no sabía nada, y cuando nada se sabe, es como si no ocurriesen las cosas... Adiós otra vez; ámeme, Renato, y compadézcame.

—No...—se decía el poeta volviendo á entrar en su casa;—no descenderé yo hasta ese fango...

Por primera vez acaso, desde que asistía como triste testigo á los dolorosos amores de Claudio, comprendía verdaderamente de qué mal estaba atacado su miserable amigo. Acababa de descubrir en sí mismo la monstruosidad sentimental que degradaba al amante de Colette; la unión del más completo desprecio y del más apasionado deseo físico por una mujer, definitivamente juzgada y condenada.

Si, después de todo lo que sabía, deseaba aún á Susana, deseaba aquella garganta acariciada por Desforges, aquella boca besada

por Desforges, toda aquella belleza que la corrupción del vividor envejecido no había hecho más que ajar sin destruirla. Lo que turbaba su sangre era aquella carne rubia y blanca, nada más que ella.

Hé ahí hasta dónde había bajado su noble amor, su culto por la que él había llamado en un principio su madona. Si cedía una sola vez á este inmundo deseo, tenía razón Claudio, estaba perdido. La repugnancia que había sentido ante los abismos del vicio donde su amigo se movía, había sido tan fuerte, que le volvió la energía para decirse: «Me doy mi palabra de honor de no ir á la calle de las Damas el lunes», y esta palabra supo sostenerla.

A la hora misma en que Susana le aguardaba en el saloncito azul, temblando de deseo y desesperada, él se estremecía también en su cuarto repitiéndose: «No iré, no iré...» Pensaba en su amigo y repetía: «¡Pobre Claudio!» sintiendo con todo su corazón la angustia de éste, vencido por la lujuria, vencido en la lucha que él emprendía á su vez. Se compadecía á sí mismo al compadecer á la víctima de Colette, y esta piedad ayudaba á su valor, como también los hábitos religiosos prolongados hasta muy tarde en su vida. Había dejado de practicar desde que había de-

jado de ser puro; se había dejado invadir por esa atmósfera de duda que todo artista moderno atraviesa más pronto ó más tarde, antes de volver al cristianismo, como á la única fuente de vida espiritual. Pero en el mismo momento de la duda, el músculo moral, desarrollado por la gimnasia de la infancia y de la adolescencia, continúa desplegando su fuerza; en esta resistencia, al más apremiante llamamiento del deseo físico, el sobrino y discípulo del Padre Taconet volvía á encontrar esta energía. Cuando dieron las doce del día en el reloj de la calle de Coëtlogon, al mismo tiempo que sonaron en el de la calle de las Damas, se dijo: «Susana ha vuelto á su casa... Estoy salvado.»

No lo estaba, y su impotencia para seguir con todo rigor el consejo de Claudio, debía haberle servido de prueba. Ni el lunes ni los días siguientes se decidió á dejar la ciudad donde respiraba aquella mujer de quien él se creía y quería estar libre. Se daba toda clase de pretextos para permanecer en París. «En este cuarto estoy tan lejos de ella como si estuviese en Venecia ó en Roma, puesto que no he de ir á su casa ni ella ha de venir aquí...» En realidad esperaba, pero no hubiera sabido decir el qué. Comprendía, sentía que aquella pasión era demasiado ardiente para extin-

guirse de aquel modo. Ocurriría que Susana y él se encontrasen. ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Qué importaba! Llegaría á ocurrir. No se confesaba á sí mismo esta débil y secreta esperanza. Pero estaba tan arraigada en él, que no abandonaba su habitación de la calle de Coëtlogon, dispuesto siempre á recibir una nueva carta ó á verse en el caso de tomar una suprema resolución. La carta no llegaba. Ningún nuevo paso se intentaba, y él se devoraba el corazón. Algunas veces el deseo de encontrarse frente á Susana, deseo que soportaba sin admitirlo, le exasperaba hasta el punto de arrojarle repentinamente en su mesa, y escribía, dirigiéndose á aquella infame, páginas del amor más desenfrenado. Su rabia interior se desbordaba en líneas locas en que la insultaba y la idolatraba, donde mezclaba palabras de ternura con palabras de odio. Entonces resonaban de nuevo en sus recuerdos las lamentaciones de Claudio, y estrujaba aquel papel, confidente de la amargura insensata que ahogaba su interior. Se acostaba con ideas desesperadas, pensando en la muerte como en el único beneficio que pudiese desear en aquel momento. Se levantaba lo mismo. La luz del día, tan radiante en la primavera, le era intolerable, y el poeta, que sobrevivía á pesar de todo, deseaba la hora del crepúsculo en que la

tristeza de la luz armoniza tan bien con la angustia íntima. Porque en las incipientes tinieblas podía saborear la dulzura de las lágrimas. Era también la hora en que su pobre hermana temblaba por él. Se habían reconciliado al día siguiente de su disputa.

—¿Estás todavía enfadado conmigo?—había venido ella á preguntarle, con esa gracia propia de la verdadera ternura.

—No—había respondido él;—toda la culpa fué mía; pero te advierto que si no quieres volver á verme injusto y malo como el otro día, no me hables jamás de lo que me hablaste...

—Nunca—respondió ella, y mantenía su promesa.

Sin embargo, veía á su hermano desmejorarse, hundirse aún más sus mejillas, y sobre todo, brillar en sus ojos un fuego sombrío que le daba miedo; por eso á la hora peligrosa del anochecer venía á sentarse á su lado. Fresneau estaba en el Luxemburgo paseando á Constanco. Ella había encontrado un pretexto para quedarse en casa. Tomaba la mano de su hermano querido, y esta muda caricia conmovía inmensamente al infortunado. Respondía á la presión también sin hablar. Este estado de más dulce emoción duraba hasta el momento en que resucitaba en él de pronto

la idea de Desforges. Le veía poseyendo á Susana, y entonces decía á Emilia:

—Déjame...

Ella le obedecía con la esperanza de calmarlo. Encontrándose solo, se arrojaba sobre el lecho donde Susana había sido suya, y los celos le retorcián el corazón con su tenaza enrojecida. ¡Ah! ¡Qué agonía! ¿Cuántos días habían transcurrido de este modo? Apenas siete, pero le habían parecido interminables, como su sufrimiento. Mirando el calendario en la mañana del octavo día, vió que se acercaba el fin de Mayo. Los hábitos de regularidad burguesa que siempre habían presidido á su vida, le decidieron, por más que esta decisión le causase horror, á llegar hasta la calle de las Damas. Quería arreglar la cuenta con la propietaria y despedir la habitación. Escogió la tarde para estar seguro de que no encontraría allí á Susana.

—Como si ella no me hubiese ya olvidado—se decía.

Cuál no fué su sorpresa al encontrar sobre la mesa del saloncito, no solamente el pañuelo y los guantes, sino un billete cerrado con esta dirección: «Para el señor de Albert», que ella había dejado allí, en una segunda visita. Le abrió con manos tan temblorosas, que necesitó cinco minutos para poder leer algunas frases,

de las cuales había palabras medio borradas por las lágrimas.

«¡He vuelto aquí, amado mío! En nuestro asilo, y en nombre de los recuerdos que tú como yo debes encontrar en él, te suplico una vez más que me vuelvas á ver.

»Dime, estando en este adorado rincón, ¿no pensarás en mi sin esas horribles ráfagas de odio que he visto en tus ojos?

»Acuérdate de la ternura que te he demostrado aquí, en el mismo sitio en que leerás estas líneas. ¡No! Yo no puedo vivir si tú dudas de lo que es la única verdad de mi vida. Telo repito; no estoy ni indignada ni ofendida: estoy desesperada; si tú no lo comprendes así, es que yo ya no puedo hacerte sentir nada, porque en este momento no hay en mi alma más que mi amor y mi dolor. Adiós, ¡amado mío!... ¡Cuántas veces te he dicho estas palabras en el umbral de esta puerta!»

Y luego añadía:

«Hasta la vista... Ahora será preciso decir adiós con los labios y con el corazón. ¿Pero es posible que esto sea para siempre?...»

—Adiós, ¡amado mío!—repitió el joven.

Le hubiera sido imposible resistir; estas palabras tan sencillamente tiernas, la vista de aquellas paredes, la idea de que Susana

había estado allí, sin esperanza de verle, como en peregrinación hacia las horas pasadas, todo contribuía á arrojarle en un estado de loca sensibilidad que en vano trataba de combatir...

—¡Su amado!—se repitió de pronto con furor.—¡Y se entrega al otro por dinero!... ¡Qué débil soy!...

Para escapar al estremecimiento de pena que le invadía en aquella soledad, salió bruscamente y fué á llamar á la puerta de la Raullet. Ésta hizo entrar al joven en su saloncito propio, amueblado con lo que no había podido colocar en el otro. Cuando él le dijo que dejaba la habitación para siempre, se reveló en su fisonomía una viva contrariedad.

—Pero no está dispuesta la cuenta—respondió.

—No tengo prisa—dijo Renato.

Y temiendo sufrir un nuevo ataque de desesperación en el cuarto de donde salía, añadió:

—Si no le molesto, esperaré aquí.

Aunque no se encontraba de humor de hacer observaciones, no pudo menos de reparar que en los veinte minutos que esperó, la Raullet había tenido tiempo de cambiar de traje. En lugar de la bata de percal rayado con que le había recibido, volvía vestida con un lindo

traje de granadina negra; en la parte alta del cuerpo la tela alternaba con tiras de encaje, á través de las cuales se adivinaba el blanco cutis de la coqueta viuda. Tenía en los ojos un brillo más vivo y en las mejillas un color más rojo que de ordinario; después de haber extendido sobre la mesa la cuenta exigida, cuya escritura atestiguaba que aquella prudente persona se había ocupado de ella con anterioridad, dijo:

—Me perdonará V. haber tardado. No me encontraba bien. ¡Tengo unas palpitaciones en el corazón!... ¡Mire V.!

Tomó la mano del joven, colocándola sobre su garganta con una semisonrisa, la cual hubiera sabido interpretar la persona más inocente. Había adivinado la ruptura entre el falso Albert y su querida, con solo ver las dos visitas solitarias de la joven. La significativa despedida de Renato acababa de hacérsela comprender y había tenido la idea de aprovecharse de ella, sea que le agradase realmente con su belleza varonil y fina, sea que entreviese ventajas análogas á las que le reportaban ya el estudiante y el comisionista. Todavía estaba fresca y ella se creía muy seductora. Pero cuando hizo ademán de llevar á su pecho la mano de su arrendatario, y lo miró, vió en sus ojos una despreciativa

frialidad mezclada con tal disgusto, que la abandonó. Recogió la nota y trató de ocultar su confusión con una multitud de palabras explicando tal ó cual detalle de una cuenta aumentada de un modo fantástico, que el poeta no se dignó reconocer. Le entregó la suma que le debía, mitad en papel, mitad en oro. El fiasco humillante de su tentativa amorosa no había anulado en ella la fuerza del cálculo, pues reconoció los billetes mirándolos contra la luz, y al contar los luses de oro los examinaba uno por uno. Una de las piezas no la pareció buena, la hizo sonar, y después de alguna vacilación, le dijo:

—Me voy á ver en la necesidad de pedir á usted otra.

Esta doble impresión de descocada lujuria y de insaciable avaricia, convenía también con los pensamientos de Renato, que durante el cuarto de hora que empleó en trasladar al carruaje algunos objetos íntimos esparcidos por las tres piezas, experimentó esa terrible alegría llamada por un humorista tan ruda y justamente *alegría de un enterrador que se entierra á sí mismo*. Cuando el carruaje sucio y desvencijado en que trasladaba los objetos que habían asistido á su dicha, se puso en marcha, aquella cruel alegría desapareció, para dejar paso á la más amarga melancolía.

Recordaba cuántas veces había cruzado aquellas calles en el éxtasis del deseo, pensando que ya no volvería á suceder. El cielo estaba triste. Desde la vispera parecía haber vuelto el invierno, como sucede muchas veces en París en medio de la primavera. Al atravesar el Sena, que corría tan sombrío, tan verde, el desgraciado lo miró y pensó:

—¡Y es, sin embargo, tan fácil concluir!...

Después de aquel momento de desesperación, buscó en su bolsillo la carta de Susana como para convencerse de la realidad de su desgracia. Contempló también su pañuelo, aspirando su perfume largo tiempo; miró los guantes por todos los lados, reconociendo la forma de los dedos que tanto había amado. Sintió que, resistiendo á la tentación, había llegado hasta el último límite de sus fuerzas, y cuando se encontró solo en su cuarto, después de aquella nueva y aguda crisis en su pena, dijo en alta voz:

—No puedo más...

Tranquilamente, casi como un autómeta, abrió un cajón de su mesa y sacó, envuelto en su funda de cuero, un revólver de bolsillo que su hermana le había regalado. Lo hizo jugar descargado. Buscó el paquete de cápsulas, y tomó una al peso. ¡Pobre máquina humana, qué poco se necesita para dormirte del todo!

Cargó el revólver, desabrochó su camisa, buscó con su mano izquierda el sitio del corazón y apoyó el arma contra su pecho.

—No—dijo en alta voz también,—¡no será antes de probar una vez más!

Estas palabras correspondían á un pensamiento que le había asaltado varias veces, y que siempre había rechazado como una locura, pero que ahora, con la claridad propia de las ideas en los momentos de una suprema resolución, tomaba forma y cuerpo ante él. Volvió á colocar el revólver en el cajón y se sentó en su butaca, la de Susana, y se dejó arrastrar al abismo de los trágicos sueños en donde las imágenes se dibujan con un extraordinario relieve, y en que los razonamientos se forman rápidos como en medio de una fiebre, donde se elaboran las resoluciones desesperadas.

—Amado mio...—se repetía recordando lo que Susana le había escrito.—¡Si, á pesar de sus mentiras, á pesar de la comedia que había representado, de la cual repasaba en su espíritu las innumerables escenas, á pesar de la abyección de su intriga con Desforges, ella le había amado verdaderamente, si, le había amado con pasión! ¿Sin la sinceridad de este amor, era comprensible ni un momento siquiera su común historia? ¿Qué otro móvil ha-

bía podido arrojarla en sus brazos? No podía ser el interés; ¡Renato era tan pobre, tan humilde, estaba tan por bajo de ella! No podía ser tampoco la vanidad de seducir á un autor de moda, puesto que ella misma le había exigido que sus relaciones fueran secretas. ¿La coquetería? Tampoco. No se lo había arrebatado á ninguna rival. Sí, por monstruoso que fuese este amor, mezclado con esta corrupción, ella le había amado, le amaba todavía.

Aquel alma era todavía capaz de sinceridad. Algo se agitaba en ella que valía más que su vida, más que sus acciones. Renato consentía por fin en oír la voz que imploraba por su querida, y miraba de frente aquella venalidad cuyo descubrimiento le había aterrado. Su entrada en el hotel Komof y sus primeras impresiones pueriles de aristocracia, la posesión de Susana y la gracia de los menores detalles de su tocado, revelándole el boato del gran lujo y sus refinadas delicadezas, le habían iniciado en muchos misterios. El espejismo de aquella vida aristocrática, evocado por sus primeros sueños inocentes de poeta y de burgués, se había disipado á sus ojos para dejarle una visión aproximada de las espantosas prodigalidades que lleva consigo una opulenta existencia en París. En aquel momento, y mientras su amor, que quería vivir,

se esforzaba en justificar á Susana, en comprenderla, por lo menos, en descubrir en ella algo para no despreciarla del todo, entreveía, gracias á aquel conocimiento más verdadero del mundo, el drama íntimo que se había verificado en su querida... Claudio se lo había dicho en términos precisos:—«Hace siete años, los Moraines estaban arruinados...» ¡Arruinados!

Estas cuatro sílabas se traducían ahora para el joven en la imagen exacta de las que llevan consigo renunciadas y bajezas. Susana había crecido entre el lujo y para el lujo. Esa era su atmósfera, esa era su vida. Su marido, ese Marneffe de frac—el poeta seguía juzgando así al pobre Pablo,—debía ser el primero á lanzarla en el funesto camino. Se había presentado Desforges. Ella había cedido... No amaba... Y cuando realmente había amado, ¿podía romper su cadena?...

Sí, podía, proponiéndole á él, á Renato, abandonarlo todo, los dos, para vivir juntos siempre!...

—¿Abandonar todo?... ¿Los dos?... ¿Para vivir juntos?

Se sorprendió de pronunciar estas palabras como en sueños. ¿Era demasiado tarde acaso para este ofrecimiento de sacrificarlo todo á su amor, de anular todo lo del pasado menos aquel amor, encerrar en él, aprisionar

todo su sér, todo el presente y todo el porvenir? Si él fuese á decir á Susana:

—Me juras que me amas, que este amor es la única verdad de tu corazón, la única. Pruébamelo. No tienes hijos, eres libre. Toma mi vida y dame la tuya. Parte conmigo y te perdono y creo en tu corazón...

—Me vuelvo loco—dijo conteniendo su espíritu, cuando se presentó ante su vista este proyecto, con tanta precisión que veía á Susana allí, oyéndole...—¿Loco? ¿Por qué?... Las frases que en su juventud había leído sobre la redención de las prostituídas por amor, pensamiento tan profundamente humano que ha ocupado á los más grandes artistas, le bullían sin cesar en la memoria. La figura más divina de amorosa cortesana que pudo ser descrita jamás, la Ester de Balzac, había seducido tanto sus sueños de otro tiempo, y en las naturalezas como la suya, en quien las impresiones literarias preceden á las de la vida, no desaparecen nunca completamente del corazón semejantes sueños... Amaba á Susana y Susana le amaba á él. ¿Por qué no tratar, en nombre de este sublime sentimiento, de arrancarla á la infamia en que vivía, y sustraerse él mismo á aquella negra sima de la muerte hacia la cual se sentía atraído? Pero ella, ¿qué respondería?

—Sabré, por último, si me ama—repetía Renato.—Sí, si me ama, ¡con qué ardor se apoderará de este medio de escapar á esa atmósfera de lujo á que está encadenada! ¿Y si dice que no?...

Un estremecimiento de espanto le sacudió completamente.

—Todavía será tiempo de obrar entonces—repuso.

La tempestad desencadenada por la invasión súbita de este plan, duró tres horas. El joven se abandonaba á él sin comprender que su resolución estaba tomada de antemano, y que aquellas ideas y vanidades de sus pensamientos no hacían más que disipar á sus propios ojos el sentimiento que dominaba en él por encima de todo: el apetito, la necesidad imperiosa de volver á ver á su querida. Aun cuando aquel proyecto de fuga juntos hubiese sido más insensato, más impracticable, más contrario á toda esperanza de éxito, se hubiera entregado á él como al más razonable, al más fácil y al más seguro, porque, en efecto, era el único que conciliaba el ardor irresistible de su amor y las exigencias de dignidad sobre las cuales su honor, aún virgen, no transigiría jamás en lo más mínimo.

—Manos á la obra...—se dijo por fin; y se puso á escribir una carta á Susana en la cual

le rogaba que estuviese en su casa al día siguiente á las dos de la tarde. Corrió él mismo á llevar la carta al correo, y experimentó al volver esa espera que sigue siempre á las resoluciones definitivas. Él, que se había sentido todos aquellos días, después de su primer acceso de salvaje violencia, incapaz de la menor energía, hasta el punto de no haber podido volver á abrir el manuscrito de su *Savonrola*, se puso en seguida á prepararlo todo como si no hubiera duda de la contestación de Susana. Contó el dinero que tenía en su cajón; algo más de cinco mil francos. Era bastante para satisfacer las primeras necesidades. ¿Y en seguida?... Calculó de cuánto capital tenía derecho á disponer en la fortuna de la familia, que seguía indivisa entre su hermana y él. Lo más difícil era pasar los dos primeros años, durante los cuales terminaría su drama y le haría representar. Publicaría después su novela, á la cual el éxito de su comedia empujaría como una ola empuja á otra ola.

Se abría ante él un horizonte de trabajos y de triunfos. De qué esfuerzo no se sentiría él capaz, sostenido por aquel divino elixir, la dicha, y por la voluntad de procurar á Susana el lujo que ella le sacrificaría.

Su hermana le sorprendió, cuando volvió

á entrar, arreglando los papeles, clasificando libros, colocando aparte los grabados.

—¿Qué haces?...—le preguntó.

—Ya lo ves, me preparo á marchar.

—¿A marchar?...

—Sí—respondió;—pienso ir á Italia.

—¿Y cuándo?...—dijo Emilia estupefacta.

—Seguramente pasado mañana.

Y lo decía de buena fe. Había calculado que Susana necesitaría para sus preparativos, si es que se decidía, unas veinticuatro horas. ¿Si se decidía? Esta sola duda, al nacer su resolución, le hacía ahora tanto daño, que ni la discutía. Después de la escena de la Opera, donde la había dejado pálida y como herida de un rayo, en las sombras del antepalco, se había impuesto la más sobrehumana restricción, encauzando el torrente de sus apasionados deseos. Su repentina esperanza era como una brecha abierta por la que se precipitaba este torrente furioso, desenfrenado, con una violencia que todo lo arrastraba. Su locura llegó en la mañana anterior á la entrevista, hasta ir á dos ó tres tiendas de objetos de viaje de la avenida de la Opera, para examinar baúles. Después de la partida de Vouziers, nadie de la familia Vincy había salido de Paris ni siquiera por veinticuatro horas. No había, por lo tanto, en su casa como me-

dios de embalaje más que dos cofres viejos y tres maletas deterioradas. Estos cuidados materiales, que formaban una concreta realidad de los desvarios del joven, engañaron la fiebre de la espera hasta la hora de la cita. La alucinación del deseo había sido tan fuerte, que no se dió cuenta de la realidad de las circunstancias hasta que se encontró en el saloncito de la calle de Murillo. Faltaba lo principal.

—La señora vendrá en seguida...—había dicho el criado, dejándole solo.

No había vuelto á aquel sitio desde el día en que leía los versos más escogidos á la que él consideraba entonces como una madona. ¿Sería acaso de parte de ella una suprema estratagema aquellos minutos de abandono antes de su conversación en aquel sitio tan lleno de recuerdos para él? En efecto, se le avivaron estos recuerdos, pero para conmoverle de muy distinto modo del que se vanagloriaba Susana. Aquel aspecto de elegancia tan admirado en otro tiempo, le causaba horror. Le parecía que flotaba una atmósfera de infamia en derredor de aquellos objetos, muchos de los cuales debían haber sido pagados por Desforges. Este horror aumentó más en él la decisión de arrancar á la que amaba á su pasado de vergüenza, y cuando apareció en el

umbral de la puerta, no fué ternura lo que ella encontró en sus ojos, sino la fijeza, el brillo de una resolución inquebrantable... ¡Qué resolución! De los dos, ella era la más conmovida en aquel momento, la más incapaz de dominarse. La blancura de su largo traje de encaje hacía resaltar el color amarillento de su rostro, agostado por la ansiedad de los últimos días. No había necesitado acudir al recurso del lápiz negro para sombrear sus ojos, como suelen hacer las comediantes del mundo, ni más ni menos que las del teatro; ni estudiar tampoco el ademán de llevarse la mano al corazón á la vista del joven, apoyándose en la pared para no caer. Al primer golpe de vista comprendió que necesitaría sostener una ruda batalla para reconquistarlo, y temblaba todo su sér. Hubo entre los dos amantes una de esas escenas mudas, solemnes, en que parece oírse la voz del destino.

La duración de ese momento fué intolerable para la desgraciada, siendo la primera que rompió el silencio, diciéndole en voz muy baja:

—¡Renato mío, cuánto me has hecho sufrir!

Y adelantándose hacia él, loca de emoción, le cogió ambas manos y apoyó la cabeza en su pecho, buscando sus labios para besarlos. Él tuvo energía para rechazarla.

—No—dijo,—no quiero...

—¡Ah!—sollozó ella, retorciéndose los brazos;—¡siempre crees en ello, en esas abominables sospechas!... ¡No has venido, me has condenado así, sin oírme!... ¿Qué pruebas tenías, sin embargo?... ¡Haberme visto salir de una casa!... ¡Y ni siquiera una duda en favor mio, ni una sola de las veinte hipótesis que podían abogar por mí!... ¿Y si yo te dijese que en aquella casa vive una amiga enferma, á quien había ido á ver aquel día?... ¿Si te dijese que la presencia de la otra persona cuya vista te volvió loco, obedecía á la misma causa?... Si te lo jurase por lo que hay para mí de más sagrado en el mundo, por...

—No, no jures—interrumpió Renato con dureza;—no te creería, ni te creo...

—¡No me cree ni aun ahora, Dios mío! ¿Qué hacer?

Dió algunos pasos por la habitación, repitiendo:

—¿Qué hacer? ¿qué hacer?

Durante toda aquella semana la había preocupado la idea de que él podía estar tan irritado contra ella, que no la creyese. Si le quedaba la menor sospecha, estaba perdida. La espiaría de nuevo ó la haría espiar. Sabría que en cada visita á la casa de la supuesta amiga se encontraba con Desforges,

y sería comenzar de nuevo. ¿A qué continuar insistiendo entonces? Y después de todo, bastantes mentiras tenía sobre sí. Ahora que la más sincera de las pasiones hervía en su corazón, sentía la necesidad de decir la verdad á su amante, toda la verdad; pero al decírsela, que se desbordase su pasión, y entonces era preciso que la comprendiese en aquel momento supremo y creyese en ella. Y como fuera de sí,

—Es verdad—dijo,—te engañaba; quieres saberlo todo, y lo sabrás...

Se detuvo un momento y se pasó las manos por el rostro con extravío.

—Pues bien. ¡No!

Se sentía incapaz de confesarlo. Él la despreciaría demasiado, y figurándose, á medida que hablaba, la especie de compromiso incoherente que mediaba entre la necesidad de ser sincera y el miedo de que Renato la despreciase, continuó:

—Es una espantosa historia, mira... Mi padre muerto... Cartas que rescatar, con las cuales había miserables que podían profanar su memoria... Hacía falta dinero, mucho dinero... Yo no tenía nada... Mi marido me rechazaba... Entonces ese hombre... Yo perdi la cabeza... y luego él me ha tenido... me tiene sujeta por este secreto... ¡Ah! ¿no com-

prendes tú que yo te haya mentido únicamente por conservarte para mí?...

Mientras estas palabras salían precipitadamente á la ventura de su boca, Renato la contemplaba. Aquella historia del honor de su padre, salvado de aquel modo, no era sino una nueva mentira, lo comprendía, lo veía bien claro. Pero aquel último grito, lanzado con un ardor casi salvaje, era verdadero. ¿Qué le importaba lo demás? Iba á saber si aquel amor, la única sinceridad contra la cual reclamaba ella en aquel momento, tendría fuerza bastante para triunfar de todo lo que no fuese él.

— ¡Tanto mejor! — respondió. — ¡Sí, tanto mejor si eres la esclava de un infame pasado que te abruma! ¡Tanto mejor si la dependencia con respecto á ese hombre te causa tanto horror!... ¿Me dices que me has amado, que me amas y que me has mentido sólo por conservarme?... Ese amor te ofrece la ocasión de darme una prueba, después de la cual no tendré ya derecho á dudar. Vengo á ofrecerte la manera de borrar ese pasado completamente... Yo también te amo, Susana, ¡ah! profundamente. No me preguntes lo que sentí cuando supe lo que supe y vi lo que vi. Si no he muerto, es que nadie muere de desesperación. Estoy dispuesto, sin embargo, á olvi-

darlo y perdonarlo todo, con tal de que yo comprenda que me amas verdaderamente. Soy libre, tú lo eres también, puesto que no tienes hijos. Yo estoy dispuesto á abandonarlo todo por tí, y vengo á preguntarte si estás dispuesta á hacer otro tanto. Nos iremos adonde quieras, á Italia, á Inglaterra, á un país donde estemos seguros de no encontrar nada de lo que fué tu vida pasada. Y ésta yo la borraré. Encontraré fuerzas para ello en la fe que tenga en tu corazón después de lo que hagas. Y me diré á mí mismo: «No me conocía; desde el día en que me ha conocido, no ha existido para ella más que su amor.» Pero aceptar esa repugnante participación de que llegaras á mí desde los brazos de ese hombre, profanada por sus besos; ó bien, si rompes con él, ser el miserable que desconfía de esta ruptura, representando ese vil papel de espía que ya una vez he desempeñado... No, Susana, no me pidas eso. Hemos llegado á un punto en que debemos ser uno para otro, ó todo ó nada; amantes que encuentran en su amor con qué formar una familia, una patria, un mundo, ó extraños que no se conocen siquiera. Escoge...

Había hablado con la energía de un hombre que se ha hecho á sí mismo el juramento de llegar hasta el fin. Por insensata que fuere

esta proposición, tratándose de una parisiense acostumbrada á no reconocer la pasión sino bajo una forma conciliable con las exigencias y las comodidades de la vida social, Susana no dudó un momento. Renato se expresaba con toda la sinceridad de su corazón; pero esta sinceridad llevaba consigo tal exceso de amor, que no dudó tampoco de su triunfo final sobre las rebeliones y las locuras del joven.

—¡Ah!—respondió ella temblando.—¡Qué bueno eres al hablarme así! ¡Cuánto me amas! ¡Cuánto me amas!

Se estremecía al pronunciar estas palabras, inclinando la cabeza como si no pudiese resistir tanta dicha.

—¡Dios mío, qué delicia!...—añadió.

Después, adelantándose hacia él y tomándole una mano, tímidamente le dijo:

—¡Qué niño eres! ¿Tú sabes lo que vienes á ofrecermé?... ¡Si no se tratase más que de mí, con qué gusto te diría: «Toma mi vida entera», y no podrías comprender que en esto no había gran mérito!... Pero la tuya... ¿puedo acaso aceptarla? Tienes veinticinco años y yo más de treinta... Cierra los ojos y figúrate vernos dentro de diez años... Yo seré una vieja y tú todavía un joven... ¿Y entonces?... Además, tus trabajos, ese arte con el que estás tan

unido que llegué á estar celosa. ¿Por qué ocultártelo ahora? Necesitas París para escribir... Te vería triste á mi lado... Vería que eras mi amante por deber, por piedad, ¡desgraciado esclavo!... ¡No, no podría soportarlo!... ¡Amor mío, abandona ese insensato proyecto, dime que sin eso me perdonas, dímelo, Renato mío, dímelo!...

Se había ido acercando al joven á medida que hablaba, apoyando la cabeza en su hombro, buscando sus labios. Renato sintió un estremecimiento de pasión y de repugnancia al mismo tiempo, adivinando el plan de seducción que ella se había trazado. La cogió por un brazo, retorciéndoselo, y la arrojó con dureza lejos de sí.

—Así, pues, no quieres—dijo él con exaltación;—repíteme que no quieres...

—Te lo suplico, Renato—repuso ella con lágrimas en los ojos;—no me rechaces... Puesto que nos amamos, ¡ah! ¡seamos dichosos!... Tómame como soy, con todas las miserias de mi vida... Es verdad, amo el lujo, amo este París que tú odias... No, no tendré valor para dejarlo todo, para romperlo todo... Tómame así, puesto que sabes bien y puesto que sientes que te digo la verdad cuando te juro que te amo como no amé jamás! ¡Ah! ¡No me abandones! ¡Seré tu esclava! Cuando

tú me llames, vendré. Cuando me despidas, me marcharé. ¡No me mires con esos ojos, te lo ruego, deja desbordarse á tu corazón!... Cuando yo te conocí, ¿te pregunté yo acaso si amabas á otra? No, yo no he tenido más que un pensamiento: hacerte dichoso. Si te he ocultado todo lo que forma las tristezas de mi vida, ¿me has de odiar por eso? Mirame de rodillas delante de tí, suplicando.

Y en efecto, se había arrojado á sus pies. ¿Qué le importaba en aquel momento la prudencia, ni la posibilidad de que entrase un eriado? Se arrastraba sobre sus rodillas cogiéndose á él. Estaba admirable de hermosura, los ojos extraviados, su ardiente rostro iluminado por todo el fuego de la pasión, y mostrándose la sublime cortesana que había sido siempre. Los sentidos de Renato estaban trastornados; pero le asaltó de pronto un recuerdo cruel, y le lanzó como un insulto esta pregunta:

—¿Y Desforges?...

—¡No me hables de él—sollozó ella,—no pienses en eso! ¿Si pudiese despedirlo, crees que vacilaría? ¿No comprendes que estoy sujeta? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No se tortura así á una mujer... no!—añadió con aire sombrío, siempre de rodillas, inmóvil y con la cabeza baja.—No, no puedo...

—Entonces, acepta lo que te he ofrecido—dijo Renato;—todavía es tiempo... Huyamos juntos...

—No—repitió ella con aire aún más sombrío.—No puedo tampoco... Mira, me sería tan fácil prometértelo y no cumplirlo... Pero ya he mentido demasiado...

Se levantó. La crisis nerviosa que acababa de atravesar tenía su reacción, y repitió con voz agotada:

—No puedo tampoco... No puedo...

—¿Qué querías entonces de mí?—exclamó él con acento furioso.—¿Por qué te arrastrabas ahora mismo á mis pies? ¿Querías que yo fuera para ti un lacayo del placer? ¡Un joven con quien ir á olvidar las caricias del viejo!... ¡Ah!...

Y arrebatado por la cólera, unió á la brutalidad del lenguaje la de la acción, y se adelantó hacia ella con el puño cerrado, con expresión tan terrible, que ella creyó que la iba á matar. Retrocedió, lívida de espanto, con las manos extendidas.

—¡Perdón, perdón!—decía sintiéndose perdida.—¡No me hagas daño, no me hagas daño!

Diciendo esto, se refugió detrás de una mesa, sobre la cual había, entre otros objetos, un retrato del Barón en un marco de terciopelo. Los ojos de Renato se habían apartado

de Susana; luchaba contra la tentación monstruosa de golpear á aquella mujer indefensa. No bien hubo visto el retrato, lanzó una carcajada insensata. Se apoderó de él, y cogiéndola á ella por los cabellos, le restregó aquel retrato contra la boca cruelmente, á riesgo de hacerla sangre, y riendo como un loco repetía:

—¡Toma, mira tu amante, mira tu amante, tu amante, tu amante!

Después arrojó el cuadro al suelo y lo pisoteó. No bien se hubo entregado á esta acción de demencia, tuvo vergüenza de sí mismo. Miró á Susana por última vez con el cabello suelto, los ojos fijos, inmóvil de terror, en un rincón de la habitación. No pronunció una palabra, y salió sin que ella tuviese fuerzas para articular ni una sola sílaba.

XX

EL PADRE TACONET

Dos días después de esta terrible escena, habiendo aparecido de nuevo el cielo de Mayo espléndido, azul y tibio, Claudio Larcher se hallaba á eso de las dos de la tarde apoyado en el balcón de la habitación de Colette que daba sobre el jardín de las Tullerías. Había pasado varias noches seguidas en casa de su querida. Ambos amantes se veían arrastrados por uno de esos caprichos que son tanto más fogosos en las uniones de este género, cuanto que el recuerdo de las quejas de la víspera se mezcla á la certidumbre de la riña del día siguiente. El hombre y la mujer se entregan uno á otro sin reservas; parece que la larga serie de los placeres, gustados antes en común, haya modelado sus cuerpos el uno para el otro, y ante esos renuevos de ardiente posesión, casi frenética, toda otra voluptuosidad pierde su sabor. Claudio reflexionaba sobre esta ley singular de los hábitos amorosos, mientras daba fin á un cigarro viendo cómo el humo tomaba tonos azules al sol. Miraba

de Susana; luchaba contra la tentación monstruosa de golpear á aquella mujer indefensa. No bien hubo visto el retrato, lanzó una carcajada insensata. Se apoderó de él, y cogiéndola á ella por los cabellos, le restregó aquel retrato contra la boca cruelmente, á riesgo de hacerla sangre, y riendo como un loco repetía:

—¡Toma, mira tu amante, mira tu amante, tu amante, tu amante!

Después arrojó el cuadro al suelo y lo pisoteó. No bien se hubo entregado á esta acción de demencia, tuvo vergüenza de sí mismo. Miró á Susana por última vez con el cabello suelto, los ojos fijos, inmóvil de terror, en un rincón de la habitación. No pronunció una palabra, y salió sin que ella tuviese fuerzas para articular ni una sola sílaba.

XX

EL PADRE TACONET

Dos días después de esta terrible escena, habiendo aparecido de nuevo el cielo de Mayo espléndido, azul y tibio, Claudio Larcher se hallaba á eso de las dos de la tarde apoyado en el balcón de la habitación de Colette que daba sobre el jardín de las Tullerías. Había pasado varias noches seguidas en casa de su querida. Ambos amantes se veían arrastrados por uno de esos caprichos que son tanto más fogosos en las uniones de este género, cuanto que el recuerdo de las quejas de la víspera se mezcla á la certidumbre de la riña del día siguiente. El hombre y la mujer se entregan uno á otro sin reservas; parece que la larga serie de los placeres, gustados antes en común, haya modelado sus cuerpos el uno para el otro, y ante esos renuevos de ardiente posesión, casi frenética, toda otra voluptuosidad pierde su sabor. Claudio reflexionaba sobre esta ley singular de los hábitos amorosos, mientras daba fin á un cigarro viendo cómo el humo tomaba tonos azules al sol. Miraba

cómo se cruzaban en la calle los carruajes y cómo bajo el follaje del jardín desfilaban los paseantes. Se maravillaba de la perfecta beatitud en que estos días de saciedad le habían hundido. Sus celos dolorosos, sus demasiado legítimos furios, el justo sentimiento de su degradación, todo quedaba abolido, porque Colette había hecho su voluntad y puesto en la puerta de la calle tanto á Alina como á Salvaney. Esto no podía durar, bien lo sabía; pero la presencia de esta mujer le procuraba una felicidad tan completa, que echaba por tierra todos sus temores para el porvenir y todos sus rencores pasados. Fumaba su cigarrillo con agradable lentitud, y á cada instante se volvía para verla, á través de la ventana abierta, vestida con traje chino de color rosa bordado de flores de oro, balancearse sentada en una mecedora. En sus pies, calzados con media color rosa como el traje, movíanse al mecerse las babuchas marroquíes, también guarnecidas de bordados. El *fumadero*, el mismo donde había pasado la escena de la carta, estaba lleno de flores. En las paredes se veían recuerdos que se enlazaban con la carrera de la artista: acuarelas que representaban interiores, panderos de cotillón, fotografías, coronas. Un gato de Angora blanco, con un ojo azul y el otro negro, jugaba con

una pelota tumbado boca arriba, mientras Colette, meciéndose, dirigía sonrisas á Claudio á través del humo de su cigarrillo ruso, ó leía un periódico que tenía en la mano, tarareando una adorable romanza de Richepin, que acababa de ser puesta en música por un extraño compositor llamado Cabaner.

Un mes se escapa, el otro llega;
El tiempo corre como un lebre!...

—¡Dios mío!—pensaba el escritor al escuchar estos *couplets* del único poeta de nuestro tiempo que haya sabido rivalizar en gracia con las divinas canciones populares.—¡Estos versos son bien hermosos, el cielo muy azul, mi adorada muy linda!... ¡Al diablo el análisis!...

La joven interrumpió este tranquilo ensueño de amante feliz, lanzando un grito. Se había levantado de su asiento temblando y con el periódico en la mano. Después de haber examinado, según su costumbre, la tercera página, en la cual se encuentran las noticias de teatros, había pasado á la segunda, luego á la primera, y lo que en ella acababa de leer la había trastornado; alargó el periódico á Claudio, balbuceando:

—Es demasiado horrible.

Claudio, asustado por esta febril y repen-

tina agitación, cogió el periódico y leyó bajo el epigrafe *Ecos de París*:

«En el momento de entrar este número en prensa, llega á nosotros una noticia que afectará profundamente al mundo literario. Renato Vincy, el aplaudido autor del *Sigisbea*, acaba de atentar contra su vida en su habitación de la calle de Coëtlogon. Renato Vincy se ha disparado un pistoletazo en la región del corazón. Apresurémonos á publicar, para tranquilizar á los numerosos admiradores del joven poeta, que esta tentativa no tendrá consecuencias fatales. Nuestro simpático colega se ha herido, en efecto, gravemente, pero la bala ha podido ser extraída y las noticias son buenas.

«Son muchas las conjeturas que se hacen sobre los móviles de este acto de desesperación.»

—¡Ah, Colette! — exclamó Claudio. — ¡Tú eres quien le ha matado!

—No— gemía la actriz fuera de sí,—no es posible... no morirá... Ya lo ves, el periódico asegura que está mejor... ¡No digas eso! No me consolara nunca... ¿Qué sabía yo? Te creía tan fuerte... Haber sido tan duro... Hubiera sido capaz de todo para vengarme... Pero vete, corre... Toma tu sombrero, tus guantes, tu bastón. ¡Pobre Renato! Quiero en-

viarle unas flores. ¡Le gustaban tanto!... ¿Y tú crees que ha sido por esa mujer?...

Hablando así, con esta incoherencia, que revelaba, á pesar de todo, la emoción de su buen corazón de una parte, y la puerilidad de la comediante de otra, había concluido de vestirlo, empujándole hacia la puerta.

—¿Y dónde te encontraré? — preguntaba éste.

—A las seis aquí, para ir á comer al Bosque... ¡Dios mío! — replicó, — si no tuviese esas dos citas en casa de la modista y en casa de la costurera, iría contigo. Pero, no puedo faltárlas...

—¿Tú sigues pensando todavía en que vayamos á comer al Bosque?... — repuso Claudio.

—No seas malo — respondió ella besándole, — está tan hermoso y tengo tanta ansiedad de amarte en el campo...

Con esta frase, que acababa de pintarla por completo, con sus rápidas transiciones de las ternuras más sinceras al gusto apasionado del placer, Larcher devolvió el beso á su amante, poseído de un vago menosprecio hacia sí mismo; tan débil se mostraba ante los menores caprichos de Colette, aun en el mismo momento en que acababa de saber una catástrofe que le tocaba tan de cerca. Se lanzó por la escalera, bajó los tres pisos sal-

tando de cuatro en cuatro los escalones, metiéndose en un coche, que al cabo de un cuarto de hora le puso delante de la verja de la calle de Coëtlogon, que él mismo había franqueado algunos meses antes, cuando vino á buscar á Renato para llevarle á la *soirée* del hotel Komof... Se agolparon á su memoria bruscamente todos los pensamientos que había tenido en aquel mismo sitio, el cielo siniestro de aquella noche, la fría luna que corría por entre las movibles nubes y el extraño presentimiento que le había oprimido el corazón. Ahora, un delicioso día de Mayo llenaba de luz el cielo, las hojas verdeaban en el jardinillo delante de las ventanas del piso bajo de casa de Fresneau. Esta decoración primaveral de una vida tan agradable, representaba demasiado bien lo que durante mucho tiempo había sido el destino de Renato y lo que seguiría siendo si jamás hubiese visto á Susana. Y de este fatal encuentro, ¿quién había sido el autor indirecto? Claudio en vano intentó sacudir sus remordimientos, diciendo:

—¿Podía yo prever esta desgracia?

Él, sin embargo, la había previsto. No podía resultar otra cosa del trasplante repentino del poeta en un ambiente lujoso, donde su vanidad y su sensualismo se habían desarrollado tan pronto. Lo peor había ya ocurrido.

Quizá por una horrible casualidad. ¿Pero quién había provocado esta casualidad? La respuesta á esta pregunta era cruel para un verdadero amigo como Claudio, que con el corazón angustiado llamó á la puerta de esta casa, donde antes reinaban la sencillez, el noble y santo amor unido al trabajo. ¡Qué mortales miasmas habían penetrado en ella por su causa, y cuántas tristezas! Pudo confirmarse una vez más esta su creencia ante el semblante descompuesto de Francisca, que salió á abrirle y que á su vista prorrumpió en sollozos. Enjugaba sus lágrimas con la punta del delantal azul, diciéndole en su lenguaje mezclado con frases de su dialecto:

—¡Ah, desgraciado!... Mi buen amo. ¡Querido concluir así, un niño que yo he conocido tan endeble y lindo como una niña!... ¡Jesús, María y José! Entrad, señor don Claudio, encontraréis á la señora Fresneau y á la señorita Rosalia... El padre Taconet está con él consolándole...

Emilia estaba con la pequeñuela Offarel en el comedor donde Claudio había sido recibido tantas veces en prueba de intimidad. El doctor acababa de salir, sin duda, porque el olor á ácido fénico llenaba la habitación, como después de una cura. Un frasco de esta sustancia, con etiqueta encarnada, se hallaba

sobre la mesa al lado de una poción cerca de una bandeja y entre pedazos cuadrados de algodón. Las vendas arrolladas, el tafetán, un bote de pomada, alfileres, y por fin, un criado de librea, daban á esta pieza aspecto de hospital. La palidez de Emilia revelaba bien las emociones que había sufrido durante cuarenta y ocho horas. La presencia del escritor le produjo el mismo efecto que á Francisca. El la recordaba sobradamente con su sola presencia los días en que tan orgullosa estaba de su Renato. Sus ojos sellenaron de lágrimas, y tendiéndole la mano, dijo:

—¡Cuánta razón tenía V.!...

Rosalía había echado á Claudio una mirada tan explícita como si fuese una manifiesta acusación del suicidio de Renato. Había en la pupila de la joven tal rencor, y la decisión que su mirada expresaba convenía tan bien con los secretos remordimientos de Claudio, que éste bajó sus ojos, y al cabo de un momento de silencio, preguntó:

—¿Podría verle?...

—Hoy no—respondió Emilia;—está tan débil... El doctor teme que las emociones le perjudiquen.

Y prosiguió:

—Mi tío le dirá cómo se encuentra...

—¿Y cuándo ha ocurrido esta desgracia?

Yo nada he sabido, lo he leído en los periódicos.

—¡Han hablado de ello los periódicos!—dijo Emilia;—¡y yo que había tomado tantas precauciones!

—Una noticia de cuatro renglones...—replió Claudio, que adivinaba lo que pasaba en el repentino arrebato de Rosalía.

El viejo Offarel tenía á sus órdenes en el ministerio de la Guerra un joven que se ocupaba de literatura y á quien el escritor conocía algo. El subjefe había debido hablar y enterarse su hija. Intentó Claudio atraerse una mirada más amable, disuadiendo de sus sospechas á la señora de Fresneau:

—Los periodistas husmean por todas partes—decía;—por poco conocido que uno sea, no se les escapa...

Y luego siguió:

—Pero ¿los detalles?...

—Cuando volvió anteayer—dijo Emilia—hacia las cuatro, en seguida adiviné en su semblante que tenía algo... ¡Pero qué! Estaba tan acostumbrada á verle triste desde hace algún tiempo... Me había anunciado un viaje á Italia. Le pregunté: «¿Sales mañana, por fin?..» «No», me contestó, acercándose hacia sí y abrazándose largo rato en medio de sollozos. Le pregunté: «¿Qué tienes?..» «Nada»,

me contestó, «¿dónde está Constancio?» Esta pregunta me sorprendió. Sabía perfectamente que el niño no vuelve del colegio antes de las seis. «¿Y Fresneau?», añadió. Lanzó un gran suspiro y entró en su cuarto. Yo me quedé cinco minutos indecisa; porque quizá no debía dejarle solo. Tenía miedo. Es tan fácil en estos trances de desesperación perder el juicio... En esto, oígo una detonación. ¡Ah! ¡La estaré oyendo toda la vida!...

Se detuvo conmovida y sin poder continuar, porque le ahogaban las lágrimas.

—¿Y qué dice el doctor?—repuso Claudio.

—Que está fuera de peligro, salvo una complicación imposible de prever—respondió Emilia;—él mismo nos ha explicado que esta desventurada pistola—yo fui quien se la regaló—estaba un poco dura de gatillo. El esfuerzo que ha tenido que hacer para llegar á dispararla, hizo que la bala se desviase... Le ha atravesado el pulmón sin tocar al corazón, saliéndole por el otro lado... ¡A los veinticinco años!... ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué desgracia! ¡No! ¡No nos quiere, nunca nos ha querido!...

Cuando de este modo se lamentaba, mostrando al descuido el pesar de su alma, el sufrimiento de la ternura prodigada en vano, que conocen sobre todo las madres, apareció el padre Taconet por la puerta del cuarto del

enfermo. Apretó la mano á Claudio, al cual había perdonado el haber abandonado en otro tiempo la escuela de San Andrés sin decir palabra, y contestando á la doble mirada inquiridora de su sobrina y Rosalía, dijo:

—Va á reposar, y yo tengo que ir á mi escuela.

—¿Me permite V. que le acompañe?—dijo Claudio.

—Iba á suplicárselo—repuso el cura.

Echaron á andar, y durante los primeros minutos reinó el silencio más completo. El padre Taconet imponía siempre á Larcher, por ser uno de esos caracteres irreprochables que contrastan notablemente con la bajeza de costumbres corriente, y para que su sola existencia no sea una censura constante á los ojos de un hijo del siglo, como era el escritor encenagado en el vicio y sediento de ideal. Ahora mismo, y mientras el sacerdote iba con su paso algo pesado á su lado, le miraba pensando en los abismos morales que le separaban del cura. El director de la escuela de San Andrés era un hombre alto, fuerte, de cerca de cincuenta años. A primera vista nada anunciaba, por su robusta corpulencia, el ascetismo de su vida. Sus carrillos llenos y colorados le habrían dado cierto aire de angelote, si el gesto austero de la boca, y sobre todo la

dulzura de su mirada, no hubiesen corregido esta primera apariencia. La imaginación del artista, que, perfeccionada por la herencia, había producido la blanda melancolía de la madre de Renato, el talento del poeta y su inclinación por las cosas brillantes, como la ternura desordenada de Emilia hacia su hermano; esta imaginación que impide al espíritu detenerse en el hecho presente y positivo, pero que sin cesar ilumina los objetos con colores demasiado brillantes ó demasiado sombríos; esta peligrosa y todopoderosa facultad, encendia también relámpagos en los azules ojos del abate. Solamente la disciplina católica había corregido sus abscesos, así como la fe profunda había santificado su objetivo. Había en su ardiente mirada la serenidad sólo posible en un hombre que durante años enteros se había dormido cada noche y despertado á la mañana siguiente con una idea de abnegación. De esta idea en que siempre recaía la conversación del padre Taconet, Claudio conocía su fórmula tan precisa y definida: reconstituir el alma francesa por el cristianismo. Tal era, á juicio de este robusto obrero de la vida moral, el fin reservado en nuestro tiempo á todos los hombres de buena voluntad. Claudio no ignoraba tampoco las esperanzas que este sacerdote, verdaderamente superior,

había puesto en su sobrino. ¡Cuántas veces no le había oído decir: «Francia necesita talentos cristianos!...» Por esto le miraba con una curiosidad singular, estudiando en su fisonomía, tan tranquila de ordinario, un movimiento de ansiedad que quizá hubiera preferido que fuese de duda. Caminaban por la acera de la calle de Assas, é iban á cruzar la de Rennes, cuando el sacerdote se detuvo para decir á su compañero:

—Mi sobrina me ha dicho que V. conoce á esa mujer que ha arrastrado á mi sobrino á este acto de desesperación. Dios no ha querido que este pobre muchacho desapareciese de esa manera. El cuerpo sanará, pero es preciso que el espíritu no vuelva á caer... ¿Quién es ella?

—Lo que son todas las mujeres—respondió el escritor, que no pudo resistir al placer de mostrar al sacerdote su conocimiento del corazón humano.

—Si hubiese V. confesado, no debería haber dicho «todas las mujeres»—interrumpió el padre.—No sabe V. lo que es la mujer cristiana, y hasta dónde puede llegar su sacrificio...

—Lo que son casi todas las mujeres, vamos—replicó Claudio con cierto tonillo irónico, comenzando á contar lo que sabía de la

historia de Renato; luego trazó un retrato bastante exacto de Susana, con grandes refuerzos de expresiones psicológicas, hablando de la multiplicidad de su persona, de una condición primera de su *yo*, y de una condición segunda.

—Hay en ella—decía—una mujer que quiere gozar del lujo, y tiene un amante que se lo paga; otra que quiere gozar del amor, y ha tomado un amante muy joven; una mujer sedienta de consideración, y vive con un marido á quien ella domina. Y al amante por dinero, al amante por amor, al marido por decoro, apostaría que á los tres ama de una manera diferente. Ciertas naturalezas son así, como esas cajas chinas que contienen otras seis ó siete... ¡Es un animal muy complicado!...

—¿Complicado?—repuso el sacerdote alzando la cabeza.—Ya comprendo; usa usted esas palabras por no pronunciar otras más sencillas. Es simplemente una desgraciada que vive á merced de sus sensaciones... Todo ello no es más que una gran inmundicia.

Su noble fisonomía expresó un disgusto profundo al pronunciar esta frase brutal. Se veía que la idea de las cosas carnales le causaba la especie de repugnancia irritada que da la carne á los clérigos que han tenido que luchar contra la energía de un temperamento

hecho para el amor. Este disgusto pronto cambió en profunda tristeza, y continuó diciendo:

—Lo que me espanta, respecto de Renato, no es esa mujer. Según lo que me dice, una vez que ha satisfecho su capricho, le hubiera abandonado... Enfermo, ya no volverá á pensar en él. Este es el estado moral que esta aventurera testimonia en el pobre muchacho... A los veinticinco años, con la educación que ha recibido, sentirse tan necesario á la mejor de las hermanas, poseer ese don incomparable que se llama talento y con el cual se puede, puesto al servicio de firmes convicciones, producir tan grandes cosas, el haberlo recibido precisamente en un momento trágico de la historia de su patria; saber que ésta puede mañana perecer para siempre en una nueva tempestad, que su salud es cosa de todos nosotros, de V., suya, mía, de esos transeúntes, y sin que todo esto no pese nada en la balanza contra el dolor de ser engañado por una pérdida. Pero...—insistió como si su discurso se dirigiese tanto á Claudio como al herido—¿qué espera V. encontrar en ese mundo temible de los sentidos en que se empeñan ustedes, bajo pretexto de amar, sino el pecado con su infinita tristeza?... Hablaba V. de complicación. Bien sencilla es la vida humana. Toda ella se contiene en los diez manda-

mientos de Dios. Búsqueme un caso, sólo uno, al cual no hayan contestado anticipadamente... Hay tal ceguera en los hombres de estos tiempos, que un niño á quien yo he conocido tan puro, ha llegado en tan poco tiempo á ese extremo, por haber respirado tan sólo el vapor del siglo... ¡Ah, señor—añadió con el acento desgarrador de un padre engañado por su hijo,—estaba tan orgulloso de él! ¡Me prometía tantas cosas!...

—Habla V. de él como si hubiera muerto—interrumpió Claudio, que se sentía enternecido é irritado juntamente hacia su interlocutor.

Por una parte, se compadecía de su visible sufrimiento; por otra, no podía soportar las ideas que acababa de enunciar el sacerdote, aun cuando también eran las suyas en los momentos de remordimiento. Como muchos escépticos de nuestros días, suspiraba incesantemente por la sencillez de la fe, único principio de conducta para la voluntad, y sin cesar, el gusto por las complejidades intelectuales ó sentimentales mostrábale en la fe, cualquiera que ella fuese, una mutilación, una necesidad. Sintió repentinamente impulso irresistible de contradecir al padre Taconet y de defender á Renato, por el cual, al llegar á la calle de Coëtlogon, él mismo se lamentaba.

—¿Y piensa V.—continuó—que este muchacho no saldrá de esta prueba más fuerte, más capaz de ejercitar y de desenvolver su talento de escritor, en el cual, V. á lo menos, señor cura, cree?... ¡Ah! ¡escribir! Si esto no fuera más que describir ideas en nuestro gabinete como un geómetra ante su pizarra para enunciarlas tranquilamente en términos selectos, concisos, cualquiera podría considerarse escritor como se considera ingeniero ó notario; ¡bastaría un poco de paciencia, método, desahogo!... Escribir es otra cosa bien distinta...—Y exaltándose á medida que hablaba:—Es vivir primeramente, y tener de la vida un gusto propio, un sabor original, una sensación, allí, en el paladar... es transformarse uno mismo en campo de experiencias, en objeto al inocular la pasión. Aquello que Claudio Bernard hacía con sus perros, lo que Pasteur hace con sus conejos, debemos hacerlo nosotros con nuestro corazón, inyectándole todos los virus del alma humana. Debíamos haber experimentado, aunque no fuese más que por una hora, las mil emociones que pueden hacer vibrar al hombre, nuestro semejante, y todo ello para que un desconocido, de aquí á diez años, á ciento, á doscientos años, lea un libro nuestro, un capítulo, una frase quizá, que detenga su atención diciendo:

«Esto es verdad, pues reconoce el mal que sufre.» Si, es una terrible condición, y se corre el riesgo de perecer. Por consiguiente, sería vano pretender que el médico que disecciona no corra el peligro de cortarse con el escalpelo, y que al visitar un hospital de coléricos no caiga atacado y quizá herido de muerte... Es cierto. Renato ha estado á punto de desaparecer; pero cuando escriba en adelante sobre el amor, los celos, la traición de la mujer, destilará algo de su sangre en sus frases, sangre roja que ha palpitado en una arteria, y no tinta tomada del tintero de los demás. He aquí una hermosa página más que añadir al patrimonio literario de esta Francia, cuyo olvido nos echa V. en cara. Nosotros la servimos á nuestro modo; no es el de V., pero tiene su grandeza. ¿Duda usted quizá de que es también un martirio sufrir lo que es preciso sufrir para arrancarse de las entrañas á *Adolfo* ó *Manon*?

—*Beati pauperes spiritu...* creo haber oído sostener algo semejante en la Escuela Normal, hará unos treinta años, cuando me paseaba por los claustros con mis camaradas que luego han metido ruido en el mundo. Había en sus palabras menos metáforas y más abstracción que en las de V.; llamaban á esto antinomia entre el arte y la moral... Las pa-

labras son palabras y los hechos son hechos... Y puesto que habla V. de ciencia, ¿qué diría V. de un médico que, bajo pretexto de estudiar en sí mismo una enfermedad contagiosa, procurase adquirirla y transmitirla en todo un pueblo? ¿Ha pensado alguna vez la tremenda responsabilidad que esos grandes escritores á quienes envidia han contraído propagando sus miserias íntimas? Yo no he leído esas dos novelas que ha citado, pero me acuerdo bien del *Verther* de Goethe y de la *Rolla* de Musset. ¿Creéis que en el pistoletazo que se ha disparado Renato no hay algo de la influencia de estas dos apologías del suicidio? ¿Quién duda que es una cosa horrible pensar que Goethe ha muerto, que Musset ha muerto, y que sus obras pueden todavía armar el brazo suicida de algún joven que sufre? ¡No! Las enfermedades del alma piden que no se las toque sino para aliviarlas, y esta especie de pasión sin piedad y sin benevolencia por las miserias humanas, me da horror... Créame—concluyó señalando al escritor la cruz trazada encima de la puerta de la iglesia del convento del Carmen,—nadie dirá más que aquella sobre el sufrimiento y sobre las pasiones, y no encontrará el remedio en otra parte.

—Es engañosa como todo lo demás—dijo

Claudio, á quien la convicción del sacerdote acababa de irritar;—en nombre de ella ha educado V. á Renato y V. mismo confesaba que sus esperanzas han sido defraudadas.

—Los designios de Dios son impenetrables—respondió el padre Taconet, cuya mirada dejó entrever un mudo reproche que sonrojó á Claudio. Había cedido á un torpe impulso, de que se avergonzó, tratando de herir al tío de Renato en una fibra dolorida, porque la discusión se volvía contra él. Doblaron sin decir palabra la esquina de la calle de Vaugirard y de la calle Gasette, y llegaron delante de la puerta de la escuela de San Andrés en el momento en que una sección de niños entraba de vuelta del Liceo. Eran muchachos como de quince á diez y seis años, en número de cuarenta, de buen aspecto, con aire alegre, con esa fisonomía franca y pura de la adolescencia que precoces desórdenes no han marchitado. Su saludo al pasar delante del director revelaba tal deferencia, tal afecto personal, que sólo por este signo hubiérase reconocido la influencia profunda de este raro educador. Claudio sabía por experiencia con qué minuciosidad se ocupaba de su noble misión el padre Taconet; sabía que todos estos niños estaban vigilados por sus dulces ojos, día por día y hora por hora, y tomando la

mano del sacerdote con súbita emoción, le dijo:

—Es V. un justo; éste es el más hermoso y seguro talento...

—Él salvará á Renato—pensaba, después de haber visto desaparecer la sotana del buen cristiano detrás de la puerta del colegio, que tantas veces había él también traspasado en los años angustiosos. Su visión tomó entonces un aspecto serio y melancólico. Iba casi maquinalmente en dirección á su casa de la calle de Varenne, donde no había vuelto hacia días, y dejaba á su espíritu flotar alrededor de las ideas que la conversación, y más todavía la presencia del sacerdote, habían despertado en él. La felicidad material que dos horas antes había gozado en el balcón de Collette se había extinguido. Todas las miserias de la vida indigna que llevaba hacia dos años, afluían en su memoria, más despreciables ahora por la comparación con las magnificencias ocultas de la vida del deber, cuyo ejemplar perfecto acababa de contemplar. Esta amarga impresión del menosprecio de sí mismo aumentó al encontrarse en su cuarto, lleno de recuerdos de las horas culpables y dolorosas. Se presentaban á su imaginación veinte imágenes en las cuales se resumía todo el drama en que había sido uno de los actores:

Renato leyéndole el manuscrito del *Sigisbeo*, la primera representación en el teatro Francés, la *soirée* en casa de la Komof y la aparición de Susana en traje encarnado, Colette en su casa al día siguiente de la *soirée*, luego Renato contándole su visita á casa de la de Morainés, su salida para Venecia, su vuelta, las escenas que habian seguido, las dos pasiones paralelas que se habian desarrollado en su corazón y en el de su amigo para concluir por el suicidio de uno y el envilecimiento del otro.

—Tiene razón el padre—pensó— todo esto no son más que grandes inmundicias...

Continuando:

—Sí, el sacerdote salvará á Renato, le obligará á marcharse en cuanto se cure y á que viaje seis meses ó un año; y volverá libre ya de esta horrible historia. Es joven... Un alma de veinticinco años es una planta tan vigorosa, tan verde! ¿Quién sabe? Quizá se enamore de Rosalía y se case con ella... En fin, triunfará. Ha sufrido, mas no se ha envilecido... ¿Pero yo?

En muy pocos minutos trazó el cuadro de su situación presente: treinta y cinco años bien cumplidos, sin un motivo serio para vivir; desorden fuera y dentro de su salud y en su pensamiento, en sus negocios y en su corazón; un sentimiento definitivo de la nada

en la literatura y de las vergüenzas de la pasión, con una absoluta incapacidad de abdicar el oficio de hombre de letras y de abandonar el libertinaje...

—¿Será en realidad demasiado tarde?...— se preguntaba, paseando á lo largo de su cuarto.

Entrevió como un puerto lejano la casa de su anciana tía, aquella hermana de su padre, aislada en una provincia, á la cual escribía dos ó tres veces en el invierno, y casi siempre para pedirle dinero. El cuartito que le esperaba se pintó en su imaginación, con la ventana mirando sobre la pradera, cerrada por un ribazo y atravesada por un riachuelo bordado de sauces. ¿Por qué no buscar allí un retiro donde ensayar su reconstitución? ¿Por qué no intentar por última vez un esfuerzo para salir de las villantas de una existencia que no tenia ya ilusión alguna para él? ¿Por qué no se iba en seguida y sin volver á ver á esa mujer que le habia sido más funesta que Susana á Renato?... La agitación que le produjo la perspectiva de una salvación todavía posible, le lanzó de su habitación, no sin advertir á Fernando que preparase su maleta. Salió, y á la casualidad se dejó llevar por sus pies á la entrada de los Campos Eliseos. En una tarde tan hermosa de Mayo, los carruajes

pasaban en gran número. La antítesis entre esta movible decoración del París de las fiestas, tan adorado otras veces por él, y la decoración inmóvil que soñaba ahora en una suprema conversión, sedujo al artista. Se sentó en una silla, miró el desfile, reconociendo á unas y á otras y recordando las historias verdaderas ó falsas que él sabía sobre cada uno ó cada una... De pronto atrajo su atención un coche. No, no se engañaba. Un elegante *vis-à-vis* se acercaba, conduciendo á la de Moraines con Desforges sentado á su lado, y Pablo Moraines en frente. Susana sonreía al Barón, que evidentemente llevaba á su querida y al marido al Bosque, sin duda para comer allí. Ella no vió al amigo de Renato, quien, después de haber seguido con la vista mucho tiempo la linda cabeza rubia medio vuelta hacia su protector, púsose á reír diciendo en alta voz:

—¡Qué comedia es la vida y qué necesidad hacer de ella un drama!

Sacó su reloj, y levantándose precipitadamente, dijo:

—Las seis y media; voy á llegar tarde á casa de Colette...

Y tomó un coche que pasaba vacío, para llegar á la calle de Rivoli cinco minutos más pronto.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
I.—Un rincón de provincia en París.....	5
II.—Almas candidas.....	20
III.—Un enamorado y un «snob».....	34
IV.—El <i>Sigisbeo</i>	47
V.—El alba del amor.....	64
VI.—La lógica de un observador.....	81
VII.—Perfil de madona.....	90
VIII.—El otro perfil de la madona.....	101
IX.—Una cómica de buena fe.....	115
X.—En el lazo.....	129
XI.—Declaraciones.....	140
XII.—Lealtad cruel.....	151
XIII.— <i>At home</i>	164
XIV.—Días felices.....	175
XV.—Los odios de Colette.....	191
XVI.—Historia de una sospecha.....	209
XVII.—Evidencias.....	233
XVIII.—El más feliz de los cuatro.....	263
XIX.—Todo ó nada.....	287
XX.—El padre Taconet.....	325

pasaban en gran número. La antítesis entre esta movable decoración del París de las fiestas, tan adorado otras veces por él, y la decoración inmóvil que soñaba ahora en una suprema conversión, sedujo al artista. Se sentó en una silla, miró el desfile, reconociendo á unas y á otras y recordando las historias verdaderas ó falsas que él sabía sobre cada uno ó cada una... De pronto atrajo su atención un coche. No, no se engañaba. Un elegante *vis-à-vis* se acercaba, conduciendo á la de Moraines con Desforges sentado á su lado, y Pablo Moraines en frente. Susana sonreía al Barón, que evidentemente llevaba á su querida y al marido al Bosque, sin duda para comer allí. Ella no vió al amigo de Renato, quien, después de haber seguido con la vista mucho tiempo la linda cabeza rubia medio vuelta hacia su protector, púsose á reír diciendo en alta voz:

—¡Qué comedia es la vida y qué necesidad hacer de ella un drama!

Sacó su reloj, y levantándose precipitadamente, dijo:

—Las seis y media; voy á llegar tarde á casa de Colette...

Y tomó un coche que pasaba vacío, para llegar á la calle de Rivoli cinco minutos más pronto.

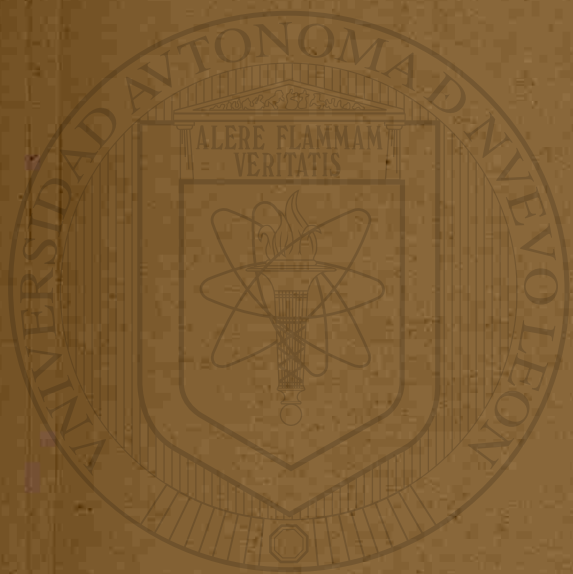
FIN

ÍNDICE

	Págs.
I.—Un rincón de provincia en París.....	5
II.—Almas candidas.....	20
III.—Un enamorado y un «snob».....	34
IV.—El <i>Sigisbeo</i>	47
V.—El alba del amor.....	64
VI.—La lógica de un observador.....	81
VII.—Perfil de madona.....	90
VIII.—El otro perfil de la madona.....	101
IX.—Una cómica de buena fe.....	115
X.—En el lazo.....	129
XI.—Declaraciones.....	140
XII.—Lealtad cruel.....	151
XIII.— <i>At home</i>	164
XIV.—Días felices.....	175
XV.—Los odios de Colette.....	191
XVI.—Historia de una sospecha.....	209
XVII.—Evidencias.....	233
XVIII.—El más feliz de los cuatro.....	263
XIX.—Todo ó nada.....	287
XX.—El padre Taconet.....	325

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

CAMPOMANES, 10.—MADRID.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE

	Ptas.		Ptas.
Ambiel. — <i>Dos dramas de Escuela</i>	4	Fenillet. — <i>Un matrimonio en la aristocracia</i>	2 50
— <i>Amor y Gimnástica</i>	4	— <i>El Conde Luis de Camors</i>	2 50
— <i>En el Océano</i>	4	— <i>La novela de un joven pobre</i>	2
— <i>Idéas sobre el rostro y el lenguaje</i>	3	— <i>El Viajero</i>	2 50
— <i>Impresiones de América</i>	3	— <i>El divorcio de Julieta</i>	1 50
— <i>España</i>	3 50	— <i>Honor de artista</i>	3
— <i>Socialismo y Educación</i>	3	Fiammarion. — <i>Urania</i>	5
— <i>Para el 1.º de Mayo</i>	3	— <i>Estela</i>	4
— <i>Turin, Londres y París</i>	2 50	Goncourt. — <i>Sor Filomena</i>	4
Ansorena. — <i>La Fea</i>	2 50	Laurie. — <i>Los desterrados de la tierra</i>	4
— <i>El buen Jeromo</i>	1	— <i>De New York a Brest</i>	2
— <i>Cosas de ayer</i>	1	— <i>Memorias de un colegial ruso</i>	2
— <i>Versos</i>	1	Legouvé. — <i>Nuestros hijos</i>	2
— <i>Maria Cruz, novela</i>	3	Lott. — <i>La novela de un niño</i>	2
— <i>Propiedad intelectual</i>	3	Llanos. — <i>Romancero de Don Jaime el Conquistador</i>	3
Benedict. — <i>La Madonna de Guido Reni, ed. ilustr.</i>	3	Malot. — <i>Román Kabris</i>	2
Bourget (P.). — <i>Mentiras, un t.</i>	2 50	— <i>Sin familia</i>	4
— <i>Cruel enigma, un tomo</i>	2 50	Maupassant. — <i>Nuestro corazón</i>	4
— <i>Crimen de amor, un tomo</i>	2 50	— <i>Belleza inútil</i>	3
— <i>El discípulo, un tomo</i>	3	— <i>Buen Mozo</i>	4
— <i>Covazón de mujer</i>	2	Miguel (R. de). — <i>Poesías</i>	7
— <i>Fisiología del amor</i>	3	Miralles. — <i>De mi cosecha</i>	5
— <i>La Tierra prometida</i>	3	Moya. — <i>Oradores políticos</i>	5
— <i>Cosmópolis</i>	4	Ohnet. — <i>Lise Fleuron</i>	2 50
— <i>Un idilio trágico</i>	3 50	— <i>El gran Margal</i>	3
Campoamor. — <i>El amor de las madres, ed. ilustrada</i>	1	— <i>Las señoras de Croix-Mort</i>	3
— <i>y Valera.—La Metafísica y la Poesía, un tomo</i>	3	— <i>Negro y Rosa</i>	3
Castro y Serrano. — <i>La Capitana Cook</i>	2 50	— <i>Ultimo amor</i>	3 50
— <i>La novela del Egipto</i>	5	— <i>En el fondo del abismo</i>	3 50
Coppée (F.). — <i>El Culpable</i>	3 50	— <i>Gente alegre</i>	3 50
Daudet. — <i>Roberto Helmont, edición económica</i>	2	— <i>Dama vestida de gris</i>	3 50
— <i>Idem id. id. de lujo</i>	4	— <i>Inútil riqueza</i>	3 50
— <i>Treinta años de París, edición económica</i>	2	— <i>Cura de Favieres</i>	3 50
— <i>Idem id. id. de lujo</i>	3 50	— <i>Un antiguo rencor</i>	3 50
— <i>Recuerdos de un hombre de letras, ed. económica</i>	2	— <i>La hija del Diputado</i>	3
— <i>Idem id. id. de lujo</i>	3 50	Ortega Munilla. — <i>Pansa-al-trote</i>	2
— <i>La lucha por la existencia</i>	4	— <i>Cleopatra Pérez</i>	2
— <i>La bella Niernes</i>	3 50	— <i>Lucio Trélez</i>	2
— <i>Tartarin de Tarascón</i>	3 50	Palmerin. — <i>Dramaturgia castellana</i>	2 50
— <i>Cuentos escogidos</i>	3	Sandean. — <i>Magdalena</i>	1
— <i>Jack</i>	5	— <i>La Roca de las Gaviotas</i>	2
— <i>Cabeza de familia</i>	4	Stevenon. — <i>La Isla del Tesoro</i>	2
— <i>Capilla del Perdon</i>	3 50	Tolstoi. — <i>El preludio de Chopin</i>	2
— <i>Recuerdos de teatro</i>	2	Zorrilla. — <i>Recuerdos del tiempo viejo</i>	9
— <i>El Tesoro de Arlatán.—La Fedor</i>	2	***. — <i>Los secretos de la belleza, de la cara y del cuerpo, del hombre y de la mujer. Tratado completo de higiene y embellecimiento de la fisonomía, un tomo</i>	3 50
Dickens. — <i>El abismo, edición ilustrada</i>	1		
Fenillet. — <i>Diario de una dama</i>	1 50		
— <i>Historia de una parisién</i>	2		
— <i>La Muerta</i>	3		
— <i>Amores de Felipe</i>	2 50		

